MALES DE ADOLESCENCIA

Trabajo clínico con los adolescentes y con sus padres

Michel Vincent

Biblioteca Nueva
Psicoanálisis APM

MALES DE ADOLESCENCIA

Trabajo clínico con adolescentes y sus padres

Colección Psicoanálisis
Editorial Biblioteca Nueva
y
Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial:
Milagro Martín Rafecas
Magdalena Calvo Sánchez-Sierra
Rosario Guillén Jiménez
José Manuel Martínez Forde
Mercedes Puchol Martínez

Michel Vincent

MALES DE ADOLESCENCIA

Trabajo clínico con adolescentes y sus padres

Prólogo de Rémy Puyuelo
Traducción de Brigitte de Vaumas y Carlos Padrón

BIBLIOTECA NUEVA

Cubierta: Disegraf Soluciones Gráficas, S. L.
© Michel Vincent, 2015
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2015
Almagro, 38
28010 Madrid (España)
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16170-37-1

Maquetación: Disegraf Soluciones Gráficas S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

Prólogo a la edición española

Prólogo a la edición francesa

Presentación

Primera parte.—LA CONSULTA

CAPÍTULO 1.—Después de todo: La consulta y sus apuestas

CAPÍTULO 2.—Personajes-terceros y paso

CAPÍTULO 3.—Trabajar con los padres
- Claudia
- David
- Julius

Segunda parte.—LOS TRATAMIENTOS

CAPÍTULO 4.—Una historia tumultuosa: A propósito de las consultas terapéuticas
- Historia
- Una perspectiva metapsicológica

CAPÍTULO 5.—Cambiar ahora: Psicoterapia breve y definida de antemano
- Caso A
- Caso B
- Sugestión, análisis y psicoterapia breve
- Transferencia, regresión y curación

CAPÍTULO 6.—Coordinar a los terapeutas: Estudio de la contratransferencia en el psicodrama individual
- Observación clínica
- Discusión

CAPÍTULO 7.—La transferencia en la adolescencia
- Marie
- Tres posiciones para la adolescencia
  - La posición narcisista central de la adolescencia
  - El redescubrimiento del objeto
- Las crisis de adolescencia

CAPÍTULO 8.—Notas a propósito de la interpretación mutativa

Tercera parte.—PROBLEMÁTICAS

CAPÍTULO 9.—El acceso a la adolescencia
- El masoquismo durante la adolescencia

- Un modelo del funcionamiento mental
    - El caos
    - La posición narcisista depresiva central
    - El redescubrimiento del objeto
- Historia clínica en dos tiempos
    - Primera etapa
    - Segunda etapa
- Discusión
- Todavía más

CAPÍTULO 10.—Un adolescente del siglo XVIII: El Don Giovanni de Mozart
- Un adolescente del siglo XVIII
- La ópera
- El retrato
- Los dobles
- Las parejas

CAPÍTULO 11.—A propósito de la desaparición del complejo de Edipo
- El superyó edípico y el período de latencia
- Las transformaciones de la adolescencia
    - Lili
- Resumiendo

CAPÍTULO 12.—Las transformaciones de los procesos de identificación

CAPÍTULO 13.—Actuar para pensar o la resistencia a la enacción
- Definiciones
- Clínica
    - Michel
    - Carine
    - Serguei
- Enaction y acting
- ¿Qué sucede en el pensamiento psicoanalítico francés?
- Enaction-palabra-pensar

CAPÍTULO 14.—Propuestas sobre el tiempo en análisis: Incidencias metapsicológicas
- Los primeros tiempos
- Regresión, après-coup, pulsión de muerte
- Las figuras del tiempo
- La bisexualidad
- Figura y patología
- El sentido de la historia
- Sentido y afecto
- El tiempo del encuadre

Conclusión

Bibliografía

Prólogo a la edición española

La lectura del prólogo de Rémy Puyuelo a la edición francesa original me exime del trabajo de obligada presentación de una obra que cuenta los resultados de las reflexiones que el autor ha ido espigando, contemplando y ordenando a lo largo de decenas de años de atención a niños y adolescentes, conjugadas con su experiencia cotidiana de psicoanalista de pacientes adultos.

Michel Vincent no ha aplicado ciegamente los presupuestos teóricos que han sido el punto de partida de cada uno de nosotros durante los años de formación sino que los ha ido cotejando con las aportaciones de sus maestros y con sus propias reflexiones. Así, pone a trabajar conceptos metapsicológicos que, leyendo atentamente a Freud, llevan consigo oscuridades y contradicciones.

Quiero detenerme en dos puntos que a lo largo de la obra se van aclarando paulatinamente. El primero se refiere a la diferencia entre libido narcisista y libido objetal. El segundo conduce a la pregunta sobre el reservorio de la libido.

Lejos de considerarlas antagonistas, la idea de la conjunción, e incluso de la colaboración, entre las pulsiones yoicas y las pulsiones libidinales ya está presente el primer capítulo del libro. Afirmada con rotundidad en el último párrafo del capítulo 3, que cierra la primera parte, es reafirmada específicamente en el inicio del capítulo 7. Ahí, Michel Vincent lo formula con toda claridad. Efectivamente, con mucha frecuencia la libido del yo y la libido de objeto no pueden ser totalmente diferenciadas e incluso, en palabras del Freud de 1914, pueden llegar a ser totalmente indiferenciables: en el estado amoroso.

Michel Vincent las persigue, ambas, con notable agudeza clínica, tanto en el paciente como en el análisis de sus propios movimientos contratransferenciales, generosamente expuestos aquí y allá a lo largo de la obra al hilo de la descripción de los movimientos de identificación y desidentificación en el seno de la pareja terapéutica y de la constatación de las transformaciones que va suscitando.

A pesar de referirse a ese punto en múltiples ocasiones, la obra —ingente— de Freud no aclara la pregunta sobre el reservorio de la libido. En 1911, los principios de placer y de realidad no se conciben como antagonistas sino como en continuidad el uno del otro. En 1914 su postura es diferente: Freud hace depender los investimientos del yo y de los objetos eróticos de una misma fuente libidinal. El antagonismo vuelve en 1920 cuando postula, en oposición, la existencia de pulsiones de vida y pulsiones de muerte, aunque haya que hacer una precisión de importancia: la diferencia entre ambos grupos de pulsiones, hasta entonces considerada más o menos claramente como cuantitativa, hoy se considera como una diferencia tópica. Lo que constituye un placer para el ello es, al mismo tiempo, un displacer para el yo: han venido a mezclarse las reflexiones posteriores sobre la represión.

La teoría del narcisismo había llevado a Freud a afirmar que el yo era el reservorio de la libido y que de ahí se propagaba al objeto, pero en 1923 vuelve sobre esa opción al afirmar que el reservorio de la libido es el ello, opinión que, sin embargo, no sostiene taxativamente más tarde, en el Compendio.

Resultan muy aclaratorias la secuencia y la articulación de los tres niveles de funcionamiento que describe el autor: caos pubertario, posición narcisista depresiva central y redescubrimiento del objeto.

La traducción al español de este libro ha sido un trabajo estimulante y estoy seguro de que su lectura será fecunda.

CARLOS PADRÓN

Prólogo a la edición francesa

La fuerza de esta obra es su profunda humildad al servicio del reconocimiento hacia los niños y hacia las dificultades de sus familias.

Michel Vincent da testimonio de más de veinte años de escritura. Nos muestra cómo trabaja con un equipo un pedo-psiquiatra-psicoanalista, con el que todos nos podemos identificar cuando trabaja con un equipo. A lo largo de sus escritos, nunca abandona la clínica y solo nos propone sus elaboraciones teóricas en la tercera parte del libro. Una teoría viva que surge de la clínica y no que la precede; nos devuelve a Freud sin obviar las aperturas teóricas de sus maestros: S. Lebovici, R. Diatkine, E. Kestemberg… sin olvidar A. Freud, M. Klein, D.W. Winnicot.

A lo largo de estas páginas, conjuga individuo, grupo, institución y espacio, tiempo y representación psíquica. El niño, el adolescente nunca es considerado como puro sujeto clivado de sus objetos de amor y de su entorno, sin perder de vista lo intrapsiquico. No sucumbe a lo espectacular de la adolescencia, defecto que encontramos con demasiada frecuencia en muchas obras dedicadas a la adolescencia.

Ha tenido la suerte de trabajar en una institución mítica para la pedo-psiquiatría, el «Treizième»[1], y de trabajar allí muchos años. Esta institución dispone de un equipo pluridisciplinar y experimentado que se agrupa alrededor de un cuerpo teórico prevalente, el psicoanálisis, sin descuidar otras perspectivas. La elaboración por la escritura es continua y permite los replanteamientos, un distanciamiento individual y colectivo así como una apertura al exterior. Su antigüedad y su coherencia permiten estudios longitudinales. Numerosas viñetas clínicas propuestas a lo largo de la obra por Michel Vincent muestran momentos terapéuticos, a veces breves, impuestos por el entorno, parones y reanundamientos de terapia años más tarde, *après-coups* que despliegan las figuras del tiempo a la vez que autentifican el final de la infancia, de la adolescencia y también de lo inacabado que es propio de los movimientos de vida y… de muerte de lo humano. Nos invita a pensar la adolescencia mientras la vida se va haciendo, un desarrollo psíquico que se despliega a lo largo de una decena (de diez a veinte años). Esta dinámica nos permite apreciar progresiones, regresiones, repliegues, continuidades, discontinuidades, rupturas, crisis…

* * *

En la primera parte se tratará del encuentro entre el niño, su familia y el equipo de consulta. Ya se percibe de qué forma este encuentro se enmarca en un antes: el del saber hacer. Tanto la familia como el niño se van a ver confrontados con un marco a la vez que riguroso, preciso, móvil y plástico, que autoriza a cada uno de lo protagonistas a interrogarse sobre su papel. Muchos de los CMPP[2] y CMP[3] deberían reflexionar sobre este dispositivo de acogida del niño y de su familia que sufre. El equipo pluridisciplinar, en el juego de miradas y vivencias, apreciará la simbiosis familiar y la capacidad de cada uno de los componentes de la familia para individuarse en espejo con el equipo con el dúo asistenta social-consultante, tal y como lo indica Michel Vincent de manera pertinente. La consulta funciona entonces, dinámica y ya terapéutica. El consultante y el equipo pluridisciplinar participan en la evaluación de la situación y en las indicaciones de tratamiento posterior.

He sido especialmente sensible al lugar que ocupa el pedo-psiquiatra-psicoanalista. ¿Cómo ser psiquiatra y psicoanalista de niños? Entre escisión y confusión, ¿cómo cambiar de posturas, de miradas, siguiendo el marco desplegado, la función que se ejerce, el nivel de simbolización del niño y de su familia y lo que pide cada uno? ¿Cómo ser a la vez psicoanalíticamente no psicoanalista si la situación lo requiere? Michel Vincent lo subraya constantemente: unas veces psicoanalista en una cura de diván, en cara a cara, en psicodrama. Otras, director de orquesta de la consulta… Estas facetas múltiples de la actividad del pedo-psiquiatra-psicoanalista permiten, en el juego de papeles y de funciones —en la medida en la que es riguroso y bien enmarcado—, coger y dejar, evaluar las posibilidades de derivar el paciente a otro terapeuta… Esta polisemia se recoge en la función del tercero que mide las capacidades de alteridad de sí mismo y del otro arriesgando pasos, uniones, acordes, ligazones… discontinuidad en la continuidad. Esta actividad del pedo-psiquiatra-psicoanalista requiere un trabajo de duelo continuo y puede facilitar para el equipo, para la familia y para el niño, los procesos de introyección. Esto supone una formación de psicoanalista que trata tanto adultos como niños.

Espero que los años próximos nos permitan, en el marco de la IPA y en el de nuestras sociedades psicoanalíticas componentes, dar forma a esta formación que implica una doble mirada, no solo a la vez sobre el niño y el adolescente sino también sobre la familia. A Michel Vincent hay que otorgarle el mérito de insistir en estos aspectos. Toda aproximación al niño y al adolescente pasa por su familia. S. Freud ya lo señalaba en 1920 en «Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» a propósito del análisis de una joven de dieciocho años:

> Los padres exigen que se devuelva la salud a su hijo…entienden por hijo en buena salud al que no crea problemas a los padres… el médico puede lograr el restablecimiento del hijo, pero tras la curación este emprenderá su propio camino con mayor determinación y los padres están entonces más descontentos que antes. En pocas palabras, no es indiferente que un ser humano llegue al análisis por decisión propia o que lo haga porque otros lo llevan, ni que sea él mismo el que desea una modificación o que sean las personas cercanas, a los que ama y de los que se espera el mismo amor[4].

Por otra parte, los progresos del psicoanálisis contemporáneo me parecen fundamentales. De hecho prolongan las teorías de Freud, que no se pueden reducir a una teoría de la representación. Subrayan la inseparabilidad metapsicológica de una pareja de nociones: realización alucinatoria del deseo-representación de la ausencia de representación (A. Green, C. & S. Botella). Esto nos permite disponer de un corpus teórico único sea cual sea la edad o la patología del sujeto.

Finalmente, sería importante pensar en una formación conjunta, articulada y ordenada, de las distintas formaciones «psi», ya que, para mí, el psicoanálisis es una «segunda» profesión que continúa una primera formación. Parece fundamental poder medir el psicoanálisis con otra cosa que consigo mismo, confrontarlo con lo extraño para que sea por sí mismo «un cuerpo extraño» (J. B. Pontalis: Prefacio de *La question de l'Analyse profane* de S. Freud).

* * *

Tal dispositivo de consulta propone darse «lentamente prisa». Delimitarlo es muy valioso, da mucha información y promueve reflexiones tanto para el terapeuta como para el niño y su familia. En la segunda parte de la obra, Michel Vincent, apoyándose en su clínica, ilumina el porvenir de este encuentro, sus tiempos, sus azares, sus sorpresas. Multiplica las modificaciones terapéuticas teniendo en cuenta el nivel de simbolización y las capacidades de apropiación subjetiva sin renunciar al reconocimiento de lo intrapsíquico.

Los niños y los adolescentes tratados aquí no son psicóticos ni tienen trastornos de carácter o de comportamiento consolidados. Son sobre todo unos «impedidos de latencia» que entran en la adolescencia sin haber podido beneficiarse de este «entre dos crisis» que es el movimiento de latencia.

Estos adolescentes demasiado preocupados por la cohesión identitaria más que por la satisfacción pulsional presentan unos investimientos narcisistas que impiden que la conflitualidad edípica sea estructurante. Los padres siguen investidos e idealizados y con dificultades de identificación, las represiones y las sublimaciones no han podido jugar su papel de organizadores. Esta población «de impedidos de latencia» corresponde a los dos tercios de los niños acogidos en los CMPP. Michel Vincent aporta respuestas a sus acogidas en tiempos largos, con paradas, reanudaciones, cartas y telefonazos ulteriores que son otras tantas referencias en su difícil trayecto de apropiación subjetiva.

Bela Grunberger en «*l'Enfant au trésor et l'évitement de l'oedipe*» (1966), Jean Bergeret en «*Les pseudos latences*» (1976), Jammes Gammill (1982), y yo en «*Latences actuelles*» (2002) hemos insistido sobre la importancia del narcisismo y del devenir de las pulsiones anales en el momento «de la desaparición del complejo de Edipo». Michel Vincent nos señala con rigor su devenir en la adolescencia. Muestra, desde lo más ceñido, la emergencia y el desarrollo de los procesos terapéuticos. René Diatkine escribía en 1972 «para que un proceso terapéutico pueda considerarse como psicoanalítico, ha de producirse un cierto número de modificaciones económicas y dinámicas que traducen una nueva transformación de la energía pulsional a nivel del yo que disminuyen los efectos negativos del automatismo de repetición… tales modificaciones pueden producirse espontáneamente o bajo el efecto de acciones psicoterápicas» y añade «una cierta toma de conciencia de la actividad psíquica inconsciente» que introduce al «juego contrastado del *insight* y del desarrollo de las resistencias».

La transferencia y la interpretación son herramientas irremplazables del proceso analítico, que tengo tendencia a llamar co-proceso analítico, porque también tiene en cuenta la contratransferencia del analista. Esos distintos puntos de vista son recogidos por Michel Vincent con la especificidad que supone la adolescencia. Su reflexión sobre el personaje-tercero abre la cuestión de la importancia de lo económico en la adolescencia con la transferencia lateral y la lateralización de la transferencia.

* * *

En la tercera parte del libro, Michel Vincent afirma una serie de presupuestos teóricos que surgen de su larga práctica y quieren ser tentativas de ligazón psíquica, de movimientos que vienen a corroborar su clínica. Se trata de teorizar sin sistematizar teniendo a la vez puntos de apoyo que constantemente pone a prueba para validarlos pero también para encontrar otros nuevos.

Nos dice que la adolescencia se debe padecer, que es universal, puesto que para él es ante todo intrapsiquica, y que tiene un final.

Ante el imposible declive del complejo de Edipo, ¿de qué manera concebir las transformaciones de la economía libidinal y las relaciones entre investimientos narcisistas y objetales durante la adolescencia?

Él propone tres posiciones articuladas entre sí:

— el caos pubertario,
— la posición narcisista depresiva central (término que prefiere al de crisis de la adolescencia),
— el redescubrimiento del objeto que corresponde para él al final de la adolescencia.

El efecto de *après-coup* permite reconocer el desarrollo más completo en el tratamiento de los pacientes adultos.

Las transformaciones de los procesos identificatorios se declinan entre estas tres posiciones que a su vez son las tres facetas del superyó que reflejan las patologías de los adolescentes y las dificultades encontradas por sus padres.

Este breve resumen merece ser prolongado con la lectura que el texto les proporcionará.

Quisiera solamente retener dos aspectos: el de las posiciones que se reenvían la una a la otra y la importancia dinámica del juego de los masoquismos y de la tensión continua entre yo ideal-ideal del yo y el superyó según el eje narcisista y/o edípico.

El segundo aspecto que da coherencia al conjunto del libro es lo que Michel Vincent llama su «regreso a Freud». Se apoya constantemente aunque sin exclusividad en el tercero de los *Tres ensayos* (1905), «*Las metamorfosis de la pubertad*» (con los añadidos de Freud de 1915, 1920 y 1924), en «*Para introducir el narcisismo*» (1914), en «*Mas allá del* *principio del placer*» (1920), en «*El yo y el ello»* (1923), en «*La desaparición del complejo de Edipo*» (1924), en «*El problema económico del masoquismo*» (1924) y en «*La negación*» (1925). Por sí mismo, este propósito es inédito y ejemplar en tal proyecto sobre la adolescencia.

En su inventiva fidelidad a S. Freud, nos podría haber propuesto estas palabras escritas por Freud en 1932, en la XXXIVº lección de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, «*Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones*», que legitima el psicoanálisis de niños y adolescentes.

> … el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica; los éxitos son favorables y duraderos. Naturalmente, para el niño hay que hacer muchas modificaciones en la técnica de tratamiento que ha sido elaborada para los adultos. El niño es, psicológicamente, un objeto distinto del adulto, aún no posee un superyó, el método de la asociación libre no conduce muy lejos, la transferencia juega otro papel puesto que los padres reales siguen presentes. Las resistencias internas, que combatimos en el adulto, casi siempre son remplazadas en el niño por las dificultades externas. Cuando los padres se convierten en portadores de la resistencia, la meta del análisis o él mismo está en peligro; por eso, con frecuencia se hace necesario ejercer una cierta influencia sobre los padres. Por otro lado, las divergencias inevitables entre el análisis de los niños y el de los adultos no son tan grandes por el hecho de que muchos de nuestros pacientes han conservado tantos rasgos de carácter infantiles que el analista, siempre para poder adaptarse al objeto, se ve obligado a emplear con ellos ciertas técnicas del análisis de niños.

* * *

El libro termina con consideraciones sobre las figuras del tiempo. De hecho, todo el libro está dedicado a esta relación dialéctica y hasta paradójica, entre la intemporalidad del inconsciente y el desarrollo del niño y del adolescente. Sabemos que, más que la rememoración, las temporalidades son el verdadero objeto del psicoanálisis.

Michel Vincent nos lleva, acompañado por la música de *Don Giovanni* de Mozart, no a ver esta «prodigiosa mariposa, dejando tras sí una huella brillante de alegría y de lágrimas» (P. J. Jouve, *Le Don Juan* de Mozart, París, Plon 1968) sino a oír y a sentir esta metamorfosis que es la adolescencia.

RÉMY PUYUELO

---

[1] Circunscripción de París que da el nombre coloquial a la institución donde está ubicada. *[N. de T.]*

[2] Consulta ambulatoria para niños y adolescentes.

[3] Consulta ambulatoria para adultos.

[4] En las citas de S. Freud no se ha seguido al pie de la letra ninguna de las traducciones al uso de su obra. Tanto la de López Ballesteros como la de Etcheverry han sido consultadas, pero hemos hecho algunas modificaciones inspirándonos en las traducciones existentes en francés y en la S. E. *[N. de T.]*

Presentación

El Centre Alfred Binet es el departamento de psiquiatría del niño y del adolescente de la Asociación de salud mental y lucha contra el alcoholismo del distrito XIII de París. Esta asociación, concebida por el Doctor Philippe Paumelle para romper con la organización asilar de la psiquiatría, encontró en el sector asociativo los medios para desarrollar esta experiencia-piloto. Fue en 1958. La psiquiatría aún no existía como especialidad médica y menos la psiquiatría infantil. Fueron dos psicoanalistas, los Doctores Serge Lebovici y René Diatkine los que imaginaron lo que debía abarcar dicha especialidad. Exceptuando al director del Centre Alfred Binet, médico jefe del intersector de psiquiatría del niño y del adolescente, con contrato a tiempo completo, todos los consultantes y jefes de equipo están, desde hace más de 30 años, a tiempo parcial: así pueden compaginar con su otra actividad psicoanalítica, principalmente con adultos y con su vida profesional. La enseñanza de Serge Lebovici, René Diatkine, Janine Simon y Evelyne Kestemberg me había preparado tanto para trabajar con niños en edad escolar como para tratar el sufrimiento que se produce en los fracasos de la organización infantil de la vida psíquica. El trabajo con niños más jóvenes, la pequeña infancia, era marginal y había sido casi exclusivamente desarrollado en la época por la Doctora Myriam David.

Hoy en día la Doctora Françoise Moggio y otros contribuyen de forma importante a la psiquiatría de la primera infancia. En cambio, a final de los años 1960 se estudiaba poco al adolescente. Los intentos en este sentido no llegaron a término a pesar de algunos estudios de referencia, entre los cuales están los de Evelyne Kestemberg, publicados en *La Psychiatrie de l'enfant* sobre la identidad del adolescente. Por fin, el Doctor Alain Braconnier llegó al departamento de psiquiatría general y creó una segunda puerta de entrada a los tratamientos para adolescentes en el marco del Centro Philippe Paumelle. La historia de los *Textes du Centre Alfred Binet* merece un análisis minucioso que no viene aquí al caso. La idea proviene de René Diatkine que fue quien dirigió la publicación. Este proyecto de obligarnos a dar una forma escrita al trabajo de reflexión permanente ha sido, con toda certeza, una etapa decisiva para cada uno de nosotros. *Les Journées du Centre Alfred Binet* son los jalones de estas publicaciones. La presentación de un trabajo y la discusión oral consecutiva permiten medir la diferencia que hay entre este trabajo y el tan fecundo de la escritura. Los cambios en la política de publicación se traducen por ciertas modificaciones aportadas al titulo inicial que fue conservado hasta el número 26. Tras haber iniciado con las «Ediciones del mundo interno» (Editions du monde interne), los números 27 a 29 el título: *Psychanalyse et enfance, la Revue du Centre*

Alfred Binet, París XIIIº fue mantenido de forma provisional con las «Editions in Press» para los números 30 y 31, antes de adoptar finalmente la fórmula de la monografía en una colección titulada: *«L'enfant, la psychiatrie et le psychanalyste, Centre Alfred Binet»*.

Con el paso de los años, el desarrollo del Centre Alfred Binet ha respondido a las necesidades de la población del espacio urbano de este distrito parisino. No solamente los medios se diversificaron, sino que la estabilidad de los equipos de los padres fundadores ha hecho posible estudios longitudinales y trabajos originales. Los más representativos en la época de mi estancia en el XIII^{e} son, en mi opinión, los que dirigió René Diatkine sobre los niños de seis años y su porvenir[1], y el relato del tratamiento psicoanalítico de un niño[2]. La gran libertad de Serge Lebovici y de René Diatkine nos otorgó a todos y cada uno la misma libertad. La principal cualidad de esta libertad fue el no encerrarnos en una especialización estrecha, y por lo tanto marginalizante, y poder explorar mejor las alteraciones precoces.

Los artículos reunidos en este volumen exploran, con las herramientas metapsicológicas forjadas por S. Freud, nuestras distintas modalidades de trabajo a partir de las consultas iniciales: consultas terapéuticas, psicodrama individual, psicoterapia y psicoanálisis. Las relaciones de objeto, en el sentido desarrollado por Maurice Bouvet, se encontraron felizmente completadas por una importancia equivalente ligada al estudio del narcisismo en los años 1970. La aportación de Heinz Kohut es ciertamente admirable, pero querer oponer un análisis del narcisismo del Señor Z a un análisis previo, orientado por la calidad conflictual de las relaciones de objeto, es una verdadera amputación impuesta al pensamiento psicoanalítico. Me gustaría mucho compartir una atención equivalente a estos dos registros considerados solidariamente.

Siempre tengo presente en la mente el trabajo con los padres, ¡en cada caso! Todavía hoy, es difícil para muchos padres reconocer el sufrimiento de su hijo. Cuando este sufrimiento se manifiesta en nuestra presencia, la más ligera torpeza por nuestra parte hace que se nos reproche el culpabilizarlos. René Diatkine nos invitó a reflexionar sobre el tema. Y en la versión publicada en *Les Textes du Centre Alfred Binet*, Monique Dréan, a la sazón Directora del Centro, y yo, hicimos esta reflexión a partir de su labor como asistenta social. Aquí he querido seguir con este trabajo bajo mi única responsabilidad, pero no sin afirmar que este trabajo está mejor organizado en el seno de un equipo que permite hacer figurar el tercero ausente, sea esta ausencia el resultado de una exclusión o de una forclusión.

Finalmente, un trabajo más solitario me llevó a considerar bajo otro prisma los trastornos en los adolescentes que surgen de la nebulosa de la pubertad. Un cambio de óptica me hizo ver el planeta adolescencia bajo otras facetas. Así, contra la opinión de ciertos historiadores y sociólogos, yo no creo que la adolescencia estuviera ausente en el siglo de las Luces y solo haya sido producida por la revolución industrial. Las manifestaciones biológicas de la pubertad son solidarias de la vida del alma de los adolescentes. La adolescencia tiene un principio y tiene un final. S. Freud no se detuvo especialmente en ella, pero dio herramientas para poder ser más precisos gracias a la habilidad que los autores postfreudianos nos transmitieron. La última traducción francesa de *Tres ensayos sobre la teoría sexual* traduce *Die umgestaltungen der pubertät* como *Las metamorfosis de la pubertad* [3]. La traducción precedente solo decía *Las transformaciones de la pubertad*. Que lo juzgue cada cual. Sin embargo la importancia dada a la crisis a propósito de la adolescencia va en el sentido de la traducción más reciente.

Esta presentación no sería completa sin mis agradecimientos a mis pacientes y a sus padres por su confianza sin la cual nada habría sido posible. Agradecimientos también a los equipos del Centre Alfred Binet que comparten conmigo la acogida y el tratamiento de los niños y de sus familias. A Colette Scherer, mi agradecimiento por su infatigable contribución a la preparación de este manuscrito y a la corrección de las pruebas.

---

[1] Chiland C., *L'enfant de six ans et son avenir,* París, PUF, 1976.

[2] Diatkine R., & Simon J., *La psychanalyse précoce,* París, PUF, 1972.

[3] La traducción de Etcheverry dice «Las metamorfosis de la pubertad». *[N. de T.]*

Primera parte

LA CONSULTA

CAPÍTULO 1

Después de todo[1]

La consulta y sus apuestas

¿Hay que lamentar no haber tenido desde el principio ciertas informaciones que solo descubrimos a veces tras varios meses o años más tarde? Casi siempre la sinceridad de los pacientes está fuera de duda. Cuando es significativa, constatamos que el paciente no se sentía libre de hacernos partícipes de dicha información al empezar el tratamiento. Los pacientes y nosotros mismos, por lo tanto, estamos atados por el vínculo que existe entre una información crucial y el equilibrio inicial entre transferencia y contratransferencia.

Examinaré primero la situación inicial durante las primeras consultas para subrayar el valor predictivo de ciertos aspectos contratransferenciales que completan útilmente las indicaciones proporcionadas por el análisis semiológico. Estas permiten elaborar la construcción de un modelo clínico que puede ser comparado con el modelo teórico que sirve de referencia al trabajo terapéutico. Estos dos modelos, clínico y teórico, otorgan un lugar importante a las nociones de resistencia y de censura; la observación de las primeras lleva a la elaboración de las segundas. Con esto recordaremos de qué manera Freud nos ha llevado a reconocer dos censuras. La primera, entre consciente y preconsciente, está asociada a otra censura entre preconsciente e inconsciente estudiada de manera más especifica por Freud. He tenido la oportunidad de subrayar las dificultades de la construcción del pasado al inicio y durante el tratamiento de nuestros pacientes jóvenes. A propósito del pasado, señalando siempre el papel de la supresión junto al de la represión, se trataba sobre todo de la represión. El conocimiento de un niño que nos facilitan sus padres nos permitirá examinar aquí, más detalladamente no la censura entre inconsciente y preconsciente sino sobre todo la censura entre preconsciente y consciente, cuyo papel no podemos ignorar aquí y ahora.

Lo que se dice y lo que se hace delante de mí son como entrelazados que forman figuras a partir de las que se hacen construcciones sucesivas. Lo que aquí se dice y lo que se hace son los comentarios y la manera de actuar, no solo de los padres y de sus hijos, sino también los míos. Y esto dura todo el tiempo que hemos acordado dedicarle cada día. Esta actividad de construcción comienza la primera vez que vamos a buscar a los padres y al niño a la sala de espera. El conjunto de las percepciones visuales, auditivas y cinéticas tiene en nosotros el mismo efecto que las huellas que llegan a los órganos de los sentidos y el sentido tal y como Freud lo apunta en *Construcciones en análisis*. Freud añade que dichas huellas son desigualmente utilizables. Su utilización depende mucho de la experiencia del analista. Estas percepciones solo tomarán sus dimensiones concretas después de reflexionar sobre ellas.

En el momento en que vamos a buscar al paciente siempre tenemos una primera impresión que contribuye a la elección del programa terapéutico. Y en algunos casos será invalidada posteriormente por el trabajo hecho. Lo más frecuente es que las impresiones ulteriores produzcan cambios en detalles y todos los detalles serán importantes. Esta primera impresión sirve siempre de referencia pertinente para el conocimiento de esos padres y de ese niño. Cuando llevo a la familia a mi despacho y esta me deja libre de seguir mis propias asociaciones, el resto de la consulta de ese día y la observación ulterior llevará a menudo a tratar las dificultades neuróticas. En cambio, ciertas familias acaparan inmediatamente mi atención y movilizan toda mi capacidad para la contención de una angustia proyectada; la naturaleza psicótica de esta angustia se confirma casi siempre. Estas confirmaciones inmediatas tienen menos importancia en sí pero tienen un gran valor indicativo sobre la forma en que la realidad es susceptible de ser tratada. Finalmente, también sucede cuando los voy a buscar, que las familias no me invadan dolorosamente y me dejen libre. Sin embargo, me comunican una percepción inanimada, es decir esencialmente una imagen visual fija que corresponde a la escena en la que «His Majesty the Baby» ha sido destronado por una revolución con una dominante narcicística mortífera. Freud propone una versión feliz del niño heredero del narcisismo al que tuvieron que renunciar los padres. «Existe una compulsión a atribuir al niño todas las perfecciones, que no permite la fría observación, y a ocultar y olvidar todos sus defectos… el niño tendrá una vida mejor que sus padres, no se verá sometido a las necesidades que experimentaron y que dominaban la vida. Enfermedad, muerte, renuncia a los placeres, restricción a su voluntad propia no existirán para el niño, las leyes de la naturaleza, como las de la sociedad, se detendrán ante él, él estará realmente en el centro y en el corazón de la creación». No le faltan sombras a esta escena: «la renegación de la sexualidad infantil… una tendencia a suspender todas las adquisiciones culturales cuyo reconocimiento ha sido arrebatado a su propio narcisismo». Incluso con sombras, Freud nos propone una escena triunfante bajo el título: «His Majesty the Baby». En la sala de espera, somos testigos de una evolución en la que, por efecto de la violencia, un orden sustituye a otro. Dicha evolución también tiene el sentido de un movimiento que deja abierta una pregunta ¿existe una diferencia sobre el posible regreso de una generación sobre la otra? Narcisismo mortífero bajo el influjo de la pulsión de muerte que exige la supresión de la tensión interna.

El desarrollo de esta experiencia clínica supone que el terapeuta haya hecho un análisis personal largo para no atribuir al paciente percepciones (o ausencia de percepciones vivas) que surgen de sus propias disposiciones patológicas del momento. Nuestra atención tendrá que ser muy crítica. Y por varios motivos. Sea cual sea la imagen que nos estamos haciendo de los padres y del niño al principio, esta imagen es una reducción de la realidad. Ciertos detalles van a desaparecer mientras que otros irán aumentando. La fidelidad a la realidad de la imagen reducida se consigue en condiciones que, desgraciadamente, pueden favorecer ciertas deformaciones que son muy capaces de estancar el tratamiento. A partir de Freud, el conocimiento de las distintas modalidades de pérdida de realidad nos ayuda a reconocer y a tratar los materiales que nos entregan. El relativo silencio del neurótico, el grito del psicótico, el silencio narcicístico expresan conflictos diferentes. La pérdida de realidad es siempre la consecuencia de este conflicto. Por eso nos prohibimos tomar otras iniciativas con nuestros pacientes que no sea la de reclamar tiempo para ellos y para nosotros, sin ignorar que no disponemos de la eternidad. Sabemos —y a veces demasiado— que no podemos liberar a nuestros pacientes de las etapas establecidas por la sociedad. La organización de la escolaridad es el mejor ejemplo. En la práctica médica, el publico esta hoy acostumbrado a que las decisiones criticas sean tomadas no por una sola persona sino por un grupo de examinadores. Nosotros también debemos reunir diferentes opiniones. Hay que añadir esta particularidad: para nosotros, la diversidad nace forzosamente de que pruebas sucesivas, hechas por una sola persona que anota sus observaciones, unas veces se completan y otras se contradicen. Finalmente, para ayudar a un niño deberíamos ser capaces de tener un conocimiento suficientemente de sus padres puesto que su historia contribuye siempre a aclarar la evolución de la generación siguiente. A veces es imposible y las dificultades pueden ser tan importantes que exijan una separación para seguir observando y tratando un sufrimiento tan grande. Ingresar a un niño en una institución adecuada produce un efecto lupa, haciendo aparecer los elementos indispensables al trabajo de construcción. Este trabajo refuerza la búsqueda de sentido iniciada con el niño a través de su historia.

Dos tipos de construcción emergen de nuestro trabajo: genético y estructural. Las construcciones genéticas proceden de la observación de las modalidades de lo que se dice o de lo que se hace en el marco artificial de un despacho o de una institución. El análisis de estas interacciones actuales permite observar entonces la huella del pasado de los protagonistas. En el sentido estructural, las construcciones se hacen también a partir de la experiencia clínica y de la psicopatología a la que nos estamos refiriendo. Así, por ejemplo, la aparición de una fobia en un niño en el período de latencia será casi siempre la traducción de las tribulaciones de la organización edípica. Es posible que esta construcción sea provisional, y la observación llevará más adelante este trabajo de construcción hacia las fases pre-edípicas del desarrollo. A veces se ha comentado que esta misma incertidumbre se plasma en las distintas construcciones gracias a un proceso de desconocimiento orientado a olvidar lo que ha costado aprender. Esto es cierto en lo que concierne la comunicación entre los padres del niño y el médico. Gilbert Diatkine ha descrito la formación del espacio psíquico necesario que da sentido a la oposición de los procesos secundarios (observables en la interacción) y de los procesos primarios (deducidos de la observación). La introducción de una referencia topológica es la única garantía que un psicoanalista pueda oponer a la inevitable reducción del trabajo clínico. Así, Gilbert Diatkine propone una lectura de Freud, refrescada con el recurso a la elaboración por D. Brunschweig y M. Fain, de dos tipos de imágenes especulares que representan, según él, los limites de un espacio. Un primer tipo de imágenes especulares corresponde a la situación en la que la realidad de la pérdida del objeto incestuoso está renegada, siendo asignada al niño la identificación con el objeto incestuoso. Esta construcción es el resultado, por ejemplo, de la convergencia de las preconcepciones que habitan al psicoanalista en lo que experimenta durante la entrevista con estos padres y luego con el hijo de estos padres que han venido a consultar ante un obstáculo invencible que obstruye los progresos de la escolarización. En la segunda imagen especular, el niño es invitado a ver la amenaza que resulta del reconocimiento parcial de la realidad de la pérdida del objeto incestuoso cuando una renegación oculta esta calidad incestuosa. El regreso del deseo incestuoso reprimido de la madre durante los cuidados al niño hace surgir en el niño la amenaza de una castración por el padre. Entre el espejo de la renegación y el del deseo que soporta la renegación, se crea un espacio que lleva a encontrar dos fronteras según Gilbert Diatkine.

Recordemos que la topología psicoanalítica esta organizada por dos censuras: la primera entre consciente y preconsciente y la segunda entre preconsciente y consciente. Primera y segunda no significan necesariamente la anterioridad de una con relación a la otra. Esta designación es la consecuencia de la exposición por Freud de una teoría de un aparato psíquico orientado.

Cuando presenta el modelo de la primera tópica en *La Interpretación de los sueños,* Freud solo indica discretamente una censura entre preconsciente y consciente. En 1900, se refiere esencialmente a la censura entre inconsciente y preconsciente, el paso al estado consciente releva de una modificación cuantitativa según la suma de los investimientos de las representaciones. Más tarde, después de que Freud haya introducido el narcisismo en la teoría psicoanalítica, los artículos llamados metapsicológicos le permiten explicar la naturaleza de las censuras. En primer lugar nos invita a distinguir las acepciones sucesivas que da al término «Inconsciente». En un sentido descriptivo, Freud nombra los pensamientos latentes en general. Un sentido amplio abraza los pensamientos que tienen una cualidad dinámica, permaneciendo alejados del consciente a pesar de su intensidad y de su eficacia. Finalmente, Freud llamará «Inconsciente» al sistema cuyos varios procesos que lo componen fueron descritos a partir del análisis del sueño con el título genérico de procesos primarios. No nos vamos a extender aquí sobre este tema. La notación Ics corresponde exclusivamente al sistema inconsciente. Hemos de constatar que la distinción entre actividad preconsciente e inconsciente, a pesar de no ser primaria, es la oposición más estudiada por Freud. La cuestión de una censura entre preconsciente y consciente está presentada primero como una hipótesis «…si se confirma que es una censura la que determina la transformación del preconsciente en consciente, distinguiremos los sistemas Pcs y Ics con mayor nitidez».

Más adelante, en el capítulo VI del mismo texto, Freud afirma: «… ahora pensamos que existe una censura entre el preconsciente y el consciente». Freud llega a esta conclusión examinando las condiciones de una toma de conciencia. Solo una parte del preconsciente puede llegar a la conciencia sin sufrir una censura. Otra parte del preconsciente emana del inconsciente (Ics), y por ese motivo será rechazada. La primera censura se ejerce contra el inconsciente, que separa del preconsciente. La segunda censura rechaza los retoños preconscientes del inconsciente.

Hoy en día se conocen mejor estas censuras, gracias a Freud cuya nueva partición de la personalidad en tres instancias (ello-yo-superyó) dio un impulso nuevo a la teoría psicoanalítica y gracias también a los numerosos trabajos que han explorado las vías del narcisismo. Ya en 1914, en la primera parte del texto, Freud critica la concepción de la protesta viril de Adler, protesta de la que Freud subraya la *naturaleza* narcicística y su *origen* en el complejo de castración. La psicología de la represión permite remontar a una situación psíquica en la que *pulsión del yo* (narcisista) y *pulsión libidinal* (objetal) actúan como un todo en total y al unísono. Más allá del narcisismo infantil, Freud examina el destino de la libido del yo que no se dirige hacia el objeto. La represión patógena a la que el yo se somete sería consentida en aras de una satisfacción mayor de la que provendría de la satisfacción de una moción pulsional. Esta mayor satisfacción sería volver a la perfección narcisista de la infancia, una perfección que las regañinas de la infancia han perturbado. Dicha perfección narcisista se ve desplazada al nuevo yo ideal, nos dice Freud. El sujeto se da un ideal con el que mide su yo actual bajo la nueva forma del ideal del yo proyectado (cuando sea mayor… un minuto, un día, unos años); Freud añade que el ideal (de naturaleza libidinal narcisista) exige, sin poder conseguirlo, la sublimación a la fuerza, es decir renunciando a la satisfacción sexual de parte del objeto primario. La formación del ideal actuará a favor de la represión que se ve economizada, gracias a la sublimación, por la transformación de la meta sexual en una meta no sexual. Ahora tenemos dos polos que salen a flote. El polo objetal: el yo activa mecanismos de defensa con el papel, en este caso, de la sublimación, entre otros. Otro polo de naturaleza narcisista, ligado a las fuentes infantiles del narcisismo, que mira hacia fuera, hacia el porvenir. En su artículo de 1914, Freud introduce el esbozo de una instancia psíquica de observación que tiene la misión de vigilar el cumplimiento de la satisfacción narcisista. La referencia de Freud al delirio de observación y a la frecuencia de voces alucinadas criticando el sujeto permite enlazar estas voces al papel educativo de los padres y a sus regañinas que contribuyen a templar la impetuosidad del niño. Así se formaría la conciencia moral cuya calidad será determinada por sus múltiples raíces: narcisistas y objetales, instintivas y sociales.

Al mismo tiempo que los artículos metapsicológicos, Freud escribe «Sobre la iniciación del tratamiento» que nos lleva a volver directamente a los limites de nuestro trabajo con los padres. La técnica de los tratamientos psicoanalíticos, como los de cualquier consulta de un psicoanalista, compromete al paciente, más radicalmente en la primera situación que en la segunda, a comunicar cosas que no se suelen decir. Al principio de un psicoanálisis, la regla fundamental enuncia: «En un aspecto, su relato ha de diferenciarse de una conversación ordinaria. En una conversación ordinaria usted procura mantener el hilo de la trama y, mientras expone, rechaza las ocurrencias perturbadoras y los pensamientos colaterales para no irse por las ramas, como suele decirse; aquí debe proceder de otro modo. Observará que en el curso de su relato acudirán pensamientos diversos que preferiría rechazar con ciertas consideraciones críticas. Tendrá la tentación de decirse: esto o esto otro no viene al caso, o no tiene ninguna importancia, o es disparatado y por lo tanto no hace falta decirlo. No ceda usted a esta crítica; dígalo a pesar de todo, incluso, precisamente, por haber experimentado repugnancia para hacerlo».

La observación de los padres durante un tratamiento largo de sus hijos puede hacer pensar que se podría haber ganado mucho tiempo si el consultante psicoanalista hubiera conocido tal elemento de la historia del niño o tal catástrofe de la de sus padres. De hecho nos formulamos la idea: si bien la pertinencia de esta reflexión es, en principio, una evidencia, solo aparece con claridad después de un tiempo de trabajo que no se puede escatimar. La experiencia de los tratamientos con los pacientes neuróticos pone en evidencia la lentitud de las modificaciones psíquicas profundas a partir del trabajo analítico. De forma explícita o no, el analista comunica a los pacientes la regla fundamental, subrayando la necesidad de vencer la resistencia a decir lo que parece insensato o repulsivo. Eso de «insensato» o «repulsivo» es característico de la segunda censura que preserva el sujeto de la vergüenza, de la humillación y de la molestia donde lo arrojaría de manera brusca el ridículo. Esta censura tiene un origen precoz cuando el niño sustituye los juegos que su entorno no aprueba por pensamientos silenciosos. «Solo he pensado», comenta Juanito. Esta censura obliga a los retoños preconscientes a una última transformación para que sean comunicables. Por analogía, con estos retoños del inconsciente que han traspasado la primera censura, J. y A. M. Sandler (129) proponen la noción de retoños del preconsciente, incorporándola a un sistema más amplio que reúne el sistema Pcs y las partes inconscientes del yo y del superyó desde un punto de vista descriptivo y dinámico. La distinción entre estos dos tipos de retoños conduce a reformular las dos censuras. La primera resulta de la organización de la represión secundaria, la organización edípica; la segunda es de naturaleza narcisista y en ambos casos su origen está ligado al complejo de castración como lo ha demostrado B. Grumberger. Se ha discutido mucho sobre la oportunidad de enunciar la regla fundamental al principio del análisis. En absoluto se trata de extenderlo a las consultas con los padres. Sin embargo, la referencia a la regla fundamental permite llamar la atención sobre el obstáculo que hemos de tener en cuenta tanto en el transcurso de las consultas como durante el tratamiento. En cualquier caso, sea cual sea su edad, el paciente organiza el tiempo que compartimos con él para preservar lo convenido, contra todo lo que podría perturbarlo durante el desarrollo de la sesión. A este propósito, Freud escribe: «El médico no consentirá por mucho tiempo esta separación; tomará nota de lo dicho antes de la sesión o después de ella, y, aplicándolo en la primera oportunidad, volverá a desgarrar el biombo que el paciente quería interponer» [2]. En el plano técnico, hoy en día todavía tenemos que dar prioridad a «desgarrar el biombo». Lo asocio a la segunda censura. Dicha prioridad se la debemos a los pacientes a los que tenemos que ayudar a conocerse para que se liberen desde el interior. En cuanto a los padres, que como subraya René Diatkine normalmente no nos piden nada, el respeto al biombo que nos presentan es para nosotros una obligación ética. Esta ética fuerza el respeto de los padres ya que son propiedad de los hijos.

Sin embargo, ocurre que al destruir ellos mismos los biombos de exclusión de la censura narcisista, los padres aporten un elemento esclarecedor. Freud cuenta como después de que la madre de una joven histérica se hubiera confiado a él, lo que resultó fue un desconocimiento del papel de los padres:

> … la madre de una muchacha histérica me reveló la vivencia homosexual que tuvo mucha influencia sobre la fijación de los ataques de la hija. La madre había sorprendido la escena, pero la enferma la tenía totalmente olvidada, y eso que pertenecía ya a los años de la prepubertad. Pude hacer entonces una experiencia instructiva. Todas las veces que yo le repetía el relato de la madre, ella reaccionaba con un ataque histérico, tras el cual el contenido de lo que yo le había comunicado quedaba olvidado de nuevo. No cabía ninguna duda de que la enferma exteriorizaba una resistencia muy violenta a un saber que le era impuesto. Al fin simuló estupidez y total pérdida de la memoria para protegerse de mis comunicaciones. Fue preciso entonces quitar al saber como tal el significado que se pretendía para él, y poner el acento sobre las resistencias que en su tiempo habían sido la causa del no saber y ahora estaban listas para protegerlo. El saber consciente era sin duda impotente contra esas resistencias, y ello aunque no fuera expulsado de nuevo.

Si comparamos esta observación con el relato que hace Freud del tratamiento de Dora y de las relaciones que mantenía con los padres de la otra joven, deducimos que hay que preocuparse menos por conocer a los padres que por interrogarse sobre cómo los conocemos, como lo hicimos al recordar el papel de las dos censuras: la más periférica, de naturaleza narcisista, es determinante en este momento de nuestro trabajo con los padres del niño. Ya desde Freud, la idea de ahorrar tiempo es habitual para los analistas. Ahí juega un papel nuestra propia estima. Junto con el narcisismo primario heredado de nuestros padres, las satisfacciones surgidas de la libido objetal y la realización del ideal, nuestra aspiración a recobrar el narcisismo perdido nos hace buscar en la experiencia la confirmación de la omnipotencia. Gracias a sus cuidados perfectos, la madre lo había conseguido antaño. No nos hemos recuperado aún de que estos cuidados maternos solo sean ahora suficientemente buenos. Como unos padres tiernos con sus hijos y con esta nueva transformación, nuestra atención clínica se hará entonces narcisismo de vida. La realidad de los padres nos solicita y de esto nos podemos felicitar. En ellos también, el narcisismo resulta quizás más mortificado que mortífero. A decir verdad, esto es lo esencial del trabajo que podemos realizar con ellos: liberar los recursos vitales del narcisismo de las infiltraciones de la pulsión de muerte en el narcisismo, como lo comenta André Green. Nos hemos de resignar a tratar las resistencias, limitándonos a aprender para que no se desarrollen contra Eros.

Conocer a los padres es un propósito cuya ingenuidad nos ha hecho reflexionar.

Cuando vamos a buscar a los padres y al niño a la sala de espera, la primera vez y las siguientes, la sensación de conocer a los padres es consecuencia de la ilusión de un momento en el que descuidamos el desdoblamiento en nosotros mismos. En las distintas etapas de su descubrimiento del psicoanálisis, Freud nos llama la atención sobre este desdoblamiento, llevándonos a considerar en cada momento que no hay solo una inscripción sino dos. La imagen de los padres y del niño percibida por el analista produce una imagen superficial transitoria y otra profunda y duradera. Cada una pertenece a un sistema diferente y están vinculadas entre sí de la misma manera que lo están las diferentes capas de una pizarra mágica. La pizarra mágica permitió a Freud que su público entendiera su concepción del aparato psíquico, al comparar la hoja de celuloide superficial con el aparato de las percepciones de calidad consciente, y las calidades inconscientes con la cera profunda de las huellas mnémicas. Hay que añadir que el aparato psíquico tiene una complejidad mayor que la del ingenioso dispositivo de la pizarra mágica. A partir de Freud, podemos imaginar una actividad de percepción-recepción superficial bajo la doble influencia de las estimulaciones externas e internas. Estas últimas corresponden al quantum periódico de investimiento de las imágenes del mundo exterior a partir de las fuentes internas de energía pulsional. Dicha energía interna no es simplemente caótica. La confusión originaria y las organizaciones sucesivas —la más evolucionada corresponde al complejo de Edipo— han transmitido un ritmo identificable a esa energía. Esta identificación requiere el análisis continuado por parte del clínico y la consideración de los procesos análogos y conformes al estado actual de la organización de su personalidad en los padres y en el niño. El conocimiento de los padres debe pues posponerse para más allá del trabajo de análisis de los procesos gracias a los que podemos conocer estas estructuras. Tenemos que pensar que no conocer a los padres es parecido al hecho de que no se conocerá el don que hacemos a los pacientes de un tiempo de nuestra vida. Conocer a los padres no es imperativo sino un horizonte solo susceptible de materialización retroactiva de lo que podemos conocer del mundo interno de los padres y del lugar que han contribuido ocupar en el mundo interno del hijo. A propósito del mundo externo, debemos ser vigilantes con los padres y con el niño con el mantenimiento del marco de nuestro trabajo. ¿Qué implica esto? Que nuestros interlocutores se puedan expresar libremente para poder compartir con ellos la escucha de algo de su historia. En un seminario público, André Green propuso un esquema que muestra claramente la parte que debe ocupar el analista junto a su paciente para que la palabra adquiera sentido. Este esquema se centra en la esfera de confusión que reúne al analista y a su interlocutor. Esta esfera es la intersección de cuatro sistemas cardinales; (1) El sistema Percepción/Conciencia con su regreso bajo la forma de puesta en acto voluntario. Este sistema se organiza conforme a los procesos secundarios. (2) El sistema Estimulo/Respuesta corresponde a un nivel primario de descarga exterior en la acción. (3) El sistema de representaciones correlativo a la actividad pulsional en relación con el afecto. En este sistema, el afecto representa un proceso de descarga interna. Este sistema está organizado por los procesos primarios. (4) El sistema Emisor/Receptor del lenguaje es el de la palabra. Estos diferentes sistemas son asequibles de forma muy desigual por el trabajo terapéutico. André Green propone traducir la innovación freudiana por una barra oblicua que atraviesa el círculo de confusión en la intersección de estos cuatro sistemas. Este esquema tiene la ventaja de mostrar cómo cualquier desplazamiento de investimiento conlleva una doble transferencia: transferencia sobre la palabra y transferencia sobre el objeto. Con esto, conocer a los padres depende del momento, a menos que tengamos los medios para analizar estas transferencias; para eso hace falta el discurrir del tiempo. Pero es a otra forma de rigor al que debemos consagrar nuestros esfuerzos. No conocer a los padres, que no está ni bien ni mal sino solo inevitable, ha contribuido a revalorizar el estudio del inconsciente (Ics) y del Preconsciente (Pcs). La importancia que se da hoy al Pcs responde al desarrollo de la experiencia clínica con pacientes distintos de los de estructuras neuróticas. Para estos nuevos interlocutores, el límite entre Cs y Pcs es difícil de movilizar. Y esta dificultad resulta o de la debilidad singular de la censura entre Ics y Pcs que se manifiesta en la clínica por cuadros psicóticos, o por el hecho de un exceso de investimientos narcisistas de la censura entre Pcs y Cs que subyacería bajo las patologías narcisistas, en particular en las psiconeurosis narcisistas en el sentido de Freud. Por lo tanto la búsqueda de sentido puede ser tan viva como el movimiento entre los signos que lleva el discurso de uno y los signos que se esperan del Otro.

---

[1] *Les Textes du Centre Alfred Binet,* 1984, núm. 4.

[2] Unas líneas más adelante, Freud añade: «Ahora bien, mientras las comunicaciones y ocurrencias del paciente afluyan sin detención, no hay que tocar el tema de la transferencia». En definitiva, a la primera ocasión pero sin precipitarse mientras el paciente continúa… idealmente nunca hay que precipitarse.

CAPÍTULO 2

Personajes-terceros y paso[1]

La noción de personaje-tercero ha sido desarrollada por Evelyne Kestemberg a partir de la práctica original del Centro de Psicoanálisis y Psicoterapia. Partiendo de tres observaciones, las convergencias y las divergencias con la práctica habitual de las curas clásicas necesitan una exigencia de comprensión teórica. Este personaje-tercero no reúne solamente el tercero fantasmático de la estructura edípica, ni cualquier proyección (en un objeto externo) de cualidades derivadas de las imagos nacidas de las relaciones con la madre y con el padre de la historia personal.

La noción quiere precisar la naturaleza del papel, organizado por el paciente, de una persona que poco a poco será el lugar de las proyecciones y de los desplazamientos durante el tratamiento cuya duración varía. Esta persona se integra en la economía psíquica actual del paciente. La integración de esta persona puede parecerse a la de un objeto-cosa, por ejemplo el dinero, que posee un valor económico y dinámico similar. Pero hay que distinguir la utilización de un personaje-tercero real en el transcurso de la cura de las neurosis de carácter, verdadera transferencia lateral que se diferencia de la lateralización de la transferencia características de las neurosis de transferencia clásicas.

Ya lo hemos comentado, esta descripción procede del modo de funcionamiento del *Centre de Psychanalyse et de Psychothérapie* muy parecido al del *Centre Alfred Binet.* Para muchos pacientes, una persona o una institución tercera se inscriben de antemano en el procedimiento que les lleva a consultar a la persona que habitualmente no va a ser su psicoanalista. Esta tercera persona o institución puede ser, en los dos casos, una asistenta social, eventualmente los padres de los niños, de los que D. W. Winnicott piensa que son el hospital psiquiátrico natural de los hijos. Pero, como subraya Evelyne Kestemberg, «lo que surge no está directamente tocado ni a nivel del paciente, ni a nivel de la elucidación del analista». Con el propósito de asegurar un funcionamiento que sea objeto de un conocimiento que se convierta en fuente de desarrollo psíquico, la idea es sustituir a esta persona o institución por un personaje-tercero accesible en términos de comprensión teórica y utilizable en el plano técnico. Como se trata de personas adultas, Evelyne Kestemberg apunta: «… esta utilidad, incluso esta fecundidad, no intervienen más que en los enfermos con una organización psicótica compleja», es decir que no se trata ni de pacientes neuróticos ni de psicosis importantes: Psicosis no delirantes, «Psicosis frías» que implican una organización particular de la neurosis infantil y no la radical desorganización de las psicosis delirantes.

El marco de la consulta asocia al terapeuta que organiza el diálogo un número reducido de colaboradores. Se parece en muchos puntos a la situación en la que me encuentro cuando recibo por primera vez a un niño y a su familia, con la asistenta social del equipo y con una o dos personas que nos acompañan en ese momento. Este dispositivo es siempre bien aceptado porque habrá después un momento en que nos separaremos, satisfaciendo así en los padres y en el niño las disposiciones más neuróticas que les hacen desear tener un interlocutor único.

Tras la primera evaluación de la organización psíquica, cuando una actividad asociativa permite esperar una movilización, proponemos un tratamiento. Para terminar la entrevista, Evelyne Kestemberg dice: «… *Si no le conviene el analista propuesto o si por cualquier otro motivo quiere volverme a ver, quedo a su entera disposición*». La experiencia muestra que con el tiempo y durante el desarrollo del tratamiento, pocos pacientes expresan el deseo, la necesidad o la utilidad de volverla a ver o de referirse a ella.

Con los pacientes que presentan distintas psicosis, en primer lugar se trata de mantener una continuidad dentro de la discontinuidad que pasa por el intercambio con el objeto. La evaluación tiende a comprobar este intercambio. Luego, se trata de apreciar la aptitud para instaurar una organización transferencial, es decir las capacidades de interiorización y de organización de un objeto interno de donde saldrá la posibilidad de repetir y de desplazar sobre el analista las proyecciones y las introyecciones de las cualidades del objeto interno (muy distintas de las proyecciones sobre el analista de los derivados pulsionales). En otros términos, se trata de observar la economía psíquica actual respecto a la sexualidad infantil, precisando su continuidad o su discontinuidad, lo que implica no confundir transferencia con investimiento. Evelyne Kestemberg distingue cuidadosamente *la secuencia de los conflictos psíquicos* expresada en los síntomas y que traduce la economía, la dinámica y la tópica. Cualquier otra cosa es *la yuxtaposición de movimientos y de investimientos opuestos,* excitaciones no negociables que amputan al sujeto de una parte fundamental de su yo, operando una discontinuidad con la sexualidad infantil: como si la escena primaria siguiera siendo una «horrible mezcla» donde las imagos edípicas se destruyen y se confunden. Las figuraciones en procesos primarios, inconscientes o conscientes mantienen una excitación continua, sin efecto de *après-coup.* El preconsciente es inoperante: no existen suficientes posibilidades de funcionamiento de los procesos secundarios, producciones propias del sujeto demasiado invadido por las figuraciones primarias. El Edipo no ha comenzado aún su declive, la latencia ha fracasado y la adolescencia que despierta el primado genital actúa como un traumatismo que opera de una forma indefinida. Sus únicos recursos son la renegación y la escisión, que contribuyen a la confusión entre realidad externa y realidad interna.

¿Cómo concebir un proyecto terapéutico, es decir posibilitar que la relación con otro permita organizar una relación primero tolerable y luego útil, que preserve la alteridad del otro? En un principio, el otro es un lugar de proyección de la excitación; ¿cómo puede convertirse en una parexcitación interna? Esta pregunta llevó a Evelyne Kestemberg a elaborar tres «modelos». Las comillas son suyas, y atraen la atención sobre el hecho de que no se trata de estructuras que oponen neurosis y psicosis, sino una referencia al modelo de la neurosis infantil en el sentido que le da S. Lebovici. Nos enseña con eso una concepción sintética de la organización y del destino del psiquismo en términos de estatus recíprocos del sujeto y del objeto. Tenemos que recordar aquí las hipótesis metapsicológicas de Evelyne Kestemberg sobre el lugar del «Sí-mismo», la importancia del autoerotismo y el papel de la relación fetichista con el objeto.

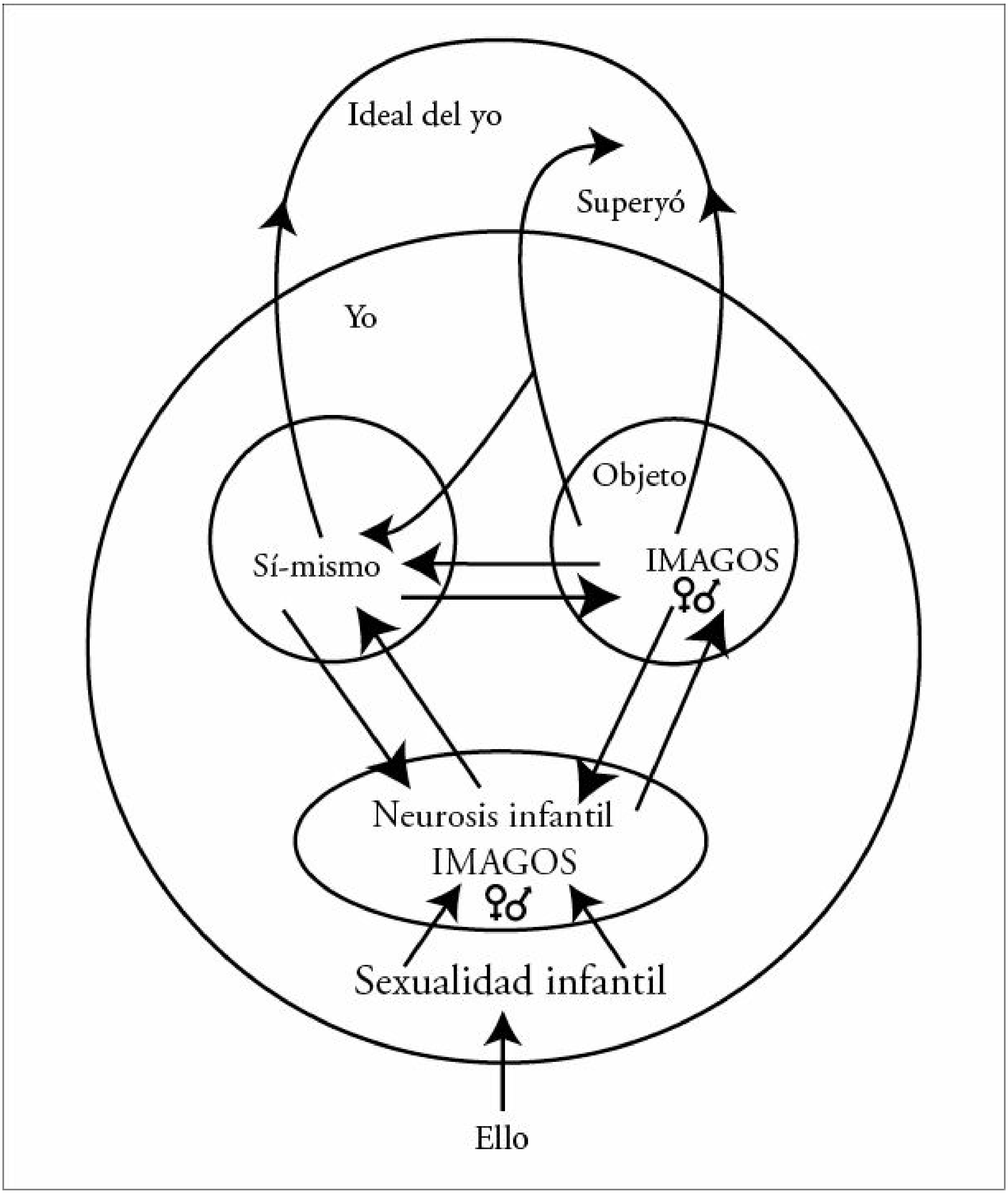
El «Sí-mismo» constituye la primera configuración organizada del aparato psíquico. Emana de la unidad madre-hijo y representa a nivel del sujeto (objeto de la madre) lo que le pertenece personalmente, «… antes de que se haya organizado el objeto interno de manera diferencial». Esta configuración permite al niño ser su propia parexcitación. Esta definición del «Sí-mismo» de Evelyne Kestemberg incluye la relación objetal a nivel de la organización de la continuidad narcisista, es decir a nivel del autoerotismo primario.

Este autoerotismo singular permite sustituir el «Sí-mismo» por el objeto y encontrar afectos singulares y específicos distintos los que resultan del intercambio con el objeto. Estos afectos son permanentes a lo largo de la existencia bajo forma de un «sentimiento de Sí-mismo» figurado por el placer de funcionamiento y por el ideal del yo que Evelyne Kestemberg distingue radicalmente del superyó heredero del complejo de Edipo. Aunque será la fuente de la satisfacción alucinatoria, perdiendo de vista el objeto en favor del funcionamiento alucinatorio que se convierte a su vez en fuente de placer.

La relación fetichista con el objeto es una respuesta a la pregunta importante de Evelyne Kestemberg: «¿De qué manera el placer de querer y de destruir puede no romper su propia coherencia dejando construir y asegurar su existencia?», en otros términos: «¿Cómo conciliar el placer de sí (autoerotismo e integridad narcisista) con el placer obtenido y dado a los objetos edípicos con sus objetos edípicos y los sustitutos sucesivos (libido objetal)? ¿Cómo dejar declinar el edipo manteniéndolo vivo sin quemarse ni deshacerse?».

Los «modelos» elaborados por Evelyne Kestemberg derivan de un esquema del aparato psíquico que permite relacionar las distintas hipótesis metapsicológicas y dejar que aparezcan los pilares del sistema: la sexualidad infantil y la neurosis infantil.

FIGURA 1.—El aparato psíquico, esquema propuesto por E. Kestemberg[2].


Ideal del yo
Superyó
Yo
Objeto
Sí-mismo
IMAGOS
♀♂
Neurosis infantil
IMAGOS
♀♂
Sexualidad infantil
Ello

Se trata de una teoría de la clínica de una mayoría de pacientes adultos que sufre graves trastornos. Los modelos que se deducen nos aclaran en el trabajo que tenemos que hacer con los pacientes adolescentes. Sin embargo aún hoy la mayoría de las veces, nuestros pacientes vienen durante el período postedípico que no siempre se traduce por un período de latencia típico según el modelo de la neurosis infantil. Pero la experiencia del tratamiento psicoanalítico nos ha enseñado a dar la máxima importancia a la observación de lo que se puede poner en latencia desde una primera consulta hasta las siguientes. René Diatkine lo describe en el artículo «*A propos des processus d'identification chez l'enfant*». Michel Ody relata otros ejemplos en su ponencia del 47º Congreso de Lengua

Francesa. El modelo propuesto por Evelyne Kestemberg subraya cuan peligrosas son las relaciones de objeto si los retoños del inconsciente no pueden ponerse en latencia: «O bien explotan y aplastan, o bien obnubilan y borran; y el trabajo de elaboración, de secundarización del preconsciente se hace imposible. Por lo tanto es necesario recurrir a nuevos medios para seguir viviendo o sobreviviendo; la organización de la relaciones fetichistas puede ser uno de ellos». Este es el papel deliberadamente asumido por Evelyne Kestemberg después de sus consultas, cuando se lo indica su desarrollo.

Cuando recibimos a un niño y a sus padres, nuestra situación es muy distinta. Tal y como lo indica Freud y lo recuerda Evelyne Kestemberg, la unidad el niño y sus padres es una unidad desde el punto de vista del principio de placer. Es un punto de vista teórico esencial que de ninguna manera podemos aplicar directamente a la experiencia clínica. El estudio de los grupos, y luego el de las familias, nos llevan a soluciones clínicas y teóricas que explican nuestra experiencia de consultante analítico; y de ciertas dificultades de paso del trabajo de elaboración del consultante al terapeuta que acepta hacerse cargo de la dirección del tratamiento. Es posible hacerse una idea desde el momento en que vamos a buscar al paciente y a su familia por primera vez. Cuando constato que me he sentido libre de seguir mis propias asociaciones mientras nos dirigimos a mi despacho. Es frecuente que el examen del niño me permita observar los efectos organizadores sobre la sexualidad infantil de la neurosis infantil que se está construyendo. En cambio, algunas familias acaparan inmediatamente toda mi atención, y contener su angustia psicótica no deja de ponerme a prueba, a veces de manera agotadora. Pero existe otro tipo de situación que corresponde al encuentro con las familias que nos dejan libre, sin invadirnos dolorosamente, pero imponiéndonos una *percepción inanimada*, imagen que podría ser la figuración especular del investimiento fetichista que soportamos. Estos casos dejan patente la prevalencia del registro narcisista. Al contrario de la situación del consultante separado del analista que se encarga del caso, el inicio con la familia (cf. Cap. 1) de una terapia breve decidida con otros dos terapeutas pone siempre en evidencia el clima de sensibilización kretschmeriana, de ideas delirantes de persecución con las que una familia lucha contra las humilla-ciones que sufren por intermedio del hijo. Los terapeutas son percibidos con ambivalencia, unas veces asociados al aparato exterior de persecución, y otras como protectores. Su potencia se pondrá al servicio de los padres y del niño. Entonces, ciertos afectos depresivos pueden expresarse a partir del desplazamiento sobre un tercero ausente del marco terapéutico; por ejemplo, los niños que no reciben cuidados, dejados, como antes lo fueron sus padres. Surgen siempre situaciones conflictivas que abren una perspectiva de cambio. Pero no es nada seguro que esta perspectiva se cumpla, porque ese conflicto amenaza con la ruptura del tratamiento, así como a la estima de sí mismos de los miembros de la familia. El remedio que exige la familia sería que el niño fuera perfecto. «Cumplirá los sueños de deseo que los padres no pudieron llevar a cabo». El narcisismo de los padres busca un refugio que el niño no puede asegurar cuando el equilibrio de las relaciones conyugales se ve asaltado por las pulsiones eróticas y sádicas de la pareja. El tratamiento con psicodrama nos podría haber suministrado ejemplos parecidos. En su artículo sobre narcisismo, S. Freud indica «… algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya». Esta *nueva acción* es el centro de nuestro trabajo, que se propone restablecer la unidad del yo, el yo entendido aquí en el sentido que le da Freud en la época anterior a la descripción de la segunda tópica.

Estas consideraciones son importantes cada vez que el analista no puede elegir entre una actitud más reservada y una posición más activa. René Diatkine describe estas situaciones a propósito de los niños, es decir una época en que el estatus de los objetos internos permite la movilización de un sobreinvestimiento del consultante, personaje extranjero para el niño; luego, un desinvestimiento que tiene un valor resolutivo. Subraya Diatkine que no sucede lo mismo con los adolescentes cuyo estatus diferente de los objetos internos está modificado por las transformaciones de la pubertad. Ya he descrito sus efectos sobre la organización de las relaciones de objeto durante esta época de la vida. Cuando es posible acompañar *un mínimo* al niño para contener la angustia de la experiencia de seducción que constituye la consulta:

> la forma de actuar para ayudar al paciente y a su familia de manera eficaz puede surgir así. El niño ha tenido un encuentro inhabitual, el analista ha sido muy investido durante unos instantes, pero si ha permanecido en una actitud de reserva los procesos de desinvestimiento vuelven a activarse. Si un tratamiento psicoanalítico es necesario, *otro se puede encargar* sin problema y sin que haya que complicarse preguntándose si olvidar un acontecimiento tiene un efecto negativo en sí.

Pero puede ocurrir que al ver a un niño por primera vez, no nos quedemos en eso. Por ejemplo: poniendo en relación dos elementos que han surgido durante la consulta, como lo describe René Diatkine en otro número de los *Textes du Centre Alfred Binet:* «Se instauran así esas psicoterapias "a petición del paciente", consulta terapéutica, porque se hace muy difícil enviar al niño a otro compañero». Somos muchos los que hemos tenido la experiencia de esta dificultad que nos lleva siempre a retomar la situación con el consultante que se ha inscrito en la historia psíquica del niño de tal manera que no es fácil desplazarla. Tenemos que volver a pensar en el papel de este personaje-tercero imaginado por Evelyne Kestemberg para pensar las dificultades del traspaso de consultante a terapeuta.

En la experiencia que E. Kestemberg nos ha transmitido, este personaje interviene en un contexto singular con unos adultos cuya petición se inscribe en un marco institucional. Nuestros pacientes son niños y adolescentes cuyos padres son el marco actual donde se manifiestan los fracasos de una historia ya larga, por muy jóvenes que sean nuestros pacientes. Para muchos de ellos, el consultante y la asistencia que a veces lo acompaña deben actuar en espejo. Las metáforas «entorno» y «marco» se han enriquecido con los desarrollos modernos del psicoanálisis y lo que las necesitamos muestra la complejidad con la que tropezamos. Me parece necesario destacar aquí el papel de la asistencia que a veces participa en estas consultas. Ya he mencionado que tendríamos que incluir aquí un desarrollo sobre el papel de la asistenta social cuando recibimos juntos por primera vez al niño (o al adolescente) y a sus padres. A veces estamos juntos a lo largo de toda la primera consulta, y a menudo durante las consultas siguientes. Otras veces, después de una toma de contacto, nos repartimos el trabajo antes de reunirnos con los demás después de que yo haya visto al niño. Ninguna táctica es sistemática. Ninguna se puede reducir a unas disposiciones impuestas a los que vienen a consultarnos, debido al tipo de trabajo en un centro público de consultas. Podemos recibir solo a nuestros pacientes cuando pensamos que sería ventajoso para ellos. Nos gustaría atraer aquí la atención sobre el campo más amplio de actividades que permite acoger a los pacientes a los que no podríamos atender en nuestra consulta particular con solo nuestros propios medios. Más allá de las primeras consultas, hemos indicado las modalidades por las que discurre nuestro pensamiento.

Resumiendo: podemos señalar varias eventualidades a partir de las primeras consultas:

(I) Si la neurosis infantil devuelve bien la excitación que resulta de la situación de examen, hay que indicar un tratamiento por el sufrimiento que ha llevado a consultar, y pasar a otro terapeuta suele ser fácil. (II) Cuando el sobreinvestimiento inicial es mantenido por el papel que el consultante tiene que desempeñar durante la consulta, pasarlo a otro terapeuta —si es que hay que hacerlo en algún momento— se ve diferido de forma imprevisible. (III) En otros casos, la organización particular de la neurosis infantil obliga a tomar disposiciones especiales.

I. Podemos recibir solo a un niño del que sabemos que sus padres existen y que aseguraran el acompañamiento necesario al tratamiento de su hijo: así, la cura analítica de su hijo tiene muchas posibilidades de hacerse de forma satisfactoria.

André tiene diez años cuando lo recibo al principio del curso escolar. Acaba de entrar en la clase que corresponde a su edad. El psicólogo escolar ha aconsejado la consulta al constatar que su inteligencia superior a la media y sus dificultades de escolarización coexisten con una imaginación desbordante. Recibo un niño guapo, con ojos vivos y particularmente presente, acompañado por sus padres. A pesar de los buenos resultados que constato al ver las notas del año pasado, el énfasis está puesto en las dificultades escolares. Me llama la atención la gran labilidad emocional de la madre y un eczema de cuya existencia me entero de forma casual ya que una historia de tono persecutorio aparece durante una cura termal del verano pasado: un niño celoso del dinero que Andrés recibía le había amenazado físicamente. En cambio, con nosotros se mostraba muy confiado y la atención que le dedicamos le gratifica mucho. Durante las entrevistas siguientes, después de que sus padres hubieran insistido sobre su inquietud por los trastornos de atención de su hijo en clase y en casa, el niño nos contó nuevos episodios en los que él era víctima de robos. Se trataba de pequeños objetos varios a los que una alusión por su parte a la masturbación me dará más pistas aún cuando el padre nos dirá que su mujer está embarazada, lo que contraría a nuestro joven paciente porque va a ser el final de su situación de hijo único. La enorme distancia entre mis preocupaciones y las de sus padres necesitó que supiéramos esperar antes de proponer una psicoterapia que consideramos deseable. Esta psicoterapia empezó seis meses después de la primera consulta y antes del parto tan temido. Evoluciona de manera satisfactoria desde hace un año sin tener que volver a ver ni al chico ni a sus padres.

Fue la asistenta social escolar la que aconsejó que Bernard, 5 años, viniera a consultar por su distracción, tanto en casa como en la sección infantil del colegio. La familia es africana. El padre lleva unos veinte años en Francia, su mujer diez. Cuando acuden a consulta, Bernard es el quinto de seis hijos, tres niñas y tres niños. Bernard exige no dormir solo, comparte la cama con su hermano el mayor (catorce años). Tiene una hermana que le lleva ocho años y otra que le lleva cuatro. Los pequeños tienen cuatro y dos años. Tras un mes, la persistencia de los trastornos y la capacidad de este niño para recordar y desarrollar nuestro intercambio a partir del dibujo permiten iniciar una psicoterapia. La confianza de los padres permitió que lo hiciéramos rápidamente y la terapeuta pudo saber en su momento, unos meses más tarde, que había nacido un hermanito; el embarazo había sido acompañado desde el principio por un exceso de excitación que había desbordado los recursos tanto del niño como de su madre.

II. A veces no nos podemos quedar ahí, el trabajo que hemos empezado en la consulta conduce a una sucesión de consultas terapéuticas. La eventualidad de pasar el caso a otro terapeuta queda en suspenso. Ocurre con frecuencia con los adolescentes, pero no es la única eventualidad a esas edades ni una solución exclusiva para los adolescentes.

Charles tenía once años cuando vino por primera vez. Su madre estaba asustada por las consecuencias del proceso de divorcio que le había dado la custodia de su hijo desde hacía dos años. Yo me percataba ya del motivo por el que la madre se asustaba. El chico parecía satisfecho del cariño real de sus padres, a pesar de que su expresión fuera excesivamente dramatizada. Tal dramatización encubría unas dificultades de manejo del lenguaje escrito que aparecieron cuando Charles quiso escribir el principio de una historia. El sufrimiento psíquico no le invadía demasiado, pero las consecuencias escolares de los cambios en su vida familiar requerían urgentemente la ayuda de una logopeda. Yo lo seguiría viendo para poder elaborar con él el conflicto entre el dios Re y Osiris que Charles descubre con pasión: él asocia la bipolaridad diurna y nocturna a la manera en que no puede ver a uno de sus padres más que estando el otro ausente. El amor de Isis por Osiris le llevará, haciendo un desplazamiento, a identificarse con el rey muerto que «sufre» por la constancia de la madre/esposa para reunir las partes dispersadas por su rival. Esta historia reflejaba el interés nuevo que sentía por su escolaridad, liberado del movimiento depresivo resultado de la reactivación del conflicto edípico, más regulado por la neurosis infantil que por los acontecimientos externos contemporáneos de esta reactivación. Apareció *après-coup* la historia del rey-dios resucitado como alegoría de la presencia que Charles había movilizado en mí y que persiste hoy en día. Por referencia a una tradición cultural más tardía, nos hacemos, uno y otro, recitantes del tiempo que compartimos, es decir del tiempo que pasamos juntos, muchísimo más largo que el que hemos decidido pasar sin vernos.

No parecía nada seguro que un día pudiéramos recibir a Denise. La familia de un niño al que habíamos ayudado nos había advertido y pedido nuestro acuerdo para dar nuestra dirección. Los padres de Denise eran hostiles a todo lo «psi». Luego nos íbamos a encontrar con una niña de ocho años, alta, preciosa, acompañada por sus padres. Denise se quiere sentar en las rodillas de su padre mientras que la madre explica que ha venido porque a su hija le inquieta una eventual separación de sus padres. Sola conmigo, Denise se expresa verbalmente, sin recurrir a la ayuda del dibujo ni al juego. Me expone un sufrimiento masoquista en un registro edípico. Cuando está con su padre, sufre por no estar con la madre, y cuando está sola se siente infeliz porque su padre y su madre tienen actividades, juntos, en las que ella no participa. A pesar de sacar mejores notas, su ansiedad sigue siendo importante un mes más tarde. Primero no tiene nada que decirme, luego me anuncia que, por la noche, llora para llamar a su madre. Este escenario yo ya lo había vislumbrado y le pido que me describa las circunstancias. En el momento de acostarse, su padre le impide ir a lavarse los dientes, ella llora y llama a su madre. Le muestro la diferencia entre los dos relatos y le invito a contar las consecuencias de la prohibición de su padre. Las catástrofes se van encadenado una con otra: los microbios podrían llegar y crecer dentro de las caries que se forman después de haber comido caramelos. Habrá que volver al dentista, cosa que no le gusta nada. Esta historia se traducirá de manera notable en imágenes. Dibuja un cuadrado que me parece un terrón de azúcar. Luego aparece un caramelo encima, el cuadrado figurando un terrón/diente va a ser sometido al suplicio exquisito del caramelo e incluirse luego en un cuadrado mayor: el pobre diente alterado por una carie, el cepillo de dientes que dibuja es ahora inútil, y es cuando el dentista con su instrumental tendrá que quitar una parte del diente antes de tapar el agujero con plomo. Las vacaciones de verano posponen dos meses la consulta siguiente. Inmediatamente, Denise vuelve a la historia de sus dientes: quizá le pongan un aparato porque tiene la boca demasiado pequeña y por eso no se puede cepillar bien los dientes… Mi comentario a propósito de su padre ha contribuido sin duda a mejorar las relaciones actuales con él, pero substituyendo a una identificación que reenvía a un porvenir incierto la satisfacción del deseo edípico invertido. Las disposiciones de los padres por un lado, y por otro el sufrimiento de Denise haciendo persistir el sobreinvestimiento del consultante, harán que la paciente no pasará a otro terapeuta. Convenimos volvernos a ver cuando lo pidan.

III. La prevalencia narcisista de los investimientos no permiten adoptar una de las propuestas anteriores.

Nos habían pedido una consulta con cierta presión por consejo de un colega, clínico fino, que había constatado la ineficacia de un tratamiento con ansiolíticos e hipnóticos que había prescrito a una chica joven al final de la escolaridad. La adolescente venía con su madre. Emilie arbolaba la sonrisa de una chica de dieciséis años, pero en un rostro muy alterado. Su malestar físico era perceptible y cercano a la despersonalización. La madre, la cuarentena, aseguró que su hija podía hablar a solas conmigo pero que ella expondría la situación sin querer verme a solas. Estaba claro que la madre invitaba a su hija a hablar libremente de TODO, también en su presencia. Las dificultades escolares fueron expuestas bajo forma de una fobia escolar. Emilie se negaba tanto a presentarse a las pruebas de selectividad como a irse al extranjero para perfeccionar el idioma tal y como lo había organizado su madre. Esta nos había convencido de la excelente escolaridad de Emilie que, en cambio, decía que no podía enorgullecerse de esa casi perfección que para ella se debía a la bondad de los profesores y decía que le parecía que las notas estaban equivocadas. La madre no podía comprender las negativas de su hija puesto que había hablado de todos los proyectos con ella. Emilie había dicho que si al principio, pero cada vez que se fijaba la fecha del viaje se retractaba. Al final, lo que resultó de esa negación es que se tuvieron que ir de vacaciones juntas, viaje complicado debido a los cambios de última hora. La necesidad de Emilie de estar con su madre me llevó a preguntarle por su situación familiar y a enterarme de que sus padres acababan de divorciar después de muchos años de conflictos muy duros. La situación se complicaba aún más porque el hermano mayor, secretamente más a favor del padre, había sido, como ella, confiado a la custodia de la madre. Así que nos encontrábamos ante una adolescente cuyas transformaciones de la pubertad habían tenido como eco el doble caos de las rupturas de la vida familiar de su adolescencia, y el de su infancia, durante la cual ella afirmaba que su padre no le había dado nunca una paga, nunca le había dado de comer y nunca ni siquiera dado un beso. La primera queja se refería a la rivalidad con el mayor, que disponía del dinero que ella rechazaba. Las dos quejas siguientes venían del espectáculo intolerable que su padre le había dado en casa de la «otra» mujer cuando vio cómo quería a la niña nacida del segundo matrimonio. En las primeras entrevistas, yo era el interlocutor de Emilie y de su madre. Conmigo, la asistenta social era una presencia real, silenciosa y atenta al «comercio» que hizo aparecer la reinvidicación mantenida de un padre/marido. El escaso éxito del tratamiento farmacológico nos llevó a completarlo con una cura psicoanalítica y Emilie eligió volver a ver al terapeuta que había conocido unos años antes. Tanto la asistenta social como yo quedamos investidos durante más de un año en el que funcionamos como lugar de proyecciones y desplazamientos, ya sea juntos para recibir a la adolescente y a su madre, ya por separado cuando la asistenta social recibía a la madre. Como dice Francis Pasche, creo que en este período, que anuncia las transformaciones de la pubertad, hemos facilitado la consolidación del núcleo histérico a partir del cual las transformaciones del superyó durante la adolescencia completarán la autonomía de esta chica.

En resumen, podemos reagrupar las distintas situaciones en dos tipos de casos que son los siguientes.

Unas veces es posible pasar el caso a otro terapeuta (André y Bernard por un lado, Charles y Denise por otro), pero puede ocurrir que haya que hacerlo reservando al niño y a sus padres un lugar de investimientos que garantiza el intercambio iniciado por el niño con su terapeuta, todo el tiempo que haga falta. La problemática del personaje tercero es, a menudo, desdoblado en el binomio consultante y asistenta social (Emilie).

Otras veces no es deseable derivarlo a otro terapeuta a causa de lo que se ha iniciado en la consulta, y encontramos un arreglo beneficioso con la modificación del marco al que se asocia al consultante, por ejemplo con el psicodrama analítico o con la organización de consultas de familia.

---

[1] *Les Textes du Centre Alfred Binet,* 1984, núm. 4.

[2] Esquema expuesto en *Les cahiers du Centre de Psychanalyse et de Psychothérapie,* núm. 3, 1981. Reproducido gracias a la amable autorización de Catherine Kestemberg-Hardenberg y la de Alain Gibeaud, Director del Centre de Psychanalyse et de Psychothérapie Evevlyne et Jean Kestemberg.

CAPÍTULO 3

Trabajar con los padres[1]

La madre de Claudia la educa sola, y es incapaz de decirle «no» cuando hace falta. Lo que lleva a sus padres a pedir un tratamiento son las crisis que tiene en el colegio. Los padres de David no tenían ni la menor idea del papel insustituible que jugaba su presencia y su disponibilidad para su hijo al final de la adolescencia. Después de iniciar un proceso de divorcio, los padres de Julius creen que se preocupan de la pena de su hijo sin percibir la violencia del regreso de sus propios pasados. Estas tres historias van a ilustrar mi propósito. Los editores ingleses de los textos publicados en España bajo el titulo «Conversando con los padres» nos indican que Winnicott dio unas cincuenta conferencias radiofónicas entre 1939 y 1962 sobre este tema. Conocemos bien las primeras. Se conocen desde 1957 bajo el título *El niño y su familia* en una primera publicación y la segunda bajo el título *El niño y el mundo exterior*. Hay que añadir hoy *Conversando con los padres,* compilación hecha con la ayuda de Claire Winnicott antes de su muerte en 1984. Agradecemos a Christopher Bollas, Madelaine Davis y Ray Shepherd esta publicación de 1993 donde yo encontré un eco a mi experiencia personal.

Claudia

Claudia es una niña de cuatro años cuando acude por primera vez al Centre Alfred Binet. Viene por consejo de la psicóloga escolar de su nuevo colegio donde tiene unas rabietas espectaculares que interrumpen las clases. Su madre viene sola con la niña, e igualmente la educa sola desde que nació.

Recibo a Claudia y a su madre en presencia de mi ayudante. La niña esta muy intimidada en presencia de lo que somos para ella: unos extraños. Al principio de la entrevista, se refugia en brazos de su madre. Poco a poco acepta venir a dibujar en una mesita. Completa así un dibujo empezado antes de que yo la fuera a buscar a la sala de espera. Solo después de haber recobrado el control de la situación se interesa por una caja de juguetes. Los saca todos. Con unas barreras, limita unos espacios distintos, uno para los animales salvajes y otro para los domésticos.

La madre está muy emocionada. Con lágrimas en los ojos, evoca la ausencia del padre de la niña y explica que habitualmente habla de sus dificultades con la mujer de su hermano. Esta pareja tiene hijos mayores, un adulto joven y dos adolescentes. Ella es la madrina del menor. Existe un acuerdo para que esta familia acoja a Claudia en el caso que ella no pueda hacerse cargo de la educación de su hija. A propósito de Claudia, describe que en casa la niña está a veces muy excitada, sin freno, a pesar de las «explicaciones» que ella le da, en vez de darle un NO oportuno.

Esta madre nos sugiere a mi ayudante y a mí que, con 33 años, parece una madre muy joven que ha dejado a su propia familia con reproches contra la autoridad de sus propios padres y que por eso no puede ejercer su autoridad con su hija. El rechazo de la autoridad se extiende al sistema social que otorga a su jefe una autoridad que ella soporta difícilmente. Diez días más tarde, sola con mi ayudante, la madre de Claudia cuenta el período reciente de su vida familiar. Se ha instalado con Claudia en nuestro barrio, después de que el propietario la haya echado por no pagar el alquiler. Ocupaba el piso desde la concepción de Claudia. Al principio, el padre vivía con la madre. Rápidamente, el hombre no quiso al niño ni a la madre y lo manifestaba violentamente. La madre le pidió que se fuera antes del final del embarazo, cosa que él hizo. Este relato despierta en ella mucha emoción pero no son lágrimas tristeza personal. Dice que sufre del dolor, atribuido a Claudia, por no tener padre. Las rabietas de Claudia son un castigo para la madre. A ella le parece un castigo injusto. Según ella, la ruptura fue la consecuencia de que el padre no quisiera presentarla a su familia. Desde entonces, este hombre ha esquivado los intentos que hizo ella para reanudar con él y presentarle a su hija.

Con mi ayudante, recibí a Claudia y a su madre regularmente cada cuatro semanas durante un año, con una in-terrupción de dos meses en verano. Entre las entrevistas, la madre pedía a veces hablar con mi ayudante, que la recibía sola. Los límites, que así le indicamos, ayudaron a la madre a poner ellas misma límites a las peticiones de su hija y la agresividad fue disminuyendo. Estas consultas hicieron posible indicar una psicoterapia individual para la niña y espaciar las entrevistas con madre e hija juntas. Este protocolo permite hablar del lugar del accidente psicosomático, en el cruce entre las manifestaciones psicopáticas de la depresión y una organización edípica de dominante histérica.

¿Cuando hay que decir NO? En 1960, D. W. Winnicott dedica a este tema dos conferencias radiofónicas. En la primera parte, varias madres conversan sobre el tema. Sus palabras son muy parecidas a las que nosotros escuchamos. Por supuesto que hay que contar con la edad del niño. Winnicott distingue tres etapas sucesivas. En el transcurso de la primera, que corresponde al primer año del bebé, la madre es totalmente responsable todo el tiempo. En la segunda, la distinción entre lo que está permitido y lo que no lo está empieza con el principio de la comprensión del bebé de situaciones compartidas con su madre. Entonces son útiles algunas explicaciones mínimas, como por ejemplo la palabra «caliente» para prohibir tocar lo que puede quemar. Pero es necesario que decir NO llegue a ser suficiente cuando se dice de forma tajante. La tercera etapa es la de las explicaciones, y el lenguaje propiamente dicho es esencial. De hecho, las tres etapas se solapan. En un primer momento, la madre, y habitualmente también el padre, tienen que evitar los peligros. Este papel es a veces voluntario, pero la mayoría de las veces se ejerce con el cuerpo, sin que se den cuenta. El comportamiento expresa, actúa, «enacte»[2] una disposición mental de los padres. El bebé se siente seguro e incorpora la confianza que su madre tiene en sí misma de la misma manera que bebe la leche que ella le da. Según Winnicott, si los padres tienen que decir NO en esta época, se dirigen al mundo exterior para preservar el círculo familiar. En la segunda etapa, se trata de que el niño comprenda que un no es un no. Winnicott hace notar que hay un método que refuerza el anterior. Consiste en decir sí porque el «sí» es el fundamento del no, cosa que la teoría del narcisismo permite defender. El universo del bebé se desarrolla en relación con el numero creciente de los objetos y con su variedad. La madre es la que los muestra al bebé, y el desarrollo es más función de lo que la madre autoriza al niño que de lo que le prohíbe. La dificultad de la madre para decir no puede tiene que ver con la relación que la madre mantiene con un tercero, que suele ser el padre del niño. Uno de los aspectos ha sido demostrado por Denise Braunschweig y Michel Fain cuando describen la censura de la amante. Winnicott propone otra faceta. El no materno es una primera manifestación del padre. Esto, en la medida que este último aparece como el lado rígido de la madre, que le permite decir no y mantenerlo. Después de haber encarnado este principio de prohibición, el hombre «papá» será amado y conservará su poder siempre que evite tomar partido por su hijo contra la madre. Puede entonces descubrir, a veces con asombro, que al niño le gusta que le digan que no.

David

Cuando su psicoanalista me pidió que lo recibiera, a él y a sus padres, David tiene diecinueve años. La cura psicoanalítica empezó cuando salió del hospital después de un «episodio delirante», según la clasificación de Moses y Eglé Laufer. En estos casos la ruptura con la realidad es pasajera. Los objetos parentales interiorizados permanecen muy activos. A veces, el regreso del insomnio y de una angustia intensa y difusa piden completar la psicoterapia con un tratamiento con medicamentos y un trabajo con los padres. Nunca olvido que la familia es la institución psiquiatrita natural donde se tratan habitualmente todas las angustias.

Ocurrió hace trece años, y acabo de dar mi consentimiento para que deje los medicamentos, espero que de forma definitiva. Los padres aceptan vernos antes del verano para valorar juntos la evolución. Estoy orgulloso de estos padres que han contribuido a evitar a su hijo otra hospitalización durante toda esta época.

David ha seguido los estudios universitarios de cinco años en Ciencias Económicas. Por otra parte, con la ayuda de los medicamentos y el vínculo con su terapeuta, hace ocho años cumplió con sus obligaciones militares durante un año de forma satisfactoria. Sin embargo, episodios de «manía atípica» requieren consultas semanales. Al principio las consultas habían sido mensuales, luego cada diez semanas aproximadamente durante los momentos menos críticos.

Al terminar sus estudios, la búsqueda de un empleo chocó con una problemática, descubierta durante los primeros años de su tratamiento. Los padres tienen para su hijo unas ambiciones que juegan el papel de ilusiones anticipadoras negativas. En vez de estimular y sostener al chico, excavan ante él un precipicio. Él mismo se retira en beneficio de una imagen idealizada de sí mismo que satisface a sus padres, o que al menos así lo cree él. De hecho, esta imagen es tiránica para él y caricatural para sus padres que no reconocen en ella su postura fantasmática consciente.

Mis entrevistas con los padres son más numerosas que las consultas con su hijo. A menudo son las preocupaciones actuales las que retienen su atención. Pero a veces, la pena por su hijo despierta el relato de sus historias familiares respectivas. El padre viene de una familia judía tunecina, que ha dejado para venir a estudiar a Francia. Es actualmente director del departamento informático de una empresa europea. Su madre viene de una familia protestante de Alsacia. Actualmente es profesora de filosofía en un liceo prestigioso de París, se conocieron en la universidad en 1968. David nació al poco tiempo de haberse conocido. Estaban orgullosos de ese precioso niño y de no haberse casado a pesar del deseo de sus familias respectivas. Pero estaban de acuerdo con el ideal de los estudiantes que proclamaban la prohibición de prohibir. ¿Qué mujer iba a encontrar David? Cuando lo conocí, él también temía no saber elegir ninguna. Ocho años más tarde, se casa con una chica católica africana y negra que había obtenido la nacionalidad francesa. En contra de sus padres, pero de acuerdo con las exigencias de la chica, se casa por la iglesia. Pronto las relaciones se hacen caóticas. Superficialmente, su mujer le reprocha su inestabilidad profesional. Le reprocha sobre todo su dependencia de su familia. La ausencia de hijos después de tres años de matrimonio precipita su separación y luego el divorcio, que produce en David un verdadero desasosiego que dura dos años, hasta que conoce a una chica judía askenazi que se encariña con él, restableciendo en David una autoestima hasta entonces vacilante.

En múltiples ocasiones, mi trabajo muestra a sus padres lo paradójico de su postura con David. Esta paradoja es igual con su trabajo y con sus relaciones. Denigran su empleo y a su mujer. Pero en cuanto David pierde su trabajo o su relación con esta mujer, los padres consideran que su hijo no ha sabido siquiera conservar lo que les parecía elemental. Habitualmente, en un primer tiempo la madre denigra, y en un segundo tiempo el padre da salida a su amargura. Esto va a dar lugar a un cambio en nuestra relación. Antes, venían confiados, y ahora vuelven con la hostilidad hacia ellos que me atribuyen. De esto hace un año y podía haber provocado una ruptura entre nosotros. Pero el marco de nuestras conversaciones se mantuvo debido a la precariedad de la integración de David, reconocida por ellos y por mí.

La complementariedad secreta del papel de los dos padres me recordó lo que decía D.W. Winnicott a propósito del padre. Desde el principio de la vida, ciertas cualidades de la madre se reagrupan progresivamente en la mente del niño y se asocian en el sentimiento que el bebé va a atribuir al padre. Estas cualidades positivas y negativas no son parte esencial de la madre. Pero cuando el padre aparece en la vida del niño como padre los sentimientos que el bebé ya ha sentido hacia ciertas cualidades de la madre se transfieren al padre. Winnicott añade que puede ser un gran alivio para la madre que el padre tome el relevo. Así ocurre, para lo bueno y para lo malo. Citemos a Winnicott:

> Existen tendencias a la destrucción de las cosas buenas. No está nada claro que haya que creer que lo bueno se encuentra al abrigo de los ataques. Sería más acertado decir que lo mejor debe ser siempre defendido si debe sobrevivir al descubrimiento de lo que es extraño. El odio a lo bueno existe siempre, como el miedo. Son principalmente inconscientes y pueden manifestarse bajo forma de intervenciones, mezquindades, restricciones legales y toda clase de estupideces.

Más adelante Winnicott dice: «Si el papel de la madre no está verdaderamente reconocido, subsistirá un miedo indefinido a la dependencia. Este miedo toma a veces la forma de miedo a la mujer, o de miedo a una mujer; en otros momentos, tomará formas más difíciles de reconocer, pero siempre acompañado del miedo a ser dominado».

Julius

Julius es un chico de siete años y medio cuando acude a mi consulta con su madre.

Ella está en análisis. Su terapeuta le ha aconsejado venir a contarnos las pesadillas de su hijo. Seis meses antes, las dificultades conyugales hicieron que estos padres iniciaran un proceso de divorcio. La madre quiere un divorcio por consenso mutuo y así conseguir la custodia de su hijo. Se instalaría con él en París, en nuestro barrio. Actualmente la familia sigue viviendo junta, cerca de donde trabaja el padre, lejos de París. Este divorcio es conflictivo. Para no arriesgar un divorcio por su culpa con el que su marido la amenaza, no abandona el domicilio conyugal y duerme en una habitación separada en su casa, que es grande.

En un primer tiempo recibo a la madre y a Julius juntos, en presencia de la ayudante que trabaja conmigo. Luego ella ve a la madre mientras que yo me quedo solo con el niño. Nos vemos después, antes de separarnos, para una conclusión provisional. Julius es un chico guapo, alto para su edad. Llama la atención lo cómodo que se encuentra siendo la primera consulta. Me dice que no le gusta el proyecto de separación de sus padres, que ya no se hablan en casa donde evitan coincidir. Dice que sus pesadillas no son muy frecuentes, pero le atrae la idea de que desaparezcan.

Solo con él, le propongo continuar hablando como lo estábamos haciendo, escribir, dibujar o utilizar los juguetes que están el la caja encima de la mesa, delante de él. Elige dibujar. Lo hace meticulosamente. Dibuja un árbol con las ramas cortadas. Julius marca un contorno muy preciso que luego rellena minuciosamente tomándose su tiempo. No quiere que le hable mientras termina el dibujo. Me dice que va a dibujar un árbol y una casa. Tras un largo silencio y con su acuerdo, le digo que lo que veo en este dibujo es que la casa no aparece; solo se ve el árbol, como una familia. La familia de la que su madre querría que él y ella se separaran como las ramas seccionadas de su dibujo. Dice que le va a poner hojas y frutas, concretamente manzanas. Añade unas nubes y un sol al lado opuesto de donde me encuentro. Todo está hecho con tal minucia y perfección que ocupa todo el tiempo del que disponemos. Le hago notar que no hemos tenido tiempo para hablar de los sueños que le dan miedo pero que podríamos seguir cuando vuelva a verme si sus padres y él están de acuerdo.

Cuando nos encontramos todos, la madre está muy emocionada. Sus lágrimas brotan de forma muy visible, provocando mucho malestar en Julius. Invito a la madre a formular su pena. No logra hacerlo y acepta mi proposición de decirle lo que yo me he imaginado con lo que me ha contado aquel día en mi consulta: que ella está triste y encuentra muy penoso estar aquí porque tenía otros proyectos cuando se casó y que con el nacimiento de Julius, ella había empezado a formar una familia. La madre acepta mi interpretación. No se comenta nada de su entrevista con mi ayudante. Convenimos en otra fecha para la consulta con Julius. La madre verá entretanto a mi ayudante.

Durante la entrevista con mi ayudante, la madre estuvo a punto de llorar a causa del sufrimiento de su hijo. También tiene miedo de que el conflicto con su marido le haga perder a su hijo. Como no quiere un divorcio con culpa suya tiene que quedarse en el domicilio actual para que no la acusen de abandono de domicilio conyugal. Se reprocha la violencia física que ejerció contra su marido, que sin embargo es un hombre fuerte. Le reprocha ocuparse más de las dos niñas que él tiene de un matrimonio anterior que del hijo común.

Un mes más tarde, cuando la ve mi ayudante, la madre está tranquila. El divorcio se va a poder hacer por consentimiento mutuo y ella tendrá la custodia de Julius. Pero están discutiendo con los abogados las cuestiones monetarias. Ella y su marido solo se comunican por escrito. Dice que ahora el padre de Julius se ocupa mucho de él, pero que en cuanto ella hace concesiones, tiene la impresión de que la está «pillando». La entrevista fue cálida, la madre parecía más serena.

Nos ponemos de acuerdo sobre una próxima entrevista, que tendrá lugar dos meses más tarde, después de la segunda consulta de Julius. La madre expone que persiste el conflicto a propósito del arreglo financiero sobre la casa y la organización de las próximas vacaciones escolares. Mi ayudante habla de la pena que le produce perder la vida familiar a la que se dedicó durante estos últimos diez años. La madre comenta entonces que Julius tendrá unas vacaciones agradables con su padre. Ella tiene un amigo con el que le encantará compartir ese tiempo. Pero de nuevo se viene abajo ante la imposibilidad de hablar con su marido de las próximas vacaciones de Julius sin que la conversación se termine por una pelea violenta.

Tiene la segunda consulta dos meses después de la primera. Julius viene esta vez con su padre. Es un hombre alto, con una cicatriz reciente en la ceja que me hace pensar en un accidente debido a un abuso de alcohol en un momento depresivo. Entre la sala de espera y mi despacho, me repite varias veces que para llegar hasta aquí ha hecho un trayecto de dos horas en los atascos. Tiene poco que decirme, solo su deseo de que la separación en curso sea lo más soportable posible para Julius.

Una vez solos, Julius elige dibujar. Pronto delimita la superficie navegable del mar. Una compulsión a rellenar se apodera de él hasta agotar la tinta del rotulador que utiliza. Sin contrariedad aparente, coge otro lápiz y sigue dibujando. Dibuja un barco y me comenta que no se aleja de la costa. Su inhibición para elaborar una versión verbal del dibujo me lleva otra vez a sugerirle una historia de barco fantasma que vuelve y me refiero a una persona que ha perdido, persona a la que conocía bien y a la que quería mucho. Él me escucha. Dice que conoce historias de fantasmas, pero que esto es otra cosa. Añade entonces dos personajes, el timonel y un pasajero que levanta el brazo para saludar en mi dirección. El tiempo que le había reservado (40 min.) se termina. Antes de ir a buscar a su padre, acordamos dejar el dibujo a la vista. Cuando vuelvo con su padre, este último observa con atención el dibujo, hace una descripción anatómica, sin emoción ni historia. Mientras habla su padre, Julius se da cuenta de que ha olvidado representar el sol. Lo dibuja enseguida. Acordamos vernos en consulta con Julius, sin prejuzgar si vendrá su padre, con su madre o con ambos.

Durante el tiempo pasado a solas con mi ayudante, el padre ha estado a la defensiva. Evoca el conflicto que se ha creado para la organización de las vacaciones que pasará con Julius. Le inquieta el lugar que ocupará en la vida de su hijo tras la separación. A propósito de esta, piensa que la madre de Julius ha sido educada por un padre lejano y una madre posesiva. Teme que se repita esa situación, en la que él se identifica con el padre de su esposa y a ella con Julius.

La siguiente consulta tiene lugar dos meses más tarde. La madre acompaña a Julius. Se queja de la atención insuficiente del padre para con su hijo. Por primera vez ante nosotros, para hablar del padre de Julius, lo llama «mi marido».

Una vez a solas conmigo, Julius dibuja una mariposa de colores vivos. Añade unas flores que está libando la mariposa. Vuelve a la parte alta para dibujar dos nubes que no dejan ver el sol. Se para y dibuja un vuelo de pájaros que invade el cielo. Le señalo que a lo mejor la mariposa no podrá estar tranquila mucho tiempo por culpa de los pájaros. Añade las hojas de un árbol cuyo tronco queda fuera del borde derecho de la hoja. Julius me dice que la mariposa va a dar la orden a los pájaros de posarse en el árbol.

Mientras tanto, la madre habla con mi ayudante de su versión personal de la historia de un niño —Julius y ella— al que el padre —el de la madre antes, el padre de Julius ese día— no presta atención suficiente. Es fácil traducir esta descripción como un reproche al padre de su historia y al de Julius por decir no al deseo de este niño y no permitirle situarse más que como un niño pequeño ante un mayor y a estar obligado a quedarse en una doble incertidumbre. La primera concierne el género masculino o femenino. ¿Es él una niña como su madre o un niño como lo es Julius desde que nació? La segunda incertidumbre concierne su filiación fantasmática. ¿Es hijo de su madre y de su padre, o de su madre y de su abuelo materno? En efecto la madre les reprocha lo mismo a los dos.

En la cuarta entrevista, de nuevo dos meses más tarde, los dos padres acompañan a Julius juntos por primera vez. El padre se las arregla para que Julius se acomode entre la madre y él. Julius ha llegado con su madre. Cuando llega el padre, repite una y otra vez, como si yo no lo hubiera oído, que para venir ha tenido que hacer un largísimo trayecto entre atascos. La cara de la madre es poco expresiva y en la del padre asoma una sonrisa forzada. Julius mira a uno y a otro, sin que la posición en la que se encuentra le permita juntarlos en la misma percepción.

A solas conmigo, Julius se pone a dibujar: dibuja el contorno de un edificio, un campanario, la masa de una iglesia y una puerta que se pone a colorear. Añade un tejado al campanario, luego el de la iglesia, que dibuja para luego colorearlo, rellenándolo rápida y cuidadosamente con dos zonas de color en el tejado de la iglesia, primero separadas y luego juntas y mezcladas en el tejado. En lo alto del campanario dibuja un gallo y luego lo rellena de color. Siempre procede de la misma manera: sitúa las aberturas en el campanario y en la iglesia con un trazo y luego lo rellena según la división del espacio que ha dibujado. Añade las nubes, dos, y un sol que emerge a medias de las nubes que están más cerca de mí; añade entonces unos canalones al tejado de la iglesia.

Esto me hace pensar que la dimensión arquitectónica de la iglesia es más importante que el relato, lo que me lleva a intervenir para preguntarle si puedo hablarle mientras sigue dibujando. Me dice que se trata de una iglesia, para una misa por los que han muerto.

Le pregunto si él conoce a alguien que ha muerto, me habla de Jesús. Hoy es viernes santo, antes del domingo de Resurrección. Creo reconocer un movimiento de inhibición que detiene el dibujo y no le deja hablar. Vuelvo a la idea de la muerte, le digo que es demasiado triste y que la iglesia también es el marco para otras cosas.

Después verbalizo el hecho de que hablar conmigo le impide seguir dibujando, cosa que él confirma, y seguimos en silencio mientras que él completa los canalones y luego hace caer lluvia de las nubes. El dibujo parece estar terminado, se sienta y lo contemplamos juntos. Le propongo que lo miremos como si fuera un sueño.

Se ha tratado de la muerte y le recuerdo que una iglesia está también relacionada con el nacimiento, es el lugar del bautismo de un bebé, un bebé Julius, un bebé Julius que podría ir a esa iglesia para ser bautizado: también hace pensar que esta iglesia es la de la boda, la boda de Papá y Mamá, para fabricar el bebé Julius; luego me pregunto y él conmigo, si esta historia debe terminar con la muerte. Él lo rechaza.

Le pregunto cómo podría seguir esta historia. Le recuerdo que me ha hablado de Jesús. No sabe lo que puede haber. Insisto en que si la historia terminara así eso querría decir que todo está terminado para él, y por lo tanto para Papá y Mamá, y que eso debe ser muy triste, porque veo las lágrimas de lluvia y el sol siempre escondido.

Mirando su dibujo, dice que se ha olvidado de algo y se pone a dibujar minuciosamente un arco iris. Mientras dibuja abordo el tema de esta entrevista, de las anteriores y de las siguientes si las hay y le pregunto para qué cree él que podrían servir. No tiene ni idea; sin embargo dice que quiere venir, idea que recojo señalándole que al venir ese día ha hecho posible que le acompañaran su padre y su madre. Dice que los quiere a los dos; yo le digo que antes él le había preguntado a su madre por qué lo miraba y le invito a decirme lo que ella podría haber dicho, ya que no la ha visto desde hace una semana. Me explica que estaba con Papá y con otros niños y que después se fue tres días con Mamá, durante los que no vio a Papá.

Le sugiero que venir a verme podría contribuir a que se sienta bien y a seguirlo estando cuando va a estar con Mamá y no está con Papá, o al revés, y no encontrarse en la situación de tener que perder al otro para estar bien. Me da su acuerdo para proponérselo a sus padres. Antes de que yo los vaya a buscar, desea completar el arco iris al que quiere añadir una línea.

Apunto que me llama la atención que me esté hablando con una vocecita. Efectivamente, hasta ahora se había controlado mucho pero cuando le doy la espalda para ir a buscar a sus padres, se pone a jugar al escondite con la cámara[3].

Nos reunimos con los padres, a los que les gusta bastante el dibujo, del que el padre hace de nuevo una descripción muy anatómica. Pero el padre tiene sobre todo curiosidad por saber lo que ha salido de la entrevista con su hijo. Les confirmo que estas consultas son útiles en una época de angustias y de tristeza, para que esta tristeza y estas angustias no le jueguen malas pasadas, impidiendo a Julius estar a gusto ni con su padre ni con su madre. Propongo verles con Julius antes que empiecen las vacaciones de verano y organizar algo para la vuelta al colegio en septiembre ya sea manteniendo nuestras consultas, ya sea proponiendo un tratamiento más regular a Julius, al tiempo que yo recibiría periódicamente a los padres. Ellos aceptan la propuesta, que no parece agobiar demasiado al padre. La madre queda descontenta, sin duda porque la frecuencia actual de las sesiones le parece insuficiente. La presentación del dibujo hecho por el niño puede sorprender en una exposición del trabajo hecho con los padres. De hecho, es la ilustración de todo lo que está en juego en mi trabajo con ellos.

No es mi propósito tratar a los padres y menos aún el de curarlos de no se sabe qué tara cuyo paso transgeneracional sería el agente de los trastornos del niño. Actualmente estoy convencido de que las dificultades de un niño no solo afectan a los padres, sino que los cambios que intentamos producir en el niño son potencialmente hirientes para el amor propio de los padres que tienen todo tipo de razones para desear prescindir de nosotros y resolver ellos mismos las dificultades. Así, además del trabajo que debemos hacer en la consulta, me parece particularmente fecundo el trabajo con uno, con otro o con los dos padres paralelamente al tratamiento del niño. El inicio del trabajo de estas entrevistas se hace mientras el niño está siendo examinado, y sigue haciéndose según modalidades variables cada vez. Las que he descrito no son más que ejemplos particulares.

Los padres manifiestan, enseguida unas veces, más tarde otras y a veces nunca, lo penosa que fue para ellos nuestra acogida. Los treinta años que llevo trabajando con mis colegas me han hecho reflexionar sobre los efectos que tienen sobre los padres las circunstancias en las que vienen a consultar con su hijo. Tampoco me olvido del efecto que tienen sobre mí las disposiciones edípicas infantiles universales, ni el de la reestructuración que se opera durante la adolescencia. Ya sé que estas disposiciones nos llevan a desear educar a nuestros padres y luego a los padres de los niños de los que nos ocupamos. Por otra parte, mis esfuerzos de identificación con los niños a los que recibo también pesan sobre mis relaciones con los padres. No hay clínica del niño sin asociar a los padres. Freud lo ilustró muy claramente. En 1911, Freud escribe a propósito de los dos principios del funcionamiento mental (principio de placer y principio de realidad):

> … Sin embargo, el uso de una ficción de esta índole la justifica la observación de que el lactante, con tal de que le agreguemos los cuidados maternos, realiza casi ese sistema psíquico… Y puesto que el cuidado que se le brinda al lactante es el modelo de la posterior providencia ejercida sobre el niño, el imperio del principio de placer solo llega a su término, en verdad, con el pleno desasimiento respecto de los progenitores.

Nuestra experiencia en el Centre Alfred Binet es la continuación de estas reflexiones. Nos esmeramos mucho en atender a los padres para que sea posible el tratamiento del niño desde el inicio hasta el final. Hasta el final de la adolescencia, un niño solo tiene sentido en la relación que le vincula a sus padres. El examen y el tratamiento de un niño deben tener en cuenta esta situación, y siempre lo hemos hecho, pero la experiencia me ha llevado a hacer evolucionar la forma que damos a nuestra disponibilidad con los padres. Su situación de sujeto nos impone el mayor respeto. La noción de *guidance* tan útil al principio de la psiquiatría del niño, reaparece en la traducción española del libro de D. W. Winnicott *Talking to parents* traducido al español bajo el título *Conversando con los padres*. Sin embargo, esta noción tiene sus límites en la práctica puesto que habitualmente los padres no piden nada para ellos. Paralelamente, los padres se han organizado en asociaciones familiares y aportan una importante contribución en los tratamientos de los casos más difíciles. A escala individual, el «*case work*» ha contribuido a desarrollar una perspectiva más global de la labor de los trabajadores sociales. Varias experiencias nos han hecho ver que teníamos que ir más lejos. No se trata tampoco de organizar pseudo-tratamientos psicoanalíticos. Este trabajo nos ha mostrado la importancia de la atención que hay que dar a la infancia de los padres para iluminar el problema actual del hijo. Este esclarecimiento reduce la tendencia a la repetición de situaciones de angustia por el niño. El éxito en el trabajo de restablecimiento de la función parental contribuye también a reducir los clivajes organizadores de la historia de los padres y se define como un acompañamiento atento al relato de una historia. Este relato pasa por fases fructíferas entrecortadas por pausas más o menos largas, y el trabajo conlleva dos escollos: el primero es el sobreinvestimiento de los períodos más productivos. El segundo es el del desinvestimiento de la historia durante las pausas del relato. Y es aquí donde el equipo cumple el papel de mantener un investimiento bien templado.

Al presentar este trabajo con los padres, trabajo en espejo con el que hacemos con su hijo, solo puedo describir una modalidad particular de nuestro trabajo global. Las consecuencias de las dificultades de su hijo siempre producen un impacto en los padres. es importante recordarlo siempre y, a veces, crucial. Los diferentes estados por los que nos solicitan no son acaso el resultado particular de la organización de las relaciones objetales? Estas relaciones objetales se definen mejor por la dialéctica de los investimientos objetales y narcisistas. Esta dialéctica aparece en el estudio de los movimientos transferenciales y contra-transferenciales y podemos observarlos en las consultas terapéuticas a partir de la experiencia que tenemos en los tratamientos psicoanalíticos propiamente dichos.

---

[1] *Les textes du Centre Alfred Bidet,* 1991, núm. 18, texto revisado para la presente edición.

[2] En el capítulo *Actuar para pensar* esta noción está muy detallada.

[3] Esa sesión estaba siendo filmada con el consentimiento del niño y de los padres.

Segunda parte

LOS TRATAMIENTOS

CAPÍTULO 4

Una historia tumultuosa[1]

A propósito de las consultas terapéuticas

La historia y el tratamiento de Sylvia, una adolescente de 15 años que viene a consultar al Centre Alfred Binet, me va a servir para ilustrar mi propósito. En una primera fase, la seguí durante tres años. Después, quedé sin noticias de ella. Al término de esta interrupción volvió y me hizo vivir una confrontación entre dos Michel Vincent. El primero es el que viene a ver para unas consultas terapéuticas; el segundo es el que ella tiene en la cabeza entre sesión y sesión y a quien escribe largas cartas cuyo contenido difiere sensiblemente del de sus entrevistas en el Centre Alfred Binet.

Cuando Sylvia cumplió 15 años, su educadora me pidió una consulta: temía, en esta adolescente, rupturas en el proceso de acogida. Esta educadora quería, con la ayuda del Centre Alfred Binet, preservar una continuidad para esta chica, que se negaba a regresar a su familia adoptiva. En efecto, se podían temer múltiples cambios de tutela en los años venideros. Ella misma ya no volvería a ver a la chica porque las dos iban a dejar la institución al mismo tiempo. Esto sucedió hace quince años.

En su contribución al libro *Les enfants victimes d'abus sexuels,* Patrick Alvin nota que «habitualmente, la violencia de la que pueden ser objeto los adolescentes está muy subestimada». Los efectos inmediatos y espectaculares son poco frecuentes, y los efectos duraderos y lejanos no suelen relacionarse con su causa. El título de esta presentación: «Une histoire houleuse», (traducido como «Una historia tumultuosa») lo tomo de una reflexión de mi paciente durante una entrevista reciente, que expondré más adelante.

Una marejada[2] (houle) es un movimiento ondulatorio que anima el mar sin hacer olas. Una primera «cresta»[3] (crête) lleva a mi paciente hasta el Centre Alfred Binet donde la recibo en mi consulta durante tres años. Durante este primer período, evoca un «algo» que se produjo en casa de sus padres adoptivos, y con 18 años casi cumplidos, expresa el deseo de encontrar a sus padres biológicos, deseo acompañado del miedo de no poder conseguirlo. Un silencio casi total cubre los acontecimientos evocados. Quince años más tarde podrá hablar por fin de su sufrimiento, de la humillación sentida, al tiempo que estaba sumergida en una total ignorancia. En aquella época, solo tenía ganas de olvidar y de esperar que existiera otro mundo.

Una segunda «cresta»[4], cinco años más tarde, me trae a Sylvia por un período de dos años y medio. Primero comprometida y luego casada pero sin poder consumar el matrimonio. Durante este período, va a poder hablar de las olas (vagues) que la salpicaron durante su adolescencia después de haber salpicado su niñez. Una larguísima carta da testimonio regularmente de la continuidad de su investimiento entre consulta y consulta. Entre quince días y un mes separan las consultas, salvo la «larga interrupción del verano». En sus cartas y en sus entrevistas conmigo, no cesa de pedirme que yo sea su padre tras el fallo del otro. Ella había encontrado a este otro, por transferencia lateral, durante la primera fase de mi trabajo con ella. Pero ante mi negativa a avalar un compromiso financiero que había contratado antes del verano, me quedé otra vez sin noticias suyas a pesar de una carta que yo le había enviado a principio de septiembre, y de otra un año más tarde.

Una tercera «cresta» la trae al Centre Alfred Binet tras un silencio de cuatro años. Va a cumplir veintinueve años. Me envía una tarjeta de felicitación por el año nuevo, y luego llama a mi secretaria para pedir una cita. Sigue sufriendo de lo que ella describe como «miedo a hablarme de ella». «Hablar de ella» es lo que hacemos todos los meses, y con frecuencia con una carta muy larga entre dos consultas, carta que recibo en el Centre. Lo que ahora está en juego es su posibilidad de fundar una familia.

Así, esta adolescente sin trastorno aparente había sufrido una violencia cuyos efectos más notables, la imposibilidad de consumar el matrimonio y el obstáculo para fundar una familia, se revelan en el *après-coup*. Este trabajo sigue en la actualidad y tropieza hoy con la imposibilidad de transformar su fantasía contrafóbica, «él es mi padre», en una formación simbólica que me permitiría a mí «ser como» un padre.

Historia

La historia de esta adolescente y la de su tratamiento en el marco de las consultas terapéuticas se combinan; la primera emana del tratamiento cuyo efecto après coup veremos. Preparando esta exposición, no puedo dejar de pensar en el libro de Jorge Semprún «*La escritura o la vida*» publicado en 1994, en el que relata, cincuenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, su experiencia en el campo de concentración. En su viaje-peregrinación, el autor va acompañado por el hijo de unos amigos con el que Semprún cumple con un deber de memoria. Él tampoco ha fundado una familia. Por esta similitud, quisiera invitar a medir el peso de los acontecimientos psíquicos y los recursos humanos que podemos movilizar para contenerlos. En las primeras consultas, esta chica viene acompañada por una educadora. ¿Por qué el Centre Alfred Binet? ¿Por qué yo? Lo único que puedo afirmar es que el trabajo con René Diatkine y Serge Lebovici me ha convencido de que lo peor que le puede suceder a un ser humano es ser amputado de su memoria viva. Cuando trabajé en la casa de acogida de Vitry —*Le Côteau*— pude comprobar la exactitud de este comentario. Por eso mismo, acepté «recibir» a esta adolescente. Lo mío no está definido ni circunscrito en el tiempo y sí lo está para el experto. Es imposible saber de antemano hasta dónde nos comprometemos. En lo que se refiere a su presencia en una institución, al principio, no me habla de su negativa a volver con sus padres adoptivos.

¿Cuál es su historia? Nada más nacer, la confiaron a una nodriza. No tiene ningún recuerdo directo, pero más tarde ella imaginará que ha sido adoptada tardíamente porque había logrado disuadir a los padres de adoptarla para poder quedarse con su nodriza, que la quiere y a quien ella también quiere. La adoptaron en su quinto año. Fue una adopción oficial. La familia que la acoge le da una identidad nueva: no solo un apellido, sino un nuevo nombre, a pesar de sus cinco años. En la actualidad, ha dejado a esa familia hace dos años por un conflicto que la enfrentó con su madre adoptiva, que no quería que fuera a casa de una tía. Es la primera pieza de un rompecabezas que hasta hoy sigue incompleto. Antes de utilizar el término «pieza del rompecabezas», había escrito «versión». Lo he cambiado para no sustituir la parte de duda (una «versión») a la parte de búsqueda de sentido (el «rompecabezas»). Primero, acepto la historia de un conflicto con su madre. Sin embargo, en esta primera etapa, la descripción más concreta de los motivos de su negación a volver con su familia adoptiva tiene que ver con un «algo» que le sucedió con su padre.

Las rupturas de contrato entre ella y sus educadores sucesivos tienen como consecuencia su paso por sucesivas instituciones. Paralelamente, su escolarización en un colegio ya no es posible y una institución especializada le permite satisfacer sus intereses y alimentar la esperanza de poder presentarse a la selectividad. Luego, hace el proyecto de ingresar en una escuela de moda y llegar a ser modelo. Se entera de que sus padres biológicos eran estudiantes, y no la prostituta y el proxeneta evocados a veces por su madre adoptiva. Pero no los quiere buscar por miedo a que sus padres adoptivos obstaculicen su elección profesional actual. Las dificultades vendrán de los tutores que se oponen a su petición.

Durante tres años, no tengo noticias de ella.

Rompe el silencio cinco años más tarde. Me llama por teléfono, y me envía una carta en la que cuenta una vida muy complicada, de trabajitos en trabajitos, de jefes sádicos en jefes sádicos, de relaciones calamitosas en relaciones calamitosas. Sin embargo, también me dice que ahora tiene un padre que le da confianza en sí misma pero al que no se atreve a contar sus dificultades en los diferentes trabajos. También me cuenta que después de grandes desilusiones con chicos violentos que tienen «fantasías» con ella, conoció a un chico agradable con el que se ha comprometido. Pide verme para que la ayude a mejorar sus relaciones con la gente.

Recibo a Sylvia en el Centre Alfred Binet unas semanas más tarde. Primero me habla de la preparación de un examen especial para entrar en la Universidad. Su «papá» la anima. También es agradable con su novio, pero después de intrigarme con ese padre que emerge en medio de sus dificultades, me quiere hablar de su novio y de que no puede satisfacer sus deseos. Luego me habla de su familia adoptiva. Cuando se desnudaba en el cuarto de baño delante de su madre, esta la miraba de forma rara. Su padre a veces la llevaba a dormir a su cama y le acariciaba el sexo, lo que le producía placer, pero nunca había aceptado tocar el sexo de su padre. Le comento la relación que existe entre su imposibilidad de una intimidad con su novio y el recuerdo de las relaciones impuestas por su padre adoptivo. Este obstáculo entre su novio y ella no les impide organizar la boda con la aprobación de la familia de su novio.

En el relato de estas consultas mensuales, vuelve el padre que había encontrado y perdido después de que la empezara a acosar, trastornando la relación con ella al pedirle que se desnudara ante él, acariciarle los pechos, besarla en los labios. La decepcionó. Entonces me buscó a mí. En aquella época, me parece, utilizó el «tú» para dirigirse a mí. Sylvia me hace pensar, y así se lo digo, en la decepción de perder a un padre que ella necesitaba, que venía a pedirme que yo fuera un padre en el que ella podría encontrar protección y a acusar a su madre de ser seductora por los cuidados que le daba, la desnudez y las caricias. También se queja de que en la calle y en el metro los hombres la miran con un ojo que no esconde los deseos eróticos. Y estas miradas la asustan por el peligro de quedar fascinada. ¿Cómo va a sentirse libre con su novio? Está preparando su boda. Se queja de que cuando llama al padre de su novio este señor solo esté preocupado por sus otros hijos. Ni siquiera ha dedicado un momento para que su novio le anuncie que se iban a casar.

Después de la boda y de las vacaciones de verano recibo una larga carta que resume los acontecimientos de su vida sexual, a partir de una pregunta que le había hecho una niña de dos años. Con 23 años, Sylvia comparte habitación con una niña a la que cuida. Delante del lavabo, está poniéndose crema en la cara. La niña, de pie en su cama de barrotes, le pregunta: «¿Es bueno tu padre?». Escribe que se sintió tetanizada y que inmediatamente pensó en mí. No quiso mentir, pero supo que volvería a sufrir por mi culpa: ¿le puede contestar a la niña que yo soy su padre? Para deshacerse de este pensamiento, no encontró otra forma que desvalorizarse. Pensó: «no puede ser, no soy suficientemente buena». Y le dijo a la niña: «no tengo padre». Le dio vergüenza porque nunca supo hacerse querer. A la vuelta de las vacaciones, y delante de su marido, una amiga que ella había invitado a comer, le pregunta al hilo de la conversación: «¿Dónde está tu padre?», me escribe que, estupefacta, se volvió hacia su marido buscando su aprobación y comentó sin responder a la pregunta: «Si todo va bien, quizás el Doctor Vincent venga a comer a casa». Dicha respuesta le permite ahora preservar su sueño de padre. En su carta me cuenta entonces lo que ella llama unos cuantos capítulos de su vida.

Cuando tenía ocho o nueve años, una amiga y ella se paseaban en bicicleta para ir a ver las gallinas y los conejos. El propietario era un señor mayor con el que hablaban sin problema. Un día que se había escapado de la casa de sus padres adoptivos, salió sola. Aquel día, el señor mayor iba acompañado por tres perros de aspecto feroz. Invita a la niña a visitar el gallinero. Ella se niega. Él insiste. Pensó en escapar. Él levantó la voz. Entonces le cogió una pierna, que besa diciendo como un ogro: «Es bueno, es joven». Nunca más volvió al gallinero.

Más tarde, cuando tenía once años, sentía mucha admiración por el padre de una vecina amiga. Lo encuentra guapo y «atrevido», le habría gustado como padre. Un día, mientras ella le estaba hablando, le tocó los pechos y trató de besarla. Se libera, se escapa y vuelve a su casa sin atreverse a salir otra vez.

A esta edad entra en oposición abierta con sus padres adoptivos. Su padre le ordena venir a sentarse sobre sus rodillas. Ella lo hace y, como se lo temía, él le acaricia el pecho. En la casa de campo, la habitación de la joven adolescente está al lado de la de su padre adoptivo. Él la lleva a su cama y la acaricia. Me comenta que, más tarde, su madre adoptiva la arrastró hasta el médico para ver si estaba embarazada. Por eso se fue de casa de sus padres adoptivos, con la firme voluntad de no volver nunca. En esta larga carta, me dice que no por ello habían desaparecido los sueños que acababan en pesadillas.

En la consulta siguiente, la muerte ocupa la mente de Sylvia. El gatito ha muerto. Me pregunta y se pregunta qué pasa con las personas amadas después de su muerte. Su marido y ella lo pensaron cada uno por su lado y ella se da cuenta de que yo no le digo nada. Entiende que este silencio, igual que el de su marido, indica que cada uno tiene su historia y que todas las historias son distintas ya que se sitúan en planos distintos. Por primera vez, la carta que sigue a esta consulta es continuación del tema. Cuenta cómo encontró a su gato en la Sociedad Protectora de Animales. Lo había elegido sabiendo que la querría y aceptaría su amor y sus manifestaciones de afecto sin límite. Se terminaron las fugas y las ideas de suicidio. Este gato conoció sus penas y sus sufrimientos y nunca la abandonó. Es el único ser que la ha querido y al que ha querido sin temor. Pero ella quiere más.

En la carta siguiente, escribe: «El padre, es el que te cuida y te da amor, y toma su tiempo para contestar a tus preguntas».

Me pregunto —yo— qué tipo de padre soy. Si nos atenemos a sus quejas: ¿Un padre a tiempo parcial? ¿Un padre que tiene poder de autoridad o unas cuantas frases de psicología? ¿Un padre incierto? ¿Un padre cariñoso? ¿El padre de cuántas hijas? ¿Un padre que abandona a cada instante, o un padre que asume su papel?

En las consultas siguientes abundan los reproches: no respondo a las preguntas que ella me hace, puesto que tiene que ir a buscar las respuestas en los libros (en esa época lee tres libros por semana si ella los elige por iniciativa propia). Estos reproches se entremezclan con piropos porque me encuentra formidable de todas las maneras posibles que se resumen a que mi existencia le permite vivir. La necesidad de escribir se aclara en una carta ulterior. Me escribe: «cuando te cuento una parte de mi historia, tengo la impresión de perderte a través de mi sufrimiento». Sin embargo, escribir no es mucho más fácil, Semprún escribe: «… de alguna manera, escribir es negarse a vivir».

Iniciar el trabajo de desilusión (en el sentido de D. W. Winnicott) referido al tema de que yo no soy su padre es una empresa dolorosa y peligrosa. Sylvia podría desaparecer, incluso hacerse desaparecer, porque si bien me atribuye a mí la posibilidad de haber podido casarse con un chico simpático, aún no puede dejarse tocar sexualmente por él. Cualquier acercamiento sexual conlleva un sentimiento de vergüenza inmediata. Unos meses más tarde aparecerá que esta vergüenza sirve en parte de tapadera a la culpabilidad. Efectivamente, si tiene relaciones sexuales con su marido corre el riesgo de contaminarlo porque podría haber estado contaminada por un chico al que ella no quería y que había conocido antes que a su marido. Está igualmente convencida de que no puede pensar en ser la madre de niños a los que ella no podría dar todo lo que un niño espera de una madre y de un padre. Propone una primera ruptura por la indiferencia que me atribuye. Una carta, escrita al final de la interrupción de final de año, entre Navidad y Año nuevo, atesta que en ella yo no quiero a una hija única, deseada y muy esperada. Se hace totalmente responsable del hecho: su pretendida fealdad, física y moral, es la causa de la ruptura decidida por ella. Había esperado que le perdonara su mediocridad intelectual y humana, pero no ha conseguido nada de lo que ha emprendido y ella no es nada. Es una inútil. Sin embargo, concluye su carta evocando una oposición entre sus actos, que debería poder dominar. y sus sentimientos que no puede dominar. Le contesté para que supiera que había recibido la carta y para recordarle que la esperaba tal día a tal hora como habíamos convenido.

Acude a la cita y podemos seguir.

Su marido está en paro, y solo ella conserva su puesto de ayuda familiar con una señora con la que mantiene relaciones muy ambivalentes. Estos reproches son la prueba de una nueva capacidad de desplazamiento. Pero rompe conmigo tras mi negativa de ser su avalista para el alquiler de un piso nuevo. Dejó sin contestar una carta mía a la vuelta del curso siguiente, e incluso durante un año más.

Cuatro años más tarde, en una carta a principio de año para felicitarme Sylvia me dice su sufrimiento después de que «yo la dejara». Ella fue la que me dejó al no contestar cuando le escribí a la vuelta de las vacaciones de verano al año siguiente. El sello de correos muestra que se ha cambiado de casa, alejándose de París. Cerca de su domicilio ha encontrado a una psiquiatra que la recibe una vez por semana. Le agradece haberle dado ánimos para contestarme y tomar otra cita conmigo. Al mismo tiempo que me reprocha de nuevo haberla abandonado, dice otra vez su decepción por no haber podido convertirse en hija mía. Vuelve el tema de que yo acepte ser su padre; recuerda la formulación de un paciente que Freud cita: «Ya sé que mi padre ha muerto, pero cada noche me pregunto por qué papá no ha vuelto para cenar».

Últimamente, vuelve la pregunta de manera desesperante e hiriente, llevándome a recordarle estérilmente que «soy como un padre para ella». Pero ella no desiste y llora desconsoladamente antes de poder aceptar que la hora de la sesión ha terminado. Su desesperación es tan intensa que me alivia mucho verla coger, antes de salir, el papel donde he anotado el día y la hora de su próxima cita.

Después de esta consulta me llamó su marido. Lo ha alarmado verla volver «en muy mal estado». Le digo que soy consciente de ello y que le he reservado fecha para otra consulta. Ese día llegan juntos. De su marido, solo conocía el nombre y la frase que había escrito en la felicitación de su mujer. Es tan simpático como yo me lo había podido imaginar. Silencioso, le deja formular los reproches que ella me hace. Ella vuelve sobre el tema de saber si yo soy su padre o no, y me pregunta qué hostilidad pongo en no confirmárselo, por ejemplo si rechazo que me dé un besito, cosa que sería natural entre un padre e una hija. En este momento, miro a su marido, inspirado en el comentario de Freud a Ferenczi citado por Marthe Robert a propósito de la técnica activa de este último. Se tranquiliza, pero ante mis comentarios, su marido da su opinión sobre la irritación de los sentimientos de Silvia, y comenta que conmigo, la relación ha sido siempre «tormentosa» («houleuse» en el original), como lo acaba de presenciar.

Una perspectiva metapsicológica

Vamos a recoger, desde un punto de vista dinámico, las grandes líneas de este tratamiento, que sigue su curso.

Al final de los tres primeros años, mi papel con esta adolescente parece terminado. Desde el punto de vista psiquiátrico, un paso al acto, un *agieren*, para utilizar el término de S. Freud, la fuga de casa de sus padres adoptivos puede formar parte de un comportamiento psicopático del que Gilbert Diatkine ha mostrado las condiciones de evolución hacia una mentalización de calidad. Sylvia ha encontrado un hogar en una institución donde un terapeuta ha establecido con ella el marco de un trabajo regular. Dicho trabajo comporta sesiones semanales desde hace dos años. El curso siguiente no da señales de vida, y su silencio dura tres años.

Luego me escribe una carta larga y toma una cita poco después de cumplir 23 años. Me comunica que ha encontrado «un papá» y que tiene un novio, pero no quiere tener ninguna intimidad sexual con él. En esta etapa reciente, ha sido objeto de reproches por parte del director de la institución que la ha acogido. Me cuenta que este hombre le ha acariciado el pecho, besado los labios, y me dice lo que era la «cosa» relacionada con su padre: ese padre le imponía caricias genitales a ella y a su hermana mayor, también adoptada. La relación entre estas dos experiencias se basa en un afecto de placer mezclado de culpabilidad, de la que podemos pensar con S. Ferenczi que esta culpabilidad no es solo consecuencia de una identificación con el agresor sino también de una identificación con la culpabilidad de este último. Los rasgos psicopáticos de mi primera observación corresponden pues a las consecuencias inmediatas reprimidas de una violencia sexual consecutiva a las transformaciones de la pubertad… Los efectos de este *après-coup* sobre la sexualidad, la imposibilidad de consumar el matrimonio al principio de su vida adulta nos interrogan sobre la organización de sus síntomas.

La oscilación entre la relación idealizada conmigo y la seducción incestuosa del principio de la adolescencia de Sylvia tiene un valor defensivo. Esta oscilación le permite conservar el contacto conmigo, preservándose de la ruptura que reclamaría su deseo de acercarse a mí, con peligro de ahogarse o de que yo me acerque a ella con peligro de envenenarla. Se acerca así a la definición que da F. Pasche de los deseos y de las angustias originarias en los inicios de la organización del aparato psíquico. Comprobamos aquí también lo cercana que puede estar la transferencia materna de la transferencia paterna.

Aquí tenemos que volver a la noción de *après-coup* que tomo de Freud. La traducción inglesa «*differed action*» del término utilizado por S. Freud «*Nachtraglichkeit*», ilumina solo la mitad del fenómeno del *après-coup*. Además de lo que dicen M. Fain y D. Braunschweig de la regresión, tenemos que considerar también lo que dice André Green sobre la doble flecha del tiempo. La contribución de las experiencias ulteriores a la formación de las representaciones traumáticas lleva a Bowlby a describirlo como un «retro-dicho». Yo creo que este concepto no le da todo su valor al papel del afecto tal y como S. Ferenczi permite pensarlo. El *après-coup* arrastra siempre una parte reciente otorgada al pasado y, por esto mismo, la regresión no es nunca un simple regreso.

En la descripción *princeps* de este proceso por S. Freud, el sueño de los lobos de un niño de cuatro años es lo que le hizo comprender la escena vivida anteriormente. Esta comprensión se ve reforzada por la regresión iniciada a partir de las elecciones objetales.

En este caso carecemos del material que nos permitiría vincular directamente los síntomas con la experiencia infantil. Pero disponemos sin embargo de las transformaciones de su relato a partir de la evolución de los vínculos transferenciales que vuelven a desplegar las formas de la organización sexual a partir de la idealización del objeto hasta las formas infantiles de la pulsión sexual en sus expresiones regresivas anales y orales.

La seducción ejercida por una persona con autoridad sobre ella en el marco de una institución, al principio de su vida adulta, es ampliamente debatida a partir de una relación transferencial idealizada. Esta elaboración abre el paso a la verbalización de la seducción traumática incestuosa, exportando a esta experiencia anterior la vivencia de los «años atormentados». La pregunta de una niña de dos años «¿Es bueno tu padre?» a la joven convertida ya en mujer, «¿es bueno?» se refiere al padre de la época en la que la paciente vivía en casa de su nodriza.

Esta observación me obliga a volver a la exposición. Este regreso es el ejemplo de los regresos en la continuación de su tratamiento y en la de su historia. Eso permite precisar la relación transferencial y el *après-coup*.

Una educadora trae a mi consulta a una adolescente para que le dé puntos de referencia. La paciente desaparece. Quince años antes, una mujer dio a luz a esta chica y desapareció después de haber anotado el nombre del padre, que no se dará a conocer a su hija hasta el final de su adolescencia, cuando la ley autoriza el acceso al expediente de filiación. De niña, la dejan con una nodriza, se acuerda de ella, pero no del hombre que sin duda estaba con esa nodriza. Cuando cumple 30 años, a la niña que lleva dentro la ilumina la adolescente y lucha conmigo para que yo le diga que soy su padre y que un padre bueno, tras haberle permitido casarse y acceder a una intimidad sexual con su marido, le permitiría dar a luz a un hijo ajeno a las pesadillas.

En una ensoñación, me convirtió en su padre y convierte en su madre a la mujer que ella cree la mía: los padres que la trajeron al mundo. Recuerda entonces que solo me conoce desde hace diez años; le gustaría que hubieran sido más años. Añade que está segura de que a su madre biológica le encantaría saber que ella tiene unos padres tan «estupendos» como mi mujer y yo. Pero también querría que yo nunca cesara de hablarle, y que el oír mi voz expulsa el sentimiento de ser abandonada. Esto lo relaciono con su imposibilidad de preparar el examen especial de entrada en la universidad. Sylvia escribe: «Cuando estudio la gramática o las matemáticas, siempre me aparece una jaqueca que me impide aprender». En cambio, si respondo a sus preguntas, está convencida que le estoy regalando una parte de mí, un patrimonio, una herencia cultural. Entonces ella podrá transmitir a sus hijos la alegría que eso le proporcionó. Cuando se da cuenta de que miro el reloj, se desespera.

Desde el punto de vista técnico, quisiera volver sobre el ritmo de las consultas terapéuticas y las cartas recibidas. Siempre he sido muy puntual y hemos dispuesto del tiempo previsto y que ella conoce. Regularmente he mencionado el hecho de que había recibido sus cartas, pero solo utilicé su contenido, que había leído, de modo fragmentado, hasta la preparación de este artículo. Pero, es necesario constatarlo, el contenido de las entrevistas es muy distinto al de las cartas. Las entrevistas conmigo se refieren a sus relaciones actuales conmigo, y con las personas presentes en su vida diaria: su jefe, una puericultora casada con un médico con los que comparte los cuidados de sus hijos, su marido y la colega a la que no conozco, que tiene entrevistas semanales con ella, por lo que yo sé, en sus preocupaciones materiales. Las cartas vuelven de manera dolorosa a su difícil pasado de adolescente. La imagen que emerge se precisa poco a poco como en el relato de Claude Simon en «*La route des Flandres*». Esta precisión aparece a medida que recupera la confianza en sí misma, es decir en función de la convicción de que la desgracia no es forzosamente lo más fuerte. Siguiendo las normas básicas del trabajo psicoanalítico, a partir de lo que tiene aquí y ahora, me he protegido del desbordamiento de la excitación que contiene las cartas. Al abrigo de esta escisión se plantea el problema de la relación de su «papá» con los hombres que la miran en la calle y en el metro con un ojo en el que se evidencia el sucio deseo erótico. ¿Existe para ella ese padre ante el que no debe temer estar subyugada y fascinada? Le muestro que a pesar de sus temores ella y yo constatamos que ha encontrado en ella misma la protección que busca. Esta interpretación tiene el inconveniente de rechazar los pensamientos y los afectos que nos conciernen. En lo que a mí se refiere, son apartados los que tienen que ver con la categoría «hombres» a la que pertenezco, los «labadens»[5] descritos por Michel Fain. Por su parte, si esa protección está en ella, ¿cuál es la otra disposición que puede hacerle perder el contacto con la confianza en ella? A propósito de la seducción por su padre adoptivo, Sylvia ha escrito que le atraía su pene, lo que podríamos entender como una fascinación por la representación de la ausencia de la ausencia. La pregunta de la niña de dos años, sobre el «papá bueno» le hace pensar en mí y enseguida supo que iba a estar dividida entre idealización del objeto y deseos eróticos. ¿No está esta confianza precaria atrapada entre Eros y Anteros? De hecho la autoestima está enmarcada por la actividad conflictiva entre las pulsiones dirigidas hacia el objeto y los límites impuestos a la sexualidad por el grupo.

A veces, cuando se mira en el espejo se encuentra vacía, porque, escribe: «ninguna mujer la ha estrujado contra su corazón». Entonces sueña, ensoñación diurna, que mi mujer la coge en brazos. Escribe que ha tenido este sueño porque siempre me habló de la mujer como de otra parecida: la hija que ella me atribuye no la deja a ella ser la única, como la rosa de *El Principito*[6].

En esta observación he citado tres novelas. La primera de Jorge Semprún, *La escritura o la vida,* relato que solo se hace posible cincuenta años después de su experiencia traumática de la deportación en un campo de concentración nazi. En la segunda novela, *La ruta de Flandes*[7] de Claude Simon, describe la historia traumática de un soldado de la Primera Guerra Mundial cuyo recuerdo restablecerá poco a poco los acontecimientos anteriores al traumatismo y podrá volver a la vida cotidiana. Estas son mis propias asociaciones respecto a la violencia sexual sufrida por esta adolescente. La tercera referencia la propone esta mujer joven: me asocia al hombre de negocios de la historia de *El Principito,* con sus gafas gruesas y su reloj, siempre con prisas y nunca suficientemente disponible.

---

[1] *Psychanalyse et enfance,* La Revue du Centre Alfred Binet, 1999, núm. 27. El autor escribe «Une histoire houleuse». El término «houleuse», viene de «houle» (ola) y se traduciría en castellano como «una historia con oleaje», haciendo referencia a un término marino. Al no existir la posibilidad de aplicarlo aquí, utilizo, según las necesidades del texto, los términos «tormentosa» y «tumultuosa», «marejada» y «cresta» (refiriéndome a la ola). *[N. de T.]*

[2] Véase la nota de la pág. 85.

[3] Las comillas son mías. *[N. de T.]*

[4] Véase la nota de la pág. 85.

[5] Labadens: compañeros de su hijo en el colegio. (Proust «Les jeunes filles en fleur») *[N. de T.]*

[6] Antoine de Saint Exupéry, *Le Petit Prince. [N. de T.]*

[7] Existe en español: *La ruta de Flandes,* Editorial Lumen, 1985.

CAPÍTULO 5

Cambiar ahora[1]

Psicoterapia breve y definida de antemano

Muchos psicoanalistas reciben a veces una petición de ayuda que no conduce a proponer un análisis *stricto sensu.* No pretendemos plantear aquí los distintos motivos de esta abstención. Jean Favreau piensa que al analista se le plantea saber si la petición que no lleva a un psicoanálisis es una indicación de psicoanalista. En caso afirmativo, sabemos que algunos psicoanalistas proponen una fórmula intermedia, por ejemplo unas sesiones cara a cara o un psicodrama individual. La duración de cada sesión, su frecuencia y la duración global del tratamiento son ajustadas según las circunstancias. El número de personas comprometidas en estas experiencias también varía: con frecuencia, el número de casos se limita a los que lo solicitan y el analista le reserva una atención personal o compartida con otros miembros del grupo en el que está integrado el consultante. Otras veces al tratamiento se asocia a las personas cercanas del paciente, el cónyuge y a veces incluso a toda la familia.

Las distintas modalidades que acabamos de mencionar solo representan una pequeña parte de la actividad de un psicoanalista. Sería totalmente imposible cotejar estas experiencias si no disponemos de referencias comunes. Por lo tanto nuestra referencia será la cura psicoanalítica clásica tal y como está establecida prácticamente siempre por la regla fundamental enunciada por el analista. Aquí tendremos en cuenta una modalidad muy particular puesto que se trata de una psicoterapia breve y definida al empezar. Como veremos en detalle más adelante, la difusión actual en las publicaciones de lengua francesa de las experiencias extranjeras nos obliga a precisar que no buscamos definir de antemano el objetivo ni la óptica de esta psicoterapia. *Óptica y objetivo* traducen aquí el uso anglo-americano del vocablo *focus,* criterio que algunos utilizan para indicar estos tratamientos. Sabemos que habitualmente el «*focus*» es un aspecto bien delimitado de la psicopatología del paciente tal y como ha aparecido durante las entrevistas preliminares. Se aborda entonces este aspecto con intervenciones de prueba para valorar las condiciones de una alianza terapéutica.

Los pacientes a los que proponemos una psicoterapia breve acuden a nosotros cuando surge un problema vital que deben resolver rápidamente. Son circunstancias en las que un análisis clásico esta contraindicado. Pero esto tampoco quiere decir que no podemos ayudarlos a hacer frente a las tensiones a las que están sometidos. Nada parece urgente, pero debajo de una neurosis de carácter que marca un destino, se puede adivinar una organización masoquista que no aconseja iniciar una cura clásica. A estas razones, ligadas a las particularidades del funcionamiento mental de los que nos consultan, se añade un elemento complementario: las limitaciones del tiempo. No hablaremos aquí del tiempo limitado del que disponen los psicoanalistas para atender las peticiones de los que les piden ayuda. Solo queremos atraer la atención sobre un punto: suelen ser pacientes que se encuentran ante algo que tienen que resolver con un plazo fijo y cercano: compromiso matrimonial, divorcio, a veces la preparación de una intervención excepcional como una cirugía reparadora, porque deben vencer el handicap que constituye un síntoma concreto. Traeremos como ejemplo el tratamiento de una fobia a la oscuridad de un niño de once años y un problema de divorcio en una mujer joven.

Hay muchas razones que pueden limitar el tiempo. Muchas veces aducen la importancia del hándicap, las exigencias sociales, y particularmente los de la vida profesional, el lugar de residencia del paciente a veces lejano del domicilio del analista. Evocar la limitación del tiempo se interpreta con frecuencia como una resistencia al proceso psicoanalítico, ya sea por parte del paciente ya sea por la del analista. Supondremos que el analista lo tiene resuelto gracias al análisis de su contratransferencia. El paciente evoca la limitación del tiempo de manera distinta según venga a consultar por una tensión crucial o por un destino desgraciado sin verdadero sufrimiento psíquico. En el primer caso, la cantidad de energía que se pone en juego es demasiado importante como para pensar en un análisis clásico. El analista se vería solicitado a hacerse cómplice de una instancia, el ello, que es la fuente de la actividad pulsional. El analista se vería en la posición de desposeer al paciente del superyó, proyectado en el analista por el paciente, para liberarse de él. En esta situación, el analista privaría al paciente, y también a él mismo, del placer del funcionamiento del yo en su función de guardián del equilibrio entre principio de placer y principio de realidad. En el segundo caso, cuando se trata de un destino desgraciado, la movilización de los investimientos es aleatoria, siempre larga, y a menudo al servicio de una economía psíquica de penuria. Es estos casos, las psicoterapias breves se han revelado interesantes y fructíferas. Se nos ha ocurrido esta idea al hilo del punto final que Freud impuso al análisis de «El hombre de los lobos», decisión que favoreció que el material se hiciera más abundante y fuera particularmente enriquecido por el relato del sueño de los lobos. Se puede decidir que la psicoterapia sea corta, que sea un tratamiento iniciado sin límite de tiempo o bien puede decidirse desde el principio del tratamiento. (Caso A). La duración se fijó en número de meses: tres meses para este caso. La limitación de la duración total del tratamiento tiene como contrapartida la duración notablemente más larga de cada sesión. En Francia, la duración habitual de una sesión de análisis es de 45 minutos; la única organización posible para conseguir un resultado en las psicoterapias breves ha sido sesiones de medio día con una pausa.

Caso A

Esta paciente había consultado por consejo de la profesora de su hijo. Primero había sido visto el niño y luego se había iniciado un intercambio con los padres. Discretamente, pero claramente, ellos indicaron que lo que más les preocupaba era sus dificultades conyugales pero que no querían entrar en detalles. Esta consulta tuvo lugar al principio de la primavera. Nada sucedió hasta final del verano. La madre volvió para ver a la asistenta social del equipo y contarle su desamparo y su deseo de que la ayudaran. A la Señora A se le propuso entonces una psicoterapia breve.

Es una mujer joven, con mucho encanto y muy atractiva. Al entrar en el despacho, dice que le molesta venir para hablar y que no tiene ganas de decir nada: «La asistenta social le habrá informado». La introducción por la paciente de un tercero entre nosotros me lleva a proponerle una alternativa:

> La asistenta social solo me ha dicho que usted desea que la ayuden ahora. Me acuerdo haberla visto con su marido cuando trajo a su hijo a la consulta. No sé nada más que lo que usted me diga. Comprendo que hay aspectos dolorosos en lo que usted me tiene que decir, pero le pido que haga el esfuerzo de decirme las cosas tal y como se le ocurran y como las sienta. Cada semana, tendremos una sesión de hora y media, estará usted sentada en frente de mí como lo está ahora. En todo caso terminaremos con las sesiones a final del mes de diciembre (serán un total de nueve sesiones).

Sonríe y asiente con la cabeza para manifestar que lo ha entendido y que acepta el contrato. Luego empieza: «Todo empezó hace quince años, justo después de casarme. No teníamos mucho dinero. Vivíamos en un estudio muy pequeño que mi marido había empezado a arreglar, pero que no terminó y que aún no está terminado. Íbamos al campo con un grupo de amigos entre los que estaba el tipo que nos alquilaba una casa, sin que realmente le pagáramos. Mi marido no venía siempre, y una noche que yo estaba sola el tipo entró en mi habitación por la ventana, que no cerraba bien porque le faltaba el chisme de abajo. Lo eché, amenazándole de montar un escándalo. No me interesaba ni quería eso. El día siguiente, volvió —yo estaba durmiendo— y se metió en la cama a mi lado. Por supuesto que podía haber intentado cerrar mejor la ventana —sé que tenía que haberle echado como el día anterior, pero no lo hice». Contándome todo eso, su cara permanece grave, dice que mientras habla tiene ganas de llorar, pero las lágrimas no aparecen.

La Señora A prosigue con su relato, acompañado de un sentimiento de culpabilidad latente por esa aventura que movilizó en ella mucho masoquismo. Después de una tentativa de suicidio se lo contó todo a su marido y apartó al propietario aconsejándole que se casara. Desgraciadamente, su marido introdujo a otro hombre en su vida. Actualmente consigue con este hombre grandes satisfacciones eróticas. En cambio, le dan asco las relaciones con su marido: de él solo acepta gestos superficiales. El marido terminó por preguntarle y no supo mentir como le aconsejaban sus amigos. Ahora, su marido y ella tienen escenas terribles. Hasta este momento los niños no saben nada. En el momento de la consulta, nada de lo que pasaba entre ellos se podía adivinar. Ahora, su marido no se acuesta con ella. Duerme en el sofá del salón y los niños se han enterado. Él se va los fines de semana a casa de amigos. Una tarde de un día de entre semana, su hijo no había ordenado su dormitorio. Ella le tiró al suelo todas las revistas que estaban encima de la mesa diciéndole que ahora lo tenía que ordenar y que si no sería siempre un inútil. Al oírla, su marido fue a la cocina donde ella se había esmerado preparando la comida y lo rompió todo. Había paté por todas partes, sangre del asado en las paredes, vasos y platos rotos esparcidos hasta la entrada. Entonces se fue de casa y se refugió en casa de unos amigos, donde podía haber dormido, pero volvió para dar las buenas noches a su hijo y se las arregló para despertar a su marido para que supiera que estaba allí. Igualmente, trajo unas manzanas para que él pudiera identificar dónde se había refugiado. Su hija le dijo que no se casaría enseguida, que viviría con un chico antes de casarse. En cuanto a ella, durmió en la cama de su madre, que había sido la suya hasta su boda. Su hija también le dijo que no le parecía adecuado vivir toda la vida con la misma persona. Su marido le reprocha ser una burguesa porque desea tener una casa terminada, con un cuarto para cada hijo… Se siente perdida.

Al final de esta primera sesión, cuando se levanta para irse, su sillón está empapado y la oigo decir a nuestra asistenta social cuando la cruza en el pasillo: «Estoy agotada». El terapeuta está igual de cansado. Todos los que han hecho esta experiencia han notado ese cansancio, consecuencia de esa presencia tan particular que requiere esta técnica en la que el paciente se compromete masivamente. Se trata de una verdadera alianza que se anuda a partir de una narración cuyo ambiente dramático espero haber podido describir. Hemos observado muchas veces el carácter dramático del relato inaugural y lo comentaremos cuanto tratemos de la transferencia tal y como podemos definirlo en las psicoterapias cortas. Lo que me gustaría subrayar es el impacto de este tipo de relatos sobre el terapeuta, que se encuentra verdaderamente siderado y sumergido por un material tan abundante. Todo está ahí porque aparece todo un entramado de relaciones de objeto de tipo genital y pregenital que se organizan sobre un modo edípico y preedípico. Sin embargo en ese momento resulta imposible encontrar el hilo rojo. Hay que esperar para permitir que el trabajo preconsciente de elaboración interpretativa se desarrolle y alcance una formulación consciente comunicable. Desde el principio, lo esencial es estar a la disposición del paciente con una escucha atenta. Con Sacha Nacht, a veces la llamamos escucha neutra y benevolente, pero estos términos han sido desvirtuados y a veces mal comprendidos hoy en día.

No daré aquí el detalle de las ocho sesiones siguientes, pero las resumiré para presentar la evolución de esta psicoterapia. En las tres sesiones siguientes, la paciente expresará más emociones y abordará la hipótesis de una separación de prueba. Y añade: «conozco a mi marido, sé que no termina nada».

Y es lo que me había dicho muchas veces a propósito de su marido. Pero me comunicaba el sentimiento de que el no acabar nada le concernía de manera muy especial, aunque aún muy imprecisa. Manifiestamente, prestaba a su marido este rasgo de carácter. Cuando lo tuve claro, me limité a subrayar lo que me acababa de comunicar, diciendo «¿Sí?». Me empezó a contar la relación que tenía con su madre cuando era joven utilizando los mismos términos que los que había utilizado para hablar de sus relaciones actuales con su marido. Su marido y su madre son un obstáculo para encontrar a otros hombres con los que podría tener relaciones agradables. Su marido y su madre son violentos y brutales con ella, y le pegan injustamente. Se lo hago notar y ella se extraña; luego asocia evocando el hecho de que no siempre había compartido la cama de su madre ya que la había criado una nodriza hasta los diez años. En esa época vivía con una pareja y tenía habitación propia. Allí tenía una pesadilla aterradora en la que veía una cabeza horrible aparecer por la ventana. Con motivo de una visita imprevista, su madre la encontró desaliñada y se la llevó con ella a casa de un amigo con el que vivía. Tuvo su propia habitación durante un año, hasta que ese amigo las echara a las dos de su casa. Desde entonces y hasta su boda, su madre y ella compartían cama, salvo algunas breves separaciones cuando su madre recibía a un hombre o a otro, hasta que encontró a un hombre que abandonó todo (mujer e hijos) para vivir con ella. Esta última imagen de su madre compartiendo su vida con un compañero fiel volvió a su mente después de que yo se lo relacionara con las dificultades de su madre para vivir con un hombre y sus propias dificultades para aceptar a un hombre como marido: es decir un hombre con quien poder crear un hogar, tener hijos y compartir placer sexual. En el transcurso de la sesión siguiente, explica que se siente mejor desde hace un mes, que coincide con el principio del tratamiento. Ella y su marido han renunciado a engañarse mutuamente. Sin embargo su marido sigue viéndose con una chica joven, de la que ya me había hablado, y ella sigue manteniendo relaciones con su amigo, del que acaba de recibir una carta. Ya no tiene tanto placer haciendo el amor con él. Se da cuenta de que detrás de su aire de liberalidad, él tiene problemas y ella insiste en la idea de que él necesitaría verme. Interpreto que ella desea que la acompañe para decirle a su amante que ya no deben tener otras relaciones que las amistosas.

En la sesión siguiente habla de su hijo y pregunta si él no debería empezar una psicoterapia. Le digo que hoy ella prefiere hablar de la psicoterapia de su hijo. Habla entonces de las relaciones con su amigo, que son cada vez menos satisfactorias. Habla también de un inicio de acercamiento entre su marido y ella, siente que una gran ternura les vincula a ambos pero que ella sigue sin conseguir placer sexual. Termina formulando su miedo a quedarse sola. Interpreto que se siente insatisfecha con esta solución. Se encuentra dividida entre su marido, al que ha puesto en el lugar de su madre para no quedarse sola, y su amante con el que tiene placer. Para ella, compartir significa dejarme a mí de lado, como antaño cuando tuvo el sentimiento de haber sido abandonada por su padre. Se emociona mucho y, por primera vez, evoca lo que sabe de su padre a través de lo que ha descubierto investigando personalmente y lo que luego le contó su madre. Así reapareció la fantasía de que su madre era una puta.

La quinta, sexta y séptima sesiones estarán marcadas por una nueva elaboración de la fantasía «que su madre es una puta», que la llevará a otra fantasía: «yo pienso que ella es una puta». Se opera una notable regresión durante la cual ella tiene la impresión de que hay personas que nos escuchan desde una habitación contigua. Se lo interpreto como el producto de su culpabilidad hacia su madre, a la que reprocha haberla privado de su padre. Veremos también que le hace reproches por haber nacido niña, ya que los niños disfrutan de una mayor libertad, y piensa que así habría tenido otra actitud para con su madre.

Poco a poco toma conciencia del final de su psicoterapia. Para controlar nuestra próxima separación, introduce al amigo de su primera aventura. Está actualmente enfermo y ella lo cuida. Al mismo tiempo se siente agresiva conmigo. Ella cree que yo le niego un tratamiento más largo, que ella desearía hacer si tuviera más dinero. Desplaza esta hostilidad invirtiéndola. Me dice que su madre es muy buena con ella, le hace regalos y le da pequeñas cantidades de dinero. Ve todo esto como una reparación por parte de su madre por todo lo que le ha negado. Estas reparaciones le parecen unas veces irrisorias y otras deprimentes. Pero más allá de esta posición narcisista, empieza a evocar más veces su actitud de madre con relación a su hija. No solo puede hablar de su solidaridad como al principio sino también de lo que las opone.

Llegan las últimas sesiones. Al principio de la penúltima dice que siente vergüenza ante mí porque, después de todo lo que he hecho por ella cree que está embarazada. Su marido, convencido de que es el padre del futuro bebé, no lo quiere. El amigo al que ella atribuye la paternidad se ha escabullido una vez más. Me pide entonces que le confirme que es realmente la penúltima vez que nos vemos. Esto me lleva a interpretar su culpabilidad por desear un niño para consolarse de nuestra separación. Igualmente había subrayado que su amigo se había convertido en eyaculador precoz, lo que me llevó a mostrarle su necesidad de ocultarme su placer de mujer lo mismo que se había disimulado a sí misma el placer que su madre había tenido con su padre al hacerla a ella.

Durante nuestra última sesión, me confirma que está embarazada. Quiere conservar el bebé, pero su marido se sigue oponiendo. A partir de su propia historia y del trabajo que hemos hecho juntos, empieza a decir que puede comprender las razones de su marido. La continuación del embarazo le parece aún incierta. Esta nueva situación no es fácil pero se siente más cómoda. Se lleva bien con su madre, aún reconociendo su hostilidad hacia ella por la presencia de ese hombre con el que vive desde hace varios años. Al final de esta última sesión se acuerda de que fue en época de Navidad, después del nacimiento de su primer hijo, un varón, cuando escribió a su padre para desearle unas felices fiestas.

Caso B

Se trata de una fobia de la sombra en una adolescente de once años. María proviene de una familia española que emigró a Francia hace varios años. Viene a consulta a causa de las dificultades escolares que la profesora había señalado a la familia. Cuando viene a la consulta, había tripitido el primer año escolar obligatorio y repetía el segundo.

A partir de elementos de anamnesis, citamos los hechos siguientes: durante sus primeros años Maria había sido confiada a dos familias distintas: la primera, entre los tres y los dieciocho meses. La segunda, de los dieciocho meses a los dos años. En esa época, solo hablaba francés. Se reintegra entonces a su familia. Tiene una hermanastra de diecisiete años de un matrimonio anterior de su padre, y dos mellizos de dieciséis que son confiados a otra familia poco después de su llegada y que vuelven dos años más tarde. Cuando reintegra su familia padece de un estreñimiento importante. Este estreñimiento precoz permite detectar un prolapso mucoso incompleto e inconstante que requiere cuidados locales especiales y un tratamiento farmacológico. Por último, el contexto cultural asocia tres idiomas. El francés, idioma del país donde vive su familia, el español y el catalán, idiomas originarios de su familia. El examen muestra una niña graciosa pero tontita. Cuenta su rivalidad con sus hermanos, que al principio no distingue. Expresa una cierta rivalidad con su madre y se lleva bien con su padre que la defiende siempre. Su dibujo es pobre y rígido. Sobre un fondo de montañas destaca una casa sin ventanas. Se trataría de la casa de la familia paterna. Comenta el dibujo diciendo que así es «más decorativo». Solo vivirán en ella unos tíos y lo explica hablando de una tía y una abuela «ya muertas». El dibujo está asociado a una ensoñación evocada durante el examen: María decora su clase, y una profesora que viene a verla dice: «Esta clase es más bonita que la mía». Los aspectos sofisticados de su lenguaje responden a un proceso de idealización que también conlleva el ideal de ser una mujer que puede rebajar a otra. Dicha organización se manifiesta también en los sueños que cuenta. A veces se trata de pesadillas en las que está prisionera y le pegan por haber mentido y otras de sueños agradables en los que ella es profesora.

Estas diferentes manifestaciones o síntomas podrían ser signo de una evolución hacia una oligofrenia banal bien tolerada por su familia. Pero el primer examen permite descubrir la existencia de una fobia a la sombra: siente gran ansiedad por la noche ante su propia sombra tan negra. Tiene miedo de que alguien, o ella misma, pise su propia sombra, «es como si me hiciera daño por dentro». Su miedo esta muy circunscrito y no se acompaña de ninguna actividad obsesiva. Este síntoma es el más preocupante para su familia, poco tolerante a las manifestaciones neuróticas.

Decidimos entonces volverla a ver después de tener más precisiones sobre su nivel de eficiencia intelectual. Esta se revela poco harmoniosa, al límite de la debilidad. Los resultados, que tienen en cuenta su importante retraso escolar y una estimulación cultural insuficiente, indican en el NEMI una edad mental que corresponde a un QI de 66. Sin embargo los resultados del WISC capacidad indican un Q.I.P de 109. La diferencia considerable (43 puntos) entre una prueba verbal (NEMI) y la prueba de capacidad WISC llama la atención. Estos resultados se pueden atribuir a una organización de personalidad histero-fóbica cuyo valor de pronóstico deberá precisarse. Dos meses más tarde, lo hacemos con unas escenas de psicodrama.

La primera representa el momento en que ella elige el vestido que se pondrá para ir la consulta del Doctor. Ella hace el papel de una madre que decide por su hija. En la segunda, ella es una profesora delante de dos alumnos con buenos resultados. En la tercera escena, ella es una alumna que una compañera mete en una algarabía en clase. Ella prefiere la cuarta escena, en la que ella es buena alumna, conformista y aplicada, sobre todo en cálculo que le resulta difícil pero no le impide ser feliz. Por fin, en una última escena, María camina con su sombra, papel que hace un psicoterapeuta. Le gustaría separarse de su sombra, porque le molesta para caminar, sobre todo cuando la sombra va delante de ella porque lo ve todo negro. El director del juego le sugiere dar una patada a la sombra. No lo consigue ya que la sombra se mueve. Tiene que pegar más arriba de lo que puede. El director del juego insiste. Ella lo soluciona dando una patada a la pierna de la sombra.

Esta fobia señala una organización compleja de la personalidad, donde el conflicto objetal deja una parte importante al narcisismo. El riesgo es el de la evolución disarmónica de una estructura psicótica con aspectos deficitarios e histéricos. El miedo a la sombra se revela más importante y molesto de lo que pudo apreciarse en el primer examen. María volvió a la consulta para una evaluación ocho meses más tarde, en el transcurso del año escolar. Tanto su familia como ella dicen estar contentas. Continúa con su escolaridad de modo satisfactorio, a un nivel inferior, por supuesto, en un ciclo de estudio adaptado (clase de perfeccionamiento 2) con la perspectiva de entrar en una clase de transición en primero de secundaria. Y, hecho importante, su fobia ha desaparecido después del psicodrama. Este resultado tras el psicodrama lo confirma una consulta que tiene lugar más de dos años después.

Sugestión, análisis y psicoterapia breve

Estas dos observaciones ilustran muy bien el pronóstico que Freud hace en 1919 a propósito de la nuevas vías de terapia psicoanalítica cuando escribe: «Vista la aplicación masiva de nuestra terapéutica, todo nos hace pensar que nos veremos obligados a mezclar al oro puro del análisis una cantidad considerable del plomo de la sugestión directa». Freud había renunciado a la sugestión en el tratamiento de las histéricas y había expuesto su método catártico en los *Estudios sobre la histeria* en 1895. Hay que subrayar que esta evolución técnica está ligada a la elaboración de la teoría traumática. La hipnosis busca conseguir la desaparición del síntoma, colocando *activamente* al paciente en el estado psíquico del momento en el que el síntoma aparece por primera vez. Este síntoma ha reemplazado un proceso psíquico que es reprimido y mantenido inconsciente por conversión. El efecto terapéutico de la hipnosis se explica por la descarga del afecto asociado al proceso psíquico reprimido. Este método es abandonado porque la mayoría de las veces los síntomas no tienen una causa única y, por lo tanto, los resultados son insatisfactorios.

El tratamiento de la fobia a la sombra de María es la evidencia de una curación de transferencia. Esta transferencia es posible y su uso tan eficaz por la calidad del acompañamiento de sus padres y de la alianza terapéutica que paciente y terapeuta han podido crear, primero a nivel consciente y, más allá, a un nivel inconsciente. Podemos decir que el terapeuta presta su yo al paciente al mismo tiempo desde un punto de vista funcional y desde un punto de vista económico. Esto es posible con los niños y con los pacientes cuya personalidad está organizada sobre un modelo histero-fóbico. No es el único aspecto de la interpretación dada a la primera paciente (caso A) cuando se le dice que ella desea que el terapeuta le acompañe a casa de su amante para decirle que no debe seguir teniendo relaciones con la paciente. Efectivamente, hay un aspecto de sugestión relacionado con su necesidad intensa de reparación del sentimiento de abandono por su madre y por su padre, sentimiento tan intolerable que ella no puede evitar negarlo con la ayuda de la seducción.

La sugestión aporta un cambio. Este cambio puede ser duradero como lo hemos visto en María. Pero hay que recordar que este cambio se consigue «per via di porre» como lo indica Freud citando a Leonardo da Vinci, es decir reforzando la acción de la represión. En la primera paciente, después de la interpretación de su deseo de que el terapeuta la acompañe para decirle a su amante que solo debe tener relaciones amistosas, esta ha reaccionado en dos tiempos. Hemos visto que el primer tiempo tenía el valor de respuesta a una sugestión. En el tiempo siguiente, su angustia de soledad se hizo consciente por efecto de la interpretación. Lo que permite que el proceso del devenir consciente siga una vía progrediente es la comunicación de un elemento preconsciente en el terapeuta y su utilización por la paciente. En otros términos, la interpretación había permitido anular una resistencia que obstaculizaba la toma de conciencia o, recogiendo la metáfora de la escultura de Freud, el análisis actúa «per via di levare».

El resultado del tratamiento de María es el más espectacular, y desde el punto de vista económico es sin duda bastante satisfactorio a corto plazo, y quizá el único posible a largo plazo. Pero hay que reconocer que el alivio conseguido desactiva los agentes de una evolución patológica más profunda. Si bien podemos confiar en su futura adaptación social, no nos engañemos: su vida sexual corre el riesgo de resultar marcada por la frigidez y por manifestaciones hipocondríacas. El resultado más matizado conseguido por la joven (caso A) no conlleva una solución radical sino un alivio que hace posible un desarrollo ulterior, y aquí tenemos que subrayar nuestro intento de no bloquear el recurso a una eventual cura psicoanalítica posterior a nuestros pacientes.

Transferencia, regresión y curación

La transferencia tiene un significado general sobre el que seguimos discutiendo. Para muchos analistas se trata de un proceso de desplazamiento de los investimientos inconscientes de un objeto hacia otro, que permite a la pulsión escapar a la represión y descargarse, lo cual corresponde a una experiencia de placer. Este desplazamiento se realiza por la tendencia a la repetición, siguiendo el modelo de organización de la neurosis infantil. En esta primera teoría, el marco analítico, es decir la organización y el desarrollo de las sesiones, sería una manera privilegiada de observar este proceso de desplazamiento y el lugar del tratamiento de lo que aparece «aquí y ahora», y que llamamos neurosis de transferencia. Existen otras teorías de la transferencia. Autores como Mac Alpine y Hunter consideran que la transferencia es el fruto del marco analítico *per se*. Un marco especifico que autoriza a decir «aquí no es lo mismo que en otro sitio» y provoca una regresión que lleva a un funcionamiento mental diferente del funcionamiento habitual dominado por los procesos secundarios.

La regresión está ligada a la transferencia en los tres aspectos descritos por Freud en 1914, en una nota añadida a la *Tramdeutung*. Desde el punto de vista topológico, la regresión se efectúa a lo largo de una sucesión de sistemas psíquicos que la excitación recorre normalmente siguiendo una dirección determinada. En este sentido, la regresión invierte el proceso del devenir consciente y se manifiesta por la prevalencia de los afectos sentidos con las representaciones verbales, así como lo hemos observado al principio de la segunda sesión de la primera paciente. En el sentido *temporal*, la regresión tiene que ver con el punto de vista genético como el regreso a unas etapas ya superadas del desarrollo de la organización de la libido, de las relaciones de objeto, de la organización del yo y de los procesos de identificación y del desarrollo del pensamiento, como lo ilustra nuestra primera paciente cuando cree que la escuchan otras personas en la habitación contigua. En el sentido *formal*, Freud describe el paso a unas formas de expresión y de comportamiento de nivel inferior desde el punto de su complejidad, su estructuración y su diferenciación: regresión del proceso secundario al proceso primario, de la identidad de pensamiento a la identidad de percepción como se observa en el sueño. Regresión y transferencia están relacionadas en la tendencia a la repetición, lo cual tiene un doble aspecto negativo bajo la forma de la compulsión a la repetición que expresa el instinto de muerte y las tendencias destructoras, y un aspecto positivo, la expectativa libidinal de una nueva creación; la relación entre regresión y transferencia es también consecuencia de la instalación del marco de la cura, como lo mostraron Mac Alpine y Hunter. Estos dos aspectos no se excluyen mutuamente. Están ligados uno con otro como la pulsión está ligada a la defensa.

La obtención de un efecto terapéutico, de una curación, tiene que ver con la evolución de los investimientos a partir del tratamiento. Esta evolución depende de la dirección que el terapeuta imprimirá a la cura, lo cual necesita de su parte una comprensión suficiente de la dinámica de la regresión y de los movimientos transferenciales. Esto implica también que solo los psicoanalistas pueden hacerse cargo de estos tratamientos. Para concluir, vamos a ver que existen notables diferencias entre los analistas en lo que se refiere a los objetivos a alcanzar y en la forma de conseguirlo. Así, Franz Alexander es uno de los que ha preconizado proporcionar a los pacientes un tratamiento activo de su organización neurótica por medio de intervenciones que incluso pueden llegar hasta hacer algo con el paciente para favorecer el desarrollo de una *experiencia emocional correctora.* Estamos de acuerdo con este autor en reconocer que los elementos actuales de la situación terapéutica son determinantes para la organización de las psicoterapias breves. Efectivamente es esencial que la repetición en la cura del mismo tipo de relación interpersonal no conduzca al terapeuta a reaccionar siguiendo el esquema de la neurosis infantil del paciente. También es cierto que la persona del terapeuta juega un papel no solo por el sexo y la edad sino también por su personalidad. Pero nosotros ponemos más el énfasis en la presencia del psicoanalista, en lo que comprende y en lo que puede decir. Por ejemplo, pensamos que el analista produce un efecto terapéutico cuando puede atribuirse, por identificación, una posición del paciente relativa a su superyó, como puede ser la necesidad de hacerse valer a los ojos del analista con ciertas actividades; y que, en un segundo tiempo, el analista restituye al yo del paciente los investimientos ligados a dicha actividad, manifestando su interés por dicha actividad. Para que el efecto terapéutico sea duradero, la experiencia del psicoanálisis nos enseña, como lo ha subrayado Strachey, que es necesario dejar que el paciente descubra que cuando habla se dirige al terapeuta a la vez que a otra persona, con el deseo de que se produzca una respuesta especifica. Es muy importante que la interpretación sea completa: el hecho de mostrar solamente la repetición tiene un efecto hiriente para el narcisismo. Sacha Nacht subraya que lo que espera el paciente del terapeuta, no es solo la repetición de la gratificación positiva o negativa de tal o tal figura parental, sino muchas veces algo que nunca ha tenido lugar y que para él constituye una carencia.

Para terminar, volvamos a una de las primeras observaciones. Que la psicoterapia haya sido breve por una decisión tomada en el transcurso de un tratamiento inicialmente no limitado en el tiempo o que se haya decidido su brevedad desde el principio, hemos observado casi sistemáticamente que el contenido de la primera sesión ha sido un relato especialmente dramático. Es comprensible si terapeuta y paciente han pactado un plazo relativamente corto. Desde un punto de vista fenomenológico, podemos considerar que los protagonistas son conscientes de que el tiempo está contado a partir del momento en que les toca llevar a buen puerto un proyecto bien delimitado: divorcio, boda, intervención quirúrgica o ruptura de un ciclo existencial dominado por una organización de carácter, circunstancias todas ellas que han hecho descartar temporalmente una indicación de análisis. Desde este punto de vista, el carácter dramático de la primera sesión es el corolario de la alianza terapéutica inicial. No nos podemos contentar con esta solución, y la metapsicología freudiana nos permite ir más allá. La indicación de un término para la psicoterapia introduce la necesidad, *Ananké*, cuya relación con la pulsión de muerte ya hemos señalado. La consecuencia es una escisión que moviliza los investimientos positivos y aparta los negativos. Las tendencias libidinales son activamente solicitadas, mientras que las tendencias destructoras están apartadas. Nuestras dos observaciones permiten ver el trabajo de ligazón operado por el componente libidinal de la actividad pulsional. Pero es más difícil precisar el destino de las tendencias destructoras que han sido apartadas. Hemos podido constatar su efecto en el movimiento agresivo durante la penúltima sesión del tratamiento de la mujer joven. También podemos pensar que una parte de estas tendencias destructoras son recogidas por el yo a favor del refuerzo libidinal producido por el tratamiento. Pero está claro que quedan preguntas en el aire. La parte de sugestión que comporta cualquier psicoterapia sería tanto mayor cuanto más breve es la psicoterapia y nos lleva a pensar que ciertos contrainvestimientos pueden limitar la nueva la libertad sobre la que hemos trabajado. Más allá del término de la psicoterapia, podemos preguntarnos sobre el regreso de eso que ha sido reprimido. Sin embargo hemos constatado que el resultado a corto plazo es siempre positivo, cualquiera que sea la duración; a plazo más largo, hemos señalado nuestra preocupación por permitir que el regreso de un sufrimiento abra paso a un tratamiento clásico.

---

1 * *Les textes du Centre Alfred Binet*, 1984, núm. 5.

CAPÍTULO 6

Coordinar a los terapeutas[1]

Estudio de la contratransferencia en el psicodrama individual

El psicodrama psicoanalítico individual reúne un paciente, varios coterapeutas que interpretan el papel que les es confiado por el paciente y un director del psicodrama que dirige el desarrollo del tratamiento. La multiplicación de los protagonistas nos lleva a preguntarnos sobre la comprensión del material clínico y sobre su interpretación y parece desafiar nuestras capacidades de integración por la dispersión de los elementos que trae el paciente entre varios coterapeutas. Además, hemos de recordar que esta técnica terapéutica está especialmente indicada en los paciente cuya personalidad está sometida a un estado de no integración, de desintegración o a un bloqueo del proceso de maduración, todas ellas circunstancias que multiplican los aspectos a tomar en cuenta.

Debemos buscar pues, y examinar, los medios que sostienen la coherencia de la interpretación de los coterapeutas después de que el paciente haya propuesto representar una escena. Por ejemplo, una entre madre e hijo en la que se piden caramelos estando el padre ausente. El paciente elige para sí el papel del personaje ausente. ¿Cómo interpretar los otros papeles? El terapeuta que hará el papel del niño ¿se pondrá triste o contento por la ausencia del padre? La relación de este chico con su madre ¿será de placer o fuente de sentimiento de culpabilidad?, etc. Cada papel atribuido por el paciente plantea *a priori* otras tantas preguntas muchas de las cuales son particularmente angustiantes para los terapeutas noveles.

Para estudiar cómo organizar la contratransferencia y cómo utilizarla vamos a analizar detalladamente una sesión del psicodrama de un paciente joven.

Observación clínica

Amar es un chico de doce años, en los inicios de la pubertad. Nacido en Argelia, tras un matrimonio tradicional, muy pronto sus padres se separan. En un primer tiempo lo educa su madre, hasta los cinco años, en Argelia; luego su padre lo trae con él a Francia para darle una educación mejor. A su llegada a Francia el niño solo habla árabe y su escolarización es catastrófica. Un tratamiento ambulatorio disminuye las dificultades de escolarización aunque sin suprimirlas. El aprendizaje de la lengua francesa esta ligado al abandono completo de la lengua árabe, que el padre habla en casa con su hermana y con su sobrina que viven con él. La enorme agresividad del niño aconseja ponerlo en un internado durante dos años, y luego confiarlo a una cuidadora en un contexto familiar especializado.

Por la mañana, Amar llega mucho antes de la hora de la sesión de psicodrama para una sesión de ayuda pedagógica. Ese día, nos encontramos Amar y yo y él me anuncia que había ido con su padre a ver a un cirujano al que su padre había pedido la confirmación de que la circunsición, practicada en el hospital vecino de nuestro servicio, estaba mal hecha. Por lo tanto, tendrán que operarle más adelante aunque sin precisar la fecha. Nos imaginamos la emoción del niño pensando que tendría que soportar otra circunsición.

Amar me habla también de su interés positivo por el colegio donde consigue muy buenos resultados en una clase especializada cuya profesora es la hija mayor de su cuidadora. Le gustaría mucho reintegrarse en una clase normal.

Noto que, a diferencia de las semanas anteriores, Amar no me habla ese día del walkman que su padre le ha regalado hace unos meses y que él rompió poco después. Su padre había aceptado mandar a arreglar el aparato.

El asistente social me anuncia ese mismo día que el padre ha decidido poner una denuncia al hospital que ha hecho mal la circuncisión. El padre insiste para que constate yo mismo «el desaguisado». No me parece deseable aceptar su petición.

A la hora de la sesión de psicodrama voy a buscar a Amar. Acepta acompañarme pero manifiesta claramente su contrariedad por no poder terminar, por mi culpa, un objeto de madera que estaba haciendo en el taller que sirve de sala de espera. Le digo que veo que está contrariado. Traduce entonces en palabras sus sentimientos. Al mismo tiempo deja crecer la distancia que hay entre los dos en el trayecto que nos lleva hasta la sala de psicodrama. Luego se ríe de gusto por el juego que ha reemplazado su contrariedad y llegamos juntos a la sala donde nos esperan los tres terapeutas.

Al principio, Amar no sabe qué escena nos va a proponer. Nota la ausencia del terapeuta al que siempre ha confiado el papel del padre del chico. Finalmente, propone que hagamos una escena en la que a él le tocará el papel de un padre ausente de la casa y ocupado por su trabajo de enterrador. Durante este tiempo, Claude, el chico (cuyo papel da al doctor B) reclamaría a su madre (papel que le da a la Dra. A) que fuera al vendedor de chucherías que él ha interpretado a menudo disfrutando de todos los deseos de un chico que él traduce en términos orales. La escena se desarrolla como la ha descrito. Él mismo se mantiene apartado, en frente de mí, en espejo uno con el otro, cada uno ocupado en observar la escena. El chico, papel del doctor B, quiere que le den caramelos y que sean los mismos que los de su padre. La madre, papel de la Dra. A va más lejos e incluso propone comprarle cien mil. Paramos la escena. Amar se declara satisfecho. Luego describe verbalmente lo que acaba de ocurrir tal y como yo lo acabo de describir pero sin hacer comentarios sobre nuestras posturas respectivas, uno frente al otro. Se lo hago notar. Entonces dice que así él y yo hemos podido ver lo mismo. Le recuerdo que esta mañana me ha hablado de la consulta con su padre para examinar su «pitilín» y su hostilidad conmigo cuando le fui a buscar impidiéndole terminar lo que estaba haciendo.

La escena en la que el Dr. B hace el papel del chico me había hecho pensar en un hijo que aprovecha la ausencia de su padre para conseguir de la madre una prueba del amor que le disputa a su padre. El amor de la madre se expresa en términos orales y espera de ella un papel activo para satisfacerlo. Durante el intercambio entre los terapeutas después del psicodrama, la Dra. A señaló que había asociado su papel de hoy al que Amar le había dado unas semanas antes. En ausencia de su padre, el chico debía hurgar activamente en la tienda del vendedor de golosinas y su madre, mientras hablaba con el tendero, le dejaba hacer. Habíamos relacionado esta escena con una tentativa de elaboración de la escena primaria: la madre habla con un hombre, el niño abandonado se venga y se consuela ocupándose activamente de la tienda que podía representar el cuerpo de la madre y su contenido bueno. Hay que señalar la doble transformación: la madre está con el niño en vez de estar con el tendero; pero el chico hoy es pasivo, no activo; la madre es la que debe darle los caramelos de manera activa. Esta pasividad (hacer que le den los caramelos) interpretada en el juego por el terapeuta, es el resultado de la transferencia de Amar con el terapeuta, de la angustia de castración reactivada por el proyecto de una nueva circuncisión que, en la contratransferencia, desencadena un movimiento defensivo de pasividad.

La Dra. A, encargada del papel de la madre, me ha permitido ver a una madre que responde con tal exceso a los deseos del chico que la respuesta equivale a su renegación del deseo de su hijo hacia ella. De hecho, tal exceso no expresa la abundancia sino la penuria, no el placer sino el dolor. Durante la discusión que sigue la escena, el terapeuta dice haber asociado el papel que le había sido propuesto con una escena muy anterior del psicodrama, en la época en la que se planteaba un viaje de Amar a Argelia, para ir a ver a su madre. En aquel momento había contado una pesadilla en la que veía cien mil muertos saliendo de sus agujeros. La perspectiva de reunirse con su madre le angustiaba porque no conseguía recordar su cara después de una separación tan larga, que había tenido como consecuencia una representación anal (los agujeros por donde salen los muertos), de la reaparición del objeto amado y perdido. Señalemos aquí la transformación de la pesadilla en placer y la transformación de una aparición anal en una desaparición oral. Cien mil caramelos. Es decir, nada. En el juego, la terapeuta responde a la transferencia por Amar de una angustia de separación que moviliza una contratransferencia maniaca: la compra de cien mil caramelos encubre el sufrimiento de una madre privada de su hijo.

En mi papel de director del psicodrama, dispongo de mis propias asociaciones. El padre enterrador puede parecerse al padre de una niña acogida en la misma casa, cuyo padre es enterrador en la vida real. Los padres de esa niña también son extranjeros. Esta niña está acogida en casa de una tutora a causa de un maltrato ejercido por su madre cuando ella tenía menos de tres años y la madre estaba embarazada de un niño no deseado. Hay que subrayar que el nombre «Claude» imaginado por Amar para el chico de la escena, en francés es también nombre de chica. El padre de la niña asegura un papel protector al mismo tiempo que aguza los celos de la madre contra su hija cada vez que se la lleva de paseo en moto.

Yo también tengo una moto y en varias ocasiones he tenido que resistir al deseo de Amar de dar una paseo conmigo.

En el psicodrama, el discurrir de la labor interpretativa debe tener en cuenta las vías que se ofrecen al desarrollo de la transferencia y las respuestas contratransferenciales correspondientes. En un primer tiempo, la verbalización recoge las secuencias del psicodrama. Luego, asociando con el contexto de la sesión de este día, la verbalización permitirá introducir el afecto de miedo asociado a la experiencia de la pérdida de un objeto. Desde el punto de vista descriptivo, este objeto condensa las representaciones inconscientes de las imagos parentales del sujeto mismo y de las partes privilegiadas de sus cuerpos, la verga de Amar y los «caramelos» de los padres. Desde el punto de vista dinámico, el psicodrama tiene la ventaja de desplegar ante nosotros la superposición del plano edípico con la angustia de castración y del plano pregenital con la angustia de separación en la que Amar parece anclado.

Después de la escena representada, recojo por mi cuenta la interpretación representada por los coterapeutas. Entonces es posible una interpretación de transferencia: todo ocurre como si Amar se sintiera obligado a retirarse del juego como hago yo cuando me mantengo a distancia (identificación con el agresor) después de haberme reprochado la amenaza de otra operación en su pene y de haberlo separado de su trabajo-bricolaje con el que había conseguido vencer su miedo, e incluso encontrar un placer, como lo había hecho valiéndose de la distancia que ponía a propósito entre él y yo cuando bajábamos a la sala de psicodrama.

Discusión

La sesión de psicodrama que acabamos de relatar deja aparecer los medios por los que podremos comprender la contratransferencia. Se ve claro que la historia del paciente es importante y lo útil que es disponer de una historia clínica tan detallada como sea posible. Cuanto más viva sea esta historia clínica más útil será. La lectura de un expediente, por muy bien hecho que esté, es siempre menos estimulante que el relato recogido por el director del psicodrama durante las conversaciones previas con el chico y con su familia. Así tenemos una primera idea de la vida emocional de nuestro paciente. El desarrollo del tratamiento nos lleva siempre a retocar el panorama inicial, que conserva para nosotros valor de referencia para comprender los cambios que observamos. Puede suceder que ningún terapeuta haya tenido la oportunidad de examinar al niño. En este caso pedimos siempre al colega que nos lo envía una representación suya del funcionamiento mental del paciente. Esta representación debe tomar sentido para que podamos comprometernos en una alianza terapéutica. Está claro que no se trata de un cuadro objetivo a escala de la historia del paciente. Este cuadro es una interpretación cuyo valor reside en la pertinencia con la historia vivida, fuente personal de fantasías para el niño. En el caso de Amar, la larga estancia bajo la tutela de otra familia, y antes en un internado, ha permitido recoger esta historia clínica.

La historia del tratamiento, compartida con los terapeutas, tiene tal importancia que aparece en las asociaciones evocadas por cada uno de los terapeutas; hay que subrayar que las asociaciones de cada uno de ellos se refieren a épocas muy distintas del tratamiento. La utilidad de esta referencia a la historia del tratamiento permite comprender la dificultad de abrir el grupo de psicodrama a otro terapeuta durante un tratamiento; cuando hay que hacerlo es imprescindible darle el estatus de observador durante un tiempo suficientemente largo, sin ningún papel en las escenas.

Y tiene una importancia capital que los terapeutas compartan modelo teórico. Cada uno de nuestros pacientes está comprometido en la vida a distintos niveles: social, familial e individual. Cada nivel permite representar a los otros. Damos a cada uno la misma cualidad de verdad. La experiencia clínica en psiquiatría nos permite reconocer a nivel individual la integración de las experiencias personales, familiares y sociales. A lo largo de su obra, Freud propone un modelo de funcionamiento mental cada vez más preciso. Sus primeros trabajos sobre las neurosis y el sueño hicieron aparecer la topología del aparato psíquico dividido según una perspectiva sistémica, en el sentido de Freud, en consciente (Cs), preconsciente (Psc) e inconsciente (Ics). De la misma manera, los primeros trabajos de Freud demostraron la contradicción pulsional que opone las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo. El reconocimiento del desarrollo de la sexualidad a lo largo de la infancia, el período de latencia y la adolescencia, y luego la edad adulta, condujo al modelo edípico que asocia las distintas figuras del núcleo familiar: el niño y sus genitores, madre y padre. La perspectiva genética que acabamos de recordar ha sido completada al irse extendiendo la experiencia clínica de los psicoanalistas. Freud y los pioneros del psicoanálisis, sobre todo Karl Abraham, contribuyeron desde muy pronto a clarificar la oposición introducida por la instauración del principio de realidad que, oponiendo neurosis y psicosis, permite que aparezca una perspectiva estructural. Esta última división, en ello-yo-superyó, integra el nivel individual y el nivel social en sus aspectos culturales e ideológicos así como la ley que organiza las relaciones sociales. Acabamos de esbozar las tres perspectivas, cuya aparición en los trabajos de S. Freud, sistémica, genética y estructural, dan al complejo de Edipo una dimensión nueva que reúne el amor, el odio y el conocimiento de las ligazones entre los afectos y las representaciones de las imagos. Disponemos así de un modelo teórico con el que comparamos el modelo construido a partir de la historia conocida de nuestro paciente y el de la experiencia del tratamiento. Este modelo clínico se modifica progresivamente a partir de las nuevas asociaciones que aparecen durante el tratamiento. A veces lamentamos no haber tenido ciertas informaciones al principio del tratamiento: las descubrimos a menudo tras varios meses o años de tratamiento (cf. Cap. 3). No siempre es atribuible a la falta de sinceridad de los pacientes, y cuando entra en juego siempre constatamos que el paciente, por la compulsión a la repetición, no tenía suficiente libertad para compartir la información. Los pacientes, y nosotros mismos, somos prisioneros del vínculo que existe entre una información crucial —por ejemplo la decisión de un padre de circuncidar a su hijo— y el equilibrio inicial entre transferencia y contratransferencia. El aspecto más banal de esta situación inicial es el equilibrio entre un paciente angustiado y un terapeuta idealizado del que el paciente espera liberación. Así lo hizo Amar al principio de su tratamiento, repartiendo papeles que escenificaban experiencias diferentes de satisfacción de deseos.

Tras las distintas secuencias del tratamiento, el intercambio entre terapeutas hace aparecer una movilización de las capacidades de elaboración de cada terapeuta según un esquema que permite reconocer tres partes. Una parte conciente que corresponde a lo que se representa y a lo que se dice en la interpretación de la escena. Otra parte, inconsciente en el sentido descriptivo del término, corresponde a dos tipos de elementos distintos: un primer tipo constituido por los elementos que corresponden a lo que se piensa y un segundo tipo que corresponde a lo que se siente, sin que el terapeuta lo haya traducido verbalmente para sí mismo. Finalmente un tercer grupo de elementos que respondería al proceso inconsciente en el terapeuta, es decir a la organización de su propia sexualidad infantil, a los deseos inconscientes y a los mecanismos de defensa correspondientes que se instalan en esa fase del desarrollo de cada individuo. Estos tres grupos de elementos están separados por censuras de cualidades distintas (cf. Cap. 1). Entre consciente y no-consciente, interviene una censura que corresponde al sentimiento de no exponerse a la humillación que siente el que no respeta los usos culturales de la sociedad. Es la censura que los psicoterapeutas proponen a sus pacientes dejar de lado para comunicar al terapeuta los sentimientos y los pensamientos que surgen durante la sesión. La censura que separa los elementos preconscientes de los elementos inconscientes corresponde al establecimiento de las modalidades de la represión que resultan de la organización edípica de la sexualidad infantil y de su transformación durante el período de latencia después de la angustia de castración. Cada una de las veces, el papel confiado a un paciente por un terapeuta moviliza en este último las huellas mnémicas inconscientes de sus propias experiencias infantiles. Esta activación lleva a la necesidad de una descarga de la excitación que procede de la transformación de los retoños del inconsciente que —por esta misma transformación— han podido franquear la censura que separa al inconsciente del preconsciente. La elaboración de estos retoños preconscientes (cf. Sandler) es lo que permite al terapeuta encontrar por si mismo una línea de interpretación del papel que el paciente le ha confiado.

La cura psicoanalítica habitual es la que mejor reúne las condiciones de esta elaboración. Lo que llamamos la cura tipo es nuestro marco de referencia. El marco del psicodrama psicoanalítico individual difiere en muchos puntos del análisis. La experiencia que los coterapeutas de un psicodrama tienen del marco habitual del psicoanálisis les permite mantenerlo como referencia en el psicodrama. Por otra parte, conocemos el trabajo de equipos de psicodramas en los que no todos sus miembros comparten esta experiencia. En este caso, la coherencia del trabajo del equipo es distinta. Esta coherencia procede del efecto de comunicación y metacomunicación de los participantes que permite vincular a la comunicación verbal consciente una parte de los derivados preconscientes de la movilización del inconsciente estimulado en cada uno de los participantes por la interpretación de los papeles propuestos por el paciente. En ese caso, el hecho de que los coterapeutas y el director del psicodrama no jueguen el juego de la compulsión a la repetición y ahorren a los pacientes las interpretaciones salvajes depende del tacto y de la humildad de los coterapeutas.

El papel del director del psicodrama es reunir los elementos del trabajo de interpretación a partir de los diferentes niveles que evocaremos aquí esquemáticamente:

1. Traducción verbal de la acción tal y como se ha desarrollado.
2. Vinculación de los elementos presentes asociados con los de una escena anterior.
3. Introducción del afecto consciente asociado a la representación actual.
4. Vinculación del afecto consciente con un afecto inconsciente correspondiente. Esclarecimiento del aspecto transferencial a partir de dos modalidades interpretativas:
    a) elaboración interpretativa (cf. Cap. 5) que reúne los elementos del material relacionándolos con los terapeutas.
    b) interpretación elaborativa (cf. Cap. 8) que juega sobre el valor polisémico de una palabra.
5. Finalmente, reconstrucción que permite recolocar la interpretación transferencial en la historia del sujeto (cf. Cap. 3).

---

[1] *Les textes du Centre Alfred Binet,* 1985, núm. 7

CAPÍTULO 7

La transferencia en la adolescencia[1]

El tratamiento psicoanalítico de los adolescentes nos lleva a abordar las consecuencias de un conflicto con parámetros específicos. Esta especificidad resulta de dos circunstancias que entran en resonancia. Es evidente que los años de adolescencia son años de transformaciones que son visibles incluso desde fuera. Son también años insertados entre la edad adulta y la niñez, de la que están separados por el período de latencia. En el tratamiento de los adultos, los años de adolescencia aparecen claramente como el segundo tiempo del complejo de Edipo, en el *après-coup* de la organización edípica infantil que inicia el período de latencia del desarrollo libidinal. Pero el tratamiento de los adultos ofrece una perspectiva en miniatura de los años de adolescencia. Esta perspectiva está como estratificada por los reajustes cuya metáfora geológica, empleada por Freud, ha llevado a privilegiar los pliegues formados en los neuróticos por la organización infantil.

Los psicoterapeutas que tratan adolescentes son los herederos de la historia del psicoanálisis. Por eso, su trabajo sigue una doble referencia. La angustia que lleva a muchos adolescentes de todas las edades a empezar una psicoterapia analítica permite poner en relación su angustia actual con los mecanismos de defensa que ellos mismos oponen a las relaciones de objeto que han forjado su historia individual. Pero no es menos cierto que las transformaciones de la pubertad revolucionan la historia del desarrollo. Freud había descrito su gran importancia, que no es totalmente reducible a la historia infantil del desarrollo libidinal. Se expresó claramente sobre el tema al subrayar que entre la infancia y los síntomas neuróticos del adulto se insertan las fantasías de la adolescencia que vinculan la vida emocional del adulto con sus experiencias infantiles. El tratamiento de los adolescentes conduce a considerar las consecuencias de la revolución que M. Laufer describe en los adolescentes más perturbados como un *breakdown*, una ruptura en el curso del desarrollo, que orientará el tratamiento. Esas dos referencias no son contradictorias pero nos hacen volver sobre la noción de crisis de adolescencia.

En Francia, la importancia de las transformaciones de la pubertad ha sido enfocada bajo el ángulo del narcisismo ligado al desarrollo de la libido objetal desde el principio de la vida, como lo han subrayado B. Grunberger y A. Green. Evelyne Kestemberg, por ejemplo, insiste en la fusión entre libido objetal y libido narcisista en esta edad, que contribuye al desarrollo de una transferencia masiva como señala R. Henny. La estima de sí mismo se altera en paralelo con el cuestionamiento de la idealización de los objetos parentales, al miedo y a la vergüenza que envuelven la masturbación, a pesar de que el adolescente sabe que su aparato genital es un instrumento de su relación con los demás. Cuando pone el acento sobre el conflicto entre el narcisismo y la neurotización del fracaso, Lebovici muestra que el adolescente se ve arrastrado a repetir los fracasos para encontrarse en situaciones infantiles en las que el entorno lo castiga. Esta comprensión de la problemática de la adolescencia tiene como consecuencia la restauración de la estima de sí mismo, meta principal de las psicoterapias en estas edades. Las psicoterapias cortas son a veces suficientes. Solo en ciertas excepciones se aconseja la cura-tipo según P. Mâle y está reservada para los casos de neurosis obsesivas. El análisis de la transferencia debe tener en cuenta la proyección del superyó sobre el analista utilizando la relación terapéutica positiva sin interpretarla demasiado pronto, como dicen R. Diatkine y J. Simon. S. Lebovici daba una indicación que se acerca mucho a la anterior aconsejando al terapeuta hacerse cargo del desplazamiento sobre su persona del ideal del yo y no interpretar demasiado pronto la naturaleza edípica de los deseos sexuales.

En el trabajo mencionado más arriba M. Laufer relaciona la patología del adolescente con la ruptura (*breakdown)* del proceso de integración del cuerpo llegado a su madurez física después de las transformaciones de la pubertad. Esta ruptura se puede producir en el momento de la pubertad o más tarde, en la adolescencia. Es más grave cuando se produce al principio de la adolescencia ya que siempre está relacionada con el deseo edípico incestuoso. Los trastornos que resultan cuando se produce más tarde pueden ser solo transitorios y coexistir con los indicios de la continuación del desarrollo. La transferencia que se despliega posteriormente no solo expresa la repetición de un conflicto anterior conforme a la historia infantil del sujeto sino que la transferencia también contiene las soluciones patológicas inconscientes que han sido opuestas durante las transformaciones de la pubertad, cuando se reactiva la problemática edípica. El tratamiento de los adolescentes busca analizar la transferencia desde el doble punto de vista histórico y dinámico. La necesidad del adolescente de asociar al analista con su patología sexual tiene que ver con la historia del desarrollo del adolescente. Al analista se le atribuyen las actividades y fantasías del adolescente, que se presenta a sí mismo como un inútil tanto sexual como socialmente. En cambio, la dinámica que resulta de las transformaciones de la pubertad busca destruir el cuerpo sexuado y restablecer la relación con la madre preedípica pagando el precio de la destrucción de la identificación con el padre edípico del mismo sexo. La meta del tratamiento es reconstruir la significación de la ruptura que se ha producido, ya sea en la pubertad, ya sea más tarde en la adolescencia, y de insertar esta ruptura en la historia del sujeto.

Marie

Marie es una adolescente de dieciséis años cuando viene a consultar por consejo del médico escolar. Ha sido una alumna brillante pero ahora sus resultados son mediocres. El declive escolar coincide con cambios en la vida familiar. Sus padres han divorciado al final de su niñez. Ella y su hermano, tres años más joven, viven con su madre. Ritualmente los niños van a casa de su padre en fines de semana alternos y pasan con él la mitad de las vacaciones escolares. Viven en el mismo barrio y esta repartición ha sido bien tolerada hasta que interviene un cambio: hace unos meses su madre ha conocido a un hombre y piensa irse a vivir con él, llevándose a su hermano y dejándola sola en el piso. Marie tuvo la sensación de que el suelo se derrumbaba bajo sus pies. Se ha vuelto incapaz de estudiar. Viendo sus catastróficos resultados escolares, su padre reaccionó con tal violencia que ha decidido no volver a verlo. Pero los estallidos de la vida familiar puestos en evidencia encubren otra historia. Marie ha decidido poner término a una relación amorosa muy particular. El chico ha sido el novio de su mejor amiga, con la que salía hasta el día en que la amiga lo dejó porque quería a otro. Marie vio al chico tan triste y era tan bueno que lo quiso consolar. En cambio, cuando amenazó con suicidarse si ella no quería ir a su casa, el chantaje le pareció totalmente insoportable y se negó a seguir con esta relación, replegándose sobre sí misma en un estado de postración doloroso. El relato de la situación familiar y de la suya personal era fluida y era evidente que Marie había pensado mucho en todos estos acontecimientos que la habían precipitado en un estado depresivo brutal, del que había emergido pero del que no veía cómo salir. Era ya el final de la primavera y con la perspectiva de la larga interrupción de las vacaciones de verano le propuse unas entrevistas espaciadas hasta la vuelta de las vacaciones. Entonces pondríamos las cosas a punto. Al volver de las vacaciones, Marie decía que se sentía mejor, al tiempo que atribuía una gran angustia por ella a sus amigas y a su familia. El carácter proyectivo de la angustia que solo podía percibir en el espejo de su entorno y su denigración ante mí, hacen que le proponga verla tres veces por semana. Marie se instaló sobre el diván como le propuse. Le expliqué la regla de nuestro trabajo invitándole a decir lo que se le ocurriría tal y como se presentaba con las palabras que surgían espontáneamente. Ella hizo notar que la posición acostada le convenía habitualmente para leer. El silencio de Marie en el diván lo comprendo en relación con su defensa por la seducción que noté en el cara a cara del principio, de la que se ve privada en la posición tumbada sobre el diván que le propuse… para templar mi irritación. ¿La página estaba en blanco? No tanto como irá apareciendo poco a poco. Dijo que tenía la impresión de que nada se le ocurría pero se da cuenta de *que «eso» se va en todas las direcciones, sin llegar a ningún sitio… Como un ejército en retirada en desorden.* Mejor tendría que decirme que su hermano y ella encuentran que su madre invade demasiado sus existencias con la relación que tiene con su nuevo amigo. Por eso los fines de semana están completamente desorganizados. Antes, Marie iba a casa de su padre en fines de semana alternos. Pero ha desistido para no ser utilizada como mensajera de los reproches de su padre hacia su madre. De esta forma, su silencio aquí conmigo protege la mejor imagen posible tanto de su padre como de su madre. Intenta entonces describir la nueva situación familiar. Su narración es desordenada y confusa. En la sesión siguiente, decido recoger con detalle las últimas sesiones: *Un silencio muy largo me ha llevado a evocar las sesiones silenciosas de las últimas semanas y el comentario que había hecho después de unas cortas vacaciones escolares. «Esto no arreglaba nada». Entonces, le pedí que me explicara la organización de los fines de semana.* Ahí, se expresa con más claridad durante la sesión siguiente. Durante la tarde que pasa con su padre, él habla muy mal de su madre. Los padres y sus respectivas familias se hacen la guerra mutuamente. A pesar de lo desagradable que es para ella que la tomen por juez, los peores fines de semana son los que pasa acostada dando vueltas al asunto. Durante estas primeras semanas mi papel se limitó a establecer y mantener activamente el marco de las sesiones a pesar de las circunstancias exteriores (el timbre del teléfono, por ejemplo) y de las interiores (cuando ella piensa tener que dejar la terapia para no hacerme perder el tiempo). La descripción de D. W. Winnicott del *holding* es la que más se acerca al desarrollo de las sesiones, a pesar de que la inexistencia de la relación visual por la posición acostada sobre el diván hacía que el trabajo de ligazón del preconsciente estaba particularmente solicitado aunque especialmente poco movilizable por ella, en ella, pero sobre todo en mí como respuesta a la transferencia. La prueba por la realidad está a veces alterada de forma transitoria. Así, tras un fin de semana agradable que le da la impresión de ser incapaz de decidir lo que es verdad y lo que no lo es, se movilizan activamente mis capacidades de figuración. En este contexto se forma la imagen de Marie dejada detrás de la puerta para dejar entrar a una pareja en la habitación donde parece que su sitio está puesto en entredicho. Su silencio me lleva a describirle el cuadro que se me presenta de forma repetitiva: «*Desea comunicar conmigo, como lo prueba su puntualidad a las sesiones, pero se mantiene detrás de la puerta para dejar entrar a una persona que se instala aquí conmigo*». Se extraña de que este tema salga a la superficie cuando ella se siente invadida por diferentes cuestiones sobre su escolaridad que no le parecen interesantes como para comunicármelas. Al final del período de prueba piensa en dejar el tratamiento a causa de su silencio. Pero su tono de su voz cambia de repente, se ríe y me dice que su mejor amiga se sintió aliviada al saber que Marie acababa de empezar un tratamiento. El silencio de las semanas anteriores era consecuencia de un flujo caótico de cosas distintas, pero tras unas pocas sesiones, al final del período de prueba, cada vez tiene más miedo de que yo interrumpa el tratamiento. Más allá del caos actual, el análisis de su angustia hace aparecer unas representaciones extremadamente ambivalentes de sus relaciones con cada uno de sus padres. Le digo que *se muestra ante mí, dividida entre «mamá» y «papá»*. La designación de los padres con un lenguaje de infancia hace surgir en ella la convicción de que tiene que elegir «mamá» *y* «papá». El divorcio de sus padres al final de la latencia ha bloqueado el desarrollo de su elección de objeto en el estado en el que se encontraba Marie, con dos años y medio, cuando nació su hermano. Durante las vacaciones de primavera, Marie se quedó sola en París. A su vuelta, la madre de Marie se burló de su hija, haciendo notar, con una punta de celos, que tuvo la suerte de poder hacer lo que ella quería pero que ella, en cambio, tuvo que pasarlas con el hermano de Marie y con su nuevo compañero. De la misma manera que su angustia de que todo haya terminado entre ella y yo, Marie trata la rivalidad con su madre sobre un modo proyectivo: todo iría mucho mejor si su madre no mantuviera con ella esta rivalidad. Entonces veremos aparecer progresivamente una mejor representación histórica de sus relaciones con sus padres, al tiempo que en la vida diaria se va acercando a ellos. Aquí y conmigo emerge su sentimiento infantil de impotencia para conseguir el bebé al que daría todo el bienestar que le falta a ella, y cuyo lugar envidiaba silenciosamente, en una fantasía de auto-engendramiento.

Al final del primer año, faltó a algunas sesiones. Quiso hacer un experimento para saber si podía dejar el análisis. Sus silencios le dan un sentimiento de impotencia que le hace temer no terminar nunca. Este sentimiento, actualizado en las sesiones, es la forma que toma en la transferencia el deseo edípico infantil asociado a la formación de la doble censura que emana del Ideal de yo y del superyó, y que está reactivado por las transformaciones de la pubertad. Con su silencio, Marie tiende a que yo me haga cargo de los celos edípicos y de las respuestas sádicas a las angustias precoces. Perturbando sus silencios y entrando en colusión con sus disposiciones destructoras, yo habría podido poner fin a su tratamiento. Le ofrecí mantener el mismo marco para el año siguiente. Ella aceptó. Durante el segundo año, el silencio despertó en mí cada vez más afectos variados y representaciones que me permitieron formular las elaboraciones interpretativas. La vuelta a su trabajo escolar fue un éxito. Sigue empeñada a mantener en secreto su tratamiento con un nuevo novio. Le molestó mucho que la traicionara un lapsus, suyo, que vivió como una intrusión mía en esta nueva etapa de su vida sexual. Me cuenta que había tenido un lapsus al contar a sus amigos que había propuesto ir al cenar a un restaurante a su madre y a su compañero, llamándoles por sus nombres. Pero había cambiado el nombre de su padre por el del amigo de su madre. Ellos se habían reído y Marie les había dicho que el culpable era su análisis. Contándome el primero, otro lapsus sustituye el nombre de su nuevo novio con el del amigo de su madre. Se siente muy contrariada por no haber podido controlarse como le habría gustado. A cada conflicto conmigo le sigue el sentimiento de que yo no quiero recibirla a la hora de sus sesiones. Esta identificación inconsciente con el agresor tuvo varias veces como consecuencia que faltara deliberadamente a la sesión. La discusión de estos *acting* revela la culpabilidad inconsciente de la adolescente hacia una madre a la que envidia desde su infancia, tras el nacimiento de su hermano, acontecimiento que la ha unido mucho a su padre, y la hizo cargar parcialmente con la severidad de los reproches [del padre] que llevaron a la separación de sus padres. Ahora, *me tiraniza, como su padre lo hizo con su madre*, añadiendo un nuevo contingente de hostilidad a las consecuencias de su relación envidiosa con su madre. El año escolar termina, sus quejas a causa de la posición acostada en el diván le hacen decirme que de esta manera no me puede ver. La elaboración de la relación sadomasoquista conmigo muestra que ella espera ver en mi cara el sufrimiento por la tiranía que me impone. Durante el año siguiente y con una transferencia lateral, analizamos una relación homosexual con una mujer de cierta edad que se opuso a ella cuando tomó la decisión de vivir con su novio. Marie ha mantenido esa decisión y se alegra. El tratamiento ha tenido dos fases: la primera, durante dos años, fue muy silenciosa en el diván; luego, un año cara a cara para retomar lo que no había podido decir los dos primeros años.

Sensible a una forma de pensar de Freud, por ejemplo en *Duelo y melancolía,* los pacientes adultos y adolescentes me llevaron a interrogarme sobre lo que comprendía tan bien cuando los oía (la tristeza en el duelo, por ejemplo) y sobre lo que debía esperarme y se le escapaba al paciente (la pérdida objetal inconsciente del melancólico, por ejemplo). Con dieciséis años, Marie era una adolescente cuyo fracaso escolar y depresión podían ilustrar una crisis del paso de su libido de una organización infantil a una organización genital. En una época de transformaciones, la cura impone tener en cuenta lo que pertenece a la dinámica del proceso de maduración que hay que preservar, y lo que se refiere a las fijaciones patológicas durante este desarrollo. El estudio de las transformaciones de las relaciones de objeto y de los procesos de identificación[2] durante los años de adolescencia, me ha llevado a precisar un modelo de adolescencia útil para abordar las crisis de adolescencia observadas en pacientes de edades muy distintas, a propósito de estados clínicos tan diferentes como los trastornos neuróticos y las psiconeurosis narcisistas descritas por Freud, es decir patologías con tono narcístico dominante: depresiones mórbidas y manifestaciones psicóticas.

Tres posiciones para la adolescencia

El caos pubertario

Las transformaciones de la pubertad asocian los procesos físicos y los procesos psíquicos. Solo estos últimos nos interesan aquí. Examinando las transformaciones que hacen pasar de la vida sexual en su forma infantil a su forma adulta, Freud indica que la pulsión sexual, hasta ahora esencialmente autoerótica, va a descubrir el objeto sexual. Al mismo tiempo, la sexualidad encuentra una meta nueva que consiste en la emisión de los productos genitales. La energía necesaria a la culminación del acto sexual emana del conjunto del desarrollo pulsional. Las excitaciones correspondientes a los placeres preliminares representan de forma rudimentaria la satisfacción de las pulsiones sexuales infantiles. Progresivamente, la pulsión sexual se pone al servicio de la función de reproducción, y al final de la adolescencia el paso a la edad adulta se anuncia por el deseo de dar a luz a un niño nuevo, distinto del deseo de niño estrechamente ligado a la organización edípica infantil, distinto también del deseo de niño de origen narcisista.

Al final del período de latencia que separa niñez y adolescencia, la reducción de la escisión favorece el empuje pulsional y la emergencia de las angustias procedentes de la «descomposición» caótica de la estratificación infantil del desarrollo libidinal. Empleo aquí el término «descomposición» oponiéndolo a la composición de los erotismos en la descripción que hace S. Ferenczi del concepto de anfimixia, es decir la combinación de los erotismos pregenitales que cooperan al desarrollo libidinal. Volveremos en detalle a propósito de nuestra descripción de una *Posición narcisista central de la adolescencia.*

Al llegar a la pubertad, las actividades sexuales son aún esencialmente autoeróticas con preponderancia variable de las diferentes zonas erógenas. El refuerzo de esa actividad es característico de la pubertad psíquica. Las zonas erógenas son puestas a contribución para asegurar la regulación de las tensiones que asedian al joven adolescente desde el mundo externo y desde su mundo interno. Así, los distintos componentes del desarrollo pulsional libidinal y agresivo son susceptibles de ser reactivados cada vez de una forma. Esta reactivación conlleva la «descomposición» de la organización edípica infantil. La elaboración fantasmática contemporánea al período pubertario tiene especial importancia. Freud lo subraya en una nota añadida en 1920 con motivo de una reedición de *Tres ensayos de teoría sexual:*

> Las fantasías del período de la pubertad… tienen gran importancia en la formación de diversos síntomas de los que constituyen directamente los estadios preparatorios, las formas en las que los componentes libidinales reprimidos hallan su satisfacción. También son los moldes de las fantasías nocturnas que se convierten en conscientes en calidad de sueños… entre las fantasías sexuales del período de la pubertad sobresalen algunas que se singularizan por su universalidad, cualesquiera que sean sus experiencias personales. Así, las fantasías en las que el niño se representa a sí mismo asistiendo al coito de los padres, las de seducción precoz por parte de personas amadas, las de amenaza de castración y aquellas cuyo contenido es haber pasado múltiples vicisitudes durante su permanencia en el vientre materno o, por

> último, la llamada novela familiar, en la que el adolescente construye una leyenda a partir de la diferencia entre una situación antigua asociada a padres imaginarios y su situación actual… Se ha dicho con toda razón que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis…En él culmina la sexualidad infantil, que tendrá una influencia decisiva en la sexualidad del adulto.

Desde el principio del tratamiento de Marie, la regresión favorecida por el marco analítico deja aparecer dos ejércitos en retirada ligados a la representación de la escena primaria cuya sombra planea sobre la representación de las percepciones actuales de la vida cotidiana y de la relación con su terapeuta, permitiendo circunscribir progresivamente en el tratamiento los efectos de la angustia que surge de su deseo por los objetos edípicos.

La posición narcisista central de la adolescencia

Alterada por el caos de la pubertad, la unidad de los jóvenes adolescentes se va a recomponer. Los erotismos pregenitales convergen después de la pubertad hacia la zona genital a la que se transfiere la posición fálica contemporánea a la organización edípica del final de la infancia. Los años de la organización infantil edípica constituyen un primer tiempo, cuyo segundo tiempo son los años de adolescencia. Quizá nadie haya descrito mejor que Ferenczi los procesos de la pubertad. Esta descripción fue inspirada por el trabajo de traducción al húngaro de los *Tres ensayos*, unos diez años después de la primera publicación. El mismo Ferenczi señala que para publicar *Thalassa* le hicieron falta los ánimos que le dieron sus amigos vieneses. Señalemos que el título completo en alemán de esta obra de Ferenczi es *Ensayo sobre la teoría de la genitalidad* pero más sugerente aún para nuestro propósito es el título en húngaro: *Catástrofes en la evolución de la vida sexual.* Ferenczi propone el término de anfimixia para el proceso por el que los erotismos pregenitales se combinan para cooperar al cumplimiento del desarrollo pulsional en sus metas y en los objetos adecuados a la satisfacción. Escribe Ferenczi:

> … La diferenciación del narcisismo a partir del autoerotismo es el resultado visible, incluso desde fuera, del descenso anfimíctico de los erotismos. Si queremos tomar en serio la idea de la pangénesis de la función genital, debemos considerar el órgano genital del hombre como un doble en reducción de todo el yo, la encarnación del yo erótico; y en este desdoblamiento del yo, vemos el fundamento del amor narcisista de sí mismo.

Con la elaboración de un segundo tiempo, Ferenczi completa la organización narcisista de la que Freud había esbozado el primer tiempo a partir de un estadio autoerótico anobjetal pre-ambivalente originario. La actividad pulsional también se modifica con las nuevas relaciones que se establecen con los padres en esta etapa de la vida. El adolescente no puede evitar desilusionarse de sus padres cuya imagen actual no está nunca al nivel, muy idealizado, que prevalecía en la época fálica de la organización edípica. La consecuencia habitual de esta decepción del adolescente es una retirada de la libido, hasta ese momento vinculada a las imagos, y su investimiento en el yo. Con la convergencia anfimíctica de los erotismos este movimiento narcisista secundario contribuye a la formación de la posición narcisista central de la adolescencia. Esta retirada aún se ve aumentada por la mayor amenaza de un acercamiento incestuoso.

En los dos últimos años del tratamiento de Marie vimos aparecer hasta qué punto su depresión había sido marcada por la intensidad del sadismo despertado en la época de su pubertad. La escisión de la transferencia materna tuvo como consecuencia un episodio homosexual. La relación muy cariñosa de Marie con una mujer mayor que la quería mucho duró el tiempo necesario para que Marie pudiera entender que esos sentimientos cariñosos hacia esa mujer y las relaciones tiránicas que mantenía conmigo se referían de hecho a una sola persona: su madre, a la que ahora deseaba unas veces acercarse y otras apartarse cuando sospechaba que se oponía a la realización de su vida amorosa.

El redescubrimiento del objeto

La elección de este objeto ha sido preparado desde la infancia a través de una sucesión de experiencias, unas agradables y otras fuente de displacer, que conjugan cada vez —como lo ha subrayado René Diatkine— la referencia a un objeto parcial (el pecho) y a un objeto total (la madre) cuya ausencia se convierte en fuente de angustia y cuya presencia tierna guía al niño, ya adulto, hacia la elección del objeto sexual. Una vez más, queremos atraer la atención sobre una advertencia que Freud hace, igualmente en 1905 en el momento de la redacción de los *Tres ensayos de teoría sexual*, pero publicada por separado el año siguiente. En «*Mis puntos de vista sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis*», Freud indica que el síntoma histérico no puede ser considerado como el derivado directo de recuerdos reprimidos de las experiencias sexuales infantiles que recubren, ya que entre los síntomas del adulto y las impresiones infantiles, vienen a insertarse las fantasías o los recuerdos imaginarios, esencialmente elaborados por el paciente durante los años de la pubertad a partir de los recuerdos infantiles que recubren ellos mismos.

La introducción del narcisismo aclara considerablemente la parte de la adolescencia en la vía que lleva al objeto sexual. S. Freud (1914c) describe cuatro eventualidades que conducen a la elección del objeto según el tipo narcisista. Las tres primeras modalidades son las más habitualmente señaladas: 1) amar lo que uno es; 2) amar lo que uno ha sido; 3) amar lo que uno querría ser. La cuarta proposición, a menudo olvidada, me parece que tiene una especial importancia al final de la adolescencia. Según el tipo narcisista, se ama a la persona que ha sido una parte de sí mismo, como las adolescentes evocadas por Freud. Antes de la pubertad, se sentían masculinas y la aparición de las reglas y de los caracteres sexuales secundarios, la madurez corta con el desarrollo iniciado en la dirección masculina. Entonces aspiran al ideal masculino que encarnaban anteriormente. En el varón observamos idénticos remozamientos de las relaciones de objeto. Estos cambios de relaciones de objeto corresponden a una oscilación entre integración y desintegración del yo y entre fusión y defusión de los erotismos, y finalmente entre intrincación y desintricación pulsionales. El papel de las transformaciones de la adolescencia es organizar el paso hacia el amor objetal postambivalente. Estas introyecciones secundarias al declive del complejo de Edipo conducen a la reelaboración genital de la fantasía del niño imaginario.

Marie tiene veinte años cuando decidimos juntos terminar el tratamiento. Había dado a su escolaridad una orientación personal que le permitía conciliar lo que ella había retenido a partir de la historia de cada uno de sus padres, más allá del divorcio al final de su infancia. Su vida amorosa, sobre todo, se liberó de las trabas repetitivas surgidas de su historia. La dificultad para la comprensión de la transferencia de esta paciente es el resultado de la interferencia de las transformaciones que hay que esperar a lo largo de cualquier adolescencia, de las trabas causadas por la organización edípica infantil, sacudida ella misma por la problemática pubertaria particular a la adolescencia. Las horas de silencio de los primeros años solicitaron intensamente mi contratransferencia produciendo unas veces hostilidad y otras la culpabilidad de una relación seductora. La referencia al modelo de la adolescencia que se precisaba para mí en aquella época me ayudó a no precipitar este tratamiento hacia un final prematuro. El desarrollo de una historia transferencial era la única vía posible para permitir a esta paciente organizar su vida de mujer, de la que se hizo única responsable a partir del momento de nuestra separación.

Las crisis de adolescencia

Aplicada a la adolescencia, la noción de crisis no deja de plantear serios problemas debidos a la diversidad de los cuadros clínicos que observamos y a la edad variable de los adolescentes que recibimos. El desarrollo riguroso del pensamiento psicoanalítico en Francia pone el acento sobre la importancia de la metapsicología freudiana y sobre la importancia del narcisismo en el marco de la teoría del desarrollo pulsional.

Hemos de subrayar que Freud no tuvo la necesidad de acudir a la noción de crisis. En el texto de 1905 consagrado a las transformaciones de la pubertad, su atención es mayor de lo que sugiere a priori el título de su estudio. En el segundo párrafo de la introducción a este capitulo escribe: «En el hombre, la meta sexual consiste en la emisión de los productos genitales. Nada lejos de la antigua meta, que era el placer, la nueva meta se le parece en que el placer máximo está vinculado al acto final del proceso sexual. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción: se hace, por así decir, altruista». La primera frase corresponde manifiestamente a las transformaciones de la pubertad que será el tema de este capitulo de los *Tres ensayos de teoría sexual*. La segunda corresponde al nuevo descubrimiento, bajo el primado de la genitalidad, del amor de objeto postambivalente. Entre los dos, la referencia a la teoría del narcisismo nos ha permitido describir la posición narcisista central y la posición depresiva central de la adolescencia. La noción de crisis que todos empleamos vale lo que valen las metáforas. El valor metafórico de la crisis se percibe mejor si nos referimos a su marco: el de la economía.

En economía, la crisis en singular remite a un esquema en el que la crisis no tiene sentido más que dentro de un ciclo económico que aparece tras una fase de progreso y precede a una época de depresión. El ciclo completo desemboca en un nuevo ciclo. Desde esta perspectiva se pone el acento en el lado económico. Las crisis, en plural y siempre en economía, evocan una sucesión de acontecimientos que se distinguen unos de otros por sus rasgos respectivos. Se pone entonces el acento sobre la aproximación histórica.

Cuando ponemos hoy el acento en las crisis de la adolescencia, respondemos a una exigencia clínica. La descripción de tres posiciones: el caos pubertario, la posición narcisista central y el redescubrimiento del objeto, permite una evaluación más concreta de las dificultades de los adolescentes que recibimos en consulta. Estas crisis se detectan en la articulación de estas tres posiciones: entre período de latencia y caos pubertario, entre este último y la posición narcisista central, entre esta y el redescubrimiento del objeto y la edad adulta que firma la renuncia a la infancia, reactivada al principio de la adolescencia y que se vincula a la edad adulta en el transcurso de las transformaciones que caracterizan estas tres etapas. Cada una de estas articulaciones constituye un momento vulnerable que puede dejar aparecer *après-coup* un retoño crítico de las transformaciones anteriores. Todas las crisis podrían considerarse como variantes de la crisis producida por las transformaciones de la pubertad, y la posición del caos pubertario puede dejar aparecer lo que esta crisis debe a la organización edípica infantil y a sus raíces precoces. Pero según el momento de las transformaciones de la adolescencia, que ve producirse la ruptura en una de las articulaciones que he indicado, los procesos de transformación de la organización libidinal van a imprimir sus huellas específicas en los distintos marcos clínicos y en la psicopatología que los sustenta. Cada una de estas etapas de adolescencia está caracterizada clínicamente y definida por su economía propia. Bajo los distintos aspectos, dinámico, económico y tópico, las crisis que observamos se comprenden mejor.

---

[1] *Les textes du Centre Alfred Binet,* 1987, núm. 10.

[2] M. Vincent «Les transformations des processus d'identification pendant l'adolescence» in *Les textes du Centre Alfred Binet,* núm. 8, juin 1986, 135-144.

CAPÍTULO 8

Notas a propósito de la interpretación mutativa[1]

> *El psicoanálisis nació como procedimiento terapéutico; todavía hoy se presenta, en primer término, como método terapéutico. No podemos entonces dejar de sorprendernos ante el reducido número de trabajos psicoanalíticos consagrados hasta ahora a los mecanismos de su eficacia terapéutica.*
>
> JAMES STRACHEY, 1934

La cuestión del cambio aparece a todo lo largo de la historia del psicoanálisis. Sin embargo se ha discutido la meta terapéutica, particularmente en Francia donde los analistas sostienen que la curación (meta última de un tratamiento en el modelo médico) viene por añadidura. Los enemigos del psicoanálisis también tienen motivos para mantener el mismo punto de vista. Sin embargo, muchos psicoanalistas siguen aceptando la definición que da Freud en el año 1922:

> El psicoanálisis es el nombre de:
> 1. Un método para la investigación de los procesos mentales casi inasequibles de otra manera;
> 2. Un método basado en esta investigación para el tratamiento de los desórdenes neuróticos;
> 3. Una serie de concepciones psicológicas adquiridas por este método y que se desarrollan conjuntamente para formar progresivamente una nueva disciplina científica.

La referencia a la perspectiva terapéutica es constante en los artículos escalonados entre 1903 y 1918, reunidos bajo el título *La Técnica psicoanalítica*[2]. Esta referencia es constante hasta en los últimos escritos, como por ejemplo en la segunda parte del *Compendio de psicoanálisis* (1940a), y bajo muchos aspectos en «*Análisis terminado, análisis interminable*» (1937c). Así se encuentra planteada la cuestión de las modalidades del cambio producido por los tratamientos psicoanalíticos. Cambios, por supuesto, pero ¿de qué importancia, de qué naturaleza y por cuánto tiempo? La invención del psicoanálisis se hizo separándolo de la hipnosis y de la sugestión. No es este el momento de contar con detalle la historia. Basta con indicar que este trabajo de invención ha producido, según Freud, un arte: el de la interpretación. Las discusiones técnicas llevaron a Freud a asociar interpretaciones y construcciones (1937c). En el transcurso de estas discusiones, la eficacia terapéutica es la meta a conseguir y la que guiará los progresos de la técnica y de la ciencia, hasta la definición de 1922 que recordábamos al principio de esta nota. Sin embargo a veces la claridad científica está eclipsada por el brillo de los residuos del pensamiento mágico infantil en los adultos. Un cierto discurso psicoanalítico ha popularizado los «milagros del psicoanálisis». Más cerca de nosotros, la idea de mutación ha conocido, y aún conoce, una moda justificada.

El idioma francés, según el diccionario Robert, reconoce varias acepciones del término mutación[3]. Sus distintas connotaciones permiten constituir dos grupos de acepciones.

Un primer grupo reúne, con una intención descriptiva, el término mutación utilizado en campos tan distintos como el uso común, el Derecho fiscal y la música. El uso común utiliza «mutación» para la afectación de un funcionario de un puesto a otro. El Derecho fiscal utiliza el término por ejemplo, a propósito de la transmisión de un derecho de propiedad. Para terminar, en el campo musical, juegos de mutación se dicen a propósito del órgano, en el que cada nota tiene varios tubos de longitudes diferentes que emiten los harmónicos. En este primer grupo encontramos unas metáforas directamente útiles para nuestro propósito. Siempre que las instancias de la personalidad se puedan asociar a unos funcionarios, la afectación del superyó está directamente implicada. La transmisión de un derecho a la propiedad ha sido claramente indicada por Freud. «*Wo Es war, soll Ich werden* / donde está el ello tiene que advenir el yo». Por fin, la referencia musical evoca inmediatamente la definición del modelo de elaboración interpretativa tal y como Janine Simon y René Diaktine lo han mostrado a partir del psicoanálisis de Carine.

Desgraciadamente hay un segundo grupo de acepciones que lastran la comprensión de los que han sido impregnados por el pensamiento metafísico o por el de la medicina. Para los primeros, mutación es un término que se acerca a cambio, pero también a conversión y a transmutación. Los segundos, cargados de biología, no pueden olvidar que, con este término, De Vries ha descrito la variación *brusca* de un carácter hereditario en una especie. Para los que están influenciados por este segundo grupo de asociaciones, la interpretación mutativa hace prever en un análisis el tiempo de la cura antes de ser enunciada la interpretación mutativa, apareciendo entonces el tiempo posterior como el de la resolución de la cura. Los psicoanalistas especialmente curtidos saben muy bien que la experiencia de la cura es otra. Muchos lo deben a la traducción de Christian David de un texto publicado por James Strachey hace medio siglo.

En este artículo, «*La naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis*», Strachey explica que el efecto terapéutico del análisis es la consecuencia de transformaciones dinámicas que se inician tras el trabajo interpretativo, en particular de las interpretaciones llamadas mutativas. En un número reciente de *Internacional Journal of Psicoanalisis* (1983, 64, págs. 445-459) Horacio Etchegoyen atribuye el origen de este articulo al Congreso de Salzburgo donde Sachs, Alexander y Rado fueron los ponentes. Igualmente se mencionan las formulaciones de Freud en «*Psicología colectiva y análisis del yo*» a propósito de la sugestión que está ahí enfocada desde la perspectiva estructural. En su ponencia, Sachs insiste sobre las modificaciones del superyó que adopta la posición conciliadora del superyó analítico, reduciendo el conflicto entre el yo y las pulsiones, ahorrando, finalmente, la represión. Alexander, por su lado, considera el superyó como un arcaísmo que el yo se debe encargar de destruir; este último ignora las pulsiones mientras que el superyó —que en parte surge de él— las conoce perfectamente. A partir de ahí, la cura se desarrolla en dos etapas: en la primera el analista soporta el desplazamiento de las exigencias de superyó y en la segunda, las interpretaciones, al tiempo que sostienen la perlaboración, proporcionan al yo la capacidad de juicio. En términos transferenciales, la primera etapa sustituye el conflicto intrapsíquico por un conflicto exterior paciente-analista. La neurosis de transferencia fue descrita primero por Freud en 1914, como un producto artificial que resulta del tratamiento psicoanalítico, que hace aparecer el conflicto yo-superyó. En cambio, en 1917, en «*Duelo y melancolía*», Freud señala que en la hipnosis el hipnotizador ocupa el lugar del ideal del yo. De esta manera se impone al yo del paciente al final de un proceso de incorporación que ha realizado a expensas de este último. Rado subraya que esta incorporación, atrayendo sobre sí los investimientos del superyó, se atribuye una autoridad nueva que lo pone en posición del superyó parásito. Aparece entonces una doble diferencia entre análisis e hipnotismo: durante el análisis, el desplazamiento concierne al superyó mientras que en la hipnosis el hipnotizador solicita un desplazamiento del ideal del yo a su favor. Por otra parte, lo que caracteriza la segunda fase del análisis es un proceso de introyección a favor del yo, mientras que el segundo tiempo de la hipnosis se procede a una incorporación en detrimento del yo. Precisamente porque la hipnosis y el análisis tienen en común el desarrollo en dos tiempos, la diferencia entre cada tiempo de una y de otro adquiere toda su importancia. La diferencia es la que tiene que ver con el proceso de introyección. Es la más importante porque si falta conlleva unos resultados cuya labilidad es la de cualquier tratamiento por sugestión. Al contrario, el trabajo de interpretación, que transforma lo inconsciente en consciente, permitirá la expansión del yo más allá de los límites anteriores al trabajo analítico. La naturaleza de este trabajo es específicamente narcicística como lo ha subrayado Bela Grunberger. Strachey escribe: «En la medida en que busca modificar el superyó del paciente, el análisis persigue una acción mucho más amplia y duradera, realmente un cambio total en la naturaleza del superyó mismo». Para que este trabajo de análisis sea posible, el autor insiste en dos puntos: el paciente debe ser capaz de investir el analista con sus pulsiones inconscientes y debe disponer de un contacto suficiente con la realidad. No vamos a entrar en detalle. A propósito de estos dos puntos, conviene no perder de vista que se trata no solo de la estructura neurótica o no neurótica del paciente, sino también de los medios que constituyen la técnica, sin la que los procesos mentales en cuestión permanecerían inaccesibles. Buscando la especificidad del trabajo analítico, Strachey constata que el término «interpretación» se utiliza en diferentes sentidos según los casos y según las circunstancias. Para definir la especificidad del trabajo interpretativo en psicoanálisis es necesario definir la interpretación mutativa. Esta definición comporta dos aspectos, que pueden aparecer como dos fases. En la primera, la relación inconsciente del paciente con el analista supone una cierta cantidad de energía (transferencia); en la segunda fase, el paciente toma conciencia de que la energía pulsional está dirigida hacia un objeto fantasmático arcaico y no hacia la persona misma del analista (lo que hace posible un contacto suficiente con la realidad). Strachey subraya que la primera fase toma varios aspectos, pero que, cualquiera que sea el aspecto retenido en la interpretación, esta debe hacerse a pequeña escala: «La interpretación mutativa se ve ineluctablemente regida por el principio de las dosis mínimas». Así, y hay que apuntarlo, no hay que esperar ningún milagro. El psicoanálisis produce cambios progresivos que son la suma de movimientos pequeños y numerosos, cada uno de ellos consecutivo a una interpretación mutativa. La segunda fase de la interpretación mutativa confiere un papel crucial al sentido de la realidad del paciente. Hay que añadir que exige que la presencia del analista no sea ni buena ni mala; Bion dice: sin deseo ni memoria, lo que con Sacha Nacht resumimos como neutralidad benévola. Esta segunda fase implica también, por deferencia hacia los recursos limitados del yo ante las exigencias del ello y del superyó, al que podemos añadir la de la realidad exterior, que solo se pueden administrar «dosis infinitesimales» de lo real. Y para que la administración de esa dosis sea eficaz, es necesario que se refiera a una representación pulsional en proceso de investimiento. Esto corresponde a lo que Strachey llama «la inmediatez de las interpretaciones mutativas». En un momento dado, es tal representación pulsional la que está activamente investida y la única susceptible de una interpretación mutativa. En este sentido, se trata de un punto de urgencia, y para que pueda ser tratado de manera específica la interpretación mutativa debe ser detallada y concreta. Una interpretación que juega sobre la semántica de una palabra puede ser útil, pero no tiene valor mutativo. Ante todo, una interpretación léxica tiene solo un valor informativo y eventualmente podrá constituir la primera fase de la interpretación mutativa. De la misma manera, una interpretación extra-transferencial no podrá producir ninguno de esos movimientos que son el resultado de una interpretación mutativa. Estas últimas interpretaciones caracterizan a menudo lo que Freud llamó análisis silvestre. El material que no pertenece a la situación «aquí y ahora» es particularmente inapropiado para una interpretación por el hecho de que su estratificación no puede aparecer claramente. Desde un punto de vista dinámico, este inconveniente no es el peor puesto que, a diferencia del arqueólogo, el psicoanalista está en contacto con un material vivo que solo puede retomar su propia estratificación si tiene la seguridad de estar dentro del marco adecuado. La peor dificultad resultante de una interpretación extra-transferencial es no permitir la segunda fase de la interpretación mutativa. En vez de tomar conciencia de que la energía pulsional está dirigida hacia un objeto fantasmático arcaico, todo ocurre como si el paciente fuera solicitado por el analista para proyectar la pulsión hecha consciente sobre el analista en persona. Para Strachey, si resulta tan difícil hacer interpretaciones, y particularmente interpretaciones mutativas, es porque el analista tiene una dificultad consigo mismo. Esto parece ser la consecuencia inevitable del partido tomado por el analista para movilizar hacia él la energía pulsional del paciente. La naturaleza de esta movilización, especialmente cuando es excesivamente libidinalizada o agresiva, puede llevar a otras formas de intervenciones: pregunta, comentario, confortación, incluso interpretaciones que no apuntan a un efecto mutativo sino a un arreglo de las resistencias que, en el mejor de los casos, permitirá dar una interpretación mutativa más adelante.

Recogiendo la fórmula de un conocido semanario, el articulo de Strachey, «*La* *naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis*» es un artículo de obligada lectura.

---

[1] *Les textes du Centre Alfred Binet,* 1984, núm. 5.

[2] En Francia existe, con este título, un volumen editado por PUF que agrupa los trabajos de Freud 1904a, 1905a, 1910d, 1910a, 1911e, 1912d, 1912a, 1914a, 1913e, 1914g, 1915a, 1919ª. En ese orden. *[N. del T.]*

[3] Este comentario se puede aplicar directamente al idioma español.

Tercera parte

PROBLEMÁTICAS

CAPÍTULO 9

El acceso a la adolescencia[1]

Como hacían nuestros maestros cuando hablaban de la adolescencia, algunos siguen hablando de tres nociones, la primera y la tercera con límites mal definidos: pre-adolescencia, adolescencia y postadolescencia. Con bastante discreción, casi demasiada, llevo proponiendo desde hace veinte años un modelo de adolescencia. En este modelo la infancia empieza con el nacimiento e incluye lo que el análisis de sus pacientes adultos llevó a Freud a llamar etapa de latencia sexual. Paul Denis ha hecho un trabajo totalmente vigente sobre esta etapa.

Se han dedicado muchos trabajos a la adolescencia, en particular en la revista *Adolescence* dirigida por Philippe Gutton. Muchos autores, en Francia y en todo el mundo, han aclarado muchos aspectos. Entre nosotros, Philippe Jeammet y Alain Braconnier. A propósito de la adolescencia, se ha convenido habitualmente estudiar un período bastante largo entre la infancia y la edad adulta. Visto así, lo que se toma en consideración es el segundo decenio de la vida. En este ámbito, varios autores distinguen diferentes partes en función de criterios más o menos coherentes. Detallaré a continuación los que me propongo adoptar. Hay que citar aquí una sugerencia de André Green. Con ocasión de una comunicación sobre «Le point de vue du psychanalyste sur les psychoses à l'adolescence»[2], André Green describe un espacio de tiempo que llama «segunda latencia» entre la pubertad y la adolescencia. Para él, se trata del paso de las transformaciones pubertarias que se producen en el cuerpo hasta la sexualización general de la adolescencia, cuya angustia se plasma no solo en el propio cuerpo sino también en la capacidad para amar «… en el sentido en que esto exige que se tomen también en consideración los problemas del otro». Me quedaré, de manera provisional, con la propuesta de una tripartición de esta larga época de la que lo que aquí nos interesa es el acceso.

Los equipos del Centre Alfred Binet han abordado este problema en 1985 y 1988. El núm. 8 de junio 1984 de nuestra publicación *Les Textes du Centre Binet* empieza con un estudio de René Diatkine que se inscribe en la continuación de nuestras reflexiones bajo el titulo: *L'entre-deux-crises: el período de latencia*[3]. Lógicamente, tres años más tarde aparece una continuación en el núm. 13, en diciembre 1988, con el título *Adolescence*. Después, los estudios dedicados a la adolescencia se multiplicaron. Para ilustrar mi propósito y que me perdone René Diatkine, he invertido el título: «*Phase de latence: l'entre-deux-crises*»[4]. Si a menudo se asocia la adolescencia con la idea de crisis, creo que es una idea original de René Diatkine el haber hecho de la organización edípica infantil una primera crisis. Lo atestigua el trabajo de investigación que dirigió con Colette Chiland sobre el niño de seis años y su porvenir. Tratándose de la adolescencia, creo que la crisis está virtualmente presente en cada articulación de las tres posiciones de la adolescencia. Volveré sobre este tema. He hecho un estudio especialmente dedicado a esta noción de crisis de la adolescencia que juega un papel tan importante en la psicopatología moderna de las diferentes patologías de los adolescentes. Propongo volver sobre este tema para examinar este momento tan particular de la entrada en la adolescencia.

El masoquismo durante la adolescencia

Numerosas consultas para adolescentes (especialmente para los más jóvenes, los de los años de colegio) toman sentido a partir de la referencia al masoquismo. El masoquismo propiamente dicho es una perversión sexual en la que una persona solo puede alcanzar el placer si soporta un sufrimiento, físico o moral. Le debemos a Krafft-Ebing (1886) su introducción en la psicología, valiéndose de los escritos del Caballero Léopold von Sacher-Masoch me referiré al desarrollo que hizo Freud.

En un primer tiempo, la cuestión del masoquismo está ligada a la del sadismo, que sería lo originario. Esta relación es ejemplar en el pensamiento freudiano, que pone a trabajar parejas de fuerzas opuestas. Aquí, sadismo y masoquismo expresan el conflicto intersubjetivo de dominación-sumisión, y más tarde como conflicto entre el sadismo del superyó el masoquismo del yo, visto desde el punto de vista de la estructuración de la persona. Ya en los *Tres ensayos*, el sadismo y el masoquismo están descritos en el primero, «Las aberraciones sexuales», a propósito de las desviaciones que se refieren a la meta sexual y más particularmente en la relación con la fijación a las metas sexuales preliminares. Una parte del texto es posterior a la primera edición. Diez años más tarde (1915) Freud añade que bajo el término masoquismo él engloba todas las actitudes pasivas adoptadas tanto en la vida sexual como en la relación con el objeto sexual. Freud piensa que el masoquismo se produce a partir de una transformación del sadismo, volviéndose contra la propia persona que toma el lugar del objeto sexual. Freud subraya la intervención de un gran número de factores que amplían y fijan *la actitud pasiva sexual originaria* ligada al complejo de castración y al sentimiento de culpabilidad.

Diez años más tarde (1924), una nota a pie de página en los *Tres ensayos* menciona el cambio de punto de vista motivado en Freud después de la dificultad encontrada en el análisis de la fantasía *Pegan a un niño*, que al año siguiente, en *Más allá del principio de placer*, lleva a Freud a subrayar la importancia de la compulsión a la repetición y a darle la interpretación de una pulsión de muerte cuya meta es restablecer el estado anterior a la aparición de la vida. En su trabajo *El problema económico del masoquismo*, emite la hipótesis de un *masoquismo primario-erógeno* a partir del cual se desarrollan dos formas más tardías, *el masoquismo femenino* y el *masoquismo moral.*

En la última concepción de Freud, el sadismo es el resultado de la deflexión del masoquismo hacia el exterior. La parte de ese sadismo que queda inutilizada viene a añadirse por desviación al masoquismo primario y constituye el *masoquismo secundario.*

¿Por qué el masoquismo? Freud señala que desde el punto de vista del principio de placer, que organiza los procesos psíquicos para evitar el displacer y obtener el placer, el masoquismo (cuya meta es el dolor y el displacer) se inscribe contra el principio que Freud había puesto en el centro del funcionamiento mental. La contradicción recibe una nueva solución a partir de la introducción de un dualismo pulsional que opone la libido a la pulsión de muerte. Ya en 1905 Freud había señalado que la excitación sexual se produce como efecto secundario en todos los procesos internos cuando su intensidad va más allá de un límite cuantitativo. Así, la excitación del dolor y del displacer produce una *co-excitación libidinal.* Esta última sería fisiológica en el niño y se borraría después, no persistiendo más que en proporciones variables en los diferentes estados psicopatológicos como fundamento fisiológico de los procesos psíquicos del masoquismo erógeno. De esta forma, en los seres vivos la libido encuentra la pulsión de muerte, pulsión destructora que se transforma en inofensiva siguiendo dos direcciones: hacia el exterior con la musculatura, contra los objetos exteriores bajo forma de pulsión de control y de voluntad de poder. Hacia el interior donde la co-excitación sexual produce un vinculo que constituye el masoquismo erógeno originario.

El masoquismo erógeno participa en todas las fases del desarrollo de la libido. Citemos a Freud:

> la angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) tiene su origen en la organización oral primitiva. El deseo de que el padre le pegue viene de la fase siguiente, sádica y anal: el estadio de organización fálica introduce en el contenido de las fantasías masoquistas un precipitado, la castración, aunque esta última sea, más adelante, objeto de renegación. De la organización genital definitiva derivan naturalmente las situaciones características de la feminidad: soportar el coito y parir. El papel de las nalgas en el masoquismo también es fácil de comprender, abstracción hecha de su anclaje evidente en lo real. Las nalgas son la parte del cuerpo privilegiada desde el punto de vista erógeno en la fase sádico-anal, de la misma manera que lo son los pechos en la fase oral y el pene en la fase genital.

Freud añade que en el masoquismo erógeno los sufrimientos masoquistas deben provenir de la persona amada, cosa que no requiere el masoquismo moral. A causa de las *reacciones terapéuticas negativas,* la experiencia de los tratamientos psicoanalíticos y de la transferencia lleva a completar la nota de Freud asociando a las personas amadas con sus representantes: para nuestros pacientes adolescentes, al final de los procesos de desplazamiento y de proyección, los profesores y los representantes de las autoridades. Estas disposiciones son la expresión de un *sentimiento inconsciente de culpabilidad.* Un sufrimiento, el del masoquista, es sustituido por otro, el de la conciencia moral, los remordimientos y los tormentos de la culpabilidad. Pero los sentimientos de culpabilidad son conscientes cuando emanan del superyó y están ausentes de la conciencia cuando están ligados al masoquismo del yo. Freud nos invita a traducir esta culpabilidad como una *necesidad de castigo,* «todo discurre como si» el sufrimiento fuera el resultado de la sumisión a un juicio de condena inconsciente. El superyó, heredero del complejo de Edipo infantil, es el representante del mundo exterior y del ello de tal forma que su severidad es frecuentemente mayor que la de los padres. Freud lo subraya, la descomposición de las pulsiones va acompañada de un aumento de la severidad del superyó introducida en el yo y expresada en el comportamiento. El masoquismo moral re-sexualiza la moral en el proceso regresivo del superyó al yo. La vuelta del sadismo contra la persona propia se produce igualmente por la represión cultural de las pulsiones que retiene una parte de los componentes destructores que, entonces, no se ejercen en la vida sino solo de manera complementaria a nivel del sadismo del superyó y del masoquismo del yo. Freud nos invita a pensar que la primera renuncia pulsional está impuesta por fuerzas exteriores y son el origen de la moralidad. Posteriormente la conciencia moral exige una renuncia pulsional suplementaria. El masoquismo constituye entonces una tentativa de evasión de las restricciones impuestas a los deseos edípicos en su doble expresión, asesina e incestuosa.

La historia de Paul va a permitir observar las transformaciones del final de la infancia en el principio de la adolescencia. Al final de la infancia, sus dificultades escolares expresaban su hostilidad hacia su madre que vigilaba su escolaridad y el amor por su padre encarnaba su ideal en aquella época. Al principio de la adolescencia, tener de nuevo malos resultados en el colegio no satisface los deseos inconscientes ni los deseos preconscientes de la organización edípica infantil. El fracaso escolar traduce su rebelión contra su madre y también, entonces, contra su padre. Daré una ilustración detallada a partir de una consulta terapéutica reciente. El cuadro clínico que hemos observado entra en una perspectiva cuya descripción más amplia haremos más adelante con el término «caos». Nos referimos a la mitología griega donde Caos es la personificación del Vacío primigenio. Es anterior a la creación, en un tiempo en el que el Orden no había sido aún impuesto a los elementos del mundo.

Freud ha consagrado el último de los *Tres ensayos* a las metamorfosis de la pubertad. Las transformaciones que se producen entonces conciernen los procesos físicos propios de las transformaciones biológicas y los procesos psíquicos resultado de la transformación de las relaciones de objeto y de los cambios de las modalidades identificatorias (cf. Cap. 6). La pulsión de sexual, hasta ese momento esencialmente autoerótica, encuentra una nueva meta cuya expresión es la de alumbrar un niño imaginario por la emisión de los productos genitales: la ovulación en la niña, cuya importancia está eclipsada fenomenológicamente por la aparición de la regla y la eyaculación en el chico eclipsada por su asimilación en Francia a una polución[5], y en Inglaterra a un sueño (wet dream)[6].

Ferenczi ha descrito magistralmente la forma en la que los erotismos pregenitales cooperan con el desarrollo genital. Bajo el nombre de anfimixia, describe la composición de los erotismos. Esta converge en la infancia para dar toda su importancia a la posición fálica de la organización edípica infantil. Al final del período de latencia que separa la infancia de la adolescencia, la reducción de las escisiones favorece el empuje pulsional pubertario y la descomposición de las actividades sexuales. Las distintas zonas erógenas, oral, anal y fálica, toman en ese momento una importancia variable que se expresa sobre todo en el carácter y el comportamiento. La proyección es entonces la modalidad más habitual de la regulación del funcionamiento mental. Debo referirme aquí a la teoría de la adolescencia que presenté hace unos años y que he desarrollado desde entonces.

Un modelo del funcionamiento mental

Se pueden distinguir tres posiciones, utilizando la noción de posición que ha sugerido Melanie Klein para juntar una calidad particular de la angustia con los mecanismos de defensa que se oponen a esa angustia. La elaboración del contenido de esas tres posiciones es más ecléctico de lo que podría sugerir la referencia kleiniana a la noción de posición. De hecho, lo esencial de mi teoría se apoya en el conjunto de la teoría de Freud, cuyos principales jalones son los *Tres Ensayos* (1905), la *Introducción del narcisismo* (1914), los artículos metapsicológicos (1915), *Más allá del principio de placer* (1920), *El yo y el ello* (1923) y *El problema económico del masoquismo* (1924).

El caos

Es la primera posición de la adolescencia. Resulta de la conjunción del empuje pubertario y de una organización edípica infantil que se ha relajado por la reducción de los mecanismos que ha determinado el establecimiento de un período de latencia sexual que se traduce por la descomposición de la organización edípica infantil. Muchos adolescentes, hasta entonces niños relativamente dóciles, se vuelven rebeldes. Se trastocan sus costumbres alimenticias, el desorden es frecuente, la grosería se hace más o menos invasora, a veces camuflada por la utilización de un lenguaje codificado[7] que invierte el orden de las sílabas. Todo se podría interpretar como una necesidad de castigo. Las costumbres alimenticias son de un masoquismo que tiene que ver con la oro-analidad definida por André Green. Todos hemos oído a los jóvenes adolescentes decir que no hay nada mejor que un pepinillo con chocolate o un plátano con mostaza. Los elementos del carácter anal descrito por Freud se expresan directamente: suciedad, desorden, cabezonería, y sobre todo la reivindicación relativa al dinero para sus gastos.

La posición narcisista depresiva central

La posición precedente altera la unidad del joven adolescente. Esta unidad se recompondrá de dos maneras.

La desilusión que emana de los padres es el origen de una retirada de la libido hasta entonces ligada a las imagos parentales. La libido que se ha retirado de esas imagos está investida en el yo realizando una regresión narcisista constitutiva del narcisismo secundario.

Los erotismos pregenitales, según la bonita descripción de la anfimixia por Sandor Ferenczi, se encaminan hacia una convergencia sobre el órgano genital que se distingue de forma cada vez más afirmada de la zona anal que «la tenía en alquiler» hasta entonces, metáfora que Lou Andréas-Salomé había sugerido a Freud.

Las fantasías de la pubertad se pueden entender bajo el ángulo del masoquismo del que Freud había mostrado que podía tomar los adornos de las diferentes etapas del desarrollo libidinal. Citemos a Freud:

> Las fantasías del período de la pubertad… tienen gran importancia en la formación de diversos síntomas de los que constituyen directamente los estadios preparatorios, las formas bajo las que encuentran satisfacción los componentes libidinales reprimidos. También son los prototipos de las fantasías nocturnas que se vuelven conscientes en calidad de sueños.

Más adelante, siempre citando los *Tres ensayos* podemos leer:

> … Entre las fantasías sexuales del período de la pubertad sobresalen algunas que se caracterizan por su universalidad, cualesquiera que sean sus experiencias personales. Así, las fantasías de espiar el comercio sexual de los padres, de la seducción temprana por parte de personas amadas, de la amenaza de castración, aquellas cuyo contenido es la permanencia en el vientre materno y aún las vivencias que allí se tendrían, y la llamada novela familiar, en la cual el adolescente reacciona frente a la diferencia entre su actitud actual hacia los padres y la que tuvo en su infancia.

Moses Laufer agrupa estos diferentes aspectos describiendo una fantasía masturbatoria central del *breakdown*, la ruptura de la pubertad, en la que el masoquismo es ejemplar. Lo ilustrará la observación clínica que voy a citar en la fantasía que un joven adolescente elabora conmigo a partir de la observación de sus manos peleándose delante de mí.

El redescubrimiento del objeto

En el tercero de los *Tres ensayos* Freud subraya que hasta la pubertad la pulsión es esencialmente autoerótica. Hemos apuntado ya la aparición de una nueva meta de la pulsión sexual. Ahora hemos de estudiar la elección del objeto de esta pulsión.

La introducción del narcisismo aclara el papel del narcisismo como alternativa a la elección por apuntalamiento, que se refiere directamente a la organización edípica infantil: la mujer que alimenta, el hombre que protege. Según el tipo narcisista, están descritas cuatro eventualidades:

1. Amar lo que uno es, y sabemos la importancia de las experiencias homosexuales en esta edad;
2. Amar lo que uno ha sido, y conocemos ahora mejor la frecuencia de la pedofilia;
3. Amar lo que uno quisiera ser y el papel de los «ídolos» de cualquier ámbito: deportivo, músical u otro al que pertenecen.

Quisiera atraer la atención sobre la cuarta eventualidad a la que los autores no prestan suficiente atención:

4. Amar lo que ha sido una parte de sí, como estos chicos más o menos afeminados, los *sissi-boys* de la literatura inglesa, de los que Paul da un ejemplo *a mínima* llevando un collar que le ha regalado su prima. A este propósito, Freud describe niñas que se sentían masculinas antes de la pubertad, las «marimachos», que después de tener la regla y los

caracteres sexuales secundarios, cortan de raíz con este primer desarrollo y aspiran al ideal masculino que antes encarnaban.

Las remodelaciones de las relaciones de objeto correspondientes aseguran el paso al amor objetal que marcará el final de la adolescencia y, en el mejor de los casos, una salida del masoquismo en beneficio de la formación de un superyó que vela por respetar las prohibiciones edípicas del asesinato y del incesto. Los investimientos narcisísticos se organizan para constituir el ideal del yo adulto que orienta las actividades del sujeto hacia las formas de creación que se pueden compartir y que conforman la civilización.

Historia clínica en dos tiempos

Con la historia de Paul podemos precisar la importancia en la clínica y el papel del masoquismo en la psicopatología en la entrada en la adolescencia. En la descripción de este tratamiento, pues, voy a privilegiar esta dimensión. Veremos que el masoquismo del yo, en la multiplicidad de estos aspectos clínicos, es una vía muy útil para elaborar el sadismo del superyó tal y como se expresa en el sufrimiento de este adolescente. El tratamiento se hizo en dos etapas. La primera al final de la infancia y la segunda al entrar en la adolescencia.

Primera etapa

Las primeras consultas con Paul tienen lugar cuando tiene nueve años, por consejo del psicólogo escolar por un comportamiento agresivo del chico. Viene acompañado por sus padres. Ilustran el comportamiento agresivo de Paul con el ejemplo de una rabieta durante una clase de tenis cuando cogió su raqueta para pegar a otro niño. Nos dicen que es violento en familia, tanto con su hermana, un año mayor que él, como con su hermano tres años menor.

Los padres tienen por costumbre dejar las puertas de los dormitorios abiertas, las suyas y la de sus hijos, por si necesitan algo. Este detalle de los padres refuerza las disposiciones fóbicas de los tres hijos.

Paul está particularmente ansioso. Con los padres, y delante de Paul, yo relaciono esta angustia al miedo que Paul tiene de que sus padres lo traten como él había tratado su raqueta: la había tirado porque no estaba contento. Esta interpretación de la identificación proyectiva del sadismo de Paul atribuida a sus padres, tiende a reforzar el sentido de la realidad de este chico, tanto externa como interna, y a restablecer las relaciones más matizadas entre sus padres y él. Su sueño, que refleja la calidad de sus investimientos narcisistas, está perturbado: a veces difícil de conciliar y frecuentemente de mantener. Por el alejamiento de la familia, que vive fuera de nuestro sector geográfico, organizo consultas terapéuticas. En un primer tiempo, que puede ocupar toda la sesión, recibo a los padres y al chico juntos. Muchas veces veo después al chico solo. Al final terminamos la consulta todos juntos fijando la fecha de la consulta siguiente, fijando un tiempo que varía entre uno y tres meses. Su violencia desaparecerá de las preocupaciones de su entorno después del análisis de una pesadilla. En esta pesadilla, la puerta de su dormitorio se abre y entran unos monstruos para cogerlo. Les recuerdo que sus padres habían comentado que dejaban las puertas de los dormitorios abiertas para oír a sus hijos «por si los necesitaban». Pero la recíproca también es real y los niños pueden oír los ruidos que provienen del dormitorio de sus padres, y que aquí es el objeto de un trabajo de desplazamiento de la casa hacia el colegio. No da ninguna asociación verbal, por lo que le invito a dibujar esos monstruos. Uno de ellos tiene dientes amenazadores como lo puede ser un instrumento del que busca el nombre, antes de encontrar el de «hacha» para cortar, según dice Paul. Indica el número de los dientes: 25 y se da cuenta de que es el número de los alumnos de su clase. Interpretamos este sueño como un sueño de venganza. Este sueño expresa su odio contra los alumnos de su clase. Representan efectivamente a los hermanos de los que él tiene celos por el cariño que les manifiestan sus padres.

A pesar de la desaparición del síntoma por el que vinieron a verme, ellos desean que el niño siga, cosa que nos parece siempre muy favorable. Varios acontecimientos que afectan la vida familiar afloran entonces. Los tres últimos años han sido muy intensos. Remontando el tiempo, sabemos que la persona que cuidaba a los niños mientras sus padres trabajaban tuvo un accidente grave y que no volverá. En la semana que sigue a la muerte de su propio padre, la madre ha sido diagnosticada de cáncer de mama, que parece haber sido tratado con éxito. El duelo y su grave enfermedad fueron la causa de la depresión de su madre. Un tratamiento biológico antidepresor fue eficaz. Ahora ha sido suspendido. En las primeras consultas, Paul parece tener disposiciones alérgicas bajo forma de conjuntivitis. Esta afección alérgica implica una patología psicosomática que traduce la mediocre calidad de su funcionamiento mental y más especialmente las carencias del sistema preconsciente (Pcs). Según la definición de S. Freud en la primera tópica, es en el sistema preconsciente en el que las representaciones verbales se ligan a las representaciones de cosa y a los afectos para asegurar un intercambio vital entre sistemas consciente (Cs) e inconsciente (Ics). Nuestras consultas dan, a Paul y a sus padres, un marco en el que sus afectos son acogidos y elaborados durante un período de dieciocho meses. Interrumpimos esta primera serie de consultas terapéuticas al final de la infancia, al principio de un nuevo año escolar, no sin haber observado la organización de un Edipo invertido en el que la ambivalencia hacia su madre es grande: Paul le reprocha «que está demasiado encima de él». Se trata ya de una primera manifestación de la orientación masoquista de sus conflictos edípicos infantiles. Durante las vacaciones de verano tuvo celos de la atención que su padre prodigaba a un chico inglés (intercambio) que compartía las vacaciones de la familia. Ni Paul ni sus padres desean seguir, y así quedamos.

Segunda etapa

Tres años más tarde. Paul está ahora en secundaria. Al principio de un nuevo curso escolar, los padres piden una consulta para Paul y para ellos. De nuevo su hijo muestra un comportamiento violento, pero ahora su hostilidad en la familia está dirigida tanto contra su padre como contra su madre. Paul tiene 14 años y toda la familia le reprocha ser campeón para «sembrar la mierda» en casa. Decidimos volver al marco en el que ya habíamos trabajado. Seguimos aún al día de hoy.

Voy a contar con detalle la *segunda sesión* después de haber reiniciado el tratamiento. Paul viene con sus padres. Tienen una sonrisa crispada. Paul con el abrigo puesto, que acepta quitarse con cierta reticencia. Se queda en silencio. Yo les recuerdo que vinieron a verme hace un mes porque los padres encontraban demasiado fastidioso tener siempre los mismos conflictos con él. A él también le resultaba pesado que sus padres le riñan constantemente. Me llama la atención que ahora también le riñe su padre y no solo su madre. La madre habla primero. Dice que después de la sesión anterior los problemas se han calmado. El padre dice que ve un gran progreso. Luego utiliza una expresión un tanto particular: a veces, él y Paul no se han encontrado (sic). Por ejemplo, a propósito de sus deberes de inglés que su padre quería revisar con él y que se lo pidió en vano durante todo un fin de semana hasta que renunció el domingo por la noche para no desencadenar una crisis.

Le señalo a Paul que todo ocurre como si reclamara que sus padres tuvieran una confianza total en él. Paul lo confirma y sus padres dicen que no pueden hacerlo como Paul quisiera porque solo tiene trece años. Sobre todo, porque Paul exige estar todo el tiempo con sus amigos. Este deseo entra en conflicto con los cuidados que dan los padres a los abuelos de Paul. Dan muchas atenciones a la abuela materna, viuda, que acaba de estar hospitalizada por trastornos cardiacos. Por otra parte, los abuelos paternos de Paul, de 85 y 86 años, están bien aunque con las limitaciones de la edad. El padre esta encantado de añadir que ha estado ausente 15 días durante los últimos meses, y que por primera vez ha podido invitar a su mujer reunirse con él un fin de semana… Los hijos querían arreglárselas solos pero los padres exigieron que fueran a casa de su tío paterno donde la disciplina es aún más estricta, cosa que Paul subraya irónicamente.

Convenimos que Paul siga solo conmigo esta consulta. Lo invito a seguir hablando o a escribir o dibujar. Elige hablar. Pero primero se queda callado. Empiezo yo a partir del momento de la evocación de las preocupaciones a propósito de los abuelos en general y de la abuela materna en particular. Se queda en silencio pero sus manos empiezan a chocarse con los dedos en martillo. Cuando eso me está haciendo pensar en un teatro de marionetas, Paul evoca la obligación que pesa sobre él porque si su hermana o su hermano no quieren ir con sus padres a visitar a sus abuelos, ellos renuncian a la visita y se quedan para vigilarlos. Le digo que seguramente se siente aliviado después de haber oído que sus padres confiaban de nuevo en él. Me lo confirma.

Vuelve el silencio. La imagen que me da de él me sugiere dos preguntas. A petición mía, acepta que se las haga. La primera concierne las «marionetas». Avanzo una primera hipótesis: la de un teatro de marionetas donde Guiñol se golpea la cabeza contra las paredes para detener unas ideas inconfesables. En efecto, yo había creído oírle decirme que sería alguien que se pegaba en la cabeza y mi interpretación añade un motivo a esta acción. «No» dice sorprendido al inventar un principio de guión. Se trata de Marie y Antoine. Se pelean. Le pregunto «¿por qué? Elude mi pregunta afirmando que es porque tienen ganas de pelear. Pero vuelve e imagina el escenario siguiente: Marie hace algo y Antoine la pega. Luego Marie pega a Antoine sin que él me diga por qué. Imagina al final que Antoine pega a Marie porque ella ha dicho a una tercera persona, Léopold, un secreto que compartía con Antoine. De nuevo su silencio me lleva a proponerle una representación ligando el afecto hostil de Antoine contra Marie porque ella ha estropeado la relación de Léopold con Antoine. Luego él se da cuenta de que eso también puede estropear las relaciones de Antoine con Marie.

Como el silencio continúa, le recuerdo que también me había hecho pensar en una segunda pregunta. Contrariamente a la norma de hablar solo que lo que se ha dicho y nunca de los comportamientos, le digo que me he fijado en el collar que lleva al cuello. Sin reticencia, me explica que su tía se lo ha regalado después de que su prima lo hubiera comprado para él. Su prima, hija de una hermana de su madre tiene dieciocho años. La quiere mucho porque es simpática, tiene buen espíritu, lo que quiere decir que nunca le reprocha nada, y que conoce y le gusta la misma música que a él. Los padres de su prima, como los de sus amigos, no los molestan nunca pidiéndoles todo el tiempo que hagan los deberes. Añade que la madre de su mejor amigo es más joven, lo que me hace pensar en la enfermedad de su madre y que no ha habido comentarios sobre el asunto desde que nos hemos vuelto a ver. De nuevo el silencio. Le pregunto si las explicaciones que me acaba de dar ilustran el escenario montado con sus manos. Descubre entonces que Marie es su prima, Antoine, su primo y Léopold un amigo. Pero enseguida dice que ha encontrado estos nombres por casualidad. Añado que para seguir teniendo buenas relaciones con Léopold, tendría que haber renunciado a decir secretos a Marie, sobre todo si este secreto es que Léopold es un inútil. Buscamos el motivo de este secreto, que conduce a la hipótesis de que Marie podría querer demasiado a Léopold, provocando los celos de Antoine. El Antoine de este escenario habría tenido miedo de que Léopold fuera mejor que él. Paul afirma que si Marie lo cree es tonta y que hay que hacerla reflexionar diciéndole primero lo que hacía Léopold, luego pegándole en la cabeza para que le entre bien. Antoine pega a Marie y se tiene que defender pegando a Antoine.

La escena me hace asociar con otra escena, la del sueño, y le pregunto qué tal duerme. Se acuesta tarde, sobre las once de la noche. A menudo tiene pesadillas de guerra a partir de imágenes de la televisión en las que los telediarios daban reportajes sobre Oriente Medio.

Para la discusión, subrayo el carácter movilizable de la ambivalencia de este chico. Al principio de la consulta estaba replegado sobre sí, silencioso. Pero hemos tenido un intercambio fructífero. En este principio de su adolescencia se pueden observar elementos de identificación femenina: lleva un collar regalo de su prima, que él admira y que le resulta simpática. Hay que matizar esta disposición en función de los usos culturales. En efecto, hoy, en Francia, chicos muy viriles adoptan a veces ciertos accesorios femeninos. Notamos igualmente un escenario triangular en el que los celos llevan, al celoso, unas veces a confrontarse con la mujer y otras a buscar apartar al rival masculino. La primera posición es típica del Edipo invertido y de la homosexualidad neurótica. Sin embargo vemos desarrollarse su interés por las chicas a través del interés de Antoine por Marie, movimiento muy típico de este momento de la adolescencia, entre «caos» y «posición narcicística depresiva central», que para mí son las dos primeras posiciones de la adolescencia.

Las sesiones terapéuticas siguientes, organizadas para este joven adolescente y para sus padres, permiten la elaboración interpretativa de la severidad del superyó, heredero de la organización infantil del complejo de Edipo, y disminuir la culpabilidad expresada en el masoquismo moral. El sadismo del superyó que había observado en la primera etapa de su tratamiento se vio reforzado por las transformaciones o metamorfosis de la pubertad.

En la primera etapa, al final de su infancia, mis interpretaciones se organizan alrededor de su utilización de la identificación proyectiva. En el contexto edípico de la segunda etapa, la identificación proyectiva está reforzada por el caos interno del principio de la adolescencia. La lucha contra los deseos libidinosos y asesinos edípicos produce un repliegue de los investimientos de objeto sobre el yo. Tiende a establecerse un nuevo equilibrio entre los deseos individuales y el repliegue en un grupo cuya ley alivia la culpabilidad individual e incita a Paul a investir nuevos objetos, como Marie y Léopold, que representan dos aspectos narcisistas de sí mismo que antes habían sido escindidos. La introyección identificadora de estos dos aspectos, masculino y femenino, funda la bisexualidad psíquica esperada al final de la adolescencia. Para conseguirlo, mi elaboración del desplazamiento de los investimientos sádicos de una escena sobre la otra permite sustraer al masoquismo los investimientos que serán utilizados en nuevas experiencias.

Discusión

El masoquismo del yo, clínicamente tan evocador de la entrada en la adolescencia, es el resultado más visible del caos que resulta de la presión pulsional que señala la salida del período de latencia y el principio de las metamorfosis de la pubertad. Subraya el papel de primera importancia del ideal del yo, componente narcisista de la pareja superyó/ideal del yo durante la entrada en la adolescencia.

Las metamorfosis de la pubertad, como S. Freud las llama en el tercer ensayo sobre la teoría de la sexualidad, conducen a la formación del superyó maduro, verdadero agente dinámico del cuarto organizador: del que Evelyne Kestemberg decía que era sin duda la parte más innovadora de la adolescencia. He dedicado un estudio, con Sam Tyano, a este cuarto organizador del que las tres posiciones de la adolescencia son tres facetas que reflejan las patologías de los adolescentes y las dificultades encontradas por sus padres.

No he discutido el destino particular de la chica ni del chico. Con toda la razón, Peter Blos le dedicó su libro en 1970, *The young adolescent,* ocho años después de su obra de referencia *On adolescence*. Basta recordar aquí que el trabajo de Freud sobre *El problema económico del masoquismo* propone una solución al problema dejado en suspenso en el estudio de la fantasía *Pegan a un niño* que reunían varias observaciones de pacientes de ambos sexos. Recordemos también que el masoquismo femenino descrito en el artículo sobre *El Problema económico del masoquismo* está descrito en un hombre.

Todavía más

Para terminar, quisiera someteros una ilustración que subraya el carácter universal de la adolescencia y de la problemática de su revelación clínica a la que nos debe ayudar referirnos al masoquismo. La referencia al masoquismo permite subrayar el papel defensivo de esta organización del yo frente a las exigencias conflictuales del ello y del superyó, tal y como lo describe Freud en sus artículos de 1924: *Neurosis y psicosis, La pérdida de la realidad en las neurosis y en las psicosis* y *El problema económico del masoquismo*. Esta problemática confirma el descubrimiento de Freud que no le debe nada a la revolución industrial y mucho a la teoría sexual que resulta del hecho de que el mundo está hecho de hombres y mujeres. *Don Giovanni*, la ópera de Mozart (cf. Cap. 10) me ha dado la primera oportunidad de subrayar el carácter universal de las transformaciones de la adolescencia.

Una relectura del tercero de los *Tres Ensayos* de Freud «Las metamorfosis de la pubertad» me ha llevado a ilustrar este punto de vista refiriéndome a un cuadro de un pintor del siglo XVI, Hans Bandung Grien (1530) que representa a Piramo y a Tisbea. Ilustra, en una época muy anterior a la era cristiana, el masoquismo erógeno y sus formas derivadas, el masoquismo femenino y el masoquismo moral. En las *Metamorfosis,* Libro IV, versos 55 a 165, Ovidio cuenta la historia de Piramo y Tisbea. Al final del siglo XVI, el relato dramático del amor de dos adolescentes ha inspirado varios dramaturgos; el más famoso, Shakespeare, recoge la historia en *Romeo y Julieta* (1594-1595); y cita incluso a Piramo y Tisbea para mofarse de ellos en *El sueño de una noche de verano* (1595). Los dos héroes de Ovidio aparecen también a principio del siglo XVII en el teatro francés, en 1623, en *Les amours tragiques de Pyrame y Thisbé* de Theophile de Viau. En la nota que dedica a la obra, Jacques Scherer comenta: «En esencia, la obra es una protesta contra todas las autoridades: la de los ancianos, la de los padres y la de los reyes».

Aquí os invito a volver a ver los cuadros del pintor-filósofo Nicolas Poussin (1651). Dos cuadros me llaman la atención. Sus dimensiones y su composición son parecidas, pero en el del Museo de Rouen solamente pinta un paisaje que muestra la fuerza de la naturaleza ante la que el pintor-filósofo invita al hombre a ser modesto. En el cuadro del Staedle, en Francfurt, Poussin pinta en primer plano del paisaje a Piramo y a Tisbea: Piramo yace en su sangre. Tisbea lo descubre, y al fondo del cuadro se ve una leona atacando a una pareja de jinetes y a unos hombres maduros que van a refugiarse en la ciudad de la que los dos héroes se fugaron para reunirse, impulsados por una pasión más fuerte que la autoridad de los padres.

---

[1] *Psicoanálisis e infancia,* La revue du Centre Alfred Binet, París XIII° 2002, núm. 31.

[2] El punto de vista del psicoanalista sobre las psicosis en la adolescencia.

[3] El entre-dos-crisis: el período de latencia.

[4] Fase de latencia: el entre-dos-crisis.

[5] Igual que en España.

[6] Sueño húmedo. *[N. de T.]*

[7] En francés, se llama «*le verlan*».

CAPÍTULO 10

Un adolescente del siglo XVIII[1]

El Don Giovanni de Mozart

¿Solo a partir del siglo XIX aparece la adolescencia como una etapa de la vida? ¿Sería totalmente invisible la adolescencia en Oriente a final del siglo XX? El historiador Philippe Ariès defiende el primer argumento en su libro *La famille sous l'ancien régime*[2], refiriéndose a los textos y a la iconografía, y dice que la familia moderna no aparece hasta el siglo XVIII en Occidente. La revolución industrial y la adolescencia aparecerían en el transcurso del siglo siguiente, en el siglo XIX. Está claro que el desarrollo de la educación y de las leyes sociales que protegen el trabajo permite aislar progresivamente una franja de edad entre la infancia y la edad adulta. Sin embargo, en su viaje a China un psiquiatra americano, Sol Nichtern, tuvo la impresión de que la adolescencia no existe aún allí. No refutamos las conclusiones de estos autores, aunque parezcan contradecir nuestras convicciones en lo que se refiere al desarrollo bifásico de la sexualidad humana. De hecho, la contradicción es solo aparente, ya que las observaciones de Ph. Ariès y de S. Nichtern eclipsan sus métodos de trabajo y lo que sus observaciones deben a estos métodos. La consideración por el marco de su observación nos obliga a respetar sus conclusiones, pero nos parecen insuficientes.

El marco psicoanalítico del tratamiento de los jóvenes adultos llevó a Freud a describir la primera tópica, que se le imponía a partir del estudio de los síntomas neuróticos y de los sueños. El descubrimiento del inconsciente y de su relación dinámica con el consciente a través del preconsciente fue rápidamente completado con la descripción del papel de la sexualidad infantil. El descubrimiento freudiano de la precocidad del desarrollo sexual tuvo inmediatamente su continuación en la adolescencia. Esta continuación está indicada en dos ocasiones. En los *Tres ensayos de teoría sexual,* Freud dedica el último de sus ensayos a las transformaciones de la pubertad. El año siguiente, en el artículo sobre el origen sexual de las neurosis, Freud precisa que los síntomas del adulto no provienen directamente de la organización sexual infantil y añade que la que garantiza la conexión entre la infancia y la edad adulta es una fantasía de la adolescencia. Después de Freud, numerosos estudios, aunque pocos si lo comparamos con otros capítulos del psicoanálisis, precisaron la importancia que había que dar a la adolescencia. Con A. Brousselle y A. Gibeault, hemos hecho una presentación que se puede consultar. La revista *Adolescence* aporta regularmente una contribución ecléctica a este estudio. Mi trabajo personal me ha llevado a proponer un modelo que da cuenta del conjunto de las transformaciones que resultan del desarrollo libidinal en esta etapa. Esas transformaciones son particularmente sensibles cuando las vemos desde el punto de vista de la relación de objeto[3]. La organización edípica alcanza toda su eficacia en la adolescencia. Se traduce por la más completa, aunque no total, renuncia a los deseos edípicos bajo la influencia del nuevo superyó/ideal del yo. Así se desgajan de la experiencia clínica tres posiciones para la adolescencia: el caos pubertario, la posición narcisista central y el redescubrimiento del objeto. Yo veo a mis pacientes en un país occidental que ha conocido una revolución industrial en el siglo XIX. Se trate de un hombre o de una mujer, todos han nacido de un hombre y de una mujer. Por lo tanto, todos conocen el dilema de ser hijo de su madre o el de su padre antes de la reconciliación que les forja a ellos mismos dentro de la doble filiación. Por un momento, el historiador y el psiquiatra han perturbado lo que yo creía a partir de mi experiencia. Comprenderán mi gratitud y mi admiración por un compositor del siglo XVIII cuya música da el aliento necesario para afirmar la universalidad de la adolescencia psíquica más allá de las formas sociales. En un libreto de Da Ponte, sobre un tema cuya paternidad es de Tirso de Molina, a principios del XVII, Mozart nos ha ofrecido con su *Don Giovanni* una obra que ilustra el final de la adolescencia. Me parece que Joseph Losey lo ha entendido introduciendo en su película el personaje silencioso del lacayo negro.

Una obra genial se presta siempre a varias lecturas. No podemos evocar *Don Giovanni* sin citar a Pierre Jean Jouve. Su análisis conserva la identidad de cada personaje, y los adjetivos son claramente moralizantes. Ya en la obertura, Don Giovanni es presentado como un «pecador sin pecado» ante el que el Comendador está investido de una misión punitiva: Leporello es un bellaco, un maniquí de madera o de paja programado para el ejercicio de la lanza[4]; en sentido figurado, un hombre insignificante, mezcla de ridículo y de bajeza. También es mozo de cuerda, cuyo oficio es acarrear pesos y, en figurado, un hombre grosero y brutal. Don Giovanni sería un «trozo de bellaco» que ha empezado a brillar, provocador, pero tocado por la conciencia del pecado. El pecado está claramente vinculado a la sexualidad, y P. J. Jouve sugiere que la verdadera naturaleza en Don Giovanni no va por el lado de las mujeres. La posesión brutal de las mujeres por Don Giovanni le sirve para luchar contra su feminidad, la venganza toma la apariencia de la misericordia. En el trío de las máscaras, P. J. Jouve opone la libertad, encarnada por el trío que busca «la liberación del alma de las cadenas interiores», a la libertad destructora del libertino. Pero todos podrán unir sus voces para cantar al principio de la última escena del acto I: *Viva la libertad.*

El grito de socorro de Zerlina lleva a un juego de escena que hace de Leporello, en sentido propio, el pícaro de Don Giovanni. Al mismo tiempo, las máscaras revelan su acción vengativa: *¡Lo sabemos todo!* Sigue la ópera, como si eso no fuera suficiente y, según P. J. Jouve, Don Giovanni se ocupa de envilecer a una Elvira invadida por la nostalgia de Don Giovanni: «el masoquismo despierta el sadismo de la situación». El cambio de ropa al que han procedido Don Giovanni y Leporello, permite burlarse de los justicieros: agarran a Leporello, falso Don Giovanni, que P. J. Jouve reduce a una «eyaculación lírica». Según Jouve, la venganza prometida por Ottavio es ridícula. Don Giovanni, el pecador, se verá confrontado al Comendador cuyas invitaciones a arrepentirse son «mensajeras de la voluntad divina». «El paso y las gamas de música van a la par, como el tiempo que empuja a la muerte se asocia a la tormenta temible del castigo», y más adelante: «desde el momento en que Don Giovanni ha tocado al Comendador, ha tenido la revelación interior de la Muerte, y por la muerte de la caída en el pecado eterno». Por lo tanto, la última escena parece discutible. Incluso fue suprimida cuando Mahler dirigió la ópera. Refiriéndose a este prestigioso músico, P. J. Jouve atrae la atención sobre el tono de Re mayor estable y definitivo que es la antítesis del tono trágico del re menor. Concluye con la imagen de un Don Giovanni «… mariposa prodigiosa que deja tras de sí un brillante reguero de alegría y de lágrimas». Este análisis incluye varias observaciones que me interesan aquí, aunque no comparto la pendiente ideológica que va pareja al título de la obra: *El libertino castigado o Don Giovanni.*

Algunos objetarán que muchos Don Giovanni existieron desde que nació en la imaginación de Tirso de Molina en el siglo XVII. Es verdad, y nos alegramos, por citar otro, de la versión que Molière nos ha dado. Con este tema, Mozart hizo algo completamente distinto. Su libretista, Da Ponte, empeñó todo su talento en darle forma a *Don Giovanni.* Pero la obra de referencia la hizo el músico. Jean Victor Hocquard lo señala en su *Mozart:* «El libretista tuvo que ceder a las exigencias del músico, que le impone el cuarteto (acto I, escena XII), el trío de las máscaras (I, XIX) y el sexteto (II,VII), para dar a los personajes secundarios una grandeza trágica. Así, los personajes secundarios ocupan un lugar muy distinto frente a Don Giovanni». Hocquart opone la acción escénica y la acción interior. La acción escénica se desarrolla multiplicando las victimas: el Comendador por una parte y sobre todo las mujeres, Elvira, Anna y Zerlina siendo estas dos últimas las únicas que están acompañadas; por Ottavio y por Masetto. El grito de angustia de Zerlina a final del primer acto marca el punto de inflexión de la acción escénica. Esta deja aparecer, después del éxito, el anuncio del final de Don Giovanni. Pero en el segundo acto, el grupo que reclama venganza contra Don Giovanni prenderá a Leporello, falso Don Giovanni. Dejarán que sea la estatua del Comendador la que precipite al héroe en el abismo. Si olvidamos con tanta frecuencia lo que sigue, el único motivo no es el impacto de la impresión visual. Hay que reconocer el efecto de una acción interior que alcanza su punto máximo en el sexteto (II, VII) y que continúa hasta acceder a una serenidad gozosa cuya felicidad tiene la misma cualidad que una elación al alba de un nuevo día. Así, contrariamente a P. J. Jouve, J. V. Hocquard ve en Don Giovanni algo diferente a un pecador empedernido, otra cosa que un libertino descreído, y en el Comendador otra cosa que un justiciero. Se trata menos de una venganza que del acceso a un estado nuevo de tranquilidad y de alegría. Para eso hace falta que la representación le dé al final toda su amplitud. P. J. Jouve indica que G. Mahler terminaba la representación de Don Giovanni en el infierno. Charles Gounod nos dice que esa fue la tradición desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XX. Pero Ch. Gounod lo formula así: «Cuando un músico ha escrito una obra y que este músico se llama Mozart, lo menos que se le puede otorgar es el honor de suponer que ha *querido* lo que ha escrito y *como* lo ha escrito, y hay fuertes sospechas de que nosotros lo diríamos mucho peor que él si lo dijéramos de otra forma». Estamos de acuerdo con el comentario de J. V. Hocquard: «Mozart no juzga ni nos invita a hacerlo. Moral ninguna, sino una lucidez sin piedad y una incomparable limpieza».

Un adolescente del siglo XVIII

Evocando el genio de Mozart, Charles Gounod comenta que Mozart *ve* y que su lectura quiere comunicar lo que ha visto. Pero este autor-compositor —como cualquier musicólogo— solo tiene en cuenta el contenido manifiesto de este *drama giocoso,* un drama gracioso; y todos se atienen a la coherencia de cada uno de los papeles y de las relaciones entre los distintos individuos. Otto Rank va más allá, pero su interés por la problemática del doble orienta su lectura en otra dirección. En su estela, observaremos que *Don Giovanni* ha sido compuesto el mismo año que el de la muerte del padre de Mozart. Y añadimos que esa muerte ocurre diez años después del primer viaje que Mozart hizo sin su padre ni su hermana. Solo iba acompañado por su madre, viaje al término del cual ella murió en París. Mientras tanto, desde el principio del viaje una violenta atracción por la joven cantante Aloysa Weber iba a contribuir a atraer sobre él la ira de su padre.

Igualmente nos llama la atención la dominante nocturna de este drama: dos noches enmarcan una noche de fiesta. Propongo asociar el conjunto de la representación a un sueño cuyos diferentes personajes serían las elaboraciones fantamásticas de distintos aspectos de un mismo tema. No intentaré aquí utilizar la abundante documentación de Jean y Brigitte Massin para interpretar el contenido latente de dicho sueño sino atribuirlo al mismo Mozart. Simplemente quisiera ilustrar lo que de forma genial nos ayuda a ver de la adolescencia este hombre de 31 años, diez años después de haber atravesado la suya propia. La adolescencia de Don Giovanni ha podido quedar enmascarada por la puesta en escena, que impone, para la representación, confiar los papeles a artistas curtidos. Esta necesidad ha contribuido en gran parte a relacionar hasta confundirlos a Don Giovanni y a Casanova y a hacer de ellos los modelos del «mujeriego». Esta relación es muy criticable. No solo porque opera sobre sujetos de naturaleza diferente: sea cual sea el interés de la búsqueda de las raíces históricas del personaje de Don Giovanni, se trata esencialmente de un personaje imaginario. Casanova, en cambio, es una personalidad histórica que nos ha dejado unas *Memorias* importantes. Tal y como lo subraya Felicien Marceau, estamos ante dos psicologías opuestas. Añado, y voy intentar compartirlo con ustedes, que Don Giovanni es una pura figuración de la adolescencia mientras que el segundo, Casanova, es un hombre cuya vida tiene el espesor de una historia singular. En la versión cinematográfica de Joseph Losey aparece un lacayo negro del que Michel Turri dice que es invención de Franz Salieri. Por otras limitaciones diferentes, el papel que hace Eric Adjani permite reconocer mejor la edad del que le acompaña en silencio y que le sobrevive: un adolescente en esta etapa crítica del final de la adolescencia que lleva a la edad de hombre.

La ópera

OBERTURA

Con la música entramos en el drama. Las gamas ascendentes y descendentes evocan las olas de una tempestad inquietante; luego, el tono se invierte en un *allegro molto* cuyas sonoridades sugieren a Ch. Gounod impresiones de un «aspecto joven», de «encanto cariñoso», de «vigor» y también de «tumulto» que deja persistir «gracia» e «inesperado».

PRIMER ACTO

La obertura prefiguraba los personajes del Comendador y luego el de Don Giovanni. Al levantar el telón aparece Leporello. ¿Un bribón? Henry Barraud lo percibe como un patán que a veces se las da de gentilhombre. Se queja sobre todo del miedo que le invade desde el principio, después de su monólogo, cuando se oye el ruido de una persecución. Es Don Giovanni perseguido por Doña Anna. El Comendador aparece y su irrupción refuerza el miedo que empujaría a Leporello a huir, pero tiene que esperar al amo que le permite existir.

Con un ritmo precipitado, la orquesta subraya el drama que se inicia cuando Doña Anna irrumpe reteniendo a Don Giovanni: *Non sperar, se non m'uccidi ch'io ti lasci fuggir mai /No esperes, a menos que me mates, que te deje ir».* Está claro que ella pide socorro y parece que es menos por peligro que para poder ver al que se le escapa. ¿Quién es ella? El libreto responde que es la novia de Don Ottavio, al que veremos aparecer un poco más tarde. La situación nos indica que está bajo la protección del Comendador. ¿Pero es realmente su hija? Ella es la que dirá poco después que el Comendador es su padre. Pero, antes, ella oye que el Comendador llega y renuncia a Don Giovanni para entrar en la casa. ¿No será que se expone a los reproches de su protector, padre o, digamos, esposo, al que la continuación de la representación sustituirá por un novio? En el texto descubrimos a un Don Giovanni iracundo cuyas primeras palabras afirman: *Chi son io, tu non saprai / Jamás sabrás quien soy.*

Aparece el Comendador y no se suele subrayar que él es el que desafía a Don Giovanni; *Lasciala, indigno! Battiti meco / Déjala, indigno, bátete conmigo.* Violines y bajos hacen brillar brevemente las espadas antes de que el Comendador caiga mortalmente herido. El trío majestuoso de tres hombres va a terminar por «un dibujo cromático que desciende lentamente, como agotado por la sangre que va manando de su herida» (Ch. Gounod). Don Giovanni se ha convertido en un asesino. Pero si el Comendador se declara traicionado, Don Giovanni, que no ha resistido a la acusación de cobarde, se encuentra ahora embargado por una deferente compasión.

II

Después del asesinato y antes de la huida, el recitativo muestra a Don Giovanni buscando a Leporello. P.J. Jouve tiene razón aquí al subrayar que las vidas afectivas de los dos personajes pueden imbricarse la una en la otra. Está dicho de manera brutal pero «todo ocurre como si Leporello fuera un elemento irresponsable, no culpable, rústico excremencial de la personalidad de Don Giovanni». No se puede describir mejor la ambivalencia que reina aún en la psicología del héroe.

III

Doña Anna reaparece acompañada de Don Ottavio. La miseria de la existencia contribuye a ofrecer en la escena, y con frecuencia en la audición, una representación caricatural. Aquí, de todas las lecturas la que prefiero es la de Charles Gounod, que admira la angustia, el dolor de la una y del otro aunque aparentemente un juego de desplazamiento sustrae a Ottavio un objeto absorbido por la perdida de un tercero: cada uno sufre por lo que ama, Henry Barraud propone llamar este dúo el «dúo de la venganza». Convengamos que está presente un sentimiento de venganza y se le atribuye a la pareja que pronto será completada por la irrupción de Elvira.

IV

Sigue un recitativo rápido entre Don Giovanni y Leporello. Los propósitos del amo y del criado son textos opuestos pero están unidos por la música. Una réplica de Leporello permite asociar el criado negro filmado por J. Losey: *Non parlo piú, non fiato. O padron mio / No digo nada, soy mudo, mi amo»*. Las manifestaciones ceden ante el instinto: *Mi pare sentir odor di fémina / Me parece que huele a mujer*.

V

Aparece Doña Elvira. No es la mujer esperada. Leporello es utilizado por Don Giovanni para proteger su huida ante una mujer ligada a él apasionadamente: con amor, pero también con odio. Aún echa de menos al amado. La estratagema megalomaniaca del catálogo consigue neutralizar momentáneamente a Elvira. Lo suficiente para que Don Giovanni se crea libre de seguir la huella de *l'odor di fémina*.

VII-VIII-IX

Es la fiesta del pueblo, que nos presenta a otra pareja, Zerlina y Masetto, los que más cerca están de conocer la felicidad del matrimonio. Pero llegan Don Giovanni y Leporello (escena VIII). Ahora es a un rival, Masetto, que Leporello debe apartar para que se forme el celebre dúo: *Là ci darem la mano / Allá nos cogeremos la mano* (esc. IX). Leporello cumple mal su misión y Don Giovanni tiene que coger la espada para apartar a Masetto, imagen que relaciona esta escena con el duelo trágico de la primera escena. El aria de Masetto *Ho capito / He comprendido* va más allá de la sumisión y anuncia la revolución, y la rabia cruda se manifiesta en lo que le dice a Zerlina: *Facia il nostro cavaliere cavaliera ancora te / Que nuestro caballero te haga caballera* es decir «cabalgada» tal y como lo interpreta P. J. Jouve. ¡Qué contraste con los arrebatos sensuales del dúo *¡Andiam andiam, mio bene, a ristorar le pene d'un inocente amor! / ¡Vamos, mi corazón, a consolar las penas de un inocente amor!*

X-XI-XII-XIII-XIV

Don Giovanni y Zerlina no pueden llegar al palacete porque Elvira aparece llena de resentimiento contra un desenfrenado Don Giovanni. No cesa hasta que logra apartar a Zerlina. Llegan Ottavio y Anna (esc. XI) que forman un cuarteto (esc. XII) confrontando la pareja al doble Don Giovanni/Elvira. Aquí, una indicación a propósito de Elvira que Don Giovanni llama *ragazza,* es decir no todavía adulta, completa mi idea de ver en Don Giovanni un mito del final de la adolescencia. Pero volvamos a la ópera. Elvira sale y Don Giovanni le sigue. La crítica opina que Anna reconoce a su seductor y al asesino de su padre en el transcurso del cuarteto. A propósito de este reconocimiento, añado la importancia de la desaparición de Don Giovanni, que escapa por segunda vez a Doña Anna. La repetición de la desaparición me parece ser un importante indicio en la fase de duelo en la que está Doña Anna. Contrariamente a Henry Barraud y de acuerdo con Charles Gounod, digamos que, lejos de ser tonto, Ottavio posee un corazón y un brazo en los que uno se puede apoyar sin temor puesto que en él, el amor es garantía de justicia: *Ah, discoprire il vera ogni mezzo si cerchi. Io sento in petto e di sposo e d'amico il dover che mi parla: disingannarla voglio, o vindicarla/ del esposo y del amigo…* desengañarla o vengarla. Conocemos sus sentimientos hacia Anna, descubrimos que los tiene también por Don Giovanni. ¿Por qué? ¿Un amigo? ¿De qué amor esta amistad es la inhibición, e incluso la desexualización? Volveremos sobre el tema.

XV

Don Giovanni reencuentra a Leporello: *¡Oh, Leporello mío!* El recitativo precisa otra vez la complicidad profunda entre los dos personajes. Aquí vemos un aspecto del doble, cuanto más se queja Leporello, más se inflama Don Giovanni. La melodía de Don Giovanni, que el bueno de Ch. Gounod encuentra rozagante, es una pieza importante del proceso por artes diabólicas que Pierre Jean Jouve instruye contra el demonio. Yo me inclino más hacia la sensibilidad de Henry Barraud, que evoca una realidad dionisiaca.

XVI-XVII-XVIII-XIX-XX

Se transporta la fiesta a casa de Don Giovanni, donde asistimos a la escena de celos que Masetto le hace a Zerlina. La canción de Zerlina desmiente lo que dicen las palabras: *Batti, batti o bel Masetto / Pega, pega hermoso Masetto.* La expresión es suplicante, acariciante. La reconciliación de un Masetto mudo, que solo la música permite adivinar, pronto se verá alterada por la llegada en fanfarria de Don Giovanni.

El final del primer acto empieza aquí con el dúo de un Masetto virulento por esa llegada y de una Zerlina temblorosa. El miedo no es la única causa, pero está claro que Zerlina se esconde de Don Giovanni sin dejar de pensar en los disfrutes que se prometieron. Don Giovanni no ha tardado es encontrar al objeto de su deseo (esc. XVIII). Pero la satisfacción choca con el obstáculo Masetto, escondido en el mismo cubil en el que Don Giovanni pensaba alcanzar su placer.

Anochece (esc. XIX), y en el tono de re menor, el del Comendador, entra el trío de máscaras que persigue al culpable. Esta referencia musical es esencial, más que el texto y mucho más que las múltiples representaciones sometidas a los azares en la elección de los intérpretes cuyo físico y voz no dan la talla de la situación. *Il passo e periglioso* / *La empresa es arriesgada,* canta Doña Anna, y este trozo es con frecuencia mal comprendido por la crítica, que minimiza el papel de Ottavio en el trío.

Un nuevo cambio de ritmo (esc. XX) puntúa el regreso de Don Giovanni, que organiza la fiesta en su casa secundado eficazmente por Leporello. Él es que el que hace de anfitrión para acoger a las máscaras, pero es Don Giovanni el que lanza *Viva la libertad*, que todos van a repetir a coro, cuando crece la fiesta. Una orquesta pequeña se encarga del minueto en el escenario después de que el deseo de Don Giovanni por Zerlina haya sido contrariado por el descubrimiento de Masetto. Ahora es la gran orquesta la que se encarga de la ejecución, que interrumpe el grito de Zerlina. Pide ayuda. La orquesta y las voces, «como un mar desencadenado» (Ch. Gounod); Ottavio, Anna y Elvira se precipitan, evocando la imagen del *San Jorge* del Tintoretto. La ópera propone un interpretación de este cuadro distinta de la de Sartre y compatible con la de P. J. Jouve: una virgen joven está expuesta para que el orden antiguo sea mantenido; volveré pronto sobre esta convergencia de la acción de la pareja Anna/Ottavio con la de Elvira. Las máscaras se descubren, y junto a Zerlina y a Masetto proclaman que lo saben todo. Por muy bondadoso que sea Ch. Gounod, entiende que aquí se trata de una flagelación universal que precede a la etapa final del primer acto, lleno del tumulto de las pasiones, que deja perplejo por un momento a Don Giovanni, pero que no se altera ni se deja confundir por las parejas Anna/Ottavio, Zerlina/Masetto a los que Elvira está asociada. Démonos cuenta que, por lo cercana que es, ella ha sido la primera de las máscaras que Don Giovanni ha reconocido: por un instante aún, Don Giovanni puede intentar satisfacer sus insaciables deseos protegiéndose de las amenazas que se levantan ante él y hacer que sea Leporello el que se exponga.

SEGUNDO ACTO

No nos sorprende encontrarnos ante un altercado entre Don Giovanni y Leporello, que puede terminar en ruptura: *No, no padrone,* pero Don Giovanni retiene tan eficazmente a Leporello que sus voces se unen antes de que el dinero selle su alianza. Otra vez el dúo subraya hasta qué punto estos dos personajes son uno solo. ¿Cómo satisfacer a uno sin la participación del otro? Ahora Don Giovanni se ha enamorado de la doncella de Elvira, y el camino más corto para seducirla es cambiar la ropa de

Leporello por la suya. Las convenciones sociales no deben ser un obstáculo. *No soffro opposizioni / No soporto la oposición.*

II-III

Llega la noche. Elvira aparece en el balcón. Canta su nostalgia de Don Giovanni. Sigue el intercambio de ropa. Ahora es Don Giovanni el que se apropia de la ternura de Elvira, que se expresa en la música y cuya situación escénica nos asegura que se trata de «un abuso de confianza». (Ch. Gounod). P. J. Jouve comprende que el masoquismo de la una excita el sadismo del otro. Lo podemos comprender después de la regresión a la que llegaron Don Giovanni y Leporello en la escena anterior, uno reteniendo y otro retenido. Pero observamos que las tres voces se confunden hasta tal punto que Don Giovanni podrá tranquilizar a Leporello afirmando a propósito de Elvira: *Si no quieres, ella no te reconocerá.*

Elvira ha bajado y Leporello podría besarla hasta el punto de consumirse, Io tutto cenere, si Don Giovanni no hiciera huir a Elvira y al falso Don Giovanni con un ruido de espada, simulando otra vez un asesinato. Libre, Don Giovanni canta entonces bajo las ventanas de la doncella, acompañándose con una mandolina.

IV-V-VI

La doncella permanecerá invisible. Preso de un intenso deseo, Don Giovanni ve aparecer a Masetto con un grupo de campesinos armados y decididos a matarlo. Protegido por el intercambio de ropa, el falso Leporello finge unirse a la caza del hombre.

Ya solo con Masetto, *¡Basta!* Don Giovanni lo desarma y tras arrearle un castigo corporal reservado a las intenciones criminales confesadas, se va.

Llega entonces Zerlina. Borrando todo ambiente trágico, consuela a Masetto con un inmensa ternura que permite ver la emergencia de gratificaciones directamente eróticas. *Verás que buen remedio… es un remedio de la naturaleza… Si quieres saber… toca cómo late.*

VII-VIII-IX-X-XBIS

En la oscuridad, Elvira se alarma por la ansiedad de Leporello, que sigue travestido de Don Giovanni. *¿Ma che temi?/¿pero qué temes?* Él busca una salida; solo la noche lo separa de Elvira en este lugar oscuro y espantoso; el recitativo, muy breve, introduce el sexteto que se forma en una serie de rebotes escénicos y musicales. Leporello y Elvira no se quedan solos mucho tiempo, las luces que ha visto Leporello eran las de Ottavio y Anna. Aquí, siguiendo la interpretación de Stuart Burrow y de Martina Arroyo me inclino por la de Charles Gounod más que por la de Henry Barraud: el amor de la pareja no es pasión, sino profundo y seguro. La puerta que permitiría huir a Elvira y a Leporello, que sigue cubierto con la capa de Don Giovanni, deja paso a Zerlina y a Masetto. Enseguida reconocen la ropa y se cierra la tenaza sobre el falso Don Giovanni.

Elvira pide gracia. Los otros son inflexibles: *¡Que muera!*

Leporello se da a conocer y suplica: Piedad… no soy el que buscan. P. J. Jouve estigmatiza aquí «la eyaculación lírica» de Leporello. Para todos, es una explosión: «*Mil pensamientos dan vueltas en mi pobre cabeza*».

Ahora Ottavio sabe que el asesino es Don Giovanni; más exactamente: *debitar no possiam che Don Giovanni non sia l'empio uccisore… / Ahora no podemos dudar de que Don Giovanni no sea el impío asesino…* A veces se atribuye esta doble negación a la poca virilidad de Don Ottavio, pero creo que expresa sus sentimientos hacia Don Giovanni. Sentimientos de amor tierno y benevolente que miden mejor la determinación viril del personaje de Ottavio, si no nos dejamos engañar por la presentación que se hace de él: el casto novio de una chica joven a cuyo padre acaba de matar en duelo Don Giovanni. Los sentimientos de Ottavio hacia Don Giovanni son los que se pueden esperar de un padre hacia su hijo: no, ¡Don Giovanni no puede ser el asesino!

Misera Elvira también está decidida a vengarse. Los sentimientos contradictorios engendran en su corazón suspiros y angustias: *Tradita e abbandonata, provo ancor per lui pietá. / Traicionada y abandonada, aún siento piedad por él.* La canción de Don Ottavio, y luego la de Elvira, son a veces relacionadas con el deseo de lucirse de los virtuosos. Pero esta hipótesis oscurece el cuadro que Mozart nos ha dejado. Propongo en cambio ser fiel a la técnica del análisis del sueño que lleva a considerar como indicios muy valiosos cualquier modificación que se aporta al texto inicial. Una vez más, escuchemos a Mozart

XI

El recitativo con clavicordio nos trae a Don Giovanni con Leporello: acaban de entrar en un cementerio. P. J. Jouve describe «el hombre del pecado» en el «lugar del pecado», contento de ser una criatura del pecado. ¿Qué pecado? Don Giovanni acaba de huir ante una mujer engañada por su disfraz de Leporello. Le habría dado tantas caricias y tantos besos que Leporello está desolado: eran para él: *y ¿me lo cuenta con tanta indiferencia?* Surge la ira… ¿y si esta persona hubiera sido mi novia? Y la respuesta brillante de Don Giovanni: *¡Hubiera sido aún mejor!* Si solo consideramos el aspecto más manifiesto, el pecado es la indiferencia con la que le quita a otro una mujer que le quiere, con el agravante de la indiferencia hacia esa misma mujer y hacia sus sentimientos. Dicha apariencia procede de la imagen especular de la aventura de Leporello, travestido en Don Giovanni, con Elvira. Entonces, ¿solo existe el amor de si mismo? P. J. Jouve se da cuenta de que Leporello encarna siempre la insuficiencia de Don Giovanni, y a pesar de su intuición del doble, queda preso de la ficción de dos personajes distintos.

En el momento y el lugar de la indiferencia suenan los trombones que traen a nuestras conciencias la voz lúgubre del Comendador desde el más allá: *Tu risa se apagará antes de la aurora.* El drama se instala hasta la última escena, que nos liberará del juego del miedo y de las convenciones.

XII

Henry Barraud vincula el recitativo de Anna, que responde a las tentativas de apaciguamiento de Ottavio, a las convenciones sociales: *¡Ma il padre, o Dio! / ¡Pero el padre, oh Dios!* Al contrario, la interpretación a la que me refiero nos permite «ver» que la música es magnífica y nos hace oír un amor al que Don Giovanni es aún ajeno.

XIII FINAL

La comida está lista en la sala del festín. Don Giovanni está solo; la música alegre deja paso a dos compositores contemporáneos de Mozart, Soler y Sarti, pero la parodia de las *Bodas de Fígaro* subraya aún más la burla de un Leporello respecto a la institución del matrimonio: *Questa poi la conosco pur troppo! / ¡A esta la conozco demasiado!* Mientras Don Giovanni come de «manera bárbara». Una vez más, Leporello no puede evitar engullir como su amo.

Pero llega Elvira que acude, presa de angustia, para suplicar a Don Giovanni que cambie de vida. Sobre un ritmo de vals, la ironía de Don Giovanni responde a la ternura de Elvira. Mientras la música reúne a dos personajes, como lo señala H. Barraud: «Don Giovanni cantará a las mujeres y al vino sobre el tema de la entrada de Elvira, mientras que ella tomará por su cuenta el tema del vals». Elvira desaparece, luego se oye su grito de terror, acompañado por el de Leporello al que Don Giovanni ha enviado tras ella. Aterrado, Leporello anuncia *l'uomo bianco / el hombre blanco* asociándonos a su espanto mientras que Don Giovanni, solo, desafía al hombre de piedra. Mientras que Don Giovanni se niega a arrepentirse, la música trae la tempestad. Sin embargo él acepta la invitación de la estatua que le coge la mano en prenda. El relámpago fulmina a Don Giovanni, y el «Ah» final estalla sobre un acorde de Re mayor que distiende la atmósfera; ahí se terminaba la versión de Praga, donde fue creada la ópera. Aquí también se detiene para muchos el recuerdo de los que sin embargo asistieron a la última escena que Mozart añadió en 1788 para las representaciones de Viena.

ÚLTIMA ESCENA

Leporello relata los acontecimientos a los que acabamos de asistir; cada uno expone la vida nueva que se abre ante él: para Leporello, un amo mejor, Zerlina y Masetto se van a cenar a su casa, Anna y Ottavio serán fieles a su amor. Todos se ponen de acuerdo para celebrar el final de un miserable.

El retrato

¿Solo nos queremos a nosotros mismos? En la segunda parte de su articulo publicado en 1924, Kart Abraham describe el principio y el desarrollo del amor objetal. A causa del investimiento de un amor narcisista de cada uno por su sexo, todo puede amarse del objeto antes que su sexo. Observa que a nivel de la organización «fálica», esta última etapa no se ha alcanzado. Entre la etapa genital infantil y la etapa genital definitiva, el período de latencia sexual prepara al niño a las transformaciones de la pubertad descritas por Freud. Estas transformaciones corresponden a un largo período que el psicoanálisis de los trastornos mentales permite contemplar de forma coherente desde el punto de vista de la libido. Según Freud, el amor objetal postambivalente se caracteriza por la capacidad de amar y de trabajar. Para atenernos a la nueva meta genital, la elección del objeto ha sido preparada desde la infancia, y la opera de Mozart, permite observar el retrato de un adolescente.

Los dobles

Leporello aparece desde la obertura. Solo existe a través de su amo, al que ha de servir como el yo está ligado a las pulsiones, al mundo del ello del que es una transformación por el contacto con el mundo exterior. La ópera nos da muchas indicaciones sobre el vínculo que lo une a Don Giovanni, que la crítica transmite con sensibilidades distintas. Sería muy largo recopilar todos los ejemplos, y solo recordaré la parte importante que pertenece a la música para figurar el vínculo entre los dos personajes, opuestos en la representación dramática. A partir de la obertura y hasta el momento de su descubrimiento bajo el disfraz impuesto por Don Giovanni, el miedo deja ver el caos consecutivo a la presión de las transformaciones de la pubertad. ¿No lo reduce a una «eyaculación lírica» el terrible P. J. Jouve? Durante la pubertad, las actividades sexuales son eminentemente auto-eróticas. El reforzamiento de esta actividad es característico de la pubertad psíquica. Las zonas erógenas aportan su contribución para asegurar la regulación de las tensiones que asedian al joven adolescente. La gula y el interés por el dinero son los derivados de la reactivación de los componentes del desarrollo pulsional oral y anal y de la descomposición de la organización edípica infantil en sus componentes pregenitales. Al adolescente le toca recoger en este segundo tiempo del desarrollo libidinal los erotismos pregenitales que van a converger en la zona genital, que pasa a ser el doble erótico del yo (S. Ferenczi). Este movimiento de convergencia pulsional contribuye a la formación de la posición narcicística central del adolescente. Veremos que las parejas Anna/Ottavio y Zerlina/Masetto permiten figurar el proceso por el que el investimiento libidinal es parcialmente retirado de las imagos infantiles idealizadas para ser desplazado, replegado, sobre el yo adolescente. Refiriéndome a la clínica, propongo que se denomine a esta posición la posición depresiva central. Esta posición, que se encuentra en el corazón de las transformaciones de la adolescencia, está precedida por el caos pubertario y seguida por el redescubrimiento del objeto. Entre estas posiciones se sitúan los puntos críticos, y la crisis de adolescencia se puede traducir clínicamente por cuadros coloreados por las transformaciones que llevan desde la infancia (etapa de latencia) hasta la edad adulta.

Elvira persigue a Don Giovanni, al que la ata una pasión, unas veces de amor y otras de odio. Veo en ella la figuración de la parte femenina de Don Giovanni. A propósito de la elección del objeto según el tipo narcisista, Freud (1914c) indica que se puede amar lo que uno es, lo que uno ha sido y lo que uno querría ser. Y añade una cuarta posición: amar a la persona que ha sido una parte de sí. El artificio megalomaníaco se mostrará impotente para liberar de forma duradera a Don Giovanni y permitirle descubrir un nuevo objeto de amor. Ya he indicado que Elvira es llamada «ragazza». Su relación con Don Giovanni concurre a figurar la bisexualidad del héroe y precisa su edad.

Las parejas

Anna/Ottavio. En primer lugar, Anna está asociada al Comendador, presentado como su padre. Al principio del primer acto, la llegada del Comendador parece haber impedido lograr el deseo que se le atribuye de retener a Don Giovanni. A partir de la tercera escena del primer acto, estará siempre acompañada por Ottavio. La imagen de esta pareja esta figurada de manera totalmente ambigua. Todas las críticas, y muchas representaciones, dan de él una imagen ridícula, que coincide con la percepción por el adolescente de sus padres en la etapa de la adolescencia. Inevitablemente, la imagen actual está más o menos alejada de la representación de las imagos infantiles. Resulta una desilusión que contribuye a una retirada de la libido hasta entonces vinculada a las imagos, y al investimiento de esta libido en el yo. Con la convergencia anfimíctica de los erotismos, este movimiento narcisista secundario contribuye a la formación de la postura narcisista central del adolescente. La homosexualidad evocada a propósito de Don Giovanni requiere hacer una precisión. Lo que se atribuye a una carencia de virilidad en Don Ottavio se ilumina si hacemos el esfuerzo de comprender que se trata de un investimiento narcisista primario del hijo por el padre, investimiento estructurante de la identidad masculina. Los que con Hoffmann asocian Anna con Don Giovanni, rompiendo la pareja, ponen el acento sobre la raíz de una homosexualidad, en este caso fuente de angustia.

Zerlina/Masetto forman una pareja joven que podemos oponer a la anterior. Yo propongo ver en ellos la figuración de los padres de la infancia que el adolescente trata con una cierta trivialidad: la cólera por verse apartado por Don Giovanni, lleva a Masetto a decir a la intención de Zerlina: «*Faccia il nostro cavaliere cavaliera ancora te / Que nuestro caballero te haga caballera*».Incluso la elección del nombre de Masetto indica la ambigüedad: un *masetto* es un caballo pequeño y malo, una persona sin ardor o incapaz. ¡Casi se reconoce el juicio de la crítica a propósito de Don Ottavio! Pero el diccionario añade que «masetto» utilizado como exclamación, expresa igualmente el asombro y la admiración. Así, la fiesta del pueblo representa la satisfacción de un deseo edípico infantil con sus componentes libidinales y agresivos.

El hombre de piedra. En su *rapport* del 37º Congreso de lengua francesa, Jean Gillibert encuentra, en el mito de Don Juan, la expresión de un momento autoerótico de la existencia humana. Subraya la función de la estatua, que representa lo «terrorífico paterno». Gillibert escribe: «La música de Mozart atribuida a Don Juan lo muestra como un sueño inacabado… Don Giovanni remata la autonomía de su genitalidad autoerótica, esencialmente para llenar la ausencia fálica de todas las mujeres». Y «La estatua sería el doble petrificado de Don Juan, la representación figurada de su horror interno al que el goce perpetuado no puede poner fin más que como un signo vigilante de una castración para vengar una muerte; la representación al mismo tiempo del superyó, del yo y del ello, de la madre, del padre y de la erección que los vincula: una «Esfinge, padre dentro de la madre seductora fálica». Relacionando el *Don Giovanni* de Mozart con el momento de la adolescencia en el que el caos de las transformaciones pubertarias precede el redescubrimiento del objeto, está claro que la estatua expresa el masoquismo primario de Don Juan, su deseo de aniquilamiento. Solo con las últimas transformaciones de la adolescencia, el amor postambivalente podrá desarrollarse. Se consigue esta meta con los movimientos de los investimientos narcisistas en dirección del ideal del yo, al mismo tiempo que el superyó adopta su forma más acabada. Este trabajo de las identificaciones secundarias tendrá que reparar y reconstituir a los padres internos que, como lo subraya James Gammil, serán «repuestos en la vida, y habiendo recibido el derecho a su propia vida independiente y a una creatividad nueva, otorgan a su vez al niño (y al adulto en la reelaboración de la posición depresiva) el derecho a tener nuevas relaciones e identificaciones que pueden sobrepasar con creces lo que los padres fueron».

La escena final de la versión inicial del *Don Giovanni* de Mozart termina, después de rechazar el arrepentimiento, sobre una crisis de adolescencia que hace desaparecer a Don Giovanni y a la estatua. La última escena, añadida en Viena, muestra la superación de la crisis para acceder a la edad adulta en términos menos barrocos, es cierto, que los de las *Bodas de Fígaro*, representadas un año antes, y todavía no tan razonables como los de la *Flauta Mágica* para la que aún faltan cuatro años.

---

[1] *Les Textes du Centre Alfred Binet,* 1988, núm. 13.

[2] *La familia en el Antiguo Régimen.*

[3] M. Vincent. «A propos de la disparition du complexe d'Œdipe «*Les Textes du Centre Alfred Binet*», núm. 6, juin 1986, Association Santé Mentale du XIIIème, 123-128.

[4] Hablando de Leporello, el autor utiliza el término francés «faquín», cuyo significado es «bellaco» pero que, en el origen, designaba al monigote de paja que los caballeros de la Edad Media utilizaban para ejercitarse con la lanza para los torneos a caballo. *[N. de T.]*

CAPÍTULO 11

A propósito de la desaparición del complejo de Edipo[1]

Freud dice que el superyó es el heredero del complejo de Edipo. Resulta increíble que Freud haya llegado a descubrirlo partiendo del análisis de pacientes adultos. Alentado por el mismo Freud el análisis de los niños iba a traer ilustraciones espectaculares. La ambivalencia que caracteriza el investimiento infantil de las figuras parentales iba a aparecer primero en el análisis de Hans y posteriormente gracias a un abundante material clínico. Recordamos por ejemplo el análisis precoz de Carine por Jeanine Simon y René Diatkine.

El superyó edípico y el período de latencia

El tratamiento de niños durante el período de latencia permite observar los efectos de una represión cuyas particularidades se atribuyen a la formación de una instancia específica: el superyó. En su trabajo sobre el período de latencia, Paul Denis nos recuerda que Berta Bornstein distinguía dos etapas en el período de latencia. En la primera, la intensidad de las represiones, la importancia de los mecanismos de escisión y el esbozo de los rasgos del carácter definen la importancia de la lucha contra la actividad masturbatoria. Esta actividad masturbatoria está apoyada en el vínculo con los padres y en el sufrimiento estructurante que sus relaciones amorosas producen en el niño. La segunda etapa está marcada por los efectos de la fuerza adquirida por el yo en su lucha defensiva contra la angustia: los rasgos de carácter se estabilizan y los procesos de escisión disminuyen. Paralelamente, las sublimaciones se van desarrollando y la capacidad de fantasear se renueva.

Estas observaciones clásicas deben ser completadas con un estudio de lo que hay antes de la edad edípica y más allá del período de latencia. Antes de la edad edípica, la técnica de juego que M. Klein propone al niño le permite describir las raíces precoces de la formación de superyó. Más allá del período de latencia, necesitamos más aclaraciones.

Las transformaciones de la adolescencia

Hasta hace pocos años, pocos autores se interesaron a una observación que Freud hizo hace tiempo. Afortunadamente, en su estudio del modelo de la neurosis infantil S. Lebovici nos recuerda que en 1906, después de los *Tres ensayos,* Freud escribe un artículo sobre el origen sexual de las neurosis. En este artículo, Freud indica que una fantasía de la adolescencia se inserta entre la neurosis del adulto y la sexualidad infantil. Así, J. Lampl de Groot ha observado que algunos tratamientos del adulto no producen el alivio que se espera del análisis de la organización edípica infantil y muestra que eso ocurre siempre que el análisis ha dejado de tomar en cuenta las transformaciones de la adolescencia. Y eso nos hace pensar que si el eclipse del complejo de Edipo, que articula la infancia y el período de latencia, es esencialmente el origen de la formación del superyó, el declive, la disolución, véase la destrucción del complejo de Edipo están lejos de constituir una realidad psíquica absoluta.

Otra serie de indicaciones dadas por Freud nos ayudan a pensarlo. El investimiento ambivalente de las imagos edípicas es inseparable de la teoría del narcisismo. En el texto de 1914 y a partir de la elaboración de la observación clínica, Freud describe el esquema de la formación de una instancia crítica a partir del yo.

Todos tenemos in mente los trabajos de Grunberger y los de J. Chasseguet-Smirgel. Por otra parte, H. Kohut, en su estudio del narcisismo y a partir de las escisiones del período de latencia, ha ilustrado magníficamente la formación de una patología que se desarrolla durante la adolescencia y que opone omnipotencia impasible y self grandioso. Más cerca de nosotros, y a propósito del papel del personaje tercero, E. Kestemberg ha ampliado un esquema que deja aparecer el imposible declive del complejo de Edipo. Esta teoría me ha ayudado a concebir unas transformaciones de la economía libidinal y de las relaciones entre investimientos narcisistas e investimientos objetales.

1. Las transformaciones de la pubertad, en las que insiste Freud, movilizan en esta nueva situación los mecanismos de defensa que han permitido superar la angustia asociada a la situación edípica. Otra vez, principio de placer y principio de realidad se mantienen atemperados por el recurso prevalente a la escisión. He propuesto reconocer, en ese período, *una posición de caos pubertario.*
2. La defensa de la unidad del yo conduce siempre a una *regresión narcisista* más o menos acusada. Esta regresión tiene dos aspectos complementarios. Por una parte, nos acordamos de la descripción de P. Mâle de la pachorra de los adolescentes. Por otra, todos recordamos las *Journées du Centre Alfred Binet* en las que hemos constatado la frecuencia en nuestros días del recurso a los erotismos para rechazar las resurgencias depresivas de la adolescencia. He propuesto reconocer en esta etapa *una posición narcisista central de la adolescencia.* Esta formulación me parece más precisa que la de crisis de adolescencia.

3. Finalmente, aunque no sea una noción universalmente admitida, comparto la opinión de los que piensan útil definir *un final de la adolescencia.* Este final corresponde al estadio genital al que Freud atribuye dos metas: amar y trabajar. *Amar* significa entonces: desear sexualmente un objeto más allá de la ambivalencia (etapa postambivalente de Karl Abraham). Este deseo conlleva la reelaboración genital de la fantasía del niño imaginario, muy distinto del acto de procreación. Por otra parte, *trabajar* significa: armonizar su actividad con un proyecto inscrito en el contexto social del que vemos muy bien hoy en día que un trabajo remunerado no es la traducción universal. He propuesto reconocer en esta etapa una posición de (re) descubrimiento del *objeto.*

Tomo prestado de M. Klein el término de posición asociándolo a las connotaciones habituales: es decir que cada una de estas posiciones implica unas relaciones objetales específicas, una angustia particular y unos mecanismos de defensa apropiados. Estas tres posiciones se articulan según la teoría del desarrollo de la libido que integra el bifasismo instituido por el período de latencia y la reviviscencia en el adolescente de las problemáticas infantiles. Según cada una de estas posiciones, modalidades identificatorias distintas juegan un papel prevalente. Son la identificación proyectiva del caos pubertario, la identificación narcisista de la posición central de la adolescencia y la identificación introyectiva de la posición del (re) descubrimiento del objeto. Para cada una de estas posiciones, podemos reconocer unas modalidades específicas de desaparición y de regreso de la organización edípica. Pero propongo reconocer, en el transcurso de esta última posición de la adolescencia, el declive más completo del complejo de Edipo y la formación más acabada del superyó. A lo largo de la vida se producirán nuevos equilibrios entre las instancias, aparecerán grandes cambios en la mitad y al final de la vida, pero lo esencial se ha forjado al final de la adolescencia. Los mecanismos de defensa son más estables y se hacen predecibles. Se abre la vida adulta.

Estas tres posiciones que he esbozado permiten reconocer las transformaciones producidas durante la adolescencia; la historia del sujeto se inscribe en ella, según un enfoque que resulta de la observación de la estructura del funcionamiento mental de nuestros pacientes. No es sorprendente que en el tratamiento de pacientes adultos se reconozca el efecto del *après-coup* en su desarrollo más completo. Sin embargo estas señales me son útiles para elaborar con los adolescentes las dificultades que padecen. El principio del tratamiento de una adolescente de 15 años va a proporcionarnos una ilustración parcial.

Lili

La inmensa mayoría de los seres humanos no se encuentran nunca con un psicoanalista. Podemos pensar con cierto optimismo que una gran mayoría ha tenido la suerte de que la vida sea suficientemente buena para que su existencia no se haya visto dificultada por demasiados obstáculos interiores. Por otra parte, los epidemiólogos nos dan razones suficientes para creer que mucha gente vive en gulags privados, de los que no los libra la llegada de ninguna utopía social. Por último, pocos de los que chocan en ellos mismos con obstáculos concretos encuentran la posibilidad de comprenderse con la ayuda de un psicoanalista.

Aquí está Lili. Su dificultad para vivir la ha traído a nuestra consulta. Tiene 15 años. Cuando la vimos desde una cierta distancia parecía una joven adulta. Su cuerpo de mujer es armonioso y está bien desarrollado. La primera vez que la recibimos, acompañada por sus educadores, era difícil distinguir a la paciente de sus terapeutas. Enseguida, Lili se hace oír. Ya no cabe duda.

Lili abandonó a sus padres hace cuatro años. Ya no podía vivir en su casa. Un primer refugio en casa de una familia conocida pronto se hizo imposible a causa de sus padres. El aparato social existente para los jóvenes se puso en marcha. Primero fue acogida en un hogar para jóvenes y luego en un piso terapéutico. Paralelamente se organizó su escolaridad en los establecimientos más cercanos del dispositivo de la Educación Nacional. Comprendemos que su escolaridad no discurriera sin dificultades.

Quiero subrayar de qué manera nuestras entrevistas posteriores hicieron aparecer, *après-coup*, la histeria residual del caos pubertario en el seno de la posición narcisista central de la adolescencia. Veremos también lo que compremetió su redescubrimiento del objeto.

Lili se fue de casa para alejarse de sus padres; de hecho, para romper con ellos justo después de la primera regla.

Hasta entonces había sido una niña con buenos resultados escolares, lo que traducía el aspecto positivo de la organización inicial del período de latencia. Era popular, tanto entre sus compañeros como entre sus profesores, y en general en su entorno familiar. Por eso encontró su primer refugio en una familia vecina que la quería mucho. En su familia existía mucha rivalidad con su hermano mayor, que sería el preferido de la madre. En cambio, ella tenía la impresión de ser la preferida de su padre. Todo eso no impedía que se quejara de los golpes que le propinaba su hermano para castigarla por contar aquí y allá la historia de los estallidos que había en la vida familiar.

Cuando ya tenía la regla, un acontecimiento que implicaba a su padre precipitó que esta adolescente se fuera de su casa. No quiere seguir hablando de ello. En el relato de sus relaciones con su hermano nos llama la atención la radicalización de las relaciones con cada uno de sus padres. Su madre ya no le hace caso mientras que su padre parece estar más cerca de ella; incluso demasiado.

La excesiva utilización de la identificación proyectiva, no siendo patológica en sí misma aparece muy pronto tras la primera entrevista: a propósito de su deseo de romper con sus padres, ella dirá que no quiere que *se le* diga que después de todo lo que sus padres han hecho por ella tenía que estarles agradecida. Se le muestra que nunca se le ha dicho semejante cosa, pero Lili, sin parar su discurso, dice que seguro que *lo han* pensado. El neutro «*lo han*» representa aquí a la educadora. Por una exigencia incestuosa mantenida de manera tiránica por el principio de placer que afirma la unión con su padre y la denigración de su madre que no se entrega a ella, Lili espera la retorsión, conforme al principio de realidad, pero se sustrae a ello gracias a la escisión y a la proyección en la educadora de los reproches que ella misma se hace.

La llegada al hogar para jóvenes la va a confrontar poco después a un equipo de educadores. Lili les reprochará enérgicamente que siempre están hablando sin dejarle hablar a ella. Ellos no permiten que se le oiga. Lili utiliza los mismos términos cuando evoca los afectos ligados a las malas relaciones con los educadores y a las malas relaciones con su madre. Pero hay que señalar que es a la madre a la que busca en primer lugar cuando deja a una familia. Al principio, el padre está apartado de la escena. En el hogar para jóvenes, los reproches de Lili contra un reglamento demasiado estricto se acompañan de pasos al acto a los que los educadores van a responder con una ruptura, y Lili es enviada a un piso terapéutico.

Después de atribuir a este equipo la obligatoriedad de la ruptura, Lili se encontrará con el poder paterno. En su nuevo lugar de vida, Lili elige como confidente a una educadora que está previsto que pronto cambie de actividad. A esta educadora le va a contar muchas cosas; concretamente le confiara su desilusión al constatar el declive de sus resultados escolares y se establecerán comparaciones con los demás alumnos cuyos padres dan a sus hijos el apoyo que les permite tener éxito. El desplazamiento al plano escolar de la reivindicación edípica es llamativo, pero no suficiente. Durante una entrevista ulterior, Lili evocará un flechazo idílico. Se va a dormir a casa de un chico de su edad. Esta iniciativa compromete su estatus en su lugar de vida actual. Pero afirma ante de mí que no dará la dirección del chico. No quiere que los educadores, ni sus padres, informados por el equipo educador, vayan a ver a su amigo ni pongan obstáculos a sus relaciones con él.

Durante esta charla Lili viene a evocar, solamente evocar, los acontecimientos que habrían tenido lugar con su padre, tras los cuales toma su doble decisión: irse de su casa y romper con sus padres. Vemos en esta secuencia una asociación que testifica de un posible *insight* de la problemática edípica de esta adolescente. Añade que ella ya no quiere hablarlo más, lo cual indica la necesidad de un trabajo guiado por la transferencia. Estas entrevistas preliminares me parecen aclarar la discusión de hoy. Plantean igualmente iniciar unas gestiones, cuyo tiempo ha de ser muy medido, y poner los medios necesarios que favorezcan su posterior plenitud adulta.

Resumiendo

Ser decepcionado por los padres durante la adolescencia contribuye al repliegue narcisista. Esta decepción moviliza una defensa de naturaleza narcisista. La vuelta contra sí misma y la doble vuelta en su contrario van a completar los efectos de la inhibición en cuanto a la meta buscada: hacer surgir del amor la ternura y los vínculos sociales. El funcionamiento mental encuentra en este repliegue los materiales y la energía para desarrollar una vida imaginaria cuyos objetos psíquicos soporten la re-sexualización. El espacio de la simbolización, que solo necesita pequeñas cantidades de energía, puede entonces desarrollarse. La tercera y última etapa de la adolescencia, más allá de la ambivalencia, conduce hacia nuevos objetos en el mundo exterior.

Durante la infancia, la educación y la primacía de las defensas narcisistas van a colocar una primera censura regida por el si y por el no. La organización edípica que sigue la evolución bifásica de la libido conduce a una segunda censura, regida por referencia a un tercer término, paradigma de la doble diferencia: diferencia de generaciones y diferencia de sexos. Entre estas dos censuras, el entre-dos del período de latencia ha contribuido al esbozo de un espacio intermediario. Freud ha dado el modelo metapsicológico en la primera tópica Ics-Pcs-Cs. Siguiéndolo, reconocemos en la organización edípica, modificada durante los años de la adolescencia, la forma más acabada de la organización de la personalidad. Por lo tanto, la experiencia clínica del sufrimiento de los adultos nos permite observar un modelo de referencia de los movimientos de vida y de muerte que acompaña toda vida humana.

---

[1] *Les textes du Cenfre Alfred Binet*, 1985, núm. 6.

CAPÍTULO 12

Las transformaciones de los procesos de identificación[1]

> *La intrincado de nuestro tema puede justificar el hecho de que ningún título de los capítulos abarque totalmente su contenido y que volvamos continuamente sobre lo ya tratado cuando queremos abordar el estudio de nuevas relaciones.*
>
> FREUD, *El yo y el ello*

A partir de Freud, el desarrollo del pensamiento psicoanalítico nos hará examinar el concepto de identificación tal y como aparecerá durante el análisis del sueño y de los síntomas histéricos, para poder precisar las transformaciones de los procesos identificatorios durante la adolescencia.

Desde el punto de vista psicoanalítico, la identificación no es una simple imitación. En la histeria, por ejemplo, se trata de un proceso en el transcurso del cual la identificación implica, en el que se identifica, un conocimiento del origen histérico de la crisis del otro. Este conocimiento permanece inconsciente. El elemento común del histérico y de su objeto de identificación es un elemento que permanece inconsciente bajo el efecto de la represión. Este estatus inconsciente del elemento común del proceso identificatorio debe ser subrayado.

Cuando Freud estudia el proceso de identificación en el sueño y en la histeria, observa fenómenos que siguen el modelo de los procesos primarios: desplazamiento y condensación. La oposición entre procesos primarios y procesos secundarios surge del estudio del sueño, los procesos primarios son los que caracterizan al inconsciente mientras que los secundarios caracterizan el funcionamiento del yo. La ligazón entre procesos inconscientes y procesos conscientes se hace a través del preconsciente gracias a la intervención de las ligazones entre representaciones de cosas (las diferentes imágenes del objeto) y representaciones de palabras. Esto subraya la importancia del desarrollo del lenguaje, que dispone de palabras para decir los procesos identificatorios. Este espacio de relación del preconsciente tiene una historia que sigue la del desarrollo del lenguaje a partir del segundo año de vida, cuya importancia conocemos en el desarrollo del pensamiento durante la infancia y la adolescencia.

En el trabajo «Le problème de l'identification chez Freud»[2], J. L. Donnet y J. P. Pinel subrayan hasta qué punto la identificación, tal y como la presenta Freud, aparece como una subversión del principio de identidad en el sentido de una proliferación que borra las diferencias y transforma hasta la más mínima identidad parcial o parecido latente en una identidad total. Encontramos aquí una oposición entre representaciones parciales y representaciones totales, que recuerda la relación que Freud establece entre el investimiento de la imagen de la madre percibida por el niño y el investimiento de la actividad auto erótica oral tal y como la describe Freud en el primer capitulo de los *Tres ensayos de teoría sexual.* Así, la noción de identificación está ligada a la de investimiento de objeto. Entonces se oponen la identificación como modo de pensar y la identificación como modo pulsional. Nuestra reflexión sobre la identificación se inscribe en el marco de la teoría de Freud de las pulsiones y en la teoría del yo.

Hay que recordar aquí la importante contribución de Freud a la cuestión de la identificación en *Duelo y melancolía* (1915). Su tesis es que después de una relación de objeto diferente en ambos casos, la experiencia del duelo y la de la melancolía desembocan en una modificación del yo. En el duelo, al final del trabajo de desvinculación con el objeto perdido en la realidad el yo se desarrolla y crece. Al contrario, en la melancolía la pérdida imaginaria de un objeto investido de libido narcisista conduce a una incorporación que Freud califica de canibalística, recogiendo el término propuesto por Karl Abraham; esta incorporación se hace en detrimento del yo a causa de la invasión del yo por el objeto incorporado. El objeto, cuyo investimiento se ha relajado, nos debe hacer pensar tanto sobre el destino del objeto como sobre las modalidades de su investimiento. En la melancolía, el objeto está investido de libido narcisista, por oposición al carácter objetal del investimiento en el duelo. Que el objeto se haya perdido en la realidad o en lo imaginario, existen fluctuaciones del investimiento sea cual sea su naturaleza. Freud describe en *Para introducir el narcisismo* una serie de ejemplos para sostener la necesidad de emitir la hipótesis del narcisismo. Ahí se refiere a la patología mental (delirio megalomaníaco) y a estados más próximos de la vida diaria cuando habla del papel de las afecciones y del repliegue sobre sí mismo provocado por las enfermedades físicas o por el sueño. En el transcurso del desarrollo individual, el flujo del investimiento cambia, de la infancia al período de latencia, a la adolescencia y finalmente a la vida adulta; hay que tomar en consideración este cambio al pensar en el destino de los procesos identificatorios durante los largos años de la adolescencia.

La oposición reconocida por Freud entre identificación secundaria e identificación primaria siempre es útil. Freud describió en primer lugar la identificación secundaria. Ahí encontramos una ilustración del trabajo recurrente del psicoanalista a partir de lo que aparece primero en la experiencia clínica; en la superficie del material. Históricamente, ese material proviene de pacientes adultos neuróticos: fue el estudio de la histeria y luego el descubrimiento de la neurosis infantil, que se prolonga por la toma en consideración de nuevos problemas con las identificaciones narcisistas. Al término de esta exposición, y siguiendo el método histórico, examinaremos la importancia de la identificación proyectiva descrita por Melanie Klein. Las identificaciones secundarias pueden verse como intentos de restablecer una identificación primaria con una meta defensiva. El juego de estos investimientos está explicado en el trabajo de Freud *El yo y el ello* (1923), en particular en el tercer capítulo. En este trabajo Freud opone el trabajo de identificación secundaria al investimiento de objeto e identificación inmediata. Subraya que el estudio de los procesos identificatorios está ligado a la teoría de las pulsiones. Así, el trabajo de identificación es una obligación que se impone al yo. Existe una necesidad identificatoria ligada a la teoría freudiana de las pulsiones. En *El yo y el ello* Freud retoma su descripción de *Duelo y melancolía* y recuerda que el objeto perdido se erige de nuevo en el yo, lo que corresponde a un investimiento de objeto que se encuentra relevado por una identificación. Freud indica que esta sustitución tiene mucha importancia en la formación del yo y que contribuye a la formación del carácter. En los diferentes estadios del desarrollo infantil, investimiento de objeto e identificación no pueden distinguirse uno de otro. Solo más adelante se podrá admitir que los investimientos de objeto parten del ello, que siente las tendencias eróticas como necesidades. Freud distingue las necesidades no sexuales del yo del deseo de satisfacción sexual del ello. Y añade que la transposición de una elección de objeto erótico en una modificación del yo también es una vía por la que el yo puede dominar el ello y profundizar sus relaciones con él; a decir verdad, pagando el precio de una gran docilidad hacia lo que vive el ello. Así, cuando el yo adopta los rasgos del objeto se impone al ello como objeto de amor y busca reemplazar lo que ha perdido. Ocurre como si el yo dijera al ello: «También me puedes amar a mí, mira como me parezco al objeto». Esta transposición conlleva un aspecto importante que ya no concierne al objeto sino a la naturaleza de investimiento del objeto. Freud observa que la transposición de la libido de objeto en libido narcisista comporta una desexualización, lo cual corresponde a una sublimación. Freud sugiere que esta transformación podría tener cómo consecuencia modificaciones en los destinos pulsionales. Por ejemplo, puede resultar una desunión de las diferentes pulsiones entremezcladas. Esta descripción de Freud de la desunión de las pulsiones recuerda que las transformaciones de la pubertad producen lo que yo he propuesto reconocer en el *caos pubertario*. Bajo la nueva presión pulsional aparecen entonces las manifestaciones regresivas de los componentes pregenitales del desarrollo de la libido. Ferenczi describió la anfimixia, es decir, la fusión de los diferentes componentes pulsionales por la vía del repliegue sobre sí, que va a contribuir a la formación de una nueva unidad durante los años de lo que he llamado la *posición depresiva central de la adolescencia*. El trabajo identificatorio que procede de una transformación del investimiento libidinal de objeto en un investimiento narcisista del yo puede tener como consecuencia una transformación del conflicto pulsional. Esto tiene gran importancia en la adolescencia. Estas transformaciones traen a nuestras consultas a adolescentes cuyas modificaciones identificatorias producen, por unos movimientos opuestos a las fusiones anfimícticas, la «defusión» de los retoños pulsionales que no consiguen integrarse en yo.

En 1923 Freud vuelve sobre las identificaciones edípicas. Las identificaciones con el padre de la historia personal son sustituidas por la identificación con los padres. Freud subraya que si habla esencialmente de la identificación con el padre es para simplificar la discusión. Podemos dar mayor extensión a este modelo. Freud indica también que tras el investimiento de objeto la identificación tiene un carácter inmediato, directo y más precoz que el investimiento objetal. Aquí está la diferencia entre la identificación primaria y la identificación secundaria que había descrito en *Duelo y melancolía*. La identificación primaria es la que tiene lugar al principio de la vida y se apoya sobre la satisfacción de las necesidades; por ejemplo, el investimiento del pecho que lleva al investimiento de la madre apuntalándose sobre la satisfacción de la necesidad oral. Esta identificación del niño con su madre es el primer jalón de la organización de la ambivalencia. El papel de todo obstáculo para la satisfacción es esencial y lleva a la descripción de la identificación secundaria que permite al niño utilizar toda su actividad autoerótica para identificarse con el objeto de satisfacción ausente. Aquí se ve aparecer una relación importante entre la capacidad identificatoria y la experiencia del odio, que en la concepción freudiana es la consecuencia de la experiencia de frustración en la búsqueda de la satisfacción. El desarrollo de las actividades identificatorias depende de la capacidad del yo para tratar no solo los investimientos libidinales, sino también de los investimientos destructores que resultan de las frustraciones. En su estudio sobre *Origen y estructura del superyó* Ernest Jones muestra que una identificación se establece cuando el objeto de amor ha infligido al sujeto una experiencia de frustración erótica. Esta evolución remite entonces a la organización del superyó y a la posición de un desarrollo bifásico de la organización del superyó que voy a defender. La etapa infantil corresponde al desarrollo de la organización edípica. Después del período de latencia, la etapa genital corresponde a las transformaciones de la adolescencia.

Al final de la infancia, la organización edípica deja aparecer tres tipos de identificación:

- — La identificación con el rival que permite la compensación del investimiento sobre el modelo de la identificación histérica con una cualidad emocional que permanece inconsciente: identificación con el objeto del deseo de la madre, amante del padre del niño e hija edípica de su padre.
- — Una identificación regresiva que sigue el modelo del objeto perdido. Conlleva una renuncia al investimiento por medio de la identificación con ese objeto: «Lo que no puedes tener, sélo tú mismo».
- — Una identificación progresiva que forma parte de los procesos de maduración y en la que se producen identificación e investimiento en el espacio triangular de la organización edípica.

En *El yo y el ello* (1923), Freud hace aparecer dos factores en la organización del superyó. Un factor biológico que corresponde a la impotencia y a la dependencia del niño. La neotenia descrita por Bolk distingue a la especie humana de las demás especies por el hecho de que, en el hombre, la capacidad de engendrar se desarrolla más precozmente que la maduración del sujeto. El otro factor de la organización del superyó es de naturaleza histórica y corresponde a la latencia impuesta a las metas sexuales en el transcurso de la historia de la humanidad durante un período que se interpone entre el período infantil del desarrollo de la sexualidad y el nuevo desarrollo de la sexualidad durante la adolescencia. Seguramente es este factor histórico el que conocemos mejor.

Debemos estar atentos al factor conocido como de naturaleza biológica; el desamparo y la dependencia que lo connotan se prolongan desde la infancia hasta los años de adolescencia. Este hecho se les escapa muchas veces a los padres de los adolescentes que vemos en la consulta y una parte de las dificultades tiene que ver con la ilusión de estos padres que creen que porque su hijo ya no los necesita totalmente, tampoco necesita su apoyo. Los adolescentes sufren por el sentimiento de que los padres responden a sus necesidades con TODO o NADA. Pero las carencias del entorno también deben ser apreciadas en función de las particularidades del desarrollo pulsional de los adolescentes que vemos; es cierto que el quehacer con el hijo adolescente es mayor en ciertos padres que en otros.

Cuando Freud evoca este factor biológico, tenemos la impresión de haber sobrepasado la frontera de la teoría psicoanalítica. Hoy creemos que, desde el punto de vista clínico, hablar de desamparo y de dependencia nos conduce a reintroducir estas experiencias en el campo del pensamiento psicoanalítico moderno. Lo que dice Freud sobre lo biológico es lo siguiente: «Lo que la biología y los destinos de la especie humana han creado y dejado en el ello, el yo lo ha acogido mediante la formación del ideal y revivenciado para sí en el plano individual. El ideal del yo tiene, como consecuencia de la historia de su formación, el más vasto enlace con lo adquirido filogenéticamente por el individuo, su herencia arcaica. Lo que ha pertenecido a lo más profundo de la vida anímica individual, la formación del ideal lo convierte en lo más elevado que existe en el alma humana en el sentido de nuestra escala de valores; sería vano empeñarnos en localizar el ideal del yo, aunque solo fuese de la forma en que lo hicimos con el yo, o adaptarlo a una de las comparaciones con las que hemos intentado figurar la relación que existe entre el yo y el ello».

Freud (1923) dio un esquema para mostrar las relaciones entre los dos modelos que propuso para representar el funcionamiento mental. En la periferia se encuentra el dispositivo de percepción-conciencia. Un botón auricular recuerda la importancia que tienen las huellas mnémicas de palabras en la formación del superyó, y en particular las de las prohibiciones paternas, aunque hoy habría que decir parentales. Por otra parte, el superyó permanece ligado al ello, es decir al mundo interior y a sus raíces pulsionales.

Este esquema fue modificado por Freud en la XXXIª conferencia publicada, en 1932 en las Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis. He aquí el esquema que propongo para reunir las dos versiones, separadas por diez años.

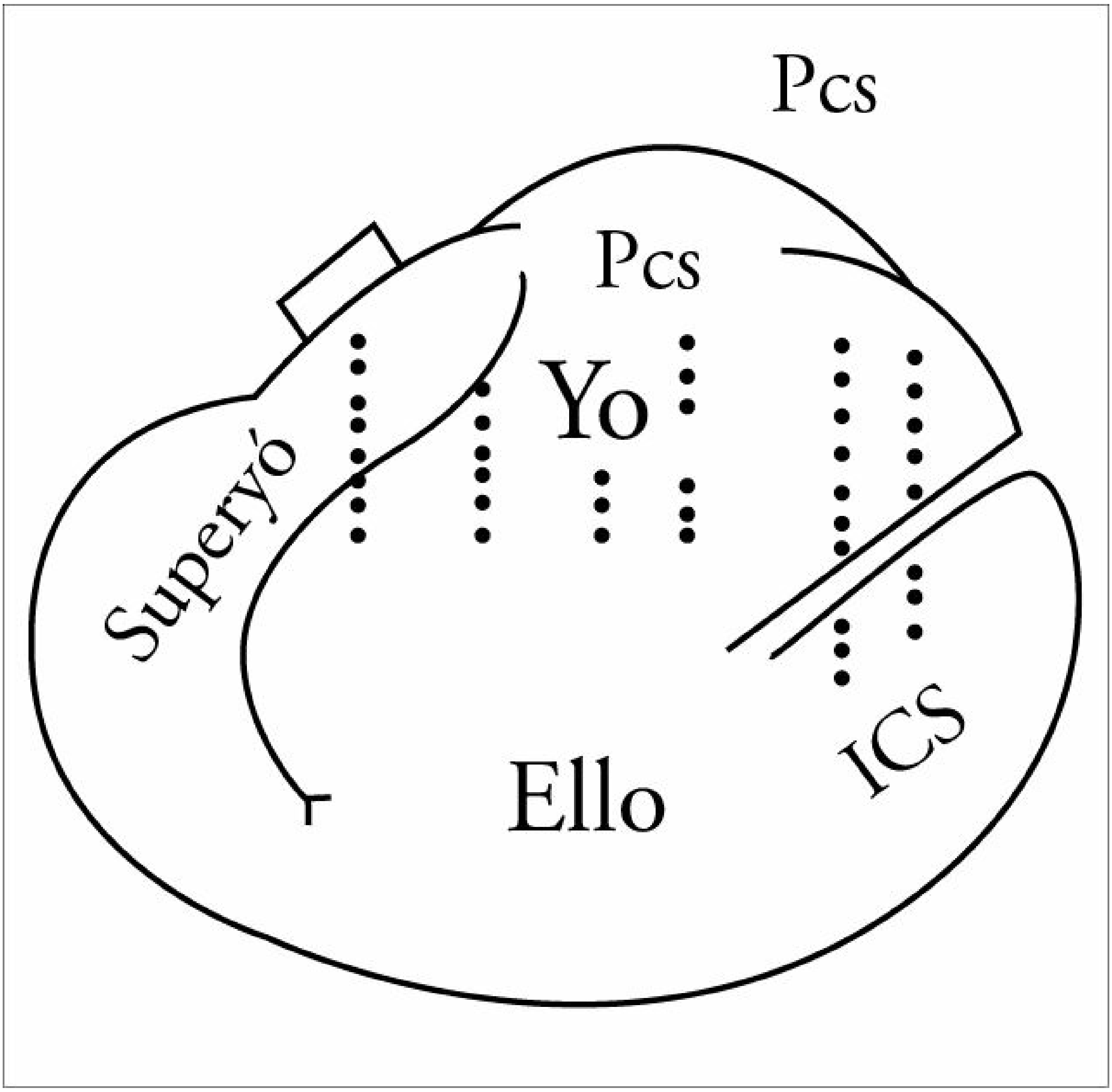

Pcs
Pcs
Yo
Superyó
Ello
ICS

FIGURA 2.—E. Kestemberg propuso introducir un Personaje-tercero para representar estas relaciones, esquema que yo he adaptado para mi uso personal.

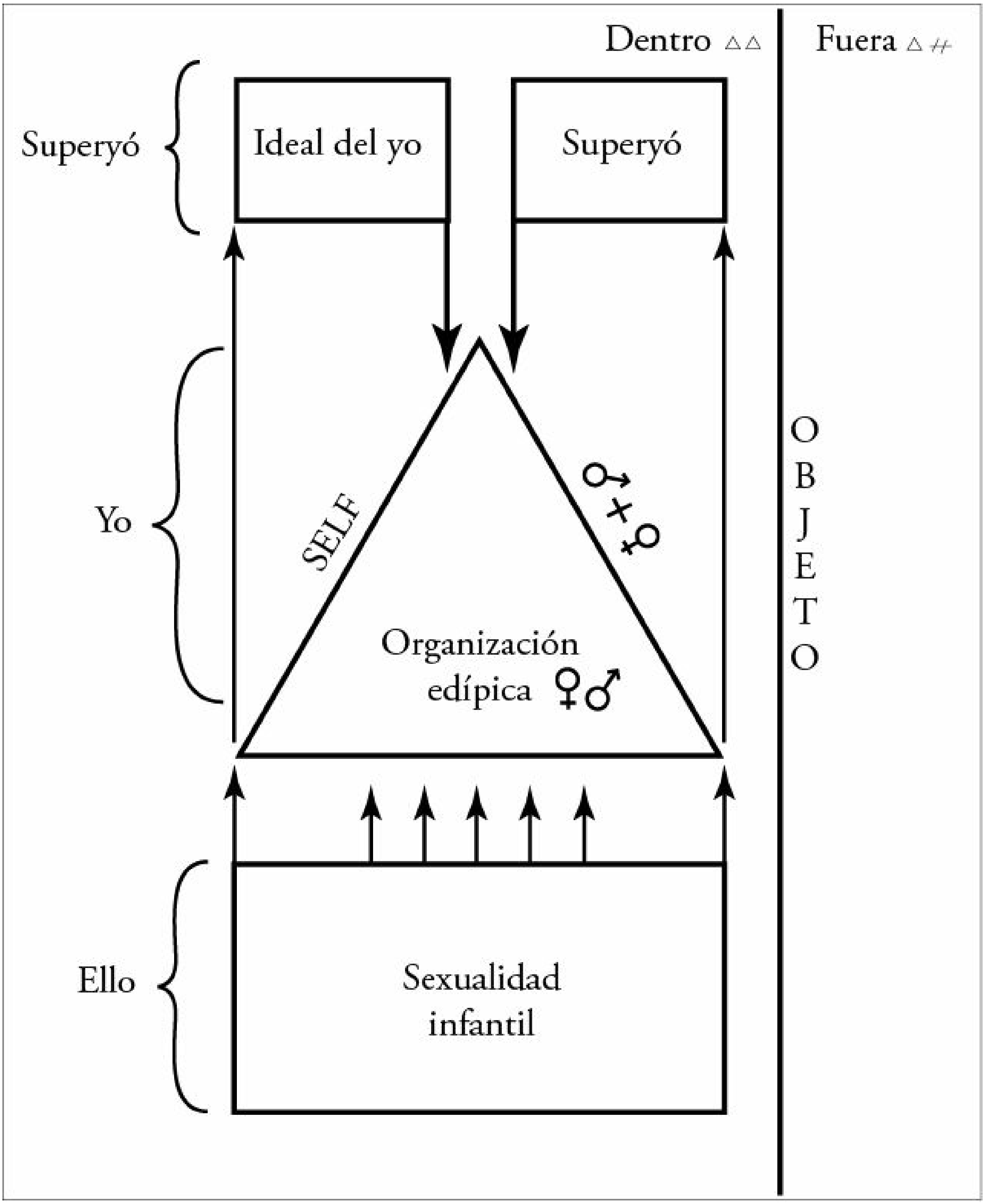

Dentro △△
Fuera △ ⫲
Superyó
Ideal del yo
Superyó
Yo
SELF
♂+♀
OBJETO
Organización edípica ♀♂
Ello
Sexualidad infantil

FIGURA 3.—Bajo el efecto de las exigencias pulsionales se ve la elaboración por el yo de una doble organización de las relaciones de objeto conforme a la diferenciación descrita por Freud en términos de identificación inmediata con el padre y secundaria con la madre, a partir del investimiento objetal del pecho que lleva al investimiento de la madre misma.

Por otra parte, y partiendo siempre de las fuentes pulsionales del ello, vemos la organización del *self*, es decir del polo narcisista de la organización de la personalidad. Siguiendo a Winnicott, vemos en el *self* al heredero del *holding,* es decir de los cuidados maternos antes del desarrollo del lenguaje. Esta organización del yo se traduce finalmente en la organización del superyó a partir de las identificaciones consecutivas a la organización edípica y a partir de la organización narcisista descrita por B. Grunberger. Existe un efecto regulador de retorno sobre el yo a partir del ideal del yo y del superyó, tal y como se forman a lo largo del desarrollo infantil, para establecerse durante la adolescencia y conocer entonces las vicisitudes descritas en la vida adulta. Estos esquemas se parecen al modelo propuesto por A. M. y J. Sandler que muestra que, en cualquier etapa del desarrollo del sujeto, lo que está en la periferia puede ser objeto de observación clínica con la condición de que la censura periférica pueda ser atravesada, tal y como aparece en el juego del niño (que no la agitación o el repliegue durante la sesión) y en el discurso de un paciente mayor. Lo que se observa entonces es la traducción de la movilización inconsciente del sujeto por la situación actual que pone en presencia a un terapeuta y a su paciente, a través de una organización intermedia en la que se establece la ligazón entre las representaciones de cosas y las representaciones de palabras. Entre la organización inconsciente más profunda y el espacio de ligazón preconsciente existe otra censura que regula la transformación de los procesos primarios en procesos secundarios. La censura más periférica es de naturaleza esencialmente narcisista. La regla fundamental, tal y como Freud lo indicaba a sus pacientes al principio de la cura, que corresponde con las consignas que damos a nuestros pacientes, implica que el paciente derribe el biombo (imagen de la censura periférica) protector de lo que podría herir su amor propio y su orgullo. Tenemos una señal de la intervención de esta censura cuando el paciente guarda silencio ante una representación que solo se expresa por una sonrisa, por ejemplo, y cuando le preguntamos contesta a nuestra pregunta que «eso le da risa» y «eso» queda en un terreno desconocido para el interlocutor-terapeuta. De paso, podemos recordar que es la ocasión de mostrar al paciente que en ese momento está haciendo jugar al terapeuta un papel determinado; esa puntualización es el primer tiempo de una interpretación mutativa a partir del análisis de la transferencia. La censura subyacente separa al inconsciente del preconsciente/consciente. Está regida por el yo mediante un trabajo de represión regulado por la organización del superyó. Por lo tanto hemos de tener en cuenta dos censuras. La censura periférica puede ser abandonada en cierta medida por los adultos neuróticos a los que pedimos que digan las cosas tal y como se les ocurren y no como las suelen decir habitualmente para proteger su amor propio ante un tercero. Este abandono de la censura periférica por los pacientes permitió a Freud estudiar la censura interior y su papel tanto en la formación del sueño como en la organización de los síntomas neuróticos.

Partiendo de Freud, jalones del pensamiento psicoanalítico nos han llevado a examinar la identificación partiendo del estudio del sueño y de los síntomas histéricos. Luego hemos examinado la oposición de las identificaciones primarias y secundarias. Ahora tenemos que evocar la contribución de Melanie Klein a partir de su trabajo con pacientes muy perturbados. Además del descubrimiento del papel de la posición depresiva, descubrió la identificación proyectiva como modalidad de relación objetal. Este aspecto de la identificación proyectiva lo ilustra muy bien Julien Green en la novela *Si yo fuera usted*, que Melanie Klein analizó desde el punto de vista psicológico en *Envidia y* *gratitud y otros ensayos*. El análisis de Melanie Klein podría haber encontrado los mismos elementos en una novela de Balzac: *Melmoth reconciliado*. En las dos ficciones, un sujeto angustiado está buscando a otro con el que podrá negociar la liberación de su angustia, haciéndole aceptar el origen de la angustia que padece a cambio de una retribución. Melanie Klein muestra la relación entre una angustia narcisista, angustia ante la muerte, ante el final de la vida y la angustia de castración. Durante los años de adolescencia, vemos tres tipos de identificación que conducen a la edad adulta:

— la identificación proyectiva,
— la identificación narcisista constitutiva de la identidad propia,
— las identificaciones edípicas asociadas a la angustia de castración que toma toda su significación a partir de la adolescencia.

Estas tres modalidades identificatorias intervienen de distinta manera en las tres grandes etapas de la adolescencia:

1. Durante el caos pubertario, que corresponde a las transformaciones de la pubertad en el chico y en la chica. El equilibrio que surge de la organización edípica infantil que inaugura el período de latencia es puesto en entredicho. El caos de la pubertad conlleva una «defusión» de la organización pulsional cuyos fallos, tan incoherentes como podamos imaginar, hemos observado en los jóvenes adolescentes que hemos visto en consulta.
2. El repliegue narcisista que caracteriza la posición central de la adolescencia es en parte una consecuencia del caos pubertario que suscita la exigencia de reconstituir la unidad que ha desintegrado. A este repliegue también contribuye la retirada de los investimientos de los padres tal y como aparecen en la actualidad de la adolescencia, ya que durante esa etapa los padres nunca están a la altura en la que los hijos los habían colocado.

Esta retirada de la idealización de los padres se acompaña de un repliegue sobre sí que hace difícil el contacto con los adolescente entre los catorce y los diecisiete años. Pueden manifestar su cariño si los padres mantienen intacta su disponibilidad, pero huyen si se toma la iniciativa de dirigirse a ellos.

3. Una tercera fase termina con la adolescencia por un regreso a los investimientos objetales y, esta vez, sobre el modo genital. El juego de las instancias psíquicas ello/yo/superyó procede del funcionamiento mental que integra en el superyó elementos de la organización edípica y de la nueva organización narcisista del yo en el momento en el que el desarrollo del yo converge con el desarrollo genital que inauguró la entrada en la adolescencia. El trabajo de la adolescencia ajusta la organización del yo a la organización genital para conducir a la edad adulta, y este trabajo señala el final de la adolescencia. En la perspectiva de Karl Abraham, esta recomposición permite que se instaure una postambivalencia, y en la perspectiva de Freud, Ferenczi y Abraham, vemos al sujeto acceder a una organización

> genital acabada. La forma más acabada de la personalidad es la que observamos tras las metamorfosis de la sexualidad infantil durante los años de adolescencia. Los sufrimientos de muchos adultos que resultan de los movimientos de vida y de muerte nos permiten desgajar aquí un modelo clínico de referencia.

Dicho rápidamente: las transformaciones de los procesos identificatorios durante la adolescencia surgen a partir de la pubertad, fenómeno biológico que conlleva una reactivación de las organizaciones infantiles bajo el empuje de nuevas fuerzas pulsionales.

El concepto freudiano de identificación se basa en el estudio del sueño y de los síntomas neuróticos. Ocupa un lugar importante en el estudio del funcionamiento mental de nuestros pacientes. La identificación es en gran medida un conocimiento inconsciente del objeto. Este conocimiento está regido por los procesos primarios y se integra en la actividad del yo por un espacio de ligazón, el preconsciente, en el que el desarrollo del lenguaje juega un papel fundamental. La relación del sujeto con sus objetos atrae la atención no solo sobre los polos del proceso identificatorio, sino también sobre la fluctuación de los investimientos. Estas fluctuaciones permiten distinguir las identificaciones secundarias de las primarias. Los movimientos entre libido de objeto y libido narcisista contribuyen a modificar los destinos pulsionales en el sentido de una desunión pulsional al principio de la adolescencia (caos pubertario) y luego de una nueva fusión (posición depresiva central). Las identificaciones de la organización edípica infantil constituyen un puente hacia la ambivalencia pulsional que se despliega en la niñez precoz y encuentra su solución en la adolescencia.

---

[1] *Les textes du Cenfre Alfred Binet*, 1986, núm. 8.

[2] *El problema de la identificación en Freud.*

CAPÍTULO 13

Actuar para pensar o la resistencia a la enacción[1]

No solo tenemos leyes, sino acontecimientos que no son deducibles de las leyes,

que actualizan las posibilidades.
ILIA PRIGOGINE,
E*l fin de las certidumbres*

El contacto con los psicoanalistas de tradición inglesa, reunidos anualmente en el *Anna Freud Center* de Londres para un coloquio internacional, me ha permitido descubrir la noción de *enactment*, que traducimos como «enacción». Acostumbrado al genio propio de cada idioma, me he interrogado y he interrogado a nuestros colegas sobre el sentido que dan a esta noción y de la que veremos cómo su utilización por Steve Ablon había atraído nuestra atención a propósito del tratamiento de un niño por un psicoanalista. A pesar de nuestras diferencias, podemos identificarnos con este colega. He tomado nota del lugar que esta noción otorga al juego del niño, unas veces para expresar una resistencia señalada por el aspecto repetitivo del juego y otras para comunicar al analista una producción fantasmática para la que el niño no tiene «palabras para decirlo»[2] y cuyo proceso tiene una cualidad progrediente que permite una elaboración interpretativa.

En un primer tiempo expondré las definiciones propuestas por los diccionarios. Veremos que todas ellas permiten reflexiones estimulantes.

Evocaré luego la presentación clínica de Steve Ablon con el fin de ilustrar la utilización positiva de la noción de enacción. Completaré esta primera ilustración por una segunda, tomada de la presentación de Tessa Baradon en el Congreso de la Asociación psicoanalítica internacional donde tuve el honor de discutir su *rapport.* Más cerca de nosotros, la publicación del tratamiento de Carine por Janine Simon y René Diatkine permitirá definir lo que tiene en común nuestra experiencia con los dos ejemplos de cura precedentes. Finalmente, a partir de la lectura de un fragmento de análisis del *Hombre de los lobos* de Freud, examinaremos esta cuestión de la enacción, no solo a propósito del juego del niño sino también a propósito de la cura de un paciente adulto.

En la última parte mostraré que desde hace ya unos 20 años la noción de enacción está en el centro de discusiones contradictorias a propósito del proceso analítico. Freud opone el pensamiento apoyado en representaciones a la acción que asegura la descarga.

Aquí, voy a proponer situar la enacción entre actuar y pensar, como eslabón de la cadena del devenir consciente.

Definiciones

El diccionario de Funk and Wagnalls propone cuatro definiciones de la palabra «*enacment*».

1. Decreto que da efecto a una ley.
2. El acto jurídico por el que se promulga un decreto que permite dar efecto a una ley.
3. La interpretación de un papel en una obra de teatro. Esta definición es excepcional hoy en día.
4. Es igualmente excepcional hoy en día el uso de la palabra para expresar el hecho de estar involucrado en una acción: «en acción».

Las dos últimas definiciones aparecen claramente en el teatro de Shakespeare.

> HAMLET: My Lord, you placed once I'th university, you say?
> POLONIUS: That did I, my Lord, and was accounted a good actor
> HAMLET: What did you enact?
> POLONIUS: I did enact Julius Caesar, I was killet I'th' Capitol, Brutus killed me.
>
> H*amlet*, Acto III, escena II, versos 91 a 96[3].

El uso antiguo de la forma verbal correspondiente a «enacción» aparece en boca de Polonio en el momento en el que la corte entra para asistir a la representación de la pantomima, representación preparada por Hamlet. Este último le recuerda a Polonio que fue comediante en la universidad. El ministro comediante se lo confirma, proponiéndonos una nueva traducción: Polonio dice que «hacía el papel» de Julio César, asesinado por Brutus en el Capitolio. Para los efectos de nuestro estudio, no es indiferente que el papel que se jugaba allí anuncia la representación del parricidio en la pantomima que viene a continuación. Como lo subraya André Green en *Hamlet y Hamlet*, no es indiferente tampoco que se trate de una escena en la que Hamlet ha anunciado que tenía que parecer loco. Lo que se evoca no es solo el recuerdo de un crimen sino que el motivo era el deseo por la mujer.

Finalmente, en *La causalité psychique,* André Green cita el término que utiliza Varella. Ahí el concepto de enacción pretende terminar con la idea de un mundo predefinido. Para este autor, el mundo se construye por acción y emergencia, y relaciona enacción con emergencia. André Green relaciona este concepto con el de J. de Ajuriaguerra, del que recordamos el aforismo: «la actividad se hace haciéndose», pero, en contra de Varella, no cree que la noción de representación esté caducada para el psicoanalista.

Clínica

Craig

El tratamiento del joven adolescente presentado por Steven Luria Ablon en el coloquio organizado por el Centro Anna Freud de Londres en 1989 fue para mí el primer encuentro con la noción de enacción. Este coloquio estaba dedicado a la estima de sí mismo y a la vergüenza. Steven Ablon es miembro de la IPA, trabaja en Boston y ha publicado en el *International Journal of Psicoanálisis.* En su comunicación, después de hacer un barrido de la literatura sobre la estima de sí mismo, el Doctor Ablon se sitúa en la perspectiva del psicoanálisis del desarrollo. No trataré aquí las diferentes características de las principales fases del desarrollo de la estima de sí mismo desde la infancia hasta la adolescencia. Desde la primera infancia, un entorno suficientemente bueno y adaptado a las necesidades del niño, a sus deseos y a su temperamento, es esencial para el desarrollo del sentimiento de bienestar. El diálogo afectivo entre el bebé y la que lo cuida está en el centro de este entorno apropiado. Para Tomkins, la vergüenza es el resultado de un fracaso del diálogo afectivo, que puede llevar al repliegue y a la inhibición de los estados emocionales del bebé. Si no se toma en cuenta el trabajo de lo negativo, el tercero queda ausente tanto en la descripción del contenido manifiesto o fenomenológico de la situación como en la elaboración.

Craig es un joven adolescente de once años. Ha empezado un tratamiento psicoanalítico por unos conflictos violentos que han generado intensas agresiones de parte de su padre y de su segunda mujer. El motivo había sido la pasividad de Craig aparecida tras la muerte de su madre cuando él tenía cuatro años. El tratamiento durará tres años.

Cuando Craig tiene dos años y medio, su madre tiene cáncer de mama y pasó los últimos meses de su vida en el hospital. En esa época, a veces deliraba y tenía estallidos de ira contra Craig. En la misma época, Craig se confronta con las exigencias del control de esfínteres y con las últimas fases del proceso de separación/individuación, que conlleva el control de sus pulsiones agresivas y sádicas.

Su padre se vuelve a casar cuando Craig tiene seis años, y sus dificultades se han ido incrementando después de este cambio. Las relaciones de Craig con su madrastra eran malas. Ella no quería a Craig y lo describía como un niño débil, egoísta y perverso. Craig tiene una medio hermana, Kate, nacida un año después de la segunda boda de su padre y que tiene cuatro años al principio de la terapia. La madrastra tenía una hija de nueve años, Lisa, de un primer matrimonio. Craig aparecía como un chico brillante, atlético y alto para su edad, pero también se le podía describir como un chico sin pasión y sin éxito.

Al empezar su tratamiento, Craig se siente lleno de rabia y demasiado castigado por sus maldades, sobre todo en ausencia de su analista. Se siente culpable de sentirse mejor cuando su madrastra no está. Su padre era su «línea de vida». En relación con sus hermanas, es envidioso y está en rivalidad permanente con ellas.

Era muy importante analizar este material para restaurar la estima de sí mismo porque le consumían la rabia y la vergüenza, y también por su sentimiento de abandono y de rechazo.

El análisis muestra que la renuncia a sus vínculos (incluidos los dolorosos con sus objetos precoces) constituye una especie de duelo. En la situación de Craig, este proceso se complicó por el duelo de su madre. Este duelo fue diferido hasta su análisis. La meta narcisista y los sentimientos de omnipotencia se analizaron relacionándolos con las fantasías de Craig a propósito de la muerte de su madre. A él le gustaba pensar que podía, como lo hacía su tío, comunicar con su madre muerta. El análisis de las defensas y el de la transferencia permitió a Craig recordar hasta qué punto se había sentido solo, enfadado, triste y desolado después de la muerte de su madre. Al perderla, había perdido un entorno amante, cálido y protector.

Las dificultades de Craig para dominar las exigencias del desarrollo edípico se habían complicado a causa de sus disposiciones preedípicas: dominaban el abandono, la pérdida, la separación y la falta, así como la tristeza y la rabia. Se exploraron sus miedos a la castración y sus fantasías sexuales sádicas. Su culpabilidad por la masturbación, sus deseos pasivos y sus miedos de castración también aparecieron bajo diferentes formas durante el análisis. La comprensión y la interpretación de este material permitieron a Craig hacer evolucionar sus fantasías de la escena primaria. Su excitación sexual y los sentimientos de culpabilidad asociados a su madrastra también se abordaron. El análisis y la interpretación de los conflictos relacionados con su organización edípica permitieron disminuir la culpabilidad y hacer aparecer un superyó más benévolo. Paralelamente, su estima de sí mismo se iba reforzando y mejorando. Accedió a una perspectiva más realista al mismo tiempo que tomaba cierta distancia con sus objetos primarios y sentía placer ejerciendo sus capacidades cognitivas y de sublimación. Craig pudo reconsiderar entonces la manera de percibir a su padre y ver en él la representación del éxito y de la esperanza que hasta ahora no pensaba poder alcanzar. Estas transformaciones en las metas de su ideal aumentaron la estima de sí y protegieron su ideal.

Craig ha podido identificarse a su analista e interiorizar la naturaleza particular del proceso psicoanalítico. La culpabilidad es por excelencia el remedio al olvido, mientras que la vergüenza tiende a solicitar la curación y la aceptación de sí mismo a pesar de la debilidad, los defectos y los errores.

Este tratamiento nos recuerda la necesidad, en el análisis, de reconocer, sostener y poner en perspectiva los sentimientos dolorosos, para contribuir al reforzamiento de la estima de sí. Compartir los afectos de los pacientes es una manera de ayudarlos y de aliviar su dolor psíquico. Durante su tratamiento, Craig teme que sus cóleras y sus rabias destructoras le alejen de sus padres y de su analista. En otros momentos llega a ser pesado, pedir sentarse en el sillón del analista para jugar a las cartas con él y hacerse insoportable.

En la versión escrita de su *rapport,* el autor describe el comportamiento de Craig con su madrastra con el término de *enaction* y no de *acting out* mientras que describe la situación transferencial con el término de «experiencia» y no de «acting in». Pero en la presentación oral, Steven Ablon utilizaba el término *enaction* tanto para describir lo que hacía el niño ante su madrastra como lo que hacía ante él durante las sesiones.

Michel

Es el caso de un niño de cuatro años presentado por Tessa Baradon, de la clínica Anna Freud de Londres, en el congreso de la IPA en San Francisco. A propósito de este tratamiento, tuve la oportunidad de discutir sobre un movimiento sado-masoquista en la cura.

Michel padece trastornos que están relacionados con tres experiencias traumáticas. La primera es la separación de su madre después del nacimiento de su segundo hijo. La segunda es la consecuencia de este alejamiento, ya que Michel, acompañado por su padre, fue a su país de origen donde fue confrontado a un idioma, a una cultura y a un entorno que le eran ajenos. El tercer traumatismo tuvo lugar a la vuelta a casa de Michel con la llegada de un hermano menor. Por otra parte, la madre de Michel se mostraba muy ambivalente: unas veces capaz de adorarlo y otras de estar muy enfadada con él. Manifiestamente, y por citar a Winnicott, Michel no ha tenido muchas oportunidades de estar solo con su madre y así ser feliz con ella durante algún tiempo. Por ello, su desarrollo pulsional parece haber carecido de un entorno interno. En la primera parte del tratamiento, el niño se muestra muy brutal con la terapeuta. Ensucia el despacho de su analista con plastilina y pegamento. Su analista se dará cuenta de que, en esta etapa difícil, sus interpretaciones se dirigen a unos recursos intelectuales y a una madurez que el niño aún no posee.

La imagen de la situación transferencial aparece más nítida para la analista cuando se da cuenta del masoquismo al que tenía que recurrir para soportar las situaciones descritas por el autor como las *enactions* para el niño de las representaciones de sí mismo y de sus objetos[4]. Tessa Baradon escribe «*in the diagnostic interview, I was struck by his enacted view of himalayen and his object*». (En el transcurso de la evaluación inicial, me llamó la atención la *enaction* de las representaciones de sí mismo y de sus objetos). En la discusión del material, ella señala: «*The frightening and fragmented inner word of this boy, wich was enacted in his behavior and object relationship*» (el mundo interior fragmentado y terrorífico de este chico se expresaba por enacciones en su comportamiento y en sus relaciones de objeto). En la perspectiva del psicoanálisis del desarrollo de nuestra colega, las transformaciones de lo que hacía el niño delante de ella fueron elaboradas en términos de reparación de los procesos de mentalización. Sin embargo, como lo comenté en San Francisco, ella traía un material ejemplar de la fantasía: «*Pegan a un niño*». El complemento, añadido en 1924 en *El problema económico del masoquismo*» permitía entonces la elaboración de la fantasía inconsciente de la escena primaria surgida de las teorías sexuales infantiles de este joven paciente.

Carine

Aquí no se va a tratar de *enaction*. Pero se podría traer el caso del tratamiento de Carine por Janine Simon para proponer otra lectura de la *enaction*. Durante las primeras sesiones, la niña se muestra muy desconfiada y distante de la analista y después coge los zapatos de su madre para caminar como una señora delante de su madre y de la analista. Luego coge una muñeca en la caja de los juguetes y le pega en las nalgas antes de tirarla a la papelera tratándola de «niña mala». Después de dudarlo mucho, la analista decide dar una interpretación, a pesar de la presencia de la madre. Le dice que ella imaginaba lo que podría pensar su madre después de que le cogiera los zapatos para ponerse en su lugar. Manifiestamente esta interpretación se dirigía a algo que la niña hacía delante de la analista y que expresaba una fantasía no verbalizada de la posición delante de su madre a causa de sus sentimientos edípicos. En la vida diaria, los sentimientos asesinos de la niña por la madre se manifestaban por medio de trastornos del sueño, tenía que ir con frecuencia, durante la noche, a averiguar, abriéndole los parpados, que su madre no había muerto y que dormía bien. El comportamiento de Carine durante la sesión hizo que pudiera experimentar lo que su analista tenía que soportar a causa del miedo que la niña tenía de ella y, por lo tanto, del amor que tenía por su padre. El papel del automatismo de repetición se manifiesta aquí claramente. La actitud de espera de los dos adultos da lugar a una situación nueva. Por eso, René Diatkine y Janine Simon hablan, al principio de este tratamiento, de «contra-actitud» por parte de la analista y de «reacción actuada» en gran parte por la niña. Esta posición está ligada al concepto original de proyecciones identificatorias según los dos autores:

> Si el proceso primario permite a los investimientos libidinales y destructores unificar los objetos externos e internos y los procesos mentales vectores de placer y displacer, los procesos secundarios, al limitar precisamente esta libre circulación de los afectos, oponen a los objetos los primeros constituyentes continuos del yo y del superyó. Esta misma oposición es imprescindible para la constitución de las fantasías de incorporación y de proyección identificatoria.

Serguei

Veremos en un texto de Freud lo que se puede calificar hoy de *enaction*. Se trata de *El hombre de los lobos* tal y como Freud lo describe en el capítulo cuatro del análisis de una neurosis infantil, capítulo en el que aparece el relato del sueño y los primeros elementos de su interpretación. Al principio de su análisis, El Hombre de los lobos se daba la vuelta durante las sesiones para presentar a Freud una cara agradable buscando su simpatía. Luego se volvía en la dirección opuesta, mostrando un reloj con un gesto que primero le hizo pensar que su paciente quería atraer su atención sobre la hora. La pantomima tomaba entonces un significado nuevo relacionado con la transferencia negativa inicial del Hombre de los lobos. El aspecto negativo de la transferencia inicial aparece en la cita de Freud de las asociaciones del Hombre de los lobos, a propósito de la vacuna contra la rabia de las ovejas blancas de los rebaños de su padre: después de vacunarse, murieron aún más ovejas. A pesar de su esperanza, el paciente podía temer que el tratamiento fuera peor que la enfermedad. Lo peor sería que Freud fuera para su paciente un lobo que lo devorara como el lobo del cuento de los *Siete cabritos* (blancos como los lobos del sueño y como las ovejas del rebaño). Un solo cabrito se había salvado escondiéndose dentro del reloj. En alemán, el término empleado por Freud es un reloj de péndulo (*wandkastenuhr*, literalmente: muro-armario-hora), pero en la edición inglesa, quizás por una reverberación del texto original sobre la traducción, el texto de la *Standard Edition* habla de un *«grandfather clock»*.

Por otra parte, hay que representarse que en 1910 El Hombre de los lobos tiene 24 años. Freud tiene cincuenta y cuatro años y las fotos de la época lo muestran con una barba canosa como la de un abuelo. Freud se acerca ahí, quizá, del que antaño le había contado a Serguei la historia del lobo que había entrado en el taller del sastre. Este había agarrado el lobo por la cola y se la había arrancado. Espantado, el lobo había huido.

¿No podemos considerar esta pantomima del Hombre de los lobos como algo que hace el paciente ante el analista, en el transcurso de una relación transferencial de la que Freud era muy consciente del carácter muy ambivalente? Las representaciones ligadas al afecto no están aún verbalizadas. Están en camino de serlo, digamos que están «en acción» con fines de comunicación. Dicho de otra forma, una «enaction» cuya repetición puede llevar a una elaboración cuya cualidad voy a intentar precisar.

Enaction y acting

En noviembre de 1995 en París, en el sexto coloquio franco-italiano, Francesco Barral describe en su comunicación sobre *Acting y rememoración* las significaciones respectivas del *acting* y la *enaction* referida a la noción de acción narrativa de R. Schafer. Barral atribuye a Joseph Sandler la sustitución de *acting out* por *enactment* (1970), cuya teorización se debe probablemente a Mc Laughlin (1991). Desde hace unos años se ha extendido esta noción en el terreno psicoanalítico, inspirado por el psicoanálisis inglés que los italianos llevan observando atentamente desde hace años. En sus trabajos, Francesco Barral señala que la referencia a la situación psicoanalítica es primordial. Esta noción designa un aspecto inevitable de la relación transferencial y de la contratransferencia que se actualizan así. Lejos de ser indeseable, como se ha dicho del *acting*, la *enaction* se ve de manera positiva. El autor cita a Filipini y a Ponsi (1995) que manifestaron su interés por la «trama apretada de las *micro acciones* que se producen todo el tiempo en el espacio analítico: se trata de lo que hace el paciente, lo mismo que de lo que hace el analista y que tiene un efecto sobre el interlocutor mas allá de las palabras».

Apunta Barral que la teorización de la *enaction* recurre, por una parte, a la teoría de los «*actos lingüísticos»* de Austin (1911-1960)[5] y por otra a las teorías de la acción en la comunicación. Él también parece partidario de hacer valer que las comunicaciones del analista, incluso su silencio, estén tejidas de acciones con una significación de metacomunicación. De esta manera, el analista y su paciente construyen unas secuencias relacionales a partir y más allá de lo que se dice. Las secuencias analíticas se interpretan entonces como procesos de inducción recíproca, como una acción compartida. Aunque no se cite, parece que se deba a Margareth Mahler (1897-1985) la extensión del concepto de *enaction* no solo a lo que ha sido ya representado sino también a las cargas enteras de afectos inconscientes que aún no han tenido acceso al pensar, y cuya *enaction* da lugar al desarrollo de las representaciones. Francesco Barral subraya así que la rememoración no es puro hallazgo sino «acción narrativa»: el actuar en sí mismo contribuye a la rememoración y abre paso a los elementos que aún no han podido activarse y que, a partir de este momento, podrán ponerse de manifiesto.

La introducción del concepto de *enaction* en psicoanálisis se atribuye a Joseph Sandler. En su libro, *El paciente y el analista*, escrito con Christopher Dare y Alex Holder, Joseph Sandler retraza la historia del concepto de *acting out* a partir de la introducción por Freud del término *Agieren* hasta las acepciones más ajenas al psicoanálisis. Para Sandler, dichas acepciones, alejadas de la referencia a la transferencia edípica, justifican que el concepto de *enaction* sea propuesto para restablecer la utilización freudiana esbozada en *La psicopatología de la vida cotidiana* (1901). Aquí, Freud utiliza el término alemán ordinario *Handeln,* actuar, y luego *agieren*, puesta en acto, a propósito del *Caso Dora* (1905), término que posteriormente va a ser el más utilizado. Sandler interpreta el actuar —*acting out*— de Dora como la *enaction* del recuerdo en el lugar de la verbalización. Siguiendo a Freud, se subraya la relación entre *acting* y resistencia. Así, se considera el *acting* como un comportamiento indeseable durante un tratamiento psicoanalítico. Pero después de Freud, ciertos psicoanalistas hicieron evolucionar el concepto de *acting out.* Otto Fenichel por ejemplo se interesó especialmente por ciertos pacientes que de manera impulsiva expresan en la *enaction* los afectos inconscientes. Phillis Greenacre define igualmente una forma muy particular de recuerdos que se expresan por una *enaction* más o menos organizada y más o menos disfrazada que atrae la atención. Estas particularidades las definen y las diferencian de los *acting out* propiamente dichos, y que son egosintónicos.

Los autores postkleinianos, Bíon en 1962, Grinberg en 1968 y 1987, Meltzer en 1967 y Rosenfeld en 1965, han llamado la atención sobre la relación que existe entre los *acting out* y las experiencias pre-verbales del paciente; el análisis del sueño de *El hombre de los lobos* podría ser una ilustración. Al no utilizar el concepto de *enaction,* estos autores proponen en su lugar una extensión de las acepciones del concepto de *acting.*

En el *Compendio,* y a propósito de la transferencia, Freud dice que todo ocurre como si el paciente *actuase* delante de nosotros en vez de exclusivamente informarnos (cap. VI). Aquí se trata claramente de una actualización de fantasías inconscientes mantenidas por la repetición en la transferencia, pero que podrían manifestarse también fuera de las sesiones, en la vida cotidiana, de diferentes maneras que satisfacen la compulsión a la repetición. Mucho antes, en los escritos técnicos, y en particular en *Rememorar, repetir y elaborar*, donde aparece por primera vez la compulsión a la repetición, Freud señala que hay que hacerse a la idea de que el paciente cederá al automatismo de repetición que ha sustituido a la compulsión a recordar, y no solo en las relaciones personales con el médico sino también en todas las ocupaciones y las relaciones actuales. Freud establece una relación directa entre la puesta en acto y la resistencia a recordar resultado de una transferencia negativa y hostil. Sabemos que en esa época Freud estaba redactando el tratamiento de *El hombre de los lobos,* aunque fuera publicado cuatro años más tarde.

En cuanto al proceso analítico, la pantomima del *Hombre de los lobos* tiene un significado muy diferente del *Agieren* de Dora. En 1905, Freud tiene que mostrar de qué manera su paciente lo ha abandonado, como ella había sido abandonada al término de una identificación, a partir de un mismo afecto de abandono y de un retorno de pasivo a activo. Esta secuencia da lugar a la descripción inicial del *acting in* y del *acting out.* Sin embargo, Freud no ha diferenciado claramente, ni articulado unos con otros, los fenómenos de repetición en la transferencia y los del *acting out,* como lo observan Laplanche y Pontalis.

¿Qué sucede en el pensamiento psicoanalítico francés?

El *rapport* de Julien Rouart inscribe adecuadamente la problemática del *acting* en el marco de una relación transferencial, donde el *acting* manifiesta una actividad de compulsión a la repetición. En su variedad de *acting out*, se trata de un obstáculo para la elaboración de la transferencia, frecuentemente después de una lateralización de esta última. Pero Julien Rouart insiste sobre el hecho de que a partir del momento en el que este comportamiento está relatado en la sesión, deja de ser sustraído a la elaboración. El *acting out* contiene una problemática parecida y existe un ejemplo en el tratamiento del *Hombre de los lobos*. El estudio de Rouart está dedicado sobre todo al *acting out* de transferencia, del que podemos recordar las principales características. Según este autor, se trata de una resistencia de transferencia cuya manifestación como tal es desconocida por el analizado y desplazada. Permite una descarga pulsional a la vez que mantiene la represión. Posee un carácter de acción más o menos organizada. Su repetición es el equivalente inconsciente de un recuerdo y tiene un aspecto plausible por el desconocimiento del sujeto de su carácter repetitivo y del significado de su contenido, muchas veces debido a una racionalización. Aparece en relativa discontinuidad con el contexto de la vida del sujeto. Aunque episódica, se trata de una repetición. La lateralización de la transferencia, fuera del lugar analítico, hace vivir en acto sobre un objeto sustitutivo un aspecto de la transferencia. Finalmente, puede manifestarse durante la sesión bajo forma de *acting in*.

Enaction-palabra-pensar

En la discusión del *rapport* de Rouart, André Green subraya que el *acting* entra de forma ineluctable en el marco de la transferencia, puesto que el *acting* forma parte de la economía del discurso[6]. Si el *acting* es un modelo de representación, se trata de una representación que ciega. Para ilustrar esta ceguera, cita el ejemplo de Hamlet que mata a Polonio, su futuro suegro (padre de Ofelia) creyendo que mata a su padrastro (marido de su madre), el tío que ocupó la cama de su madre. Así, el *acting* encuentra su sitio entre la representación y la acción. Citemos: «Para entender el lugar del acto en la economía del discurso, hay que mirar el modelo freudiano de la actividad psíquica (el modelo de la pulsión caracterizado por su fuente y por su modo de descarga) como una inversión del modelo del acto reflejo (fuente exterior-descarga). El *acting* es la inversión de esa inversión».

Una vez más volvamos a Freud para interesarnos al artículo sobre la *negación*. Los *Escritos* de Jacques Lacan conservan el recuerdo de la intervención de Jean Hyppolite que hacía de la oposición dentro-fuera el núcleo del texto de 1925. En este trabajo, me gustaría detenerme en el «juzgar» como lo define Freud: «Juzgar es la acción intelectual que decide la elección de la acción motora, pone un término a la actualización por el pensamiento y permite el paso del pensar al actuar». Propongo considerar la *enaction* como este actuar ante nosotros que da testimonio de la suspensión de la acción por el pensamiento. Dicho de otra manera: en presencia de una *enaction* todo ocurre como si, suspendiendo el efecto suspensivo del pensamiento, hubiera intervenido un juicio inconsciente.

Está claro que la actividad de percepción del analista debe ponerse en tela de juicio de la misma manera que la de Hamlet durante la pantomima. Shakespeare ha planteado antes de tiempo uno de los problemas cruciales de la *enaction*. André Green lo resalta en *Hamlet y Hamlet*. ¿Los signos que la representación permitirá leer en la cara del rey no serán pura proyección? Para confirmar la objetividad de su percepción, Hamlet va a encargar a Horacio que también observe al rey: dos miradas serán como dos ojos, asegurando una visión exacta por su convergencia sobre un mismo objeto. Se pueden asociar estas dos miradas con la metáfora propuesta por César y Sara Botella cuando se refieren al trabajo psíquico del analista oscilando entre un predominio representacional y una predominancia que corresponde a dos niveles de realidad psíquica que tienen relaciones diferentes con la realidad material. En mi opinión, se pueden relacionar así siempre que la *enaction* esté unida a lo alucinatorio y a lo perceptivo, que son los que marcan la realidad psíquica con predominancia procesual. La referencia al *Hombre de los lobos* sería útil aquí por el carácter casi alucinatorio de las manifestaciones de la transferencia paterna y negativa de este paciente sobre Freud.

Las pantomimas, la de Hamlet o la del *Hombre de los lobos,* se oponen al *acting* entendido como resistencia a la transferencia y toman el valor de una tendencia a la expresión con los actos de acontecimientos que pertenecen a los años que están dominados por la ambivalencia. A propósito de *El Hombre de los lobos,* se podría sugerir que el número de lobos (seis o siete) también corresponde al número de las sesiones semanales del paciente de Freud: todos los días, domingo incluido si le permite encontrarse con su querida Teresa, o domingo excluido para escapar al plazo de cuatro años impuesto por Freud para esa boda, motivando en este caso una ambivalencia de la que Freud ha descrito otros efectos en este mismo paciente. Ahí encuentra su lugar la *enaction,* que viene a inscribirse en búsqueda de representaciones verbales para pensar los pensamientos evocados durante la sesión.

En el *Diccionario de Psicoanálisis* los autores señalan que para Freud *agieren* se asocia casi siempre en oposición a *erinnern* —rememorar—; es decir, con el recuerdo. Por lo tanto, la discusión empieza con una preocupación técnica a propósito de la meta asignada al psicoanálisis: hacer consciente lo inconsciente. Esta meta se va a modificar en la *segunda tópica* según la fórmula «donde estaba el ello, el yo debe advenir».

---

[1] *Les textes du Centre Alfred Binet, 1997, núm. 25*

[2] El autor hace referencia a un libro de Marie Cardinal que se titula «*Les mots pour le dire*» en el que la autora narra su experiencia de analizada. *[N. de T.]*

[3] Hamlet: Y vos, señor, ¿no es verdad que en otros tiempos hicisteis teatro en la universidad?/ Polonio: Así fue, señor, y me consideraban un buen actor/ H: ¿Qué representasteis?/ P: Hice de Julio César: me mataban en al Capitolio. Bruto era el que me mataba. (Traducción de José María Valverde, 1980). *[N. del T.]*

[4] Refiriéndonos a la frase inglesa «… *enacted view of himalayen and his object*». La frase es intraducible al español sin hacer muchos circunloquios: el término «himalayen» se usa en inglés para denominar a todos los habitantes de la cordillera del Himalaya sin distinción de países, de modo que «*enacted view of himalayen*» se refiere a la enacción ante diferentes personajes de identidad mal delimitada y a sus objetos *[N. de T.]*

[5] La *Enciclopedia Universalis* (1996) en su Thesaurus (pág. 290) dice que John Langshaw Austin es el representante más talentoso de la filosofía analítica o «Filosofía del lenguaje ordinario» característica de la escuela de Oxford. Es un especialista de Leibniz y de Aristóteles, traductor de Frege sin apoyarse siquiera en la lógica matemática. Dos títulos están traducido al francés: *How to do things with words (1962).* Introduce la teoría de las fuerzas ilocucionarias. El que habla cumple con cierto número de actos fonéticos, cuando emite ciertos sonidos, fático cuando pronuncia palabras ordenadas de acuerdo con la gramática, locutivo cuando utiliza unas expresiones que tienen sentido y referencia, ilocutivo cuando en un acto locucionario cumple otro acto locutivo (exclamación, promesa, etc.), perlocutivo cuando por ejemplo, puede actuar sobre el otro mediante el acto ilocutivo. En *Sense and sensibilia* (1963) el autor examina de manera crítica la doctrina según la cual no percibimos nunca directamente las cosas materiales pero solo los datos sensoriales.

[6] André Green recuerda que, para Freud, el discurso es el conjunto de los dialectos del inconsciente. Subraya que estos dialectos son heterogéneos, tres provienen de los constituyentes de la pulsión: representantes de cosas, de palabras y de afectos. Hay que añadirles dos más: los estados del cuerpo propio y los actos. La distinción entre *acting out* y *acting in* puede pasar por la sesión pero también pasa por el cuerpo. Así nos acercamos a la problemática de fuera-dentro.

CAPÍTULO 14

Propuestas sobre el tiempo en análisis[1]

Incidencias metapsicológicas

En su *rapport* para el 57º Congreso de psicoanálisis de Lengua Francesa, François Duparc propone examinar la cuestión del tiempo. El tiempo en estratos es un tiempo lineal que interesa a cada vez menos autores hoy en día. El tiempo circular concierne la regresión y el *après-coup*. El afecto es el que establece la cronología, como lo muestra la construcción del pensamiento de Melanie Klein, en los años 30, a partir de las dificultades de interpretación de la organización edípica infantil, cuando describe una angustia depresiva y luego la posición depresiva, y cuando, durante la decena siguiente, aparece la angustia de fragmentación y la descripción de la posición paranoide. Aunque insiste sobre el significado estructural de las posiciones depresiva y esquizo-paranoide, M. Klein expone de forma didáctica estas diferentes posiciones en un artículo sobre la vida emocional de los bebés. Son muy distintas las figuras del tiempo cuyos procedimientos de figuración (ideal del yo y superyó) son los agentes de la censura al servicio de la represión. El sentido de la historia permite abordar la cuestión del final del análisis. El presente, el futuro y el pasado del sujeto, y plantea la cuestión de lo que se transmite de generación en generación. Se estudiará aquí el tiempo del encuadre, a partir de su invención por S. Freud hasta el desarrollo más reciente de los conceptos técnicos y teóricos, en su relación con el tratamiento psicoanalítico de los niños y de los adolescentes.

Los primeros tiempos

La amistad con Fliess orientó los principios del psicoanálisis hacia el tiempo del traumatismo, y luego hacia la relación de este tiempo con los siguientes, el tiempo de la sexualidad y el tiempo del yo, lo que nos lleva a mencionar aquí la neotenia de Bolk: el desfase temporal entre la maduración sexual y la maduración del yo.

Freud abandonó su *Neurótica* que relacionaba los síntomas con acontecimientos traumáticos recientes (carta a Fliess del 21 de septiembre 1897) y propuso una primera tópica, que es una construcción temporal en un marco espacial con tres instancias que constituyen un sistema Inconsciente-Preconsciente-Consciente. Luego, a partir de los artículos metapsicológicos, encontramos dos líneas: la primera, la de la sucesión de las relaciones de la libido con el objeto, autoerotismo originario, autoerotismo secundario a las primeras identificaciones, estadio objetal activo, inversión pasiva en narcisismo e investimiento del objeto total ambivalente. La segunda es la sucesión de los estadios libidinales: oral pre-ambivalente canibalístico, anal y control, genital y maduro, y luego la inserción de un estadio fálico al final de la infancia antes del período de latencia.

El desarrollo del psicoanálisis dio más complejidad desde el punto de vista de las relaciones de objeto. Bernard Brusset, Otto Kernberg y Serge Lebovici proponen una *teoría del desarrollo centrado sobre el sujeto* y sobre la interacción fantasmática más que sobre el objeto. Pero el objeto de la metapsicología freudiana ocupa plenamente su lugar en los trabajos de los fundadores del Centre Alfred Binet: Serge Lebovici, René Diatkine y Janine Simon.

François Duparc propone una genética de las representaciones según el desarrollo del yo y de su relación con la realidad por una parte, y, por otra, en relación con el desarrollo de las pulsiones sexuales. Se apoya en la descripción que hace Ferenczi del desarrollo del sentido de la realidad y de sus estadios. De hecho, la contribución de Ferenczi al estudio de este problema son tres textos. En 1913, Ferenczi busca elucidar la sustitución de la megalomanía infantil por el reconocimiento de las fuerzas de la naturaleza: en las *Metamorfosis* de Ovidio, la historia de un adolescente Piramo y de una adolescente, Tisbea, y su ilustración por el pintor Nicolas Poussin (1594-1665), me sirvieron para ilustrar la problemática de la entrada en la adolescencia. En 1926, Sandor Ferenczi ya tocó el tema en un artículo titulado *El problema de la afirmación del displacer*. Prefiere abordarlo de manera más clínica utilizando la expresión «evitación del displacer» en vez de «placer». Su trabajo sobre la aparición del sentido de la realidad a partir de la evitación del displacer lo lleva a pensar el papel de la represión con una especie de empatía con el psiquismo infantil. En un artículo anterior, Ferenczi describe el paso del monismo supuesto en un niño (protegido contra todo displacer por los cuidados de sus padres) al dualismo entre su yo y lo que resiste a su voluntad. Finalmente, el sentido de la realidad proviene de la inserción de un mecanismo inhibidor en el aparato psíquico: el superyó. La negación viene a ser una tentativa del principio de placer para ignorar la realidad bajo formas que todas ellas llevan a la proposición «yo ya lo sé… pero de todas maneras…».

Anteriormente, Pierre Luquet subrayó el movimiento propio de cada estadio del desarrollo de la libido, oral, anal, fálico y edípico. Pone el acento sobre el trabajo del yo, mientras que el ello se aparta del yo cuya maduración ya no permite la integración de ciertas formas que se han quedado arcaicas y que por eso son reprimidas en el inconsciente. También he de citar aquí a Francis Pasche que describe los efectos de los deseos contradictorios y de las angustias correlativas en el transcurso de la histeria: penetrar el objeto va parejo con el miedo a ser engullido por él, e incorporar el objeto con el miedo a ser envenenado.

Así, las imágenes que contienen la pulsión nos dan acceso al desarrollo del aparato psíquico. Pueden clasificarse, según F. Duparc, en cinco categorías: imagen motora no figurada, imagen asociada a otras formas, constituyendo los mecanismos de defensa, de censura y de figuración en el sueño y en los síntomas (desplazamiento, condensación, identificación; y repetición, ruptura y laguna), figuración visual e incluso representación de cosa, representación verbal, fantasías.

Regresión, *après-coup,* pulsión de muerte

La representación trae consigo el tiempo en sus distintos aspectos. La regresión tópica va en sentido contrario a la vía de descarga de la excitación. La regresión temporal concierne el desarrollo libidinal en particular, y la regresión formal describe el paso hacia niveles de expresión y de comportamiento menos elaborados; así, por ejemplo, de la regresión del pensamiento al acto. André Green escribe: «La finalidad del lenguaje es hacer concientes los procesos de pensamiento y el investimiento que lo acompaña transforma los pensamientos en percepciones». Por el afecto ligado a las representaciones de cosas, la figuración «des-luta»[2] el lenguaje, ligando a nivel del preconsciente las representaciones de palabras con las representaciones de cosas. La regresión tiene una doble polaridad, terapéutica y destructora dependiendo de si el afecto es la expresión de una pulsión libidinal o de una pulsión destructora. Denise Braunschweig y Michel Fain han insistido sobre el hecho de que la regresión conduce a un modo de funcionamiento mental ciertamente anterior, pero que lleva la marca que le impone los desarrollos acontecidos a partir de ese momento.

La reorganización del traumatismo infantil en el segundo tiempo del desarrollo libidinal durante las metamorfosis de la pubertad tiene valor de modelo, incluso de metáfora, que da cuenta del potencial terapéutico del tratamiento psicoanalítico: «Es así, pero también se puede decir de otra forma». Por último y por analogía, la referencia al *après-coup* entre las diferentes posiciones descritas en el desarrollo del niño permiten poner de acuerdo la teoría con la clínica y afirmar la neurosis en le niño, aunque falte aquí el segundo tiempo pubertario como lo subraya Michel Ody en su artículo.

Repeticiones y pulsión de muerte nos llaman la atención a menudo al hilo de las consultas y de las sesiones. A propósito de esto, M. de M'Uzan, nos ha enseñado a distinguir la repetición de lo idéntico, expresión de la pulsión de muerte, y la repetición de lo mismo que permite el juego de la vida. Esta es la importancia de la diacronía en psicoanálisis, para tomar prestado aquí a André Green el título de una reciente recopilación de artículos.

La atemporalidad conduce a otra discusión que permite distinguir la atemporalidad del inconsciente dinámico, que se manifiesta en el sueño, de lo atemporal de las pulsiones de muerte. Es el tema de los *Tres cofrecillos* (S. Freud, 1913) en el que las tres mujeres de la vida de un hombre figuran la juventud, la madurez y la muerte. Aquí encontramos las tres Horas, las Moiras de la mitología griega: Cloto, que tiene la rueca y está hilando el destino en el momento del nacimiento, representa la disposición fatal; Laquesis, que da vueltas al huso y va enrollando el hilo de la existencia y representa lo fortuito; Átropos, que corta el hilo, representa muerte. Sabemos que los mitos son la expresión colectiva del tiempo, cuya expresión individual es la fantasía.

Las figuras del tiempo

François Duparc pone en relación el tiempo y sus múltiplos con la idea de forma. Los elementos aparecen en los diferentes niveles del aparato psíquico: las inscripciones arcaicas, las menos figuradas, son las formas motrices del autismo, los comportamientos auto calmantes en psicosomática, el autoerotismo primario, la figuración de la imagen y el lenguaje.

¿Tiene sexo el tiempo? En efecto, la vida cotidiana de hombres y mujeres así lo sugiere. Desde un punto de vista metapsicológico, en la mujer parece que se pueden distinguir un tiempo materno y un tiempo femenino. S. Freud describe el masoquismo femenino, Denise Braunschweig y Michel Fain describen la censura de la amante. Así, la sexualidad femenina, en el reparto de sus investimientos entre el hombre y el niño, la hace ser capaz de hacer dormir al niño para poder estar disponible para el hombre. Christopher Bollas describe un tiempo materno intemporal, instintual, fuera del tiempo e íntimo. Este autor distingue el tiempo materno de un tiempo paterno temporal, social e impersonal. Finalmente, el tiempo del niño corresponde a su desarrollo biológico que manda sobre la integración de esos tiempos diferentes constitutivos de su bisexualidad.

La bisexualidad

El tiempo humano es un tiempo estallado según la hermosa formula de André Green. Hemos visto un ejemplo al hablar del desarrollo libidinal y de sus fijaciones que pueden alterar sus componentes objetal y narcisista. Las regresiones, la generalización del fenómeno del *après-coup* y la introducción de la pulsión de muerte en el pensamiento psicoanalítico son aspectos que encontramos regularmente en la experiencia psicoanalítica. Lo vemos también en la bisexualidad. Una u otra forma nos llama más la atención unas veces tratándose de pacientes diferentes y otras del mismo paciente a lo largo de la cura. El tiempo materno está asociado a la idea de contención, repetición, parexcitación; sus interrupciones, según Bollas, introducen el tiempo paterno. El tiempo femenino hace alusión al mito de Demeter y Perséfona. Se puede distinguir igualmente el tiempo paterno del tiempo masculino: este último corresponde a la conquista y a la seducción.

Figura y patología

La fobia hace intervenir el tiempo entre una espera imposible y un presente congelado por la angustia de castración. En la histeria, el tiempo es tiempo de olvidos y de reminiscencias organizadas por el conflicto de la diferencia de los sexos. En el obsesivo, el conflicto se refiere a la diferencia de generaciones. Ritual, duelo y depresión aparecen en la perspectiva de la figuración del tiempo.

El sentido de la historia

Sentido se entiende aquí en su doble significado: el de la dirección del tiempo de las generaciones sucesivas, y el que se refiere a los sentidos de la significación.

Madeleine es una adolescente de diecisiete años cuando acude a mi consulta a final de un curso escolar, presionada por su familia, inquieta de verla perder pie en sus estudios secundarios y mostrarse muy difícil en la vida de familia. En su conjunto, la familia acaba de pasar por un período particularmente caótico de su existencia. Durante las primeras entrevistas, espaciadas por varias semanas, Madeleine me dice que ha pasado por un «período muy negro». Su descripción de la situación familiar está bastante bien organizado. Sus padres divorciaron cuando ella tenía ocho años. Desde entonces vive con su madre y su hermana menor. Cuatro años más joven, su hermana le sirve de tutor durante un período en el que su madre está perturbada por la reorganización de su vida con un nuevo compañero con el que piensa irse a vivir. En cuanto a su padre, lo ve con menos frecuencia después de haber tenido violentas peleas a propósito de su trabajo escolar.

La angustia de Madeleine ha explotado después de su decisión de cortar una relación amorosa con un chico. Este chico ha sido el novio de «su mejor amiga». Rápidamente, ellas convinieron que no se podían comprometer con alguien que tiene una crisis de asma cada vez que no le dejan tener relaciones sexuales cuando lo pide. Madeleine subraya que ha elegido a este chico sin peleas con su mejor amiga. La cosa empezó después.

Con un ligero desplazamiento, y por intermedio de una relación amorosa con un hombre despechado, Madeleine se identificaba con su madre bajo un modo narcisista. El hombre tiene en este caso la significación de un objeto anal desvalorizado que puede ser retenido o desechado. De esta forma, este hombre tiene un estatuto de objeto parcial y de objeto total. Su amenaza de hacerse desaparecer si no estaba satisfecho hacía fracasar, a nivel anal, la tentativa de construcción de un objeto entero con la función de restablecer su narcisismo. Ponía igualmente en peligro el amor que ella le profesaba. Además, la solicitación erótica de este hombre, sin miramientos por la necesidad de control de Madeleine, contribuía a hacer fracasar la transformación del investimiento anal parcial en un investimiento total. Esta solicitación impedía la transformación del rechazo en deseo de conservar un objeto investido de manera ambivalente para restablecer su narcisismo, y en el plano genital obstaculizaba el amor que él podía tenerle.

Cuando empezó el curso siguiente, Madeleine retomó contacto con sus camaradas, de los que se había separado durante el estado depresivo que le había llevado a mi consulta. Se sentía dividida entre un sentimiento personal de sentirse mejor y una angustia proyectada sobre las personas cercanas, amigos y parientes, de los que me dice, bajo un modo proyectivo, que están inquietos por ella. Desea tener sesiones más frecuentes que las que había tenido, más espaciadas, antes de las vacaciones. No está orgullosa de si misma, no se sentía a la altura de la situación. Se siente desvalorizada, deprimida. Se reprocha pedirme demasiado tiempo siendo ella una persona tan inútil. La perspectiva de clarificar estos reproches me lleva a proponerle verla cuatro veces por semana. También le propongo hacer balance al final del trimestre para no imponerle un compromiso ilimitado.

Este tratamiento se puede dividir en dos períodos. Durante los dos primeros años está muy silenciosa sobre el diván. Durante el tercero, cara a cara, hemos intentado dar una forma verbal a lo que no se pudo decir durante los dos años anteriores.

Invité a Madeleine a instalarse sobre el diván y le expliqué las normas de nuestro trabajo. Luego se quedó en silencio, inhibida por esa nueva experiencia. Al pedirle que me dijera lo que le hacía estar en silencio, dijo que era el vacío, que se encontraba ante un vacío. De hecho, el vacío no era tan vacío como me lo presentó al principio. Rápidamente reconoció que se sentía desbordaba por todas partes. Del lado de sus padres, la locura parecía haberse apoderado de ellos. Su padre y su nueva compañera acababan de tener un segundo hijo y ella no soportaba las exigencias que su padre tenía con ella. Por otra parte, el nuevo compañero de su madre la volvía loca proponiéndole irse a vivir con él, unas veces con sus hijas y otras rechazando su presencia puesto que ella y su hermana podían irse a vivir con los abuelos. Por fin se decidió que su madre y su hermana pequeña irían a vivir a casa del futuro marido de su madre y que ella viviría sola en el piso de la familia. Reprochaba a unos y a otros utilizarla como espía. Estaba harta y había preferido no ver a nadie. Su silencio dejaba de jugar el papel de inhibición y traducía el cariño hacia cada uno de sus padres de los que de esta manera protegía ante mí la mejor imagen. Sus intentos de salir del silencio chocaban muchas veces con una censura que hacía confuso su discurso. En esta situación, mi trabajo consistía sobre todo en recoger las imágenes dispersas y presentárselas unidas según lo que me hacía comprender. Este trabajo le permitía luego expresarse más claramente. Durante esta primera etapa yo también tenía que aguantar para preservar la regularidad de las sesiones de las solicitaciones externas. Siempre sucedía cuando ella había dejado filtrar una hostilidad, juzgada excesiva por ella, hacia uno de sus padres y de la familia a la que cada uno de ellos estaba vinculado. Otras veces la regularidad de las sesiones estaba comprometida por citas de dentista que ella aceptaba en la hora de sesión. Este trabajo de religazón de las representaciones disponibles permitía seguir con nuestro trabajo, pero sobre todo la elaboración de la transferencia negativa de una imago que no cumplía a su función materna. Más allá de la referencia a su relación con su madre durante el tratamiento, se hizo un vínculo nuevo con su experiencia de niña en la época de la concepción y el nacimiento de su hermana. A su entrada en la adolescencia, la experiencia nueva de un caos pulsional dio lugar a unas imágenes muy ambivalentes de sus relaciones con cada uno de sus padres. Así, después de hacerle ver que se muestra dividida entre «papá» y «mamá», su asociación inmediata es una réplica: hay que elegir «mamá» o «papá». La elección de objeto de Madeleine adolescente se había quedado bloqueada tras el divorcio de sus padres en un estado de ambivalencia que se había reforzado en ella en el momento del nacimiento de su hermana, despertando unos celos edípicos contra los que había luchado pagando el precio de angustias asociadas al sadismo precoz. El regreso de los movimientos destructores en nuestro trabajo puso en peligro su continuación después del segundo año. Faltó intencionadamente a las sesiones. Sobre todo quería utilizar su omnipotencia infantil para aliviar la depresión apartándome para avanzar *ella solita,* como lo formulan los niños pequeños. Cuando le expliqué la dinámica de este movimiento, pude acordar con ella seguir al principio del curso siguiente. Dos circunstancias sostuvieron el interés de Madeleine para seguir con su tratamiento. Había investido de nuevo su escolaridad y obtuvo progresivamente mejores notas. Por otra parte, la importancia que tomó la relación transferencial en la que se iba enterando de su historia personal, liberó felizmente las relaciones cotidianas con sus padres. Pero con eso no habíamos acabado, ya que la servidumbre masoquista del yo complace al superyó, cuya severidad siempre es mayor que la de sus padres puesto que en cada uno de nosotros sus fuerzas destructoras propias se alimentan con mayor violencia dada la ausencia de medida que tiene el niño pequeño.

El estudio de las transformaciones de las relaciones de objeto y de los procesos identificatorios durante los años de adolescencia[3] me llevaron a precisar un modelo de ado-lescencia que puede ser útil para abordar las crisis de adolescencia que observamos en pacientes de distintas edades y a propósito de estados clínicos tan distintos como trastornos neuróticos, y patologías con tinte narcisista dominante: depresión y manifestaciones psicóticas. Así me asocio a Freud cuando opone en *Duelo y melancolía* lo que tan bien comprendemos de la tristeza de los que han perdido a un ser querido y el sentimiento comparable experimentado por los melancólicos, que no saben lo que han perdido. Mi trabajo con los adolescentes me conduce a interrogarme sobre lo que comprendo tan bien y sobre lo que puedo esperar y que se le escapa al adolescente.

Sentido y afecto

En su artículo *Temporalité y traduction* Jean Laplanche propone la siguiente clasificación:

— el tiempo cosmológico, exterior al hombre, es el tiempo de Aristóteles
— la percepción inmediata del tiempo corresponde al tiempo animal
— la temporalidad es el nivel propiamente humano del tiempo
— la historicidad, por fin, para la que André Green propone, en *La causalidad psíquica,* distinguir la historia individual dentro de la historia colectiva
— el trabajo del duelo es el ejemplo mismo de un movimiento de des-traducción-re-traducción de la inscripción de las huellas.

P. Hartocollis, después de Melanie Klein y D. Winnicott, subraya que los afectos primitivos son los que permiten al niño la adquisición progresiva del sentido del tiempo. Así, el presente y el sentido del futuro aparecen en el niño antes que el sentido del pasado. La ansiedad traduce la espera del yo en el miedo al futuro. La depresión es un afecto relacionado con la pérdida de una satisfacción pasada.

Las teorías del narcisismo permiten reconocer en el ideal del yo el pasado de los padres que proyectan en el niño el narcisismo al que han tenido que renunciar. Este ideal funciona como un atractor que propulsa al niño en la temporalidad, que está marcada por una discontinuidad paradójica resultante de la ambivalencia y de la censura de la amante en la madre, y por el retraso de la vida sexual y el carácter difásico de esta. El Edipo mismo, por la decepción que causa, con el tiempo lleva al sujeto a la recuperación de su narcisismo primario.

El superyó/ideal del yo refleja esta transformación, estudiada detalladamente por J. L. Donnet. El superyó es el heredero del complejo de Edipo. A partir de la adolescencia, el sujeto cumple el programa definido por Goethe en *Faust:* «Si quieres poseer lo que has heredado de tus padres, te lo tienes que ganar».

Paralelamente a la transmisión cultural, la de los maestros y la de las autoridades, Freud insiste sobre la transmisión corporal a partir del ello y de los afectos, que aseguran la transmisión filogenética.

Los genocidios de la historia, la Shoah y las guerras relevan de una patología colectiva estudiada por Freud en *Malestar en la Cultura.* Más cerca de nosotros, P. Wilgowicz ha descrito la regresión del yo al yo ideal que transforma la masa en horda. Esta transformación la produce el vampirismo de los padres hacia la generación por venir, que es la encargada de asegurar el triunfo del yo ideal.

Las edades críticas de la vida, la adolescencia y la mitad de la vida, son tributarias de un apuntalamiento del superyó/ideal del yo y del superyó cultural. Este último es el que hace que los «ancianos» sean la memoria de la colectividad. Renunciando a actuar transmiten la sabiduría y la cultura.

El tiempo del encuadre

El encuadre analítico ha conocido dos tiempos: su invención progresiva por Freud entre 1890 y 1915 y su promoción como concepto teórico y técnico en Francia con las contribuciones de André Green, Jean-Luc Donnet y René Roussillon. Lacan también contribuyó introduciendo la escansión y las sesiones cortas en una verdadera estimulación del masoquismo de sus pacientes.

De principio a fin, el proceso analítico sostiene un estudio del tiempo. Al principio, M. Neyraut afirma que la contratransferencia precede a la transferencia. José Bleger ha mostrado que había que tener en cuenta el marco del paciente, su «meta-yo», que deja salir la angustia que amenaza su marco de vida. En este punto débil se produce una simbiosis entre el marco del paciente y el del analista. Es el lugar de una interpretación que debe ser objeto de localización y de una elaboración por el paciente y por el analista para despegar uno de otro los dos marcos confundidos. La meta final de la cura analítica es establecer el marco ideal que permite, con un mínimo de tiempo y de sufrimiento para el analista y para el paciente, encontrar un espacio de representación como lo es el preconsciente, donde se articulan representaciones de cosa y de palabra.

El ritmo que marca la duración y la frecuencia de las sesiones deberá permitir que el analista se adapte a su paciente. La crítica de la escansión introducida por Lacan encuentra aquí su lugar. El factor financiero tampoco se puede despreciar, como lo muestra el estudio sobre el *setting* (Federación Europea de Psicoanálisis, 1988). A veces, este conjunto es obviado por el analista adepto a la escansión, o por los pacientes que llegan tarde o interrumpen la sesión antes de tiempo. A los analistas que encuentran dificultades con la transferencia materna (búsqueda de continente), François Duparc propone imponerse un ritmo de cuatro sesiones por semana. A la inversa, los analistas que están cómodos con las transferencias psicóticas arcaicas pueden limitarse a tres sesiones para que el paciente no se sienta completamente engullido por el análisis.

La duración de la cura no es siempre previsible. Las reflexiones de André Green en *El tiempo estallado* también nos lo aclaran. La disponibilidad del analista debe permitirle esperar que desaparezca el bloqueo del proceso si se interroga sobre los motivos de este parón. Escribe Green (pág. 80): «El tiempo ulterior no existe en sí mismo, en estado aislado. Solo existe como término de comparación con el tiempo anterior visto hacia atrás». Es lo que justifica desde hace años la práctica de un seminario dirigido por Gérard Lucas, Michel Ody y otros analistas del Centre Alfred Binet, a partir del relato de una sesión de un tratamiento de un niño o de un adolescente.

---

[1] *L'enfant, la psyquiatrie et le psychanaliste.* Centre Alfred Binet, ASM13, 2004.

[2] Green utiliza una expresión intraducible:«des-endeuille». La idea es «hace salir del duelo». *[N. del T.]*

[3] Les transformations des processus identificatoires pendant l'adolescence. *Les Textes du Centre Alfred Binet*,

núm. 8, juin 1986, págs. 135-144.

Conclusión

¿Cuáles son las consecuencias de las proposiciones presentadas en este volumen para la técnica de los tratamientos psicoanalíticos?

Los tratamientos psicoanalíticos de los adolescentes llevan a abordar unos conflictos cuyos parámetros son específicos. Esta especificidad resulta de dos circunstancias que entran en resonancia. Está claro que los años de adolescencia son años de transformaciones. Estos años son también los que se insertan entre la edad adulta y la infancia, de la que están separados por el período de latencia del desarrollo sexual. En el tratamiento de adultos, los años de adolescencia aparecen claramente como el segundo tiempo del complejo de Edipo, en el *après-coup* de la organización edípica infantil que instaura el período de latencia del desarrollo libidinal. Pero el tratamiento de los adultos proporciona una perspectiva abreviada de los años de la adolescencia, aplastada por las remodelaciones cuya metáfora geológica, empleada por Freud, ha llevado a privilegiar los pliegues formados en los neuróticos en el transcurso de la organización infantil.

Los psicoterapeutas que tratan adolescentes son los herederos de la historia del psicoanálisis. Por eso, su trabajo sigue una doble referencia. La angustia y los mecanismos de defensa que se le oponen conducen a muchos adolescentes, de edades muy variables, a empezar una psicoterapia psicoanalítica. El tratamiento hace referir esta angustia a las relaciones de objeto que han forjado la historia infantil. Yo propongo considerar que las transformaciones de la pubertad revolucionan la historia del desarrollo. Freud describió su importancia, que no se puede reducir del todo a la historia infantil del desarrollo libidinal. Se expresa claramente sobre este punto subrayando que entre la infancia y los síntomas neuróticos del adulto vienen a insertarse las fantasías de la adolescencia que vinculan la vida emocional del adulto con sus experiencias infantiles. El tratamiento de los adolescentes hace tomar en consideración las consecuencias de esta revolución que Moses y Eglé Laufer describen en los adolescentes más perturbados como un *breakdown,* una ruptura en el transcurso del desarrollo, que va a orientar el tratamiento. Estas dos referencias no son contradictorias pero llevan a replantear la noción de crisis de la adolescencia.

Esta comprensión de la problemática de la adolescencia orienta hacia la restauración de la estima de sí mismo. En esta edad es el principal objetivo de las psicoterapias, y pueden ser suficientes las psicoterapias breves. Según Pierre Mâle, la cura tipo se propone muy pocas veces para las neurosis obsesivas[1]. El análisis de la transferencia debe tener en cuenta la proyección del superyó sobre el analista utilizando la relación terapéutica positiva sin interpretarla demasiado pronto, tal y como lo describen R. Diatkine y J. Simon. A la indicación anterior se parece mucho la que da Serge Lebovici cuando aconseja al terapeuta hacerse cargo del desplazamiento sobre su persona del ideal del yo y no interpretar demasiado pronto la naturaleza edípica de los deseos sexuales. Las entrevistas preliminares con un consultante analista conducen a veces a orientar al adolescente hacia un analista terapeuta. A veces la derivación es posible, pero con la condición de reservar al adolescente y a sus padres un lugar de investimiento. El consultante analista deberá asumir la relación iniciada entre el adolescente y su analista todo el tiempo que lo necesite una de las partes. Otras veces, la derivación no es deseable por la intensidad de la transferencia inmediata; entonces proponemos una modificación del encuadre analítico según las distintas modalidades a las que está asociado el analista consultante: por ejemplo, consultas terapéuticas y psicodramas individuales.

---

[1] El autor emplea la expresión «névrose contraignante» siguiendo la terminología empleada en la nueva traducción al francés de las Obras completas de S. Freud (Laplanche, Bourguignon y otros. PUF; París), que no habla de «névrose obsessionnelle» sino de «névrose de contrainte». Este último término podría traducirse al español como «neurosis de obligación». *[N. del T.]*

Bibliografía[1]

ABRAHAM, Karl (1924), *Historia del desarrollo de la libido basada sobre el psicoanálisis de las alteraciones mentales*, Obras Completas, Biblioteca Nueva.

ALVIN, «Les adolescents victimes de violences sexuelles», in Marceline Gabel, *Les enfants victimes d'abus sexuels,* Paris, PUF, 1992.

ANDRÉAS-SALOMÉ, Lou (1915), «Anal et sexuel», in *L'amour du narcissisme*, Paris, Gallimard, 1990.

BARRAUD, Henri, *Les cinq grands opéras,* Paris, Seuil (collection «Musique»), 1972.

BION, W. R., *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidos, 1987.

BLEGER, J., *Simbiosis y ambigüedad,* Buenos Aires, Paidos, 1967.

BOLLAS, C., *Fuerzas de destino,* Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

BROUSSELLE, A., GIBEAULT, A., VINCENT, M., «Revue de quelques travaux psychanalytiques sur l'adolescence», *Revue Française de Psychanalyse,* XLIV, núms. 3-4, 1980, págs. 445-479.

BLOS, Peter, *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu 1991.

— *Los comienzos de la adolescencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

BRAUNSCHWEIG, Denise y FAIN, Michel, *La noche, el día. Ensayo psicoanalítico sobre el funcionamiento mental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

BRUSSET, Bernard, *Psychanalyse du lien: la relation d'objet*, Paris, Le centurion, 1988.

CAMUS, Albert, «El donjuanismo», en *El mito de Sísifo.*

CHASSEGUET-SMIRGEL, Jeanine, «Essai sur l'idéal du moi», *Revue Française de Psychanalyse,* XXXVII, núms. 5-6, 1973, págs. 892-910.

CHILAND, Colette, *L'Enfant de six ans et son avenir*, Paris, Ed. PUF, 1976.

DENIS, Paul, «La période de latence et son abord thérapeutique», *La psychiatrie de l'enfant*, XXII, núm. 2, 1979, págs. 281-334.

DIATKINE, Gilbert, «Sage comme une image», *Revue Française de Psychanalyse,* XLVII, núm. 2, 1983, págs. 515-526.

— *Las transformaciones de la psicopatía*, Tecnipublicaciones, 1986.

DIATKINE, René, «Fantasme et mécanisme de défense dans le processus psychanalytique», Rome, *Quatrieme conférence de la FEP,* 1981.

— «Sur quelques processus d'identification chez l'enfant», *Les textes du Centre Alfred Binet*, núm. 8, 1986, págs. 1-13.

— «Transfert et processus analytique», *Les textes du Centre Alfred Binet*, núm. 10, págs. 1-37, 1987.

DIATKINE, René y SIMON, Janine, «Etude nosologique à propos de trois cas de phobie chez des adolescentes», *La Psychiatrie de l'enfant, IX*, núm. 2, Paris, PUF, 1966, págs. 289-339.

— *El psicoanálisis precoz,* Siglo XXI, 1972.

DONNET, Jean-Luc, «Le divan bien tempéré», *Revue Française de Psychanalyse*, núm. 8, 1973, págs. 23-49.

— *El diván bien atemperado,* 1995.

— «Surmoi I, le concept freudien et la règle fondamentale», *Monographies*, PUF, 1995.

DONNET, J. L. y PINEL, J. P., «Le problème de l'identification chez Freud», *L'inconscient,* núm. 7, Paris, PUF, 1968.

DUBET, François, *La galère: jeunes en survie*, Paris, Fayard, 1987.

DUPARC, François, «Le temps en psychanalyse», *Revue Française de Psychanalyse*, 1997, LXI, núm. 5, págs. 1429-1588.

FERENCZI, Sandor, *Obras completas,* Espasa Calpe, 1981.

— *Transferencia e introyección,* 1908.

— *Dessarrollo del sentido de la realidad y sus estadíos,* 1913.

— *Thalassa: ensayo sobre la teoría de la genitalidad,* 1924.

— *El problema de la afirmación del displacer,* 1926.

— *Confusión de lenguas entre los adultos y los niños. El lenguaje de la ternura y de la pasión,* 1933.

FAIN, Michel y BRAUNSCHWEIG, Denise, *Eros et Anteros,* Paris, In Press, 2013 (Existe una edición anterior: Paris, Ed. Petite Bibliothèque Payot, 1971).

FENICHEL, Otto, «Neurotic acting-out», *Psychoanalytic Review*, 1945, 32, págs. 197-206.

FREUD, Sigmund, (1900a), *La interpretación de los sueños,* BN, T. II; AE, T. III-IV; SE III, IV

— (1905a) *Sobre psicoterapia,* BN, T. III; AE, T. VII; SE, T.VII.

— (1905d) *Tres ensayos de teoría sexual,* BN, T. IV; AE, T. VII; SE, T. VII.

FREUD, Sigmund (1906a) *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis,* BN, T. IV; AE, T. VII; SE, T. VII.

— (1910a) *Sobre psicoanálisis (Conf. 1; Cinco conferencias sobre psicoanálisis),* BN, T. V; AE, T. XI; SE, T. VII.

— (1910d) *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica,* BN, T.V ; AE, T.XI ; SE, T. XI.

— (1910k) *Sobre el psicoanálisis «silvestre»,* BN, T. V; AE, T. XI; SE, T. XI.

— (1911b) *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico,* BN, T.V ; AE, T. XII; SE, T. XII

— (1904a), (1905a), (1910d), (1910k), (1911e), (1912b), (1912e), (1913e), (1914a), (1914g), (1915a) y (1919a). *Artículos sobre técnica psicoanalítica* (Varios tomos en BN y AE); SE. XII

— (1912g) *Nota sobre el concepto de inconsciente en psicoanálisis,* BN, T. V; AE, T. XII; SE, T. XII

— (1913c) *Sobre la iniciación del tratamiento,* BN, T. V; AE, T. XII; SE, T. SE XII

— (1913f) *El motivo de la elección del cofre,* BN, T. V; AE, T. XII; SE, T. XII

— (1914c) *Introducción del narcisismo,* BN, T. VI; AE, T. XIV; SE, T. XIV.

— (1915/ 1917) *Artículos sobre metapsicología,* BN, T.VI ; AE, T. XIV; SE, T. XIV.

— (1915e) *Lo inconsciente,* BN, T. VI; AE, T.XIV; SE, T. XIV.

— (1917e) *Duelo y melancolía,* BN, T. VI; AE, T. XIV; SE, T. XIV.

— (1919a) *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica,* BN, T. VII; AE, T. XVII; SE, T. XVII.

— (1919e) *Pegan a un niño,* BN, T. VII; AE, T. XVII; SE, T. XVII.

FREUD, Sigmund, (1920g) *Más allá del principio de placer,* BN, T. VII; AE, T. XVIII; SE, T. XVIII.

— (1923b) *El yo y el ello,* BN, T. XVII; AE, T. XIX; SE, T. XIX.

— (1924b) *Neurosis y psicosis,* BN, T. VII; AE, T. XIX; SE, T. XIX.

— (1924c) *El problema económico del masoquismo,* BN, T. VII; AE, T. XIX; SE, T. XIX.

— (1924e) *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis,* BN, T. VII; AE, T. XIX; SE, T. XIX.

— (1925h) *La negación,* BN, T. VIII; AE, T. XIX; SE, T. XIX.

— (1930a) El malestar en la cultura, BN, T. VIII; AE, T. XXI; SE, T.XXI

— (1933a) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 29. Revisión de la doctrina de los sueños,* BN, T. VIII; AE, T. XXII; SE, T. XXII

— (1933a) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 31. La descomposición de la personalidad psíquica.* BN, T. VIII; AE, T. XXII; SE, T. XXII

— (1933a) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia 32. Angustia y vida pulsional,* BN, T. VIII; AE, T. XXII; SE, T. XXII

— (1937c) *Análisis terminable e interminable,* BN, T. IX; AE, T.XXIII; SE, T. XXIII

— (1937d) *Construcciones en el análisis,* BN, T. IX; AE, T. XXIII; SE, T. XXIII

— (1940a) *Esquema del psicoanálisis,* BN, T. IX; AE, T. XXIII; SE, T. XXIII

— (1950a) *Cartas a Fliess,* BN, T. IX; AE, T. I; SE, T. I

FUNK, I .K. (ed.), *New «Standard Dictionary of the English language*, New York&London, Funk and Wagnalls, 1947.

GAMMIL, James, «Les entraves d'œdipe et de l'œdipe», in *Œdipe et psychanalyse d'aujourd'hui*, Toulouse, Privat, 1978.

GIBEAULT, A., GUEDENEY, C., KESTEMBERG, E., ROSEMBERG, B., «*Transfert latéral et névrose*», *Les Cahiers,* asm13, 1981, núm. 3, págs. 57-83.

GILLIBERT, Jean, *«Un mythe autour de l'érotisme: Don Juan et la statue»,* Rapport au 37° Congrès des Psychanalystes de Langue Romanes, Paris, PUF, 1977, 1ère partie, chap. II, págs. 34-50.

GOUNOD, Charles, *Le Don Juan de Mozart*, Librairie Séguier, Garamond-Archambaud, Paris, 1986.

GREEN, André, (1973) *El discurso vivo,* Valencia, Promolibro, 2001.

— (1982) *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte,* Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

— (1982) *Hamlet et Hamlet, une interprétation psychanalytique de la représentation*, Paris, Ed. Balland.

— (1990) *«Point de vue du psychanalyste sur les psychoses à l'adolescence»,* en Ladame F., Gutton Ph., Kalogerakis M., *Psychoses et adolescence,* Paris, Ed. Masson.

— (1993) «La analidad primaria», en *El trabajo de lo negativo,* Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

— (1995) *La causalidad psíquica entre naturaleza y cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

— (2000) *El tiempo fragmentado,* Buenos Aires, Amorrortu, 2001.

— (2000) *La diacronía en psicoanálisis* Buenos Aires. Amorrortu. 2002.

GRIMAL, Pierre, *Dicionario de mitología griega y latina,* Buenos Aires, Paidos, 1986.

GRINBERG, Leon, «On acting-out and its role in the psychoanalytic process», *International Journal of Psychoanalysis*,1, 1968, 49, págs. 171-178.

— (1987) «Dreams and acting-out», *Psychoanalytic quarterly,* 56, págs. 155-176.

GRUNBERGER, Béla, «L'œdipe et le narcissisme», *Le narcissisme*, Paris, Payot, 1971 X.

— «Le conflit à l'adolescence», en *L'œdipe, un complexe universel,* Paris, Tchou, 1977.

HARTOCOLIS, P., (1974), «A reconstruction of ontogenetic development of time», en *Origins of time*, Ed. Madison, Int. Univ. Press, 1983.

HENNY, René (1961), «De quelques aspects structuraux et psychothérapiques de l'adolescence», *Rev. Franç. Psychanal*, 1980, T25, núm. 3, págs. 379-404.

HOCQUARD, J. V., *Mozart*, Collection Solfège, Paris, Ed. Seuil, 1970.

— *Mozart, Don Juan*, l'Avant Scène núm. 22, 1992.

HOFFMANN, E. T. A., (1808-1815), «Don Juan», *Cuentos*, Madrid, Alianza, 2009.

JONES, Ernest (1926), «L'origine du surmoi», en *Théorie et pratique de la psychanalyse,* Paris, Ed. Payot, 1969.

JOUVE, Pierre Jean, *Le Don Juan de Mozart*, Paris, Ed. Plon, 1968.

KERNBERG, Otto, *Trastornos graves de la personalidad,* México DF, El manual moderno, 1993.

KESTEMBERG, Evelyne, «L'identité et l'identification chez les adolescents», *La Psychiatrie de l'enfant,* V, núm. 2, 1962, págs. 441-452.

— «Le personnage tiers, sa nature, sa fonction», *Les Cahiers*, asm13, núm. 3, 1981, págs. 1-55.

KLEIN, Mélanie, «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» en *Desarrollos en psicoanálisis*, 1946.

— «Algunas conclusiones sobre la vida emocional del bebé», en *Desarrollos en psicoanálisis*, 1952.

— «A propósito de la identificación», en *Envidia y gratitud,* Paidos, 1955.

KOHUT, Heinz, *Análisis del self,* Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

LACAN, Jacques (1945), «El tiempo lógico y la afirmación de la certidumbre anticipada. Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», en *Escritos* 1 y 2, Siglo XXI, 2001.

LAPLANCHE, Jean, «Temporalité et traduction», *Psychanalyse à l'université*, 1989, 16, núm. 61, págs. 33-56.

— y PONTALIS, J. B., *Diccionario de psicoanálisis,* Paidos, 1996.

LAUFER, Moses, «Adolescent Breakdown and transference neurosis», *International Journal Psychoanalysis,* 62, 1981, págs. 51-59.

LAUFER, Moses, «Comment un analyste aujourd'hui peut-il utiliser la métapsychologie pour rendre compte des changements propres à l'adolescence et de leur lien avec le danger de rupture psychotique», en R. Cahn *et al.*, *Psychanalyse, adolescence et psychose*, Paris, Payot, 1986.

— y LAUFER, Eglé, *Adolescencia y crisis del desarrollo*, Espaxs. 1988.

LEBOVICI, Serge, «L'adolescence», en P. Ferrari, *Les séparation de la naissance à la mort*, Toulouse, Privat, 1976.

— «L'expérience du psychanalyste chez l'enfant et chez l'adulte devant le modèle de la névrose infantile», *Rev. Franç. Psychanal*, T44, núms. 5-6, 1980, págs. 735-852.

— (1983) *El lactante, su madre y el psicoanalista: las interacciones precoces,* Amorrortu, 1988.

LEBOVICI, Serge y KREISLER, Léon, «L'homosexualité chez l'enfant et l'adolescent», *La psychiatrie de l'enfant,* 1965, XXI, núm. 2, págs. 341-447.

LUQUET, Pierre, «Genèse du moi», en *La théorie psychanalytique*, Paris, PUF 1969.

MÂLE, Pierre, *Psicoterapia del adolescente*, Paideia, 1966.

MARCEAU, Felicien, *Casanova o el anti-Don Juan,* 1969.

MASSIN, J. y B., *Mozart*, Turner, 2003.

MELTZER, Donald, *El proceso psicoanalítico*, Hormé, 1968.

MOZART, W. A., 1787, *Don Giovanni*, direction Colin Davis, disco Philips 6707022.

M'UZAN, Michel de, «Le même et l'identique», *Revue Française de Psychanalyse*, 1980, XXXIV, núm. 3, págs. 441-451.

NACHT, Sacha, *Curar con Freud*, Fundamentos, 1972.

NEYRAUT, Michel, *Les logiques de l'inconscient*, Paris, Hachette, 1978.

ODY, Michel, «Le langage dans la rencontre entre l'enfant et le psychanalyste», Rapport au 47° Congrès des Psychanalystes de langue française, Paris, 1987, *Revue Française de Psychanalyse*, 1988, núm. 2, págs. 303-367.

PASCHE, Francis, *Le sens de la psychanalyse*, Paris, PUF, 1989.

PRIGOGINE, Ilya, *El fin de las certidumbres,* Andrés Bello. 1996.

RANK, Otto, (1922), «Le personnage de Don Juan», en *El doble*, 1976.

ROBERT, Marthe, *La revolución psicoanalítica*, Fondo de cultura económica, 1992.

ROSENFELD, Herbert, «Una investigación sobre la necesidad del paciente neurótico del psicótico para actuar durante el análisis», en *Estados psicóticos,* Hormé 1974.

ROUART, Jean, «Agir et processus psychanalytique», *Rev. Franç. dePsychanal*, 1968, núms. 5-6.

ROUSSILLON, René, 1985, *Logiques et archéologiques du cadre analytique*, Paris, PUF, 1995.

SANDLER, Joseph, *El paciente y el analista*, Paidos, 1993.

— y SANDLER A. M., The «Second Censorship, the Three box model» and some technical implication.

SARTRE, Jean-Paul, «Saint Georges et le dragon», in *Situations IX*, Paris, Gallimard, 1972.

SCHERER, Jacques, *Théâtre du XVII° siècle*, I, notice p 1212, La Pléiade, Paris, Gallimard, 1975.

STRACHEY, James, «La naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis», *Revista de psicoanílisis de la APA,* T V, núm. 4 1948.

TURRI, M., *«Don Giovanni»* in Filmographie, Loisir et Culture, núm. 5, Paris, Fédération Loisirs et Cultures, 1980.

VARELA, Francisco, *Conocer. Las ciencias cognitivas,* Gedisa, 1990.

VINCENT, Michel, (1980), «Le traitement d'une révolution», *Neuropsychiatrie de l'enfance*, núm 10.

VINCENT, Michel (1982), «Le transformation des relations d'objet pendant l'adolescence», *Rev. Franç.Psychanal.,* T46, núm. 6, págs. 1171-1185.

— (1984) «Le passé dans le traitement des enfants», *Les textes du Centre Alfred Binet*, núm. 1, págs. 33-43.

— (1986) «Rites et obsession dans l'enfance et l'adolescence», *L'Enfance et les rites*, núm. 5, Privat, Toulouse.

— (1988) «Trois positions pour l'adolescence Lieux de l'enfance,», *Adolescence*, 6, 1, págs. 173-183.

— (2000) «Les métamorphoses de la puberté», *Bulletin de la Fédération Européenne de Psychanalyse,* núm. 54, págs. 21-38.

WILGOWICZ, Pérel, *Le vampirisme, de la dame blanche au Golem,* Meyzieu/Lyon, Cesura, 2°édition, 2000.

WINICOTT, D. W. (1949) «El espíritu y sus relaciones con el psico-soma», en *Escritos de pediatría y psicoanálisis,* Laia, 1979.

— (1957) *El niño y el mundo exterior,* Lumen/ Hormé, 2001.

— (1957) *La familia y el desarrollo del individuo,* Hormé, 1967.

— (1993) *Conversando con los padres,* Paidos, 2001.

---

[1] Para la bibliografía de Freud hemos utilizado las referencias internacionales. Las siglas remiten a las traducciones de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva (BN), José L. Etcheverry Amorrortu Editores (AE) y James Strachey (Standard Edition) (SE). Para el resto de la bibliografía hemos intentado citar las traducciones al español de los títulos que en el original están en francés o inglés.

Índice

Prólogo a la edición española 8
Prólogo a la edición francesa 10
Presentación 15
Primera parte.—LA CONSULTA 18
CAPÍTULO 1.—Después de todo: La consulta y sus apuestas 19
CAPÍTULO 2.—Personajes-terceros y paso 28
CAPÍTULO 3.—Trabajar con los padres 39
  Claudia 40
  David 42
  Julius 44
Segunda parte.—LOS TRATAMIENTOS 50
CAPÍTULO 4.—Una historia tumultuosa: A propósito de las consultas terapéuticas 51
  Historia 53
  Una perspectiva metapsicológica 58
CAPÍTULO 5.—Cambiar ahora: Psicoterapia breve y definida de antemano 62
  Caso A 65
  Caso B 69
  Sugestión, análisis y psicoterapia breve 71
  Transferencia, regresión y curación 73
CAPÍTULO 6.—Coordinar a los terapeutas: Estudio de la contratransferencia en el psicodrama individual 76
  Observación clínica 77
  Discusión 80
CAPÍTULO 7.—La transferencia en la adolescencia 84
  Marie 86
  Tres posiciones para la adolescencia 90
    La posición narcisista central de la adolescencia 91
    El redescubrimiento del objeto 92
  Las crisis de adolescencia 94
CAPÍTULO 8.—Notas a propósito de la interpretación mutativa 96
Tercera parte.—PROBLEMÁTICAS 101
CAPÍTULO 9.—El acceso a la adolescencia 102

- El masoquismo durante la adolescencia 104
- Un modelo del funcionamiento mental 107
  - El caos 107
  - La posición narcisista depresiva central 107
  - El redescubrimiento del objeto 108
- Historia clínica en dos tiempos 110
  - Primera etapa 110
  - Segunda etapa 111
- Discusión 115
- Todavía más 116

CAPÍTULO 10.—Un adolescente del siglo XVIII: El Don Giovanni de Mozart 118

- Un adolescente del siglo XVIII 122
- La ópera 123
- El retrato 130
- Los dobles 131
- Las parejas 132

CAPÍTULO 11.—A propósito de la desaparición del complejo de Edipo 134

- El superyó edípico y el período de latencia 135
- Las transformaciones de la adolescencia 136
  - Lili 137
- Resumiendo 140

CAPÍTULO 12.—Las transformaciones de los procesos de identificación 141

CAPÍTULO 13.—Actuar para pensar o la resistencia a la enacción 151

- Definiciones 153
- Clínica 154
  - Michel 156
  - Carine 157
  - Serguei 157
- Enaction y acting 159
- ¿Qué sucede en el pensamiento psicoanalítico francés? 161
- Enaction-palabra-pensar 162

CAPÍTULO 14.—Propuestas sobre el tiempo en análisis: Incidencias metapsicológicas 164

Los primeros tiempos 165
Regresión, après-coup, pulsión de muerte 167
Las figuras del tiempo 168
La bisexualidad 169
Figura y patología 170
El sentido de la historia 171
Sentido y afecto 174
El tiempo del encuadre 175
Conclusión 177
Bibliografía 179